

Sin sentimientos

MARTINA LEIVA

Sin sentimientos

MARTINA LEIVA

Primera edición.
Sin sentimientos
©Martina Leiva
©mayo, 2025
©Imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

Capítulo 1

Thiago

Tenía cinco años cuando mi padre, me llevó por primera vez a una escuela de fútbol, a pesar de que me gustaba jugar con mis amigos del cole, él se empeñó que tenía que hacerlo de manera "profesional".

—Esto no es más que disciplina, Thiago. Aquí te enseñarán, no solo a perfeccionar tu juego en el fútbol, sino también a cómo comportarte con tus compañeros, se llama compañerismo, y a cómo afrontar los problemas en un futuro.

—Papi, pero es que a mí me gusta jugar en el cole, con mis amigos, y aquí no conozco a nadie —recuerdo que le dije medio llorando, cuando me dejó en la puerta. Es verdad que, a esa edad, me costaba un mundo abrirme a los demás. No es que ahora fuera muy diferente de entonces, pero sí que contaba con mi buen amigo Matteo, ese que conocí en aquellos primeros años de colegio, y que aún continuaba a mi lado, como mi fiel escudero, haciéndose cargo de todos mis asuntos, ya que era el mejor abogado de toda Italia.

—No digas sandeces, hijo. Aquí harás amigos nuevos, esos que te acompañarán en tu triunfo, puesto que no tengo ninguna duda de que llegarás a ser uno de los grandes, y nos sacarás a tu madre y a mí de la clase media, llevándonos a vivir a una gran casa en el futuro —me decía el gran Amadeo Marino, que pasó de ser un simple mecánico a ser el representante de uno de los mejores futbolistas de la época.

Porque sí, aunque esté feo que yo lo diga, Thiago Marino, o sea yo, soy uno de los grandes del fútbol europeo, y que he jugado en los

mejores equipos de todos los países, aunque ahora llevaba una temporada jugando en la Premier Ligue inglesa, esa que me estaba dando las mayores satisfacciones profesionales, porque lo que se dice a nivel personal, no era para tirar cohetes.

Sobra decir que estaba rodeado de todo lo mejor, las mejores casas, los mejores coches, las más cotizadas modelos, pero nada de eso me hacía feliz, era un hombre sin sentimientos, tal y como me había enseñado mi padre a ser.

—Venga, Thiago, que esta es nuestra noche. Me acaban de avisar que Cindy Cambell va a acudir a la fiesta de celebración, y ya sabes que está loquita por tus huesos —me decía Lucca, otro buen amigo y compañero de batallas en el club en el que jugábamos. Éramos como Zippy y Zape, el rubio y yo moreno, pero siempre andábamos juntos, tanto en el campo como fuera de él. Habíamos compartido de todo, juergas, borracheras y modelos, por qué no decirlo también, todo ello a espaldas de mi padre, por supuesto, ya que si no sería un dolor de cabeza para mí.

—Tú lo que quieres es que me la ligue yo y la comparta contigo, bribón, que ya nos conocemos —le respondí mientras entraba en la ducha, ya que habíamos terminado el partido, ese que ganamos y que nos había dado uno de los mayores títulos que se podían ganar, y ambos habíamos sido los protagonistas, ya que dos de los tres goles lo habíamos marcado nosotros, y teníamos a la prensa en la puerta, esperando.

—¿Quién se va a resistir a disfrutar con dos futbolistas como nosotros? Tendría que estar loca para rechazar esta oportunidad —me contestó riendo.

—Claro, claro, dos peritas en dulce somos.

—Por supuesto, con dos tabletas de chocolate en los abdominales que causan furor en las féminas, que desean lamerlas de arriba abajo como si fuera un helado —fue su respuesta, lo que provocó que ambos estalláramos en una fuerte carcajada.

Salimos de la ducha, y nos pusimos el traje de chaqueta, que era el uniforme del club, y que debíamos lucir cuando no llevábamos el chándal o la equipación los días de partido o entrenamiento. En la

puerta nos estaban esperando una multitud de periodistas, ávidos de cualquier exclusiva para tener tema del que hablar en los medios, por eso nunca hacíamos declaraciones que no se correspondieran con el tema futbolístico.

—Thiago, ¿qué se siente sabiéndose ganador de semejante título? —me preguntó uno de ellos.

—Mucha alegría, gracias.

—¿Es cierto que tienes pensamiento de marcharte del club? —me interrogó otro, y yo sabía que se refería a unas declaraciones que había hecho mi padre a otro medio de comunicación en los días anteriores.

—Todo falso, aquí he encontrado un grupo humano excelente, aparte del profesional. Nada más lejos de la realidad —contesté, y es que mi padre, el afamado representante, solo quería dinero, y ya se estaba metiendo en camisa de once varas con este tema.

—Pero su padre dijo hace unos días que usted…

—No voy a hacer más declaraciones, gracias —le interrumpí a propósito, puesto que debería tener unas palabritas con mi representante, ya estaba bien de hablar en mi nombre.

Nos montamos en el coche, y salimos pitando de allí en dirección al hotel donde tendría lugar la fiesta posterior de celebración, así como la cena, esa en la que solo estaríamos la gente del club y familiares cercanos, ya después se irían incorporando todos los invitados, entre los que estaban mis padres, y que me causaban más rechazo que cariño.

Mi madre, Angela Marino, había pasado de ser una madre amorosa, a verme como un cajero automático, solo se acercaba a mí para pedirme dinero, joyas o cualquier otra cosa que se le hubiera antojado y que mi padre le hubiera negado. Sabía que, si se lo negaba, ella vendría a mí, que por quitármela de encima se lo compraría, y así él se ahorraba el importe de lo que costara, teniendo más para él y sus caprichos.

Sobra decir que mi padre no era fiel a mi madre, y que ella negaba toda implicación de él con cualquier mujer, haciendo oídos sordos con tal de no perder su estatus económico, así que se aprovechaban el uno del otro. Por eso y por muchas cosas más, no es que no creyera en el

amor, puesto que conocía parejas que estaban enamoradas y mucho, como por ejemplo mi amigo Matteo y su mujer, Amanda, pero sí que me resultaba repugnante que dos personas estuvieran juntas por interés, eso sí, de cara a la galería eran un matrimonio ejemplar.

—Recuerda que, hasta que mi padre no se haya marchado, no me pienso acercar a ninguna mujer, que capaz es de dar una exclusiva anunciando mi boda —le repetía a Lucca, que me miraba asintiendo, ya que conocía a mi padre de sobra, y por dinero no dudaba en hacer cualquier cosa.

—Oído cocina, no te preocupes que, si no, ya me acercaré yo, e iré allanando el terreno —me contestó riendo, y me sacó una sonrisa.

—Déjate de tonterías, hazme el favor, que no tengo ganas de salir en la prensa por un escándalo con mi padre. Esos buitres ya saben que algo pasa, pues no hago más que desmentir sus declaraciones, y no paran de buscarme para que salte en su contra y tener carnaza para mucho tiempo.

—Era broma, socio, todos aquí sabemos cómo es. Si viene tu madre, está claro que se marchará después de la cena, como mucho se tomará una copa, pero deseando salir de aquí antes de que ninguna de las mujeres con las que ha estado aparezca y se acerque a él. Otra cosa distinta sería que ella no apareciera, entonces nos tendríamos que buscar a las féminas en otro sitio —me respondió, diciendo verdades como puños.

Pasamos a la cena y, como no, ahí estaba él, analizando todo desde su perspectiva, al igual que mi madre, que se mostró como siempre lo hacía cuando había gente delante, de la manera más amorosa que podía, pero era todo fachada.

—Mamá, papá, buenas noches. ¿Habéis disfrutado del partido? —les pregunté, más por cortesía que porque me apeteciera, la verdad.

—Hubiera disfrutado más si los tres goles los hubieras marcado tú, pero parece ser que estamos en horas bajas —contestó mi padre, como siempre buscándole los tres pies al gato.

—Se hace lo que se puede, y si no, siempre puedes buscar otro futbolista al que sangrar, aunque dudo mucho que haya otro tonto como yo —le dije, harto ya de sus impertinencias.

—Thiago Marino, no voy a consentir que le hables así a tu padre —dijo mi madre en su defensa, ya que a ella tampoco le convenía que las cosas estuvieran mal entre nosotros.

—Déjalo, Angela, son los nervios del partido, dice cosas que no siente. Eso sí, que te quede clara una cosita. He contratado una fisioterapeuta, la mejor de todo Londres, que empezará a tratarte el lunes, en tu casa, para que no haya especulaciones de lesión y nos tire por tierra las negociaciones del nuevo contrato.

—No me pienso mover de este club, que te quede claro a ti. Si quieres negociar, tendrás que hacerlo con ellos, puesto que me niego a salir de aquí, donde además de tener buenos compañeros, tengo un futuro más que prometedor — y así zanjé toda duda sobre mi futuro laboral, yéndome hacia la mesa con mis compañeros, donde cenaríamos todos juntos, y dejando a mi padre con la palabra en la boca.

Capítulo 2

Tabatha

Me acababa de llamar mi jefe, el director de la clínica de elite en la que trabajaba, y que se dedicaba al tratamiento y recuperación de deportistas, y en la que yo ejercía de fisioterapeuta.

—Buenos días, Tabatha, toma asiento, por favor —me dijo muy serio y solemne, tal y como era siempre.

—Buenos días, señor Crawford, ¿en qué puedo ayudarle? —le contesté, ya que ese hombre infundía muchísimo respeto. Tenía sesenta años, pero no por ello parecía vencido por el tiempo o cansado por la edad, todo lo contrario, evidenciaba una vitalidad y unas ganas de trabajar inmensas.

—Hemos recibido una propuesta, pero han pedido específicamente que fueras tú. Se trata del señor Marino, el padre y representante de Thiago Marino, el delantero de fútbol. Por lo visto arrastra desde hace tiempo unas molestias en los isquiotibiales, y quiere que se le trate en su domicilio, por supuesto en total confidencialidad —empezó a explicarme.

—¿Por qué tengo que ser yo? ¿Acaso lo han especificado? —pregunté intrigada, ya que había muchísimos compañeros dispuestos y preparados para ir.

—Pues no lo sé, Tabatha. Solo puedo decirte que ayer, cuando el señor Marino nos llamó, nos dejó bien claro que tenías que ser tú, o cambiaría de clínica. Tendrías que desplazarte hasta su domicilio, tres veces en semana, una vez que termine la temporada, que será tras el

partido de esta jornada, con lo cual, el próximo lunes tendrás que estar allí a las diez de la mañana y le darás dos horas de rehabilitación.

—Pero no será una rehabilitación como tal, ya que el señorito Marino, llamémosle así para no confundirlo con su padre, no ha tenido ninguna lesión, solo son molestias.

—Dejo en todo en tus manos, Tabatha. Estás lo suficientemente capacitada para elegir el mejor tratamiento para sus molestias, que pueden ser por sobrecarga o por una lesión mal curada, tú tendrás que diagnosticarlo. Sobra decir que, si necesitas realizarle alguna prueba, será abonada aparte, tal y como el representante nos ha dicho, así como tu sueldo, que se verá incrementado en un cincuenta por ciento, por las molestias del traslado.

Joder, un cincuenta por ciento más, era un dinero importante, que me ayudaría a poder cumplir uno de mis sueños: hacerme con una casa de mayor tamaño, ya que vivía en una caja de zapatos. Con ese dinero, más el que tenía ahorrado, me daría para unos meses de alquiler.

Ni siquiera me he presentado, soy Tabatha, una fisioterapeuta bastante afamada entre el mundo del deporte y, aunque mi sueldo no era malo, no tenía las comodidades día a día que todo el mundo podía suponer.

Cuando mis padres murieron, Ryan, mi hermano, que por entonces tenía ya los dieciocho años, junto a mi abuela materna, se hicieron cargo de mí, que acababa de cumplir los quince. Todo el mundo puede pensar que mis padres, que ambos eran abogados, nos habrían dejado las espaldas bien cubiertas, pero nada más lejos de la realidad, pues mi madre estaba endeudada hasta las cejas, ya que era compradora compulsiva.

Ella no se conformaba con comprarse las cosas en unos grandes almacenes, sino que lo hacía en las tiendas online de las grandes marcas, por eso, tras su fallecimiento, no nos quedó ni la casa, de la cantidad de deudas que había acumulado debido a ello. Eso sí, tenía bolsos de marcas para dar y regalar, así como zapatos, la ropa no me quedaba bien, ya que mi madre era extremadamente delgada, y yo era una mujer normal, entradita en carnes, como diría mi abuela, pero no

tenía ningún complejo por ello, era feliz y me aceptaba tal y como era, no me privaba de nada de comer que me apeteciera por el simple hecho de estar como las modelos que veía en las revistas. De eso nada, si me tenía que comer un dulce, me lo comía, y sin ningún tipo de remordimiento, ya tendría tiempo de estar en los huesos cuando me muriera.

A mi hermano se le ocurrió hacer un rastrillo con toda la ropa de mamá, puesto que la de mi padre si se la quedó él, que casi tenían la misma talla, y que constaba de trajes de chaqueta de esos que te cuestan más de mil libras la pieza, y que eran atemporales. Ahora mismo, la mayoría de ellos los utilizaba para ir a trabajar, ya que había seguido los pasos de mis padres, y había estudiado Derecho, convirtiéndose en un buen abogado y llegando a trabajar en el mismo bufete que ellos.

Con el dinero que sacamos de aquella subasta, mi hermano abrió una cuenta en el banco para cada uno, ingresando la mitad en cada cuenta, a modo de respaldo económico para cuando mi abuela ya no estuviese con nosotros, y que ambos todavía teníamos ahorrado.

Siempre quiso ayudarme en la adquisición de mi nueva vivienda, pero jamás se lo permití, ya había hecho suficiente pagándome la carrera de Fisioterapia, y dejándome que viviera con él hasta que encontré trabajo y me pude emancipar.

—Tabatha, ¿estás de acuerdo con las condiciones? —me preguntó mi jefe, haciéndome volver a la realidad, que no era otra que la que me estaba explicando.

—Totalmente, señor Crawford. Solo tengo una pregunta: ¿él sabe que yo voy a ir a tratarlo? Porque me consta que su padre hace bastantes cosas a sus espaldas, o por lo menos es lo que se dice en la prensa.

—Supongo que lo habrá puesto al corriente, pero tampoco te lo puedo asegurar. Pero no debes preocuparte por eso, solo tienes que ir allí y hacer tu trabajo como sabes hacerlo, lo demás no es problema nuestro —me contestó con una sonrisa.

—Yo solo quiero que el ambiente no sea irrespirable, no vaya a ser que vaya y me dé con la puerta en las narices —le dije con esa misma

sonrisa que él me había brindado.

—Eso no sucederá, te lo puedo asegurar. Y, en el caso de que ocurra, te das media vuelta y te vienes, que ya hemos cobrado por adelantado todo el tratamiento —respondió levantando las cejas.

Me levanté y salí del despacho con una sonrisa en los labios, no por el trabajo en sí, sino por el dinero que iba a cobrar, que no era moco de pavo. En realidad, la mayoría de esos hombres eran unos egocéntricos, que solo se vanagloriaban de sus logros deportivos, así como de sus conquistas con grandes modelos.

Por ese motivo no tendría que preocuparme, puesto que me hacía invisible delante de ellos. Todo lo que no fuera tener una talla treinta y seis, ellos lo veían como si no estuvieran a su altura, y a mí eso, tal y como os he contado antes, me traía sin cuidado.

—Ryan, tengo una buena noticia —le dije a mi hermano, en el mismo momento en que salí de la clínica, ya que lo primero que hice fue llamarlo por teléfono.

—Pues cuéntamela y sácame de dudas. ¿Te has enamorado? ¿Has encontrado al hombre de tu vida? —me dijo con guasa, ya que sabía que esa no era una de mis prioridades.

—No, ya sabes que no estoy dispuesta a sacrificarme con una dieta para que un hombre me lleve a su lado como si fuera un trofeo, esto es mucho mejor. Me acaban de contratar como fisioterapeuta privada para el gran Thiago Marino, pero es confidencial, así que ya sabes que no puedes contárselo a nadie.

—Es confidencial y, a las primeras de cambio, me llamas y me lo cuentas. Creo que tienes que revisar tu idea de ese concepto —me contestó riendo.

—Tengo plena confianza en ti, por eso te lo he contado, aunque también se lo voy a decir a David y a Vicky —le respondí, y es que, por los tres ponía la mano en el fuego y no me quemaba, lo tenía claro.

—Hombre, por favor, si sois los tres mosqueteros, como no se iban a enterar ellos. Lo raro es que no lo hayan hecho antes que yo.

—David, está durmiendo, está saliente de guardia, y Vicky, estaba comunicando —le respondí, y entonces estalló en una carcajada. Ellos eran mi familia, la que se elige, y no pensaba dejarlos en la ignorancia.

—¿Tanto te impresiona ese hombre que lo vas contando con tanto ímpetu? Porque, déjame que te diga, hermanita, que esos hombres solo van a lo que van, así que no te hagas ilusiones.

—Para el carro, mendrugo, que ni siquiera sé quién es. A mí lo que me emociona es el dinero que voy a ganar, que junto al que tengo ahorrado, me va a permitir buscar una casa más grande. Además, sabes que para la mayoría de los hombres soy invisible, y para los que sí aparezco en el radar, están casados o comprometidos, así que, o me hago la querida de alguien o me cambio de acera, no tengo otra —le interrumpí riendo, puesto que era una cosa que yo tenía más que asumido.

—Ni te veo de querida de nadie ni, mucho menos, en la otra acera. Quien no sepa verte tiene un problema, él, no tú, puesto que más bonita no la hay, por fuera y por dentro, que todavía es más importante.

—Claro, tú que vas a decir, si eres mi hermano. Si tú también me dijeras que soy fea, entonces tendría que buscarme un buen psicólogo, te lo digo yo.

Estuvimos un rato más entre bromas y risas, puesto que ambos teníamos un gran sentido del humor, y nos picábamos entre nosotros, para terminar con un beso o un abrazo si estábamos juntos, y partí hasta mi casa, que no se encontraba lejos de la clínica, pero antes paré en una inmobiliaria que me cogía de camino, para ver si había alguna casa que me gustara y estuviera a mi alcance.

Capítulo 3

Thiago

La cena fue un auténtico suplicio, ya que mis padres no paraban de dejarme en evidencia, hasta que llegó el momento en el que le tuve que pararle los pies a mi padre, y que fue el detonante de una gran bronca entre los dos, afortunadamente, nos encontrábamos lejos de miradas indiscretas.

—Te he dicho que dejes de meterme en líos, que no pienso marcharme de este club, digas tú lo que digas —le dije, en cuanto entramos en una sala aparte hasta la que me lo llevé, con la intención de dejarle las cosas claras de una puñetera vez.

—Y yo te he dicho que, mientras que sea tu representante, haré lo que crea conveniente para mejorar tu caché y tu carrera —me contestó como el que le habla a un niño pequeño.

—Pues entonces, solo encuentro una solución. O me haces caso, y empiezas a negociar mi nuevo contrato con este club, o dejas de ser mi representante, una de dos —le dije, y su cara mudó de la sorpresa al enfado.

—¡Yo te he llevado a lo más alto! ¡Qué no se te olvide nunca, que sin mí serías un mindundi! —gritaba a pleno pulmón, totalmente enfadado.

—De eso nada, si he llegado a donde estoy es por mi esfuerzo y mi trabajo, que yo sepa, no eres tú el que estás en el campo en cada partido, ni el que mete los goles o va a entrenar cada día. Así que, no pienso discutirlo más, papá, ya sabes lo que hay, en ti está si quieres

seguir siendo mi representante o no, pero por supuesto, bajo mis condiciones —le respondí, y lo dejé allí plantado, con la vena del cuello como el bajante de un bloque de diez plantas, pero me daba exactamente igual, ya estaba bien de que siempre tuviera que hacer lo que él quería, sin importar mi opinión para nada.

Lo vi salir de la sala en la que lo había dejado, con una cara que le llegaba a los pies, y una muestra de su impresionante enfado fue que, tal y como terminó la cena, tomó a mi madre del brazo y se la llevó de allí, sin dejarla siquiera que se acercara a mí. Eso ya lo tenía asumido, y casi que lo agradecía, puesto que, si hubiera venido a despedirse, se habría encargado de hacerme sentir mal, o de pedirme dinero para comprarse cualquier bolso o zapatos que hubiera visto.

—Por fin se han ido, macho, pensé que se iban a quedar solo por joderte la noche —me dijo Lucca, que se había percatado de todo, al igual que yo.

—No es precisamente esa visión de jodienda la que pretendo esta noche, más bien todo lo contrario. Pretendo buscar una mujer de piernas infinitas, que no tenga reparos en abrirlas para mí, y en las que sumergirme a buscar el placer, aunque sea sin sentimientos, pues creo que soy incapaz de sentir absolutamente nada por nadie, te lo prometo —le respondí a Lucca, que compartía conmigo la visión de la vida.

—No me seas burro, Thiago, lo que pasa es que todavía somos muy jóvenes para pensar en eso, ya tendremos tiempo de encontrar a la mujer de nuestra vida, con la que formar una familia, mientras tanto, seguimos buscando y probando el material, no vaya a ser que luego sea defectuoso —me respondió él, que tenía un arte que no se podía aguantar, y nos reímos a carcajadas.

—Bueno vale, te lo compro. Ahora vamos a analizar el material, como tú dices, no vaya a ser que haya alguien mejor que Cindy y la pasemos por alto por ir a lo seguro —le dije, analizando a todas y cada una de las mujeres que estaban entrando en esa sala, sin precipitarnos, ya que sabíamos que la modelo que habíamos nombrado anteriormente no tendría ningún reparo en compartir esa noche con nosotros, pues lo habíamos hecho en otras fiestas en las que habíamos coincidido los tres.

Nos fuimos a la barra a pedir una copa, a la espera de acontecimientos. Siempre hacíamos lo mismo, nunca, en ningún caso, éramos nosotros los que movíamos ficha, sino que esperábamos a que fueran ellas las que se acercaran, y de ese modo, tanteábamos el terreno, descubriendo hasta donde eran capaces de llegar. En ese momento, una impresionante pelirroja estaba dirigiendo sus pasos hasta donde nosotros estábamos situados.

—Buenas noches, mi nombre es Alana, y me preguntaba si os importaría que me tomara una copa aquí con vosotros —nos dijo, de una forma muy melosa, y que nos dejaba entrever que estaba interesada en los dos.

—¿Qué te parece si esa copa que dices nos la tomamos mejor en la habitación que tenemos reservada? —le dijo Lucca, que no daba puntada sin hilo y que, cada vez que teníamos algún evento de estos, reservaba una suite, así no teníamos que buscar nada de última hora, ya que, ni a su casa ni a la mía llevábamos nunca a ninguna mujer, ese era nuestro lugar seguro.

—Pues me parece una idea fantástica, ya que aquí hay mucha gente para lo que se cruza por mi mente en estos momentos —respondió ella, y solo con su tono y sus gestos, nos puso duro a los dos, porque conocía a mi amigo, y estaba seguro de que ese momento se encontraba en las mismas circunstancias que yo.

Tal y como entramos en el ascensor, ambos nos tiramos a su boca, primero él y luego yo, y ella se dejaba hacer, como si fuera una fantasía que tuviera pendiente de cumplir. Nuestras manos recorrieron todo su cuerpo, al igual que las de ella el nuestro, ya que iba alternando de uno al otro. Tenía claro que la noche iba a ser de las denominadas "épicas", en la que nos darían las claras del día degustando a la pelirroja y sumergiéndonos en una espiral de placer.

—Me parece que te sobra mucha ropa —le dije en cuanto atravesamos el umbral de la puerta, y ella se dio la vuelta para que bajara la cremallera de su vestido y lo dejé caer en cuanto que la abrí, dejando a la vista un diminuto tanga negro, ya que lo que llevaba le impedía usar sujetador, y tampoco es que le hiciera falta.

—Bien hecho, socio, ahora nos toca a nosotros —dijo Lucca, mientras se desprendía de su chaqueta y su corbata, al igual que yo.

—No, me toca a mí el placer de desnudar a dos hombres como vosotros —y así lo hizo, dejándonos a los dos en bóxer antes de que nos diéramos cuenta, y arrodillándose entre los dos.

La pelirroja, de la que no sabíamos ni siquiera el nombre, y tampoco es que nos interesara mucho, sacó nuestros miembros, y los fue degustando como si fuera el helado más rico del mundo, llevando su boca y su lengua de uno a otro, y volviéndome loco por completo.

Cuando casi estábamos a punto, tanto Lucca, como yo, nos miramos, pues era hora de entrar en acción, Me senté en el sofá, con ella a horcajadas sobre mí, pero dándome la espalda y, tras ponerme el preservativo, la penetré, mientras que mi amigo se arrodillaba y lamía su sexo haciéndola gritar. Una vez que llegó al clímax, invertimos la posición haciendo que volviera a alcanzar el orgasmo en tiempo récord. Tras eso, fue penetrada por los dos a la vez, que era lo que estaba pidiéndonos desde que llegamos, y los tres disfrutamos por igual.

Así estuvimos toda la noche, esmerándonos en que, tanto ella, como nosotros, pudiéramos disfrutar de nuestros cuerpos, doliéndonos músculos que no sabíamos ni que existían, ya que ella nos pedía más y más posturas, primero a uno, luego al otro, y al final a los dos juntos. Cuando se fue, estábamos agotados, tanto que no nos movimos de allí, caímos rendidos hasta bien entrada la tarde, en la que nos levantamos y nos vestimos para marcharnos cada uno a su casa.

Capítulo 4

Tabatha

Allí estaba yo, en la puerta de la gran casa de este personaje, pues para mí todos lo eran, independientemente de a que disciplina deportiva se dedicaran, esperando que alguien se dignara a abrirme la puerta.

—Tú debes ser Tabatha, ¿me equivoco? —me dijo el señorito Marino en cuanto abrió y me vio en el umbral de su casa.

—La misma, y usted debe ser el señorito Marino —le dije con toda mi mala leche, puesto que no se le veía con cara de buenos amigos, y eso no lo soportaba.

—Yo soy Thiago, ni señor ni señorito Marino, que me suena a los tiempos de Maricastaña, cuando el servicio se dirigía de ese modo a los señores de la casa.

—Perfecto, Thiago, pues cuando quiera, me deja pasar y empezamos con la sesión.

—Espera un momento, que antes voy a aclarar contigo dos cositas muy importantes —me dijo y yo arqueé una ceja, pues no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

—Pues usted dirá —le seguía hablando de usted, sin tutearlo, ya que no me gustaban las familiaridades con este tipo de pacientes.

—En primer lugar, decirte que eres la primera mujer fuera de mi círculo íntimo que entra en esta casa, a la que considero mi refugio sagrado, así que, como te vea salir de la zona destinada para realizar tu trabajo o me entere que le cuentas algo de lo que hay dentro a

cualquier periodista, te voy a meter una demanda que te va a faltar vida para pagarme la indemnización —me soltó, y algo en mí se reveló, ¿qué se había creído el imbécil este?

—Pues yo solo te voy a decir una cosa, y muy clarita, además. Que sea la primera y la última vez que te diriges a mí para amenazarme, porque entonces la demanda te la vas a llevar tú. No tengo interés ninguno en entrar en tu casa, y mucho menos en saber lo que escondes en su interior, como si tienes una mazmorra, me la trae al pairo. Dicho esto, y como solo necesito una zona en la que puedas tumbarte, esa hamaca del jardín me servirá, y así queda tu casa totalmente fuera de mi alcance —le solté, pasando a tutearlo, puesto que ya me había tocado mucho las narices, y me dirigí hacia donde le había indicado antes, sin dejarlo articular ni una sola palabra. Desde luego, todo lo que tenía de guapo lo tenía de gilipollas, no entendía que le veían las mujeres, a no ser que le tapasen la boca y no lo dejaran hablar. Yo misma me reía de mis ocurrencias, cuando me di cuenta de que seguía parado en el mismo sitio —¿Vienes ya, o qué? Porque son dos horas, y ya has perdido media con estupideces varias.

—Sí, perdona, ya mismo voy —me respondió desconcertado, puesto que lo que menos esperaba era una reacción por mi parte como la que tuve. Se debió pensar que le iba a suplicar por entrar en su casa, que equivocado estaba conmigo…

—Necesito que te quites los pantalones y te pongas bocabajo en la hamaca, para poder evaluar el alcance de la lesión —le dije, ya en modo profesional, puesto que no estaba dispuesta a aguantar una salida de tono más por su parte.

—¿Perdona? Yo no tengo ninguna lesión, solo son molestias. No sé qué es lo que te habrá contado mi padre, pero no es cierto —me respondió enfadado. Este niñato, porque a pesar de la edad que tenía, para mí se estaba comportando como tal, empezaba a tocarme demasiado las narices.

—Vamos a ver, chaval, para empezar, tu padre no me ha contado nada, puesto que no ha sido conmigo con quien ha hablado, sino con mi jefe, lo que no entiendo es por qué me ha elegido a mí. Y, en segundo lugar, aunque no menos importante, me da exactamente igual

lo que tu padre haya dicho, la profesional soy yo y, por ello, la única persona que puede determinar el alcance de esa "molestia", como tú la llamas, es Tabatha Smith, o sea, yo misma. Así que, o te bajas los pantalones y me dejas hacer mi trabajo, o ahora mismo cojo mis cosas y me voy, porque hasta donde yo sé, no conozco a nadie que pueda dar masajes terapéuticos teniendo el paciente la ropa puesta —le contesté, incluso más enfadada que él. En cuanto que saliese de aquí, iba a tener unas palabritas muy serias con mi jefe.

—Listo, ya puedes evaluar lo que te dé la gana —me dijo, quedándose en bóxer y echado en la camilla. La verdad sea dicha, es que el muchacho tenía un culo de escándalo, de esos que utilizan en las vallas publicitarias para promocionar calzoncillos. Esperaba que por delante estuviera igual de bien dotado, aunque mejor ponerle la toalla y dejarme de especulaciones, que yo me conocía y no tenía filtro en muchas ocasiones, y eso hice, sacar una de las toallas desechables que llevábamos y taparlo.

—Tienes la zona muy cargada, te aconsejaría que, por lo menos durante unas semanas, no practicaras ejercicio, pues de lo contrario, podría ir a peor, y entonces sí que te enfrentarías a una lesión de varios meses de recuperación, y seguro que no es eso lo que quieres —le informé, empezando a sacar mis productos y maquinarias para darle la primera sesión, esperaba que con el tiempo fuera a mejor y me hiciera caso.

—¿Eres siempre así de antipática o debo sentirme un privilegiado? —me preguntó muy serio, y ya sí que no pude mantener mi boca cerrada.

—Ni lo uno ni lo otro. Solo soy así cuando la persona que tengo delante, se cree que, por tener dinero y muchos títulos deportivos, tiene el derecho de tratar a los demás como si fuéramos escoria, y eso no lo soporto. Te puedo asegurar que, si en vez de una talla cuarenta y cuatro tuviera una treinta y seis, tu trato hacia mí hubiera sido distinto. Pero no te preocupes, que ya estoy acostumbrada a eso, y no me molesta lo más mínimo —le respondí, interrumpiendo cuando quiso decir algo, y dejándole las cosas claras.

—Tienes razón en todo, y te pido disculpas por ello. ¿Qué tal si empezamos de nuevo? Mi actitud no tiene nada que ver ni con tu talla ni con mi dinero, te lo aseguro. Lo primero: porque tienes una cara preciosa, y unos ojos de lo más expresivos, que me han calado en cuanto que te he visto. Y lo segundo: más que con mi dinero, se debe a la actitud de mi padre, que no para de ningunearme, saltándose mis decisiones a la torera, y haciendo lo que a él le parece. Por eso, al verte, pensé que había llegado a algún acuerdo con periodistas o algo así, y te mandaba a ti para que recabaras información —me dijo, bastante apenado y avergonzado por su forma de tratarme y de hablarme.

—Chico, valiente imaginación la tuya. Cuando abandones el fútbol, te puedes dedicar a escribir novelas policíacas o algo por el estilo, porque triunfarías seguro —bromeaba con él, y entonces la más maravillosa de las risas brotó de sus labios.

—Pues entonces, espera a conocer a mi amigo Lucca, ese sí que tiene futuro como escritor de novela negra —me contestó, sin poder parar de reír.

Estuvimos la hora entera entre broma y broma, pero sin dejar de lado mi trabajo, que era por lo que yo estaba allí y mi principal cometido, pero eso no quitaba que nos pudiéramos llevar bien.

—Pues nada, es hora de marcharme. El miércoles volveré a la misma hora, si no tienes inconveniente, si te viene mal la hora, dímelo y te la cambio a otra que te venga mejor —le dije, mientras que me quitaba los guantes y recogía todo el material.

—No, para nada, esta hora me viene genial, así tendré todo lo que queda de día libre, para poder nadar y relajarme. Eres muy buena en tu trabajo, Tabatha, y estoy completamente seguro de que llegarás muy lejos —me dijo, antes de dejarme un beso en la mejilla para despedirse —Eso sí, la próxima sesión, dentro de la casa, en un lugar más cómodo para los dos. Hoy, porque acompañaba el día, pero no me quiero ni imaginar estar ahí con lluvia o frío.

—Eso lo has decidido tú con tu forma de dirigirte a mí. Recuerda, si tú eres agradable conmigo, yo lo seré contigo, mi actitud depende de la tuya. No soy una mujer que se deja impresionar porque seas un

futbolista de elite, ni mucho menos, para mí no eres más que otro paciente más, y me da exactamente igual que te llames Thiago Marino o John Smith. Mi cometido es el que es, seas quien seas. Hasta el miércoles, Thiago —me despedí de él, y se quedó en la puerta viéndome marchar, puesto que me metí en mi coche y salí de allí sin mirar atrás.

Capítulo 5

Thiago

Desconcertado, completamente desconcertado, así me había dejado Tabatha, que no era una mujer como las que estaba acostumbrado a que me rodearan, pero en ninguno de los sentidos y, sin embargo, me encontraba de esta manera, y sin saber a qué era debido.

—Eh, chaval, que estoy aquí, te estoy hablando y tú estás ignorándome por completo. ¿Qué coño te pasa? —me preguntaba Lucca, que había llegado a mi casa hacía un rato, junto a Matteo y Amanda, su mujer, puesto que habíamos quedado en hacer una barbacoa.

—Perdona, tío, ¿qué me decías? —le respondí, sabiendo que me había marchado del lugar en mis pensamientos, esos en los que no podía sacar a Tabatha.

—Te preguntábamos qué tal la fisio, ¿todo bien con ella? —me dijo Matteo, que también se había percatado de mi ida de cabeza.

—Pues, si os digo la verdad, me ha dejado totalmente desconcertado. Como profesional, es un genio, eso es indiscutible. Con solo palparme la zona, ha dado con el diagnostico exacto, y sin saber absolutamente nada, y me ha aplicado unos tratamientos nuevos, que me han dejado bastante aliviado. Pero como mujer, como persona, no os puedo describir lo que me ha hecho sentir —les dije a los tres, y recibí una sonrisa por parte de Amanda.

—Habla ahora o calla para siempre —me dijo Lucca con mucha sorna, y todos reímos ante su comentario.

—Veréis, no es la típica mujer en la que fijaría mi atención en un primer momento, puesto que no cumple con los cánones de belleza a los que estoy acostumbrado. Es decir, es una mujer preciosa, con unos ojos verdes que, cuando te fijas bien, tiene motitas doradas alrededor, y que te dejan embelesado, pero no tiene el noventa – sesenta – noventa de una modelo, sino que tiene una talla cuarenta y cuatro, y además está muy orgullosa de ello —empecé a decir, pero Amanda me interrumpió.

—¿Qué pasa, que las que no tenemos esas medidas no tenemos derecho a encontrar el amor? Me parece muy superficial eso que estás diciendo, Thiago, lo de fuera solo es un envoltorio, lo importante es lo que hay dentro, y por lo que estás contando, esa chica vale muchísimo —me contestó Amanda, bastante enfadada, por cierto.

—No malinterpretes mis palabras, amiga, y deja que termine de explicarme. A lo que iba, el caso es que no se impresionó por nada, ni de lo que le dije ni de mi persona, se mostró absolutamente indiferente, incluso me plantó cara. Le dije que como hablara con la prensa de lo que había en mi casa o algo por el estilo, le iba a poner una demanda que no iba a tener vida para pagar. ¿Sabéis lo que me contestó?

—Me lo puedo imaginar, puesto que yo hubiese contestado algo así, pero prefiero que nos lo cuentes tú —me dijo Amanda.

—Te suplicó que no la demandaras, que ella no iba a decir nada a la prensa, que mantendría la boca cerrada —esa vez fue Lucca, mientras que yo negaba con la cabeza.

—Nada más lejos de la realidad, me dijo que no se me ocurriera amenazarla más, o sería a mí, a quien le pondría la demanda. Que le importaba un huevo de pato lo que tuviera en mi casa, como si quería tener una mazmorra, y que no pensaba entrar, así se ahorraba las especulaciones. La sesión de hoy me la ha dado en la hamaca del jardín, ni más ni menos —le contesté, y entonces, tanto Amanda, como Matteo, se miraron entre ellos, y se echaron a reír. Lucca se quedó igual de desconcertado que yo.

—Amigo, has dado con la horma de tu zapato. Me da a mí que, esta chica, te va a traer muchos quebraderos de cabeza —me contestó

Matteo, que no podía parar de reír, mientras que yo procesaba esas palabras.

—Ahí no quedó la cosa, cuando le pregunté si era así de antipática siempre o solo era conmigo, me dio una contestación que me tiró de culo. Me restregó por la cara que, si hubiera tenido una treinta y seis de talla, no solo la habría dejado entrar en mi casa, sino que hubiera intentado meterla en mi cama, y que ella no soportaba a la gente que, por tener títulos deportivos y dinero, se creía con el derecho de tratar mal a los demás.

—¿No me jodas? ¡Toma ya, con dos ovarios! Me muero por conocerla, ¿cuándo viene la próxima vez? —me dijo Matteo, mientras que su mujer asentía con la cabeza.

—Pásate por aquí la próxima vez que venga, amor, y la invitas a casa con cualquier excusa, dile que tengo una contractura en el cuello, por ejemplo, porque me muero por tener una conversación con esa mujer —le dijo Amanda a su marido, mientras que Lucca no salía de su asombro.

—Viene el miércoles a las diez, pero os pido, por favor, que no aparezcáis ninguno, dejadme que la conozca mejor, y ya os iré informando —les supliqué, aunque sabía que era en vano, puesto que tenía claro que acudirían, si no todos, por lo menos Matteo y Lucca.

—No te lo crees ni tú —me dijo Lucca, que ya había salido de su estado catatónico—. Yo tengo una lesión en el bíceps femoral, que ninguno de los fisios del club ha conseguido aliviar, y tengo que comprobar si lo que dices de ella es cierto, así que, aquí estaré antes de la hora, para que me evalúe y me diga cuando puede tratarme.

—Si lo que pretendes es que la compartamos algo más que como fisioterapeuta, te vas olvidando de ello, ¿te enteras? —le solté a Lucca sin pensar, y es que una fuerte sensación de posesión hacia ella me invadió de repente.

—Uy, uy, uy, que me parece que el gran Thiago Marino ha caído en las brasas del amor —dijo Amanda con mucho cachondeo, pero ya sabéis lo que se dice que, entre broma y broma, la verdad asoma.

—No digas sandeces, Amanda, el amor no está hecho para un tipo como él, o al menos, eso es lo que dice siempre —le contestó su

marido, en el mismo tono bromista, pero que a mí no me hacía ni puñetera gracia, la verdad.

—Vamos a encender la barbacoa, o tendremos que comernos un sándwich, que mirad la hora que es y tengo hambre —les respondí, intentando cambiar de tema y por suerte lo conseguí, ya que tanto Lucca, como Matteo, me hicieron caso y se levantaron para prepararlo todo, yo me fui hacia la cocina, para sacar la carne, lo que no me esperaba es que Amanda viniera detrás de mí.

—Thiago, por una vez en tu vida, piensa en ti. No como jugador o como personaje público, sino como persona. Está claro que Tabatha ha conseguido tocar una teclita que otras no lo han hecho, permítete conocerla y deja que todo fluya como tenga que fluir —me dijo, acariciándome la cara como hacía mucho tiempo que no lo hacía nadie, con cariño y sin ningún tipo de doble intención.

—No será fácil, Amanda. Por mucho que me haya llamado la atención como ninguna mujer lo había hecho antes, tengo la intuición de que ella no está por la labor de dejarme que la conozca.

—Nadie ha dicho que lo sea, tú solo deja que ella conozca al verdadero Thiago, no al que sale al campo a jugar o sale en las revistas del corazón, sino al que se desvive porque a sus amigos no les falte de nada, por el que se preocupa por los más necesitados, haciendo donaciones anónimas a varias entidades que se ocupan de los niños sin hogar. Deja que conozca a la persona, no al personaje, y te garantizo que la tendrás a tus pies —me dijo, y me dio un beso en la mejilla, antes de salir de la cocina con la bandeja de la carne en la mano. Ese beso que me recordó al que le di a Tabatha antes de que se fuera, y que fue un impulso que no pude controlar, aunque debo decir que ella se lo tomó muy bien. Por primera vez en muchísimo tiempo, tendría que agradecerle algo a mi padre, que me hubiera enviado a ese ángel que, tal y como decía Matteo, me iba a dar muchos quebraderos de cabeza.

El resto del día lo pasamos así, en plan tranquilo, alternando los ratos de charla con los de juegos en la piscina, esos que, tal como me había dicho mi fisio particular, evité que fueran más intensos de lo normal, evitando saltos y todo tipo de esfuerzos que hicieran que se

me complicara la lesión que tenía, porque sí, había que llamar a las cosas por su nombre, y no era una molestia, era una lesión que había tratado de enmascarar durante toda la temporada.

Capítulo 6

Tabatha

Salí de allí con una sensación muy extraña, por un lado, había conocido al Thiago más antipático y creído, al que salía en las revistas y se pensaba que era el rey del mundo, rodeado de esas modelos de piernas infinitas y caras de muñeca. Pero por otro, también había conocido al más cercano, al que se abrió a mí, contándome sus problemas, y no sabía cuál de los dos era el verdadero, así que decidí llamar a mis amigos David y Vicky, y quedar para comer los tres juntos, como hacíamos cada vez que uno de nosotros teníamos una "crisis existencial", que era la manera en la que llamábamos a nuestros problemas.

—Ya está aquí la alegría de la huerta —dijo Vicky, nada más llegar hasta donde yo estaba sentada, esperando a que aparecieran los dos.

—Hola preciosa, ¿qué tal la mañana? —le pregunté, dándole un beso en la mejilla.

—Mejor que la tuya, por lo que se intuye. Qué pasa, que el guapetón te las ha hecho pasar canutas ¿no? ¿Tan antipático es? ¿O todo lo contrario? No sé lo que te habrá hecho, pero traes una carita, guapa, que no la sacan ya ni en las películas de miedo —así era ella, un terremoto en todo el amplio sentido de la palabra. Cuando cogía carrerilla, no había manera de pararla, aunque lo intentaras, pero siempre estaba ahí para mí, lo hacía desde siempre. Vicky, David y yo, éramos inseparables desde nuestra más tierna infancia y, aunque habíamos estudiado cosas distintas, nunca habíamos perdido el

contacto, ya que fuimos a la misma universidad, pero a distintas facultades, alquilando un piso para los tres. Mi amigo David era médico, pediatra más concretamente, yo había estudiado fisioterapeuta, y Vicky, se había decantado por una rama de administración de empresas.

—Chica, pues no sé qué decirte. La verdad es que, al principio, fue un tío grosero y antipático, pero luego, en cuanto le planté cara, cambió. Me ha dejado totalmente desconcertada, puesto que no sé cuál de las dos versiones es la verdadera.

—Ahí viene David, esperemos a que se siente y nos lo cuentas todo con pelos y señales, que seguro que él, que es tío, te da una opinión más certera de lo que yo pueda decirte —me contestó, viendo a nuestro amigo que estaba cruzando la carretera en ese momento, y es que siempre elegíamos un restaurante cercano al hospital en el que trabajaba, por si acaso estaba de guardia o en su turno, no tuviera que ir demasiado lejos.

—Voy a ser el hombre más envidiado de todo el hospital, no hay nada como sentarse a comer con dos mujeres guapas, dos bombones como vosotras —nos dijo David, dándonos un beso a cada una.

—Déjate de chácharas, chaval, que en tu hospital nos tienen más vistas que a las enfermeras, y siéntate ya, que nuestra querida Tabatha tiene muchas cosas que contarnos —le respondió mi amiga, jalando de su camisa para que tomara asiento, y casi lo tira de la fuerza que ejerció, provocándome una sonora carcajada.

—No me vayas a decir que te has enamorado del *playboy* ese, porque entonces, en cuanto entro en la clínica y pido la eutanasia —contestó David, con los ojos que se les iban a salir de las cuencas.

—De verdad, hijo, no sé qué te has tomado antes de salir. Me parece que has estado mucho tiempo al lado de la mascarilla de la anestesia, y te has colocado a base de bien —le dije sin poder parar de reír —No tiene nada que ver, simplemente es que me ha desconcertado la actitud del futbolista, puesto que…—le conté todo lo que me había pasado durante la visita a su casa, mientras que David me escuchaba atentamente. Normalmente, nos dirigíamos a los pacientes por su

profesión, para así evitar dar nombres y que nadie hiciera cábalas, asociando la situación al personaje.

—¿Quieres que te dé mi sincera opinión? —me preguntó David, mientras yo asentía con la cabeza —Pues pienso que él se ha debido quedar igual de desconcertado que tú, por varias razones. La primera: porque debe estar acostumbrado a que las féminas le sirvan pleitesía, y se ha encontrado con una mujer que, no solo le ha plantado cara, sino que le ha dado donde más le duele, haciéndolo quedar como un idiota. Además, si él pensaba que eras una enviada de su padre, debía tener el peor concepto de ti, así que por eso actuó de ese modo, a la defensiva, puesto que es vox populi que la relación entre ellos va fatal. Cuando tuvo la certeza de que no era así, se relajó, actuando como el verdadero Thiago, no como el personaje, abriéndose a ti en canal. Piensa que para él tampoco debe ser fácil el papel que le ha tocado jugar, y puede ser que tú lo hayas sacado de él.

—No entiendo nada, os lo prometo. Me conocéis, sabéis que a mí me da exactamente igual a que se dedique mi paciente, o lo bueno que pueda estar, porque no voy a negarlo, está bueno con avaricia.

—Chica, pues date una alegría al cuerpo, que hace mucho que no te la das, y también es muy necesario —esa era Vicky, que todo lo veía de la manera más sencilla.

—Claro que sí, el miércoles cuando llegue le digo, mira corazón, de las dos horas, una la vamos a dedicar a la lesión, la otra quiero que me hagas gritar hasta en arameo, que estoy muy faltita, que hace mil años que no echo un polvo en condiciones. ¿Eres tonta o has comido bolitas? Él, que debe tener a mil modelos haciendo cola para acostarse con ellas se va a fijar en mí, con mis michelines y mis imperfecciones —le contesté entre risas, negando con la cabeza.

—¿Y eso que tiene que ver? Te hemos dicho en infinidad de ocasiones que eres preciosa, y que tus curvas vuelven loco a más de uno. Deja de infravalorarte, por favor —me respondió David.

—No es infravalorarme, David, es ser realista. No te voy a discutir que mis curvas gusten a más de uno, porque si no todavía sería virgen, y eso hace mucho tiempo que desapareció de mi cuerpo. Pero, a pesar de ello, Thiago está fuera de mi alcance, él juega en otra liga, y no voy

a dejar que me utilice, ya ese tiempo pasó. Ahora quiero a alguien me valore, que me acepte y me quiera tal y como soy, ni más ni menos.

—Deja que todo fluya, conócelo y deja que te conozca, porque lo mismo te llevas una sorpresa —me aconsejó Vicky.

—Claro ¿sabes cuál va a ser esa sorpresa? Que yo me voy a enamorar como una tonta de él, y no va a ser recíproco. En el caso de que se acueste conmigo, seré como un reto para él, y en cuanto lo consiga, a otra cosa mariposa, y yo me quedaré con el corazón roto, y por ahí sí que no quiero pasar, ya lo tuve una vez así y me costó media vida salir adelante y olvidarme de la otra persona —le respondí, y era verdad. Fue en la universidad, donde conocí a Donovan, el que pensé que era el amor de mi vida, y yo el suyo. Estuvimos juntos varios meses, hasta que me enteré de que estaba conmigo por una apuesta, y que se tiraba a cualquiera que usara bragas mientras que estábamos juntos. Se me caía la cara de vergüenza cuando iba por el campus y la gente me señalaba, después de romper con él, cuando tendría que haber sido, al contrario, ya que yo tan solo me enamoré, fue él quien jugó con mis sentimientos. Me costó horrores olvidarlo y seguir con mi vida social, me refugié en los estudios, que también tuvo su lado bueno, puesto que me saqué dos cursos en uno, terminando mi licenciatura un año antes, eso era lo único bueno que tenía que agradecerle a ese tipo.

—No me seas dramática, Tabatha, que no todos los hombres son iguales, también estamos los que nos enamoramos de la persona en sí, lo de fuera tan solo es un envoltorio.

—Lo sé, pero este tiene todas las papeletas de que me va a hacer daño, y no quiero volver a pasar por eso. Así que, si lo intenta, cosa que dudo mucho, intentaré resistirme todo lo que pueda, a ver si puedo salir indemne de esta situación —le contesté, y mis amigos se resignaron a seguir dándome la tabarra con el mismo tema.

Durante la comida, nos enteramos de que David había conocido a una enfermera de su hospital y habían quedado varias veces. Todavía no había pasado nada entre ellos, pero estaba claro que a mi amigo le gustaba bastante la chica, así que quedamos en que el sábado, que

saldríamos a cenar y a tomar una copa, nos la presentaría para que le diéramos nuestra opinión.

Tras eso, nos despedimos y quedamos en hablar el viernes para organizar nuestra salida. Vicky me dijo que, tal y como saliera del trabajo, se vendría para mi casa y así nos arreglaríamos juntas, esa noche dormiría conmigo, ya que ella vivía muy lejos del centro y no tenía coche para ir y volver, pues se le había estropeado y seguía en el taller.

Capítulo 7

Thiago

Estaba tan nervioso como si tuviera una cita por primera vez, y es que apenas había podido dormir durante la noche, expectante a ver como aparecía Tabatha esta mañana, me moría por conocer cómo sería su actitud.

Llamaron al timbre de la cancela de fuera, y me levanté para abrir como un resorte, pensando en que sería ella, que se había adelantado, puesto que eran las diez menos cuarto, pero mi gozo en un pozo, ya que era Lucca, que venía a conocerla y a preguntarle si le podía tratar su lesión, o al menos esa era la excusa que había puesto.

—Hola hermano, tienes mala cara, ¿no has podido dormir bien? —me dijo nada más entrar en mi casa.

—Yo también te quiero, Lucca —le respondí con sorna—. Tiene cojones que aparezcas por mi casa sin haberte invitado, y encima me digas esas lindezas. Todavía te doy una patada en el culo que vas a atravesar la verja sin coche ni nada.

—Sabes que lo digo por tu bien, por si quieres lavarte la cara o algo antes de que venga Tabatha. Además, estoy aquí por motivos médicos, necesito que me evalúe la lesión, a ver que me propone, porque como siga así, me voy a tener que retirar antes de tiempo —me contestó Lucca, y en cierto modo tenía razón, puesto que esa lesión la llevaba arrastrando desde hace tiempo, y todavía nadie había dado con la tecla para su mejoría. Tal y como me había dicho, si no era capaz de ponerle

remedio, acabaría con su carrera profesional a lo sumo en un par de años.

Esta vez, al sonar el timbre, supe que era ella, entre otras cosas porque era la persona más puntual que conocía, y faltaban dos minutos para las diez, así que abrí sin ni siquiera preguntar, y vi su coche entrar en la parcela, aunque su cara no era mejor que la mía, todo hay que decirlo, pero no sabía cuál era el motivo que tenía ella para mostrarse así.

—Buenos días, Tabatha, ¿lista para empezar otra sesión? Tengo que decirte que me he notado bastante más aliviado desde el lunes. También que ahí dentro está mi compañero Lucca Bandini, dispuesto a que le des tu opinión al respecto de una lesión que arrastra desde hace tiempo —era como una ametralladora, no podía parar de hablar, y es que, desde niño, me pasaba eso, que cuando alguna situación me ponía nervioso, no podía dejar de hablar.

—Buenos días, Thiago, respira hijo mío, que te vas a ahogar. Por lo que veo, no estás al tanto de lo que dice una revista hoy, ¿no? —me soltó, y la miré extrañado, puesto que no sabía a qué se estaba refiriendo, cuando la vi que levantaba la mano para mostrarme algo.

—¡Me cago en todo lo cagable! ¡Lucca, ven aquí ahora mismo! —gritaba sin podérmelo creer, puesto que en la revista estaba la pelirroja del otro día, contando con todo lujo de detalles la noche que había pasado con los dos, adjuntando a la entrevista un amplio reportaje de fotos de varios de los momentos, en los que se nos veía a los tres practicando sexo en la habitación del hotel.

—Relájate, hombre, esta es la prueba de que no se puede controlar todo, aunque uno quiera, y que la única opción para que esto no salga, es no hacerlo. Al final, quien juega con fuego, termina por quemarse —me dijo, y no sé porque, pero noté cierto resquemor en sus palabras.

—¿Qué ocurre? —salió Lucca al instante, y se le quedó la cara igual de blanca que a mí en cuanto divisó lo que le estaba enseñando —No me lo puedo creer, se le va a caer el pelo a esta tía. Llama a Matteo, a ver qué podemos hacer al respecto. Por cierto, tú debes de ser Tabatha, yo soy Lucca, encantado, aunque hubiera preferido que nos

conociéramos en otras circunstancias —le dijo mi amigo, y ella levantó una ceja, como diciendo, no te lo crees ni tú.

—Chicos, yo no tengo todo el día, y ya hemos perdido quince minutos en esta tontería. Por mucho que despotriquéis, ya está hecho, así que ahora solo os queda salir con la cabeza muy alta. No habéis matado a nadie, ha sido ella la que ha puesto su intimidad en la palestra, así que, tomad las medidas necesarias para que no vuelva a pasar, eso sí, después de mi sesión, que como os he dicho, no estoy para perder el tiempo —nos contestó Tabatha, y me sentí como cuando era pequeño y me reñía la profesora por hablar en clase o por entrar comiendo chicle.

—Si, perdona, vamos dentro y empezamos con la sesión, pero déjame que le envíe un mensaje a mi abogado para que pase por aquí lo más pronto posible, tenemos que poner remedio a esto —le dije, invitándola a pasar, puesto que todavía estábamos en la puerta.

—Perfecto, mientras, y si no tienes inconveniente, voy a revisar la lesión de Lucca, a ver si encontramos algún tratamiento que la revierta o, por lo menos, que le quite la molestia que dice tener —me respondió, y yo asentí con la cabeza, indicándole a mi amigo por gestos que no se pasara con ella, puesto que ya había notado que le gustaba.

—Lucca, corazón, lo que parece que tienes, según los informes que me has dado, es una lesión muy común, lo que no entiendo es como no te han dado ya una solución. Déjame que te diga que el fisio que te ha visto no tiene ni idea, puesto que los ejercicios que te ha mandado solo pueden agravarla —le decía a mi amigo, que me miraba ojiplático, ya que teníamos nuestras sospechas sobre el fisio del club, y ahora había quedado totalmente demostrado.

—¿Serías capaz de tratarla? Quiero decir, si tienes un hueco para mí, pagaré lo que sea necesario. Además, una vez que esté curada, me gustaría que vinieras conmigo al club, para hablar con el presidente y explicarle lo mismo que me has dicho a mí —le dijo Lucca, totalmente convencido de que le daría lo que le pidiera con tal de terminar con la lesión de una puñetera vez.

—Te puedo ofrecer una cosa, y esto sería fuera de la clínica, puesto que no he sido contratada a través de ella, y no pienso perder más dinero, que me hace falta para salir de la caja de zapatos donde vivo…

—Yo te la compro si eres capaz de revertir mi lesión —le ofreció David, y ella reía a carcajadas por su insinuación.

—¿Qué dices, chiquillo? Anda, anda, ni que fuera yo la Virgen de Lourdes y te fuera a hacer un milagro. Lo que te iba a decir es que compartas la sesión con tu amigo, de este modo, la hora que Thiago está con la maquinaria puesta, a ti te daré los masajes y, al contrario. El precio sería lo de una sesión normal, quiero decir, lo mismo que cobra la clínica, quince mil libras por el tratamiento completo, pero no se lo abonarías a ellos, sino a mí, en mi cuenta, poniendo en el concepto: lesión tratada —le explicó Tabatha, y es que, siendo ella la que trataba a los pacientes, la clínica para la que trabajaba se llevaba casi tres partes del importe, no me parecía justo, la verdad.

—Pásame tu número de cuenta, y te hago ahora mismo el ingreso. Si cuando termines el tratamiento no vuelvo a sentir nada de molestias, te ingresaré el mismo importe que te transfiera ahora —le dijo Lucca, mientras que ella negaba con la cabeza.

Empezó a colocarme los aparatos que me había puesto en la otra sesión, que eran unos estimulantes del músculo, y que me dejaban bastante aliviados, y mientras yo estaba con ellos, tumbó a Lucca en la camilla que habíamos habilitado para que realizara su trabajo, y empezó a darle unos masajes, que complementó con las mismas máquinas que me había puesto a mí, invirtiendo los papeles. Estábamos a punto de terminar cuando entró Matteo, ya que habíamos oído como sonaba el timbre, pero ninguno pudo ir a abrir, haciéndolo la señora que se ocupaba de la limpieza y la cocina en mi casa y que llevaba conmigo desde que me independicé, y se trasladaba de país si yo lo hacía, ya que no tenía familia. Me trataba como si fuera mi abuela, ya que era bastante mayor que mi madre, pero tenía una vitalidad que ya la quisiera ella para sí.

Capítulo 8

Thiago

—Tan solo podemos intentar la demanda por el tema de las fotos, ya que están hechas en un recinto privado y sin vuestro consentimiento, además de publicadas, por lo demás, no podemos impedir que esa chica vaya a todos los programas que quiera para hablar de esa noche —nos dijo Matteo, en cuanto vio la revista y las declaraciones.

—Pues hazlo, a ver si de una puñetera vez podemos parar esto, porque me parece surrealista. Todo el tiempo intentando preservar mi intimidad, y a la mínima de cambio, me encuentro con esto publicado —le respondí, bastante agobiado, puesto que solo pensaba en la reacción de mi padre, que sería desmesurada, eso lo tenía claro.

—Joder, como esto llegue a oídos de tu padre, cualquiera lo escucha —dijo Lucca, poniendo en voz alta mis pensamientos, cuando de repente, mi teléfono sonó.

—Has invocado a la bestia —le dije entre risas, y descolgué la llamada, poniendo el manos libres para que se enteraran los dos de la conversación —Dime, papá.

—¿Dime, papá? ¿Eso es lo que se te ocurre decir? —gritaba como un poseso, pero lo dejé hablar, luego sería mi turno y le dejaría las cosas claras, una vez más —Eres la deshonra de la familia. ¿En qué nos equivocamos al educarte? Me avergüenzo de ser tu padre, y tu madre ya ni te cuento, está aquí, llorando a moco tendido porque las vergüenzas de su hijo están en todas las revistas y programas de

televisión, eso sin contar con que acaban de anunciar que la fulana esta se va a sentar el viernes en un programa de máxima audiencia a contar lo que pasó esa noche con todo lujo de detalles…

—¿Has terminado ya? Pues ahora me toca a mí. Preguntas en que os habéis equivocado en mi educación, pues yo te lo voy a decir, en que he crecido sin sentimientos hacia mi persona, me habéis educado como un puto robot, ese que solo servía para traer dinero y hacer vuestra vida más fácil, sacandoos a los dos de esa vida de mierda que llevabais, en la que habéis pasado de las manos llenas de grasa del taller y la fregona de mamá, a derrochar dinero a diestro y siniestro, como si los ricos fuerais vosotros.

—Eres un desagradecido, si hoy en día eres el jugador que eres es por mi esfuerzo, sin mí no hubieras llegado a dónde estás.

—No te confundas, si he llegado hasta aquí ha sido por mi trabajo. Hasta donde yo sé, no eres tú el que vas a los entrenamientos, ni el que mete los goles en los partidos, ni el que te dejas la piel en el campo cada semana. Si tú estás avergonzado de ser mi padre, yo lo estoy más de ser vuestro hijo. Esto solo tiene una solución, estás despedido, en un rato mi abogado te hará llegar la rescisión del contrato, así como el justificante de la transferencia de la indemnización. Te voy a dar un consejo, procura controlar a tu mujer, porque el cheque en blanco que suponía yo para vosotros, se ha terminado, y como sigáis derrochando el dinero, os veo de nuevo en la casa antigua.

—No serás capaz de hacerle eso a tu familia —ahora bajaba los humos para dirigirse a mí, pero ya estaba cansado de su actitud, y la decisión estaba tomada, iba a cortar por lo sano.

—Ya lo tienes en tu correo, ambas cosas, si no estás de acuerdo, siempre puedes demandarme. Buenas tardes, señor Marino —y colgué la llamada. A pesar de todo, me había quedado con una tranquilidad en el cuerpo que no era ni medio normal. Por fin me sentía libre y podía respirar, se acabó lo de hacer lo que los demás quisieran, ahora era mi turno de llevar mi vida por donde me diera la gana.

—¿Estás seguro de esto? Si te lo piensas mejor, podemos anular todo y seguir como antes —me dijo Matteo, que lo había hecho todo

sobre la marcha.

—No he estado más seguro en mi vida. A partir de ahora, tú te encargarás de negociar mis contratos y de llevar toda mi vida profesional, te pagaré un veinte por ciento de cada acuerdo que firmemos —le respondí, más seguro que nunca, puesto que sabía que mi amigo era la persona idónea para ello, ya que llevaba años haciendo eso mismo con Lucca, y jamás había tenido ningún problema.

—Pues si lo tienes decidido, yo encantado. Gracias por darme la oportunidad de crecer —me contestó Matteo, dándome un fuerte abrazo.

—Tenemos que adelantarnos a él, vamos a enviar un comunicado a toda la prensa deportiva, en el que se explique que, por desavenencias personales, nuestra relación profesional queda extinta desde este mismo momento, pasando a ser tú mi nuevo representante —le dije a Matteo, que se puso inmediatamente a redactarlo, para enviarlo lo antes posible a todas las redacciones.

—¿Qué vamos a hacer con el otro tema? Si es verdad que la pelirroja va a acudir a un programa de corazón, tendríamos que intentar pararlo o algo por el estilo —me preguntaba Lucca, a la vez que Matteo redactaba dicho comunicado.

—¿Sabes qué? Que Tabatha tiene razón, no hemos matado a nadie, ni allí se ha hecho nada que no fuera consentido por todas las partes, así que, vamos a hacer nuestras propias declaraciones. Matteo, encárgate de buscar otro programa de corazón que esté en una cadena rival, y que, por supuesto se emita antes, y ofréceles una entrevista por nuestra parte, dejándoles bien claro que será la única que demos, en exclusiva y sin cobrar absolutamente nada, el dinero que nos ofrezcan, lo destinaremos a una ONG, tan solo vamos a limpiar nuestra imagen —le dije a mi amigo, que me miraba como si tuviera un marciano encima de la cabeza.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó asombrado, puesto que nunca había querido dar unas declaraciones sobre ningún tema personal.

—Totalmente. Sé que puede ser chocante mi postura, pero necesito romper con todo lo anterior, y para ello solo puedo abrirme y dar

nuestra versión de los hechos, que nadie ponga en nuestra boca palabras ni hechos que no hemos llevado a cabo.

—Pues dame diez minutos, que enseguida me pongo a ello y en nada tendremos cerrada la entrevista. Supongo que querréis que sea en horario de máxima audiencia, ¿me equivoco? —nos preguntó Matteo, y nosotros asentimos con la cabeza, saliendo del salón y dejándolo solo para que llevara a cabo todas las actuaciones para que pudiéramos dar nuestra versión.

—Cambiando de tema, ¿qué piensas sobre lo del fisio del club? —me preguntó Lucca en cuanto que llegamos al jardín, donde nos sentamos con una cerveza fresquita a esperar las noticias de Matteo.

—Si te soy sincero, llevaba ya mucho tiempo sospechando de él, puesto que conmigo tampoco se ha esmerado. Se suponía que, en dos semanas las molestias iban a desaparecer, y llevo más de dos meses, yendo a peor incluso. Y lo tuyo, eso sí que es de traca, puesto que ni siquiera te estaba dando los ejercicios adecuados —le contesté, mientras que Lucca asentía con la cabeza.

—Yo he pensado que tiene que estar comprado por alguien, para hacer que nuestras lesiones vayan a peor y así tener que estar en el banquillo, con lo cual las posibilidades de ganar del club se hubieran visto mermadas en gran medida. En cuanto esté recuperado, pienso llevar a Tabatha al club, que ella misma le explique al presidente lo que ocurre, y que esta persona sea investigada y sustituida. Lo ideal sería que fuese ella la que ocupara su puesto, porque déjame que te diga que, en una sola sesión, han disminuido mis molestias en un cincuenta por ciento, no quiero ni imaginar cuando esté curado del todo —me contaba mi amigo mientras que esperábamos que Matteo saliera del salón a decirnos si lo había conseguido o no.

—Como profesional, está claro que es de las mejores, pero no tengo yo muy claro que fuese capaz de lidiar con tíos como nosotros en un vestuario, también te lo digo.

—Venga ya, hombre, no digas más tonterías. Si ella estuviese en ese puesto, nos tendría a todos como velas, si no hay más que verla, el manejo que tiene de todas las situaciones. Yo tengo claro que la pienso proponer para ese cargo, en cuanto que esté totalmente recuperado —

me dijo Lucca, que no se bajaba del burro y yo empezaba a mosquearme. No tenía sentido, pero solo pensar en que sus manos estuvieran sobre la piel de mis compañeros, me estremecía hasta puntos insospechados.

—Lo tenemos, esta misma noche saldréis en el programa de corazón de la cadena rival a la que saldrá esa mujer. Tenéis que hablar con el corazón, chicos, que se note que no sois dos personas insensibles, que es lo que ella pretende hacer creer al público —nos dijo Matteo, en cuanto que llegó al jardín, donde nos encontrábamos nosotros, y con una sonrisa de oreja a oreja. Sería nuestra oportunidad de explicarnos y de mostrarnos tal y como somos, y así lo haríamos.

Capítulo 9

Tabatha

Cuando salí de mi casa y me di de lleno con esa portada, no os puedo decir lo que me entró por el cuerpo. Sabía que tenía cero posibilidades con él, por mucho que dijeran mis amigos, pero comprobarlo de primera mano, eso era otro cantar. De la desilusión, pasé a la furia, pues no entendía como una mujer era capaz de sacar su intimidad a la palestra por el simple hecho de hacerse "famosa", una fama que le duraría lo que diera de sí la información que, por otro lado, tampoco era nada del otro mundo, cada uno, en su vida sexual podía hacer lo que quisiera, siempre y cuando fuera consentido por todas las partes y sin hacer daño a nadie, por eso todavía era más frustrante para mí.

Por el recibimiento que me había dado Thiago al llegar, tuve claro que estaban totalmente ajenos a lo que estaba sucediendo, y por ello no tuve más remedio que contárselo, viendo el desconcierto y la vergüenza en su rostro, y tampoco entendía eso, ya que no habían matado a nadie y eran conscientes de que eso podría salir a la luz. Que no hubiera sucedido antes no significaba que no fuera a suceder nunca, así que ya tenían una lección aprendida: si no quieres arriesgarte, no lo hagas, así de sencillo.

La propuesta de Lucca me tomó totalmente por sorpresa, pero no por eso la rechacé, ni mucho menos, aunque no en lo que él me había propuesto. No estaba loca para aceptar una casa a cambio de curar una lesión, pero tampoco iba a rechazar el tratamiento de forma

privada, que quince mil euros me daban para mucho. Podría arriesgarme a que me echaran de la clínica, a que rescindieran mi contrato, pero en este punto, ya tenía claro que podría establecerme por mi cuenta, así que tampoco suponía un gran problema para mí en ese aspecto.

Salí de esa casa con una satisfacción enorme, puesto que había logrado una cantidad de dinero con la que no contaba, así que me fui directamente a la inmobiliaria, de hoy no pasaba que llevara a cabo mi cambio de domicilio.

—Buenos días, Clara —le dije a la chica que atendía la oficina, era española, pero llevaba afincada en Londres muchísimo tiempo, por lo que se consideraba una londinense más.

—Hola Tabatha, ¿en qué puedo ayudarte? —me respondió amablemente.

—Verás, tal y como te conté la semana pasada, tengo la necesidad de salir de la cajita de zapatos donde vivo, y ya dispongo del dinero suficiente. Eso sí, tiene que ser en alquiler, que todavía no me ha tocado el euro millón para comprar nada.

—Tú siempre con tus bromas, me encanta tu carácter. Pues vamos a ver lo que tenemos por aquí, porque ha llegado material nuevo y no me ha dado tiempo ni de echarle un vistazo. ¿Cómo de grande la quieres?

—Hombre, tampoco quiero que sea una mansión, pero sí algo más grande que lo que tengo, que, si me quedo sin papel higiénico en el baño, estiro la mano y lo cojo de la cocina —le respondí, provocando en ella una carcajada, pero es que era cierto, si extendía las dos manos, podía tocar la puerta de entrada y el balcón del salón, que creo que era más grande que mi propio dormitorio. Cuando me fui a vivir ahí, no podía pagarme otra cosa y el simple hecho de ser independiente, era suficiente para que me pareciera un palacio.

—Pues mira, vas a tener suerte, acaba de entrar una casita de dos plantas en Notting Hill que, además de reformada y en un barrio privilegiado, está muy bien de precio. Si te apetece, podemos ir a visitarla ahora, porque no creo que esté mucho tiempo en el mercado

—me dijo la chica, y asentí con la cabeza, puesto que hoy parecía que todo me estaba saliendo medio bien.

—Ya estás tardando en coger las llaves — contesté, saliendo hacia la puerta.

—El alquiler promedio de esa zona es de unas dos mil libras, pero esta casa la han puesto a mil quinientas libras, ya que los herederos son de fuera y quieren alquilarla lo antes posible, además con contrato de larga duración. Así que, si te gusta, lo dejamos firmado hoy mismo y tendrás casa hasta que te aburras de ella —me dijo Clara, y me pasó como en los dibujos animados, que me salieron estrellitas en los ojos.

Cuando llegamos allí, no me lo podía creer, si la casa era tan bonita por dentro como lo era por fuera, había triunfado de lo lindo. Tenía una fachada espectacular, blanca y con la puerta pintada de un azul oscuro que le daba una elegancia increíble. Al abrir la puerta, nos encontramos con una zona de entrada en la que había un pequeño armario para guardar los abrigos y la ropa que nos solemos poner en un día de frío invierno, y un banco que hacía las veces de zapatero. Ese vestíbulo daba paso a un salón diáfano, y bastante grande, con una cocina incorporada, separada del mismo por una isla, que tenía una enorme encimera para cocinar. Si venían invitados, podríamos estar en la cocina y, desde allí, hablar con los que estuvieran en el salón. El suelo era de madera de roble, con calefacción radiante, lo que me permitiría caminar en calcetines por mi casa sin terminar con los pies helados. Al fondo, junto a la escalera que llevaba hasta el segundo piso, había un pequeño aseo para las visitas.

El segundo piso era tan bonito como el primero, ya que contaba con dos dormitorios y un despacho. El dormitorio principal tenía un baño en *suite*, así como un vestidor en el que cabía mi piso actual. El otro dormitorio era un poco más pequeño, pero me serviría para cuando se quedaran mis amigos a dormir, ya que constaba de una cama de matrimonio enorme, un armario empotrado y un pequeño aseo. En el pasillo, junto a otro armario empotrado, se encontraba otro baño completo, que serviría para mis amigos o para cualquier visita que tuviera. Cabe decir que estaba completamente amueblado, así que no tendría que comprar absolutamente nada, ni siquiera llevármelo de mi

actual casa, con lo que la mudanza la podría realizar en mi propio coche, en dos o tres viajes.

—Me la quedo, es absolutamente preciosa, además de que voy a estrenarlo todo, no tiene ninguna pega que ponerle —le dije a Clara emocionada, pues llevaba mucho tiempo soñando con vivir en una casa así.

—Pues entonces, tuya es. Volvamos a la inmobiliaria para rellenar la documentación, hacer la llamada a los dueños y dejar todo listo hoy mismo. Si logramos dejarlo todo firmado hoy, esta misma tarde tendrás las llaves.

Por el camino, Clara llamó a los propietarios, que se pusieron muy contentos con la noticia del alquiler, ya que tenían que partir de Londres en unos días, y preferían dejarlo todo listo antes de marcharse, con lo cual, quedamos en vernos en la inmobiliaria en un par de horas, para que le diera tiempo de redactar el alquiler. Como había sido todo tan rápido, ni siquiera me pidieron el mes de fianza, solo tuve que pagar el mes en curso, ya que estábamos a día dos, y la comisión de la inmobiliaria, lo que me puso todavía más contenta.

—Muchísimas gracias a las dos —nos dijo uno de los propietarios, cuya casa era de sus abuelos y al fallecer sus padres, la habían heredado, no quisieron deshacerse de ella, pero tampoco la querían tener cerrada, así que optaron por el alquiler de la misma, ya que tan solo eran dos hermanos y no les hacía falta el dinero, pues tenían muy buena posición social—. Deseamos que la disfrutes tanto como nosotros lo hicimos en nuestra infancia, Tabatha.

—Gracias a vosotros, porque no habría podido optar por una casa mejor, y encima el precio es inmejorable. Tendréis inquilina para rato, no lo dudes —les dije, dándoles la mano para despedirnos, y salí de allí con mis llaves, dispuesta a empezar a empaquetarlo todo, esta misma tarde, por lo que reclamé la ayuda de mis amigos inseparables.

Llamé a mis amigos para contarles todo, y se pusieron muy contentos, sobre todo David, que vivía a pocas casas de la mía. Estaba tan ilusionada, que ni siquiera me di cuenta de ese detalle, lo que provocó una risa en los dos.

—Empieza a empaquetar que, en cuanto salga del hospital, estoy allí y empezamos a llevarnos cosas —me dijo David, en esa llamada a tres.

—En realidad tan solo me tengo que llevar la ropa y mis enseres personales, porque la casa está totalmente equipada, hasta cafetera de capsulas tiene.

—Pues entonces, la tuya para mí, que ya sabes que llevo mucho tiempo detrás de una de esas, pero todavía no he podido comprarla —me contestó Vicky, y no dudé ni un segundo en regalársela, ya que tan solo tenía unos meses.

Tal y como terminamos la llamada, empecé a meter mi ropa en varias maletas, y mis enseres en cajas que me había subido cuando llegué, pues quería mudarme lo antes posible. Hablé con mi casero, y este me dijo que, si dejaba el piso antes de una semana, me devolvía el mes actual más la fianza que di en su momento, ya que tenía una sobrina que se iba a vivir a Londres y no tenía casa, por lo que le ahorraría la búsqueda, ya que sabía que yo la tenía en perfectas condiciones.

Capítulo 10

Thiago

Nos encontrábamos en la zona de maquillaje de la cadena de televisión, concretamente saliendo de ella, ya que estábamos a punto de entrar para el plató donde se realizaría la entrevista, en riguroso directo.

—Buenas noches, chicos, ¿todo bien? —nos preguntó la presentadora cuando nos vio llegar, antes de que entráramos en directo.

—Buenas noches, Lauren, todo perfecto, gracias.

—Sentaos por aquí, que ya mismo estamos en antena. Me ha comentado la productora que nos tenemos que ceñir a este asunto en exclusiva, ¿verdad?

—En el plano personal, sí, pero si quieres hacer alguna pregunta sobre temas profesionales, estaremos encantados de responderte —le confirmó Lucca, mientras que nos acomodábamos en el sofá que nos habían puesto para llevar a cabo la entrevista.

—Buenas noches, querida audiencia, tenemos aquí a dos de los chicos más buscados por toda la prensa, Thiago Marino y Lucca Bandini, dos grandes jugadores de la premier league, que se han visto envueltos en un escándalo sexual de dimensiones épicas, y que vienen a darnos su punto de vista. ¿Cómo habéis reaccionado ante la publicación que nos sorprendió a todos esta misma mañana? —explicó la presentadora a la audiencia, tanto la que estaba en el plató como la que nos veía desde casa.

—Buenas noches, Lauren, encantados de que seas tú la persona encargada de llevar a cabo esta entrevista —le dije, sonriendo, pues no pensaba dar muestras de que me estuviera afectando como lo estaba haciendo.

—Pues la verdad es que nos sorprendimos tanto como todo el que ha visto la publicación. No hemos cometido ningún delito, pues lo que pasó esa noche fue totalmente consentido por todas las partes —esta vez fue Lucca el que habló.

—Empecemos desde el principio, ¿cómo conocisteis a Linda? —ahí fue cuando nos enteramos del nombre de esa mujer.

—Estábamos en la cena y fiesta de celebración del club, esa que hacemos siempre a final de temporada para festejar los títulos ganados, y a la que estaban invitadas muchas personalidades del mundo del famoseo. Nos encontrábamos en la barra, tomando una copa, cuando esta "señorita", llamémosla así, aunque ha demostrado tener muy poca clase haciendo lo que ha hecho, se acercó a nosotros —empecé a explicarle.

—¿Fue ella entonces la que hizo la primera toma de contacto, por lo que contáis? —preguntó la presentadora, queriendo dejar claro todos los aspectos.

—Exacto, y vino directamente a la yugular. Quiero decir que no tuvo ningún reparo en insinuarse cuando se acercó, y me parece muy bien, no quiero que me tachen de retrógrado ni de machista, la mujer tiene el mismo derecho que el hombre a divertirse de la manera que quiera, pero siempre y cuando no haga daño como lo ha hecho ella. Ya me he desviado de la respuesta —le contestó Lucca, riendo, ya que eso era muy normal en él, empezar una conversación y salir por los Cerros de Úbeda.

—Lo que nos quieres decir es que tenía claro lo que quería, ¿me equivoco?

—Exactamente. Se acercó a nosotros en una pose insinuante, y cuando mi compañero Lucca le propuso tomar una copa en la suite que teníamos reservada, pues en todas las fiestas reservamos una por si

acaso bebemos más de la cuenta, no tener que movernos y que nos saquen fotos, ella no dudó en decir que sí —le seguí explicando.

—Todo empezó en el mismo ascensor, y continuó en el interior de la habitación. Solo tenemos una duda, que es donde tenía situada la cámara para hacer el reportaje que ha hecho, puesto que ella no llevaba nada. Llegaremos al fin de la cuestión, eso lo tenemos claro, porque ya está puesta la demanda, pues las imágenes se tomaron en una habitación privada, y hasta ahí podemos leer —continuó Lucca, que dejaba caer la opción de que alguien del personal del hotel estuviera metido en el ajo, con lo cual sería todavía peor, ya que se trataría de algo totalmente premeditado y esa persona podría perder su puesto de trabajo.

—Creo entender, en ese caso, que puede haber alguien más involucrado en el asunto.

—Por lo menos una persona más tiene que haber, eso está claro. Nuestro cometido ahora es averiguar su identidad, ya que la demanda se ampliaría, incluyendo a todas y cada una de las personas que hayan participado en ello —le aclaré, mientras que la presentadora nos miraba sorprendida y, en las personas del público, se escuchaba algún que otro *oh*.

—Entonces, esto es más grave de lo que pensábamos, ¿no es cierto?

—Bastante más. Pero queremos dejar claro una cosa. No hemos matado a nadie, estamos solteros y no tenemos ningún compromiso, la forma en la que queramos disfrutar de nuestra sexualidad no le importa a nadie, siempre que lo que se haga sea de manera consentida, y en esas imágenes se ve claramente que es así —fue el turno de Lucca, que no paraba de remarcar ese aspecto.

—¿Pensáis que puede ser alguna manera de tirar por tierra vuestra imagen, de desprestigiaros?

—Por supuesto que sí, lo que no entendemos es con qué finalidad lo han hecho. Una cosa es nuestra vida privada, tal y como ha dicho mi

compañero, y otra muy distinta nuestra faceta deportiva, en la que nos dejamos la piel, partido tras partido —la verdad es que nos estaba encantando la manera en la que Lauren estaba llevando la entrevista.

—Hablando de esa faceta deportiva, nos ha llegado a la redacción de deportes el comunicado que has enviado esta mañana informando del cese del contrato con tu representante, que también es tu padre. ¿Qué tienes que contarnos al respecto?

—Pues poco más hay que contar, la verdad. Desde hace un tiempo, algunas decisiones de mi padre y representante no coinciden con las mías, y antes de llegar a mayores, he decidido rescindir el contrato laboral que nos unía. Siempre será mi padre, pero no estábamos de acuerdo en muchos aspectos de mi vida profesional —contesté amablemente, ya que le habíamos dicho que lo haríamos a todas las preguntas de tema profesional.

—Me comentan desde dirección que tenemos a Linda por teléfono, queriendo entrar, ¿tenéis algún inconveniente en que lo haga?

—Para nada, simplemente no vamos a contestarle a nada de lo que diga, que para eso ya están loa juzgados. Tan solo decirle, antes de que entre, que procure no decir ninguna mentira más, porque todo lo que diga que no es cierto, se añadirá a la demanda que ya está en marcha —le contestó Lucca muy serio, y es que este tema ya empezaba a tocarnos las narices.

—Buenas noches, Linda. ¿Qué quieres contarnos?

—Buenas noches a los tres. En primer lugar, quiero pedirles disculpas tanto a Thiago, como a Lucca, puesto que nada es lo que parece. Fui contratada por el padre de Thiago para tratar de seducirlo, y él mismo fue el que introdujo la cámara en la habitación, activándola por control remoto. Yo soy actriz de cine para adultos, así que poco me importaba que mis imágenes salieran en la prensa, por lo que accedí ante la cantidad que me ofreció —le explicó esa mujer a la presentadora, y a mí se me bajó hasta la tensión por la impresión de la noticia.

—¿Te dijo el señor Marino cuál era su intención al hacer eso?

—Me dio a entender que su hijo no quería dejar su actual club, por mucho que le habían ofrecido de otros, en los que cobraría casi el doble. Su única opción, tal y como me explicó, era que se viera envuelto en un escándalo sexual que le impidiera seguir en el país, teniendo que aceptar la oferta que le habían hecho desde otros países. Esta mañana me llamó, y me dijo que como su cometido no se vería realizado, no me iba a pagar la otra mitad que me debía, y por ello he tenido que firmar una entrevista para el viernes, en la que contaré con todo lujo de detalles como se fraguó esta trampa. Todo ello puedo demostrarlo, tanto con la transferencia bancaria que recibí del señor Marino, como los mensajes y correos electrónicos que poseo, y que pongo a disposición de los dos para tomar las medidas legales que crean oportunas. Dicho esto, en producción he dejado mi número de teléfono, para que se pongan en contacto conmigo para lo que necesiten, buenas noches a todos —y colgó el teléfono, dejándonos con tres palmos de narices.

—Pues la cosa ha dado un giro totalmente inesperado. ¿Qué vas a hacer ahora, Thiago?

—Lo primero, dar las gracias a Linda, por el gesto que ha tenido de contar la verdad. En relación con mi padre y lo que ha hecho, la verdad es que tengo que procesarlo todo, me encuentro en shock ahora mismo, y no sé cómo voy a reaccionar cuando digiera esta información —le respondí, totalmente anonadado.

—Yo si voy a tomar medidas legales. Entiendo a mi compañero, es su padre y se encuentra en una situación muy complicada, pero a mí no me toca nada, y mi imagen también se ha visto perjudicada, así que no tengo duda de que lo haré —le contestó Lucca a la presentadora, y lo veía perfecto, él no tenía por qué haber entrado en las locuras de mi padre.

—Muchísimas gracias, chicos, por haberos abierto en canal con nosotros, y darnos la exclusiva de esta noticia. Por supuesto, ellos no han cobrado absolutamente nada, el dinero ofrecido por esta

entrevista, ha sido destinado a una ONG de la que ellos han preferido no dar el nombre, y con la que ambos colaboran desde hace mucho tiempo de manera anónima. Esto ha sido todo por hoy, nos vemos la semana que viene con más noticias del corazón.

Capítulo 11

Thiago

Salí de allí que no me tenía en pie, sentía un cúmulo de emociones que no sabía cómo gestionarlas. Por un lado, tenía un dolor descomunal, puesto que no entendía como mi propio padre, había querido perjudicar mi imagen de esta manera, por otro, sentía impotencia, de no poder enfrentarlo cara a cara, puesto que como lo hiciera, con la rabia que tenía dentro, no sabría controlarme y, a pesar de todo, era mi padre, aunque él hubiera demostrado que yo, como hijo, no significaba nada. De nuevo, ambos me hacían sentir como un puto cajero automático, al que solo tenían en cuenta como generador de dinero, nada más.

—Thiago, Thiago, me estás asustando —me decía Lucca en el coche, puesto que, por un momento, me aislé por completo.

—Tranquilo, estoy bien, bueno todo lo bien que se puede estar teniendo el padre que tengo, y habiendo hecho lo que ha hecho —le respondí, y entonces me di cuenta de que las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

—¿Te apetece que vayamos a tomar algo?

—Será mejor que no, no quiero exponerme más de lo necesario. Si te apetece, vayamos a mi casa y nos lo tomamos allí, en la intimidad.

—Perfecto, y esta noche me quedaré contigo, no voy dejarte solo en este estado. Comprendo que es muy difícil de gestionar, pero, afortunadamente, ya no está en tu vida nada más que como padre, y después de esto también puedes cortar la relación si ves que no te

hace bien —me decía Lucca cuando, de repente, y tras parar en un semáforo, nos encontramos con quien menos esperaba, pero que estaba seguro que me animaría, porque ella tenía una visión de todo mucho más sencilla que los demás.

—Mira quien está bajando cajas de ese coche —le dije a Lucca, señalando hacia donde quería que mirara.

—Disculpe, señorita, ¿necesita ayuda? —le dijo Lucca a Tabatha, que era la que estaba allí, acercando el coche todo lo que pudo.

—Pues la verdad es que cuatro brazos como los vuestros no me vendrían nada mal —respondió la muy descarada, haciendo que estalláramos en una carcajada.

—Aparco ahí delante, que hay hueco y enseguida venimos —le contestó mi amigo, sonriendo.

Dicho y hecho, aparcamos y nos fuimos a ayudarla, ya que no solo venían cajas y maletas en su coche, sino que también los de sus amigos estaban cargados, era una mudanza en toda regla.

—Cambio de casa, por lo que veo —le dije, cogiendo una enorme caja que llevaba en las manos.

—Muy perspicaz por tu parte. ¿Has llegado a esa conclusión tú solo o has necesitado la ayuda de Alexa para ello? —me respondió, con toda la ironía del mundo.

—Niña, no seas antipática, que son dos jugadores de fútbol famosos, que no se han visto en otra como esta en su vida. Si estos tienen que tener a alguien hasta para que le limpie el culo cuando van al baño, y sin embargo aquí están, cargando cajas. Si queréis, os hago fotos, así como quien no quiere la cosa, y las mando a las revistas, para limpiar vuestra imagen — dijo su amiga, a la que todavía no conocía, pero que ya me caía de lujo. Tenía más salidas que una rotonda, y tenía claro que me lo iba a pasar muy bien con ella.

—Pues no estaría mal, la verdad, aunque venimos de un programa de realizar una entrevista, en la que ha salido a la luz todo lo que encerraba esa publicación. Pero vamos a dejar todo esto dentro y ahora os lo contamos —le contestó Lucca, a esa chica que también le había caído muy bien.

—No se diga más, dejamos todo arriba, en el dormitorio que está vacío, y pedimos pizza y algo de beber, que no sé ustedes, pero a nosotros esta muchacha nos tiene desde las cinco de la tarde empaquetando y trayendo cajas, sin cenar que estamos, y son ya las ocho de la noche —nos dijo su amigo, al que tampoco le poníamos nombre, esperaba que, una vez que estuviera todo en su sitio, pudiéramos presentarnos en condiciones.

—No os quejéis más, que ahora os invito a todos. —dijo Tabatha, con una sonrisa en los labios. Estaba claro que estos tres se llevaban de maravilla.

Dejamos todo listo en la habitación que ella nos dijo, ya que decía que a lo largo de la semana iría arreglando todo cuando volviera de trabajar, y eso me hizo recordarle una cosa.

—Si necesitas quedarte mañana en casa para ordenarlo todo y no venir a la sesión que tenemos programada, no hay ningún problema —le dije totalmente en serio.

—Ni mijita, chaval. Me voy a perder yo a dos de los tíos más buenos del panorama deportivo en bóxer por poner cuatro libros en las estanterías, tendría que estar loca —me contestó, con todo el arte que tenía, que no era poco.

—Y encima añádele que los vas a magrear. Con ese aceite resbalando por su piel, mientras que tus manos se impregnan dándoles un masaje, muy cerquita de esa zona prohibida. Ummm… —le respondió su amiga, provocando una carcajada en todos los que estábamos allí.

—Ha sido una descripción tan gráfica, que me he puesto cachondo hasta yo, y ahora me toca lidiar con eso —le contestó su amigo, que también tenía guasa para regalar.

—Pues yo me ofrezco voluntario para las chicas, pero contigo lo siento, colega, te tocará hacer manualidades —soltó Lucca, y empezamos a reír de nuevo.

—Bueno, como nadie se presenta aquí lo haré yo. Soy Thiago, y este es mi compañero y buen amigo, Lucca —dije, deseoso de conocer el nombre de los dos acompañantes de Tabatha.

—Ellos son David y Vicky, mis mosqueteros, puesto que siempre estamos uno para todos y todos para uno, por lo que habrás comprobado ya —dijo Tabatha, señalando a sus dos inseparables.

—Encantado, chicos.

—Igualmente —contestaron los dos.

—Voy a pedir las pizzas, eso sí encuentro mi teléfono en el bolso, que lo llevo como *Wallmark*, solo me falta la cajera —dijo Tabatha, y otra vez nos sacó las risas a todos.

—Demasiado tarde, jefa, ya están pedidas. Lo acabo de hacer ahora mismo por la aplicación en la que la pedimos nosotros. En un rato las tendremos aquí —dijo Lucca, y es que ninguno nos habíamos dado cuenta de que lo había hecho.

—Verás tú que estos dos son capaces de haber pedido pizzas de caviar, y nosotros somos más de barbacoa y esas cosas —soltó Vicky, que me estaba dando cuenta de que también se las traía, para ella todo eran bromas.

—No mujer, no. Hemos pedido las de siempre, con láminas de oro fundido y polvo de diamantes —respondió Lucca, y los tres lo miraron como si fuera verdad, lo que provocó que ambos nos dobláramos de la risa. Os prometo que mi estado de ánimo había cambiado desde que nos habíamos encontrado con estos tres, cuya forma de ver la vida era justo lo que necesitaba, sobre todo después de lo que tenía en la cabeza por culpa de mi padre y sus fechorías.

—Desde luego que no eres más tonto porque no eres más grande. Pues no que me lo había creído y todo. Y mi única preocupación era: "como me joda una muela por culpa de las idioteces de estos dos, les paso la factura del dentista" —respondió Tabatha, y entonces sí que nos tiramos al suelo de la risa, porque la cara que puso al decirlo era digna de haberla grabado.

Capítulo 12

Tabatha

Me llevé una sorpresa enorme cuando vi a Lucca y a Thiago en la puerta de mi nueva casa, y aunque al principio no pensaba que sería buena idea, la verdad es que pasamos una noche estupenda.

—Chicos, nos vemos mañana en la sesión, y gracias por la invitación a pizza, tengo que reconocer que estaban buenísimas —les dije a los dos, despidiéndolos en la puerta.

—Buenas noches, Tabatha, que descanses —me dijo Thiago, dejando un beso en mi mejilla que me cogió totalmente por sorpresa.

—Hasta mañana —me dijo Lucca, teniendo el mismo gesto que su amigo—, y no hay nada que agradecer, lo hemos pasado genial, y siendo sincero, nos hacía falta.

Entré al salón, donde mis amigos continuaban viendo la televisión con una sonrisilla que los delataba.

—¿Se puede saber por qué tenéis esa sonrisa? —pregunté, aunque ya sabía por dónde me iban a salir.

—A Thiago se le cae la baba contigo, que lo sepas. Y Lucca, ay Lucca, ese está para hacerle un favor y no cobrárselo luego —soltó Vicky, que no tenía pelos en la lengua.

—Yo opino lo mismo, y en breve dará el paso, ya verás —ahora fue David el que habló.

—Me voy a la cama que mañana tengo que madrugar. Buenas noches —les dije a los dos, que se quedaban esa noche a dormir en

casa de David, puesto que, en mi casa, la otra habitación, la tenía llena de cacharros de la mudanza.

Escuché como se cerraba la puerta de la calle mientras que entraba en mi dormitorio, preparé todo y me di una ducha relajante, ya que habían sido muchas emociones seguidas, y me metí en la cama. Tengo que decir que me costó muchísimo coger el sueño, pues no me quitaba de la cabeza la forma en la que habíamos congeniado todos, parecíamos un grupo de amigos que se conocían de toda la vida, pero al final lo conseguí, aunque mi sueño fue un poco agitado, porque Thiago estuvo presente durante toda la noche.

—Buenos días, Tabatha, pensé que al final vendrías más tarde —me dijo Thiago al abrirme la puerta.

—Buenos días, Thiago, me desperté temprano y preferido venir a la misma hora. Quizás te debí avisar antes, pero la verdad es que no he caído en hacerlo.

—No te preocupes, yo también he dormido poco, tenía muchas cosas en las que pensar, pasa. Si quieres, empezamos hoy por mí, hasta que Lucca se levante, que no creo que tarde mucho.

—Perfecto, además, hoy tengo tiempo para dedicaros a los dos, me he cogido unos días en la clínica por el tema de la mudanza, así que voy tranquila.

Empezamos con la sesión y, a decir verdad, había mejorado mucho, tanto que ya casi no tenía molestias, pero como había pagado tres sesiones más, se las daría, de ese modo me aseguraba que se recuperara del todo. Estaba poniéndole una de las máquinas, cuando apareció Lucca por la puerta.

—Buenos días, bello durmiente —le dije en tono de guasa.

—Gracias por lo de "bello", porque durmiente está claro que lo soy. Me preparo un café y enseguida vuelvo, no tardo ni dos minutos —contestó, totalmente somnoliento.

—Es un espécimen único —le dije a Thiago, que asentía con la cabeza.

—Ya estoy aquí —dijo al cabo de pocos minutos, apareciendo en bóxer, con una camiseta y una taza en la mano—. Tengo que decirte

que me siento bastante mejor con las dos sesiones que me has dado. Tienes unas manos prodigiosas.

—Creo que, con esta última que te voy a dar hoy, habremos terminado contigo. Sigo sin entender porque seguías arrastrando eso, con lo sencillo que era eliminarlo.

—¿Estás segura? Me refiero a que con esta sesión habrán desaparecido para siempre las molestias —me preguntaba Lucca, y en su cara veía cierto desconcierto.

—Totalmente. Tú mismo me acabas de decir que ya no te duele, y que puedes hacer tu vida normal sin resentirte, ¿no es así?

—Efectivamente, y, siendo así, me gustaría preguntarte algo y quiero que seas totalmente sincera. ¿Piensas que la actitud del fisio del club ha influido en la continuidad de la lesión? A ver si me explico bien, ¿puede ser que lo haya hecho a propósito? Lo de no curar mi lesión, me refiero.

—Mira, esto solo tiene dos opciones, o no es fisio, cosa que dudo, porque supongo que el club habrá comprobado todo antes de contratarlo, o no lo ha hecho porque no le ha dado la gana. La lesión que tú tienes no es nada compleja, de hecho, es una de las primeras que nos enseñan a tratar en medicina deportiva, con lo cual creo que ya está todo dicho.

—¿Me acompañarías al club para hablar con el presidente? Verás, todavía no he hablado con él, pero me gustaría que tú te hicieras cargo de la rehabilitación de los jugadores, aunque ya te digo que no es nada seguro, puesto que no le he dicho nada aún. Pero también te digo que, en cuanto sepa la jugarreta del actual fisio, no va a dudar en ponerlo en lo redondo de la calle —me dijo Lucca, y la verdad es que la opción que me daba me gustaba mucho, a pesar de que tendría que ir de un lado a otro con el equipo.

—Independientemente de que me ofrezcan el puesto a mí o no, me gustaría hablar con él, ya que no me parece de recibo que una lesión tan simple se pueda hacer crónica, arruinando así la carrera de un jugador, porque alguien no sepa o no quiera hacer bien su trabajo. Así que, llama a ese señor y que nos dé cita, a ser posible hoy mismo, que luego las cosas se enquistan, y a mí me gusta hacerlo todo rapidito —

le dije guiñándole un ojo, y al volverme a mirar a Thiago, lo vi un poco preocupado, pero no sabía la razón, de todos modos, no iba a preguntarle, si quería, que me lo contara él.

—¿Qué tenéis pensado para mañana? —preguntó Thiago, y no sabía a qué se refería.

—Mi amigo quiere decir que si mañana, que es viernes, vais a salir de fiesta. Que parece que te está preguntando si ya sabes lo que vas a hacer de comer. Este muchacho va para atrás, como los cangrejos —dijo Lucca, mientras negaba con la cabeza y a mí me provocó una carcajada.

—Mañana hemos quedado para cenar, ya que David nos quiere presentar a la chica que está conociendo, y luego tenemos pensado irnos de fiesta, ¿por qué? —le contesté a Thiago, y la verdad es que estaba deseando que dijera que se apuntaban al plan.

—A nosotros nos han invitado a la inauguración de una discoteca nueva. Si no os importa, podíamos ir todos juntos a cenar y luego al local —me dijo Thiago, y me di cuenta de que Lucca lo miraba con una media sonrisa.

—Me parece una idea perfecta, eso sí, nosotros no vamos a restaurantes de esos pijos a los que estáis acostumbrados vosotros, que al que acudimos siempre es uno de barrio, que tiene las mejores carnes a la brasa que podrás probar en tu vida.

—Si ella supiera, ¿verdad amigo? Los mejores sitios en los que hemos comido estaban en los barrios más conflictivos, te lo aseguro —me contestó Lucca.

Estuvimos un rato más hablando y preparando todo el tema de la salida del fin de semana, todo ello, mientras continuaban con el tratamiento. No me había equivocado, con la sesión de hoy, Lucca había recuperado por completo la movilidad de su pierna, así como se había liberado por completo del dolor y las molestias.

El caso de Thiago era un poco más complicado, pero tampoco tenía duda de que lo conseguiríamos en unas cuantas sesiones más, puesto que la mejoría que estaba sintiendo era claro síntoma de que íbamos por buen camino. Me miraba sonriendo, y eso estaba empezando a dejar huella en mí, por mucho que supiera que no tenía posibilidades

con él, que solo pensarlo me resultaba una utopía para una chica como yo, pero en el corazón no se manda, por mucho que lo intentemos, y el mío estaba dando síntomas de que se estaba quedando pillado por el futbolista, así que lo llevaba claro, iba a sufrir sí o sí. Recordé que tenía que llamar a mi hermano para decirle lo de la casa nueva, así como para quedar con él y contarle las novedades, pero lo haría cuando saliera del club, al que iría con Lucca en cuanto termináramos la sesión.

Una vez terminamos, nos fuimos para las oficinas del club, donde ya su presidente nos estaba esperando, y nos atendió enseguida, con toda la amabilidad del mundo. A pesar de ser un hombre bastante poderoso, la verdad es que era bastante asequible y cercano, nada de esos que se creen por encima de los demás, y así nos lo demostró.

Capítulo 13

Lucca

—Buenas tardes, señor Williams, gracias por atendernos tan rápidamente —le dije al presidente del club.

—Buenas tardes, Bandini y compañía, no hay nada que agradecer. ¿En qué puedo ayudaros? —nos respondió muy amablemente.

—Verá, como usted ya sabrá, llevo arrastrando una lesión varios meses, puesto que el fisio del club decía que no podía hacer nada y, según la señorita Smith, que ha sido la que me ha tratado y ha conseguido erradicar cualquier resto de molestia, es una lesión de lo más común y fácil de curar, hasta tal punto que, en tan solo cuatro sesiones, lo ha hecho —le expliqué al presidente, que me miraba totalmente anonadado. Al final habíamos ido solo Tabatha y yo, puesto que Thiago prefirió permanecer en casa, donde había quedado con Matteo para terminar del perfilar el tema de su padre.

—¿Es eso cierto, señorita Smith? —le preguntó él, anhelando tener una respuesta clara.

—Tabatha, por favor, que señorita Smith queda muy rimbombante. Y sí, absolutamente cierto. Ese tipo de lesiones, si no se curan bien, pueden llevar a terminar con la carrera de un deportista de elite, como es el caso de Lucca. Tal y como le he dicho a él antes, una de dos: o no es fisioterapeuta, cosa que dudo, porque supongo que se habrán hecho todo tipo de comprobaciones por parte del club, o tiene algún tipo de interés en que la lesión no mejore para, de ese modo, forzar la retirada del jugador de los terrenos de juego —contestó Tabatha, muy

seria y profesional. Cada vez me gustaba más la actitud de esta mujer, y me parecía a mí que Thiago empezaba a tener otro tipo de interés en ella.

—Me deja sin palabras, Tabatha. Por supuesto que será retirado ahora mismo de su puesto, además de que se abrirá una investigación por parte del club, aunque nos suponga tener que buscar un sustituto que esté a la altura en tiempo récord.

—Para eso la he traído a ella, señor. Me gustaría que se tuviera en cuenta para dicho cargo, debido a que su profesionalidad ha quedado patente en el tratamiento de mi lesión. Además de la mía, también está tratando de manera privada a mi compañero, Thiago Marino, con el mismo resultado, a pesar de que la suya era una lesión bastante más compleja que la mía —le dije, esperando que mi opinión fuera tomada en cuenta.

—¿Estaría usted interesada en ese puesto, Tabatha? —le preguntó él, y me daba la impresión de que estaba deseando que dijera que sí.

—Cuando Lucca me lo comentó esta mañana, la verdad es que me sorprendió bastante que hubiese pensado en mí para ello, pero tengo que reconocer que sería un gran paso en mi carrera. Llevo muchos años, desde que terminé la carrera, enfocada en la medicina deportiva, encargándome de tratar las lesiones de los deportistas en exclusiva, y para mí sería un sueño pertenecer a la plantilla del club.

—Déjeme consultarlo con mi junta directiva, y le diré algo en los próximos días. Si fuera tan amable de adjuntarme un currículo que pudiera mostrar a mis compañeros, se lo agradecería, la verdad.

—Dígame un correo electrónico y lo tendrá en cinco minutos, ya que lo llevo descargado en mi teléfono móvil.

El presidente se lo dio y ella lo envió, así como las referencias que habían dado muchos de sus pacientes de forma privada, dejando constancia de que todo lo que había dicho era cierto, y salimos del despacho juntos, y bastante contentos, todo hay que decirlo.

—No me digas que ese es vuestro fisio, porque me caigo en redondo —me preguntó cuando vimos al sujeto en cuestión, que salía de la sala de descanso de los jugadores.

—El mismo, ¿por qué? —respondí incrédulo, ya que no sabía a qué se estaba refiriendo.

—Ese tío ni tiene el título ni tiene nada. Te explico, porque es más complejo de lo que yo esperaba.

Resulta que él empezó la carrera conmigo, pero en el segundo año, lo cogieron traficando con medicamentos que cogía de la clínica donde hacíamos las prácticas, fue expulsado y se le retiró la opción de poder ejercer nunca, por lo menos en la Unión Europea. Ahora entiendo lo de tu lesión, aparte de que no tiene ni idea, porque no puede tener más que algún que otro curso no presencial que haya hecho, debe estar pagado por alguien a quien no le interesa que tú continues en el campo. Demos la vuelta, que hay que volver al despacho del presi, antes de que llegue él, y contarle todo. A saber, lo que habrá falsificado para estar donde está —me explicaba, mientras corríamos de nuevo hasta el despacho por el que habíamos salido hacía tan solo unos minutos.

—Jefe, perdone que le molestemos otra vez, pero Tabatha tiene algo más que contarle respecto al fisio del club —le dije una vez que me dio paso a su despacho, cerrando la puerta detrás nuestra.

Tabatha le contó lo mismo que me había contado a mí instantes antes, y tengo que decir que mi jefe se llevó las manos a la cabeza. Demasiada suerte habíamos tenido, porque podría haber llegado a mayores, tratando alguna lesión de espalda de alguno de los jugadores, ya que les podría haber provocado un mal irreversible, y entonces sería culpa del club, por no comprobar la veracidad de sus palabras, ya que nunca presentó ninguna documentación.

—No sé cómo agradecerle lo que ha hecho, Tabatha, tanto con mis chicos como por contarme esto. Acabo de comprobar todo lo que ha dicho, haciendo unas llamadas, así que no tengo nada más que decir, que el puesto es suyo. Espero que sea tan feliz aquí como lo somos nosotros, y ante cualquier duda o problema, sabes que solo tienes que llamar a mi puerta —le dijo el señor Williams, que pasó a explicarle sus obligaciones y a comentarle cual iba a ser su salario, uno más que merecido, puesto que no había conocido a nadie tan profesional como ella.

—¡Lo hemos logrado! —exclamé al salir del despacho, tomándola por debajo de los brazos y girando con ella abrazada, y riendo como hacía tiempo que no lo hacía.

—Veo que os lo pasáis muy bien —era Thiago, que acababa de entrar por la puerta, con cara de no muy buenos amigos, todo hay que decirlo.

—Te presento a la nueva fisio del club —le dije, orgulloso de ella, pero el rostro de Thiago mostraba algo que no era capaz de identificar ya que, por un lado, se le veía contento por ella, pero por otro, era como si tuviera miedo de algo, luego hablaría con él a ver que le pasaba.

—¿No dices nada, mendrugo? —le preguntó Tabatha, que esperaba un poquito más de emoción, y así se lo hizo saber —Hombre, no esperaba que fueras a recibirme con fuegos artificiales, pancartas ni nada por el estilo, pero un "enhorabuena, Tabatha" con un abrazo, no hubiera estado mal.

—Perdona, es que me ha costado gestionarlo. Enhorabuena —le dijo él, que hizo el intento de acercarse a darle un abrazo, pero al que ella frenó de inmediato.

—Si te ha costado gestionarlo, es porque no te alegras de corazón, así que será mejor que me marche y que no me des ese abrazo. Si algo no soporto, es la hipocresía, las cosas se hacen de corazón, no porque nadie te lo diga —le soltó, y salió caminando sin ni siquiera decir adiós, dejándonos allí a los dos con dos palmos de narices.

—Te has lucido, macho, te has lucido —le dije enfadado, puesto que había roto todas las ilusiones de la muchacha sin abrir la boca.

—Lo siento, vale. No sé qué es lo que me ha pasado, pero de pronto la he visto masajeando a unos cuantos del equipo y me han entrado nauseas —me respondió muy serio.

—Eso se llaman celos, aquí y en Pekín. Más vale que asumas tus sentimientos de una vez por todas, porque no estoy dispuesto a dejarla escapar, ni como fisio ni como amiga, que te quede claro —y esta vez fui yo el que salí de allí como alma que lleva el diablo.

—Lucca, espera, por favor. Llámala y dile que vas para su casa, necesito disculparme con ella en condiciones, explicarle todo lo que me

ocurre, porque al final voy a terminar volviéndome loco.

Eso hice, marqué su número de teléfono, dos veces, ya que a la primera no me contestó, a la segunda sí, y me explicó que había estado hablando con su hermano, por eso no atendió mi llamada. Le dije que íbamos para su casa y, aunque al principio no le sentó muy bien que Thiago viniera, al final no puso impedimento, y quedamos en vernos en una hora allí, ya que ella había pasado por el centro comercial por unas cosas que necesitaba.

Capítulo 14

Thiago

Al final Lucca no había venido, por mucho que le insistí, me dijo que esto lo tenía que hablar con ella a solas, sin carabina, y que llegáramos a un acuerdo entre los dos. Y aquí estaba, en su puerta, esperando a que llegara y con un ramo de rosas blancas en la mano. A su favor tengo que decir que todavía no había pasado la hora que dijimos, faltaban quince minutos, pero no podía esperar más en el coche, así que me bajé y decidí esperar en la puerta.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —escuché su voz por mi espalda, y un escalofrío me recorrió la columna —¿No iba a venir Lucca contigo?

—Acabo de llegar, no te preocupes —le mentí, puesto que llevaba más de veinte minutos esperando, pero no quería ser tan patético—. Y en cuanto a Lucca, recibió una llamada importante y tuvo que irse, pero te manda muchos besos.

—Pasa anda, que te va a crecer la nariz como a Pinocho —me dijo, haciendo un gesto con la cabeza, y sacándome una sonrisa.

—¿Por qué crees que miento?

—Lo primero: porque hace casi media hora que estoy dando vueltas con el coche para buscar aparcamiento, y en la primera vuelta ya te vi esperando, con el ramo de flores en la mano y sentado en el escalón. Con respecto a la segunda: me ha llamado él, para decirme que te deje explicarte y que no te trate con la punta del pie, ya que entonces no dirás ni una sola palabra de lo que venías a decir, y la curiosidad me

puede, lo siento —me soltó y se quedó tan ancha, eso sí, ambos con una carcajada que brotó desde lo más profundo de nuestro cuerpo.

—Entonces has hecho trampas, me tendrías que haber dicho: "Thiago, siento que hayas tenido que esperar tanto, pero no encontraba aparcamiento, y empieza a largar eso que Lucca me ha dicho que tenías que hablar conmigo".

—Claro, hombre, y perderme tu cara cuando te he preguntado por él, porque se veía a leguas que no tenías ninguna excusa preparada.

—La verdad es que no había pensado que me preguntarías por él. Una cosita, ¿vas a coger el ramo ya para ponerlo en un jarrón con agua o lo vas a dar de ofrenda en alguna iglesia? Lo digo porque estoy paseándolo por toda la casa, siguiendo tus pasos, que esa es otra.

—Anda trae, y siéntate en el sofá mientras voy por un par de refrescos.

Eso hicimos, me senté y ella se marchó a la cocina, de donde vino con una bandeja con varias cosas para picar, y dos latas de refrescos, mientras yo ponía en orden mis pensamientos, puesto que no tenía ni idea de cómo comenzar esa conversación, pero tenía que hacerlo.

—Tú dirás, ¿qué es eso que querías hablar conmigo? —directa a la yugular, sin anestesia ni nada.

—Joder, Tabatha, que directa…

—Sabes que no me gusta perder el tiempo, así que ya vas soltando la lengüita. Lo que duele, como las tiritas, del tirón —me dijo, y me sacó una carcajada, esta mujer era única.

—¿Cómo sabes qué es malo? —seguí buscándole la lengua.

—Cuando un hombre le dice a una mujer que tienen que hablar, ten por seguro que lo que tiene que decirle es malo, está comprobado científicamente.

—A ver, en primer lugar, te quiero pedir disculpas por mi actitud de antes. Pero todo tiene una explicación…

—Pues explica, explica, porque estuve a punto de mandarte a la mierda —me interrumpió, provocando otra carcajada en mí. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien con una mujer, y no me refiero al tema del sexo, sino a poder tener una conversación divertida, como la tenía con ella.

—Si no te callas y dejas de interrumpirme, no creo que pueda explicarme. A lo que iba. Por un momento, una fuerte sensación de protección me entró contigo. De repente, te vi masajeando a alguno de los chicos del equipo, y me entraron unas nauseas increíbles, hasta que Lucca me dijo lo que significaba. Celos, estaba celoso como nunca antes lo había estado, y entonces me di cuenta de que estaba empezando a sentir algo por ti. Tenía que decírtelo así, de carrerilla, o no tendría el valor de expresarlo, ahora, si quieres, puedes mandarme a la mierda —y me quité un peso de encima al decir eso, me sentí aliviado, a pesar de que ella no se hubiera pronunciado todavía.

—¿Me estás hablando en serio? ¿O es alguna broma macabra para gastar a la gordita? —me respondió, y os juro que esa era la última reacción que esperaba por su parte. ¿Acaso alguna vez se lo habían hecho? —Pensarás que soy una paranoica, pero no es así, ya que no sería la primera vez que me hicieran algo así.

—Hay que ser muy cabrón para hacer eso, y no me considero tan mala persona —le dije, en cierto modo dolido por su manera de reaccionar.

—Ahora soy yo la que se tiene que explicar. En la universidad, empecé a salir con un chico, y me enamoré de él como una tonta, no teníamos nada que ver el uno con el otro. Verás, él era una persona popular, guapo, del equipo de natación, y yo…bueno, yo soy yo. Transcurridos unos meses, me enteré que se había acercado a mí por una apuesta y que, mientras yo me quedaba estudiando, él se tiraba a todo lo que podía. Tardé mucho en salir del pozo en el que me había sumergido, y lo hice gracias a mi hermano y a mis amigos, por eso, soy realista y consciente de a lo que puedo aspirar o no, no es ninguna paranoia, tan solo no quiero que me hagan más daño —me contestó, y entonces, no pude remediarlo y me lancé a su boca.

Lo que empezó con un beso dulce, se fue transformando en algo más primitivo, necesitado, y que nos llevó a devorar nuestras bocas como nunca había tenido la necesidad de hacerlo. Era como si, con ese beso, le tuviera que demostrar que no era menos que nadie, todo lo contrario, era una mujer bellísima, natural, y que podría volver loco a cualquier hombre con sus generosas curvas.

—Si no paro ahora, no seré capaz de parar luego —le dije, cuando nos separamos para tomar aire, porque íbamos a terminar ahogados.

—Nadie te ha dicho que tengas que parar —me contestó, y entonces decidí que lo quería todo con ella, y lo quería ahora, así que me lancé de nuevo, aunque en realidad no sé quién se lanzó primero, pero el caso es que volvíamos a devorarnos, pero esta vez, mientras nos quitábamos la ropa.

A trompicones llegamos a su cuarto, aunque casi rodamos las escaleras en uno de nuestros impulsos, regando el suelo con la ropa que nos íbamos quitando, sin mirar siquiera donde había caído.

Cuando la tuve desnuda, descubrí lo bonita que era, y así se lo hice sentir, o por lo menos era mi intención, que se sintiera deseada por mí, puesto que no me había puesto así de duro en la vida, y no entendía porque había sido con ella.

Me dediqué a deleitarme con su cuerpo, pasando mi lengua por todos y cada uno de sus rincones, empezando por el cuello y terminando por los dedos de su pie, aunque antes me entretuve un ratito en su sexo, ese que estaba chorreando por mis atenciones, y que tuvo un orgasmo con mi lengua haciendo ochos sobre él.

Una vez que alcanzó el clímax, seguí con mi ruta, poniendo sus piernas en mis hombros, y penetrándola de una fuerte estocada. Estaba tan caliente y tan estrecha, que tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no terminar antes de tiempo, no sin que ella llegara de nuevo, por lo menos. Y así lo hice, puesto que cuando a ella le sorprendió el orgasmo, me llevó consigo, haciendo que llegáramos al clímax los dos a la vez, con fuertes sacudidas y desgañitándonos la garganta con un grito.

Cuando terminamos, la abracé, tapándonos con una sábana, y dejando su cabeza sobre mi pecho.

—Me has cautivado, Tabatha —le dije antes de que cerrara los ojos, pausando su respiración, esa a la que me sumé, quedándonos dormidos durante un rato.

No hablamos nada más, simplemente nos dedicamos a disfrutar de la tranquilidad del momento, en mi caso, pensando que tenía aquella mujer que me había dejado totalmente descolocado.

—Tengo que irme —le dije a Tabatha, que me miraba en ese momento con cierto resquemor—. No pienses cosas raras, he quedado con Matteo, vístete y vente conmigo a mi casa, y así cenamos todos juntos. Llama a David y a Vicky, que se vayan para allá, donde seguro que encontramos a Lucca.

—No te preocupes, prefiero quedarme a arreglar las cosas, ya mañana nos vemos para cenar y acudir a la inauguración —me contestó y tuve sentimientos encontrados, por un lado, me hubiese gustado que viniera conmigo, pero por otro, me alegraba que me diera mi espacio, ya que me demostraba que no era de esas mujeres agobiantes que no te dejan solos ni en el cuarto de baño.

Capítulo 15

Tabatha

Todavía no me podía creer lo que había pasado entre nosotros, entre Thiago y yo, pero se dedicó a dejarme claro que nada tenía que ver con un capricho o una broma, puesto que se dejó la piel en demostrarme que sentía algo por mí.

En cuanto que Thiago salió por la puerta de mi casa, lo primero que hice fue llamar a Ryan, mi hermano, para contarle todo. No encontraba una persona mejor que él para aconsejarme.

—Disfruta el momento, Tabatha, no todos los hombres son como aquel desgraciado. Si sale bien, vivirás un amor eterno, y si sale mal, tendrás la experiencia y le habrás dado una alegría al cuerpo, que no todo es trabajar. No le des más vueltas, aunque no te lo creas, vales mucho —fue el consejo de mi hermano, y así pensé llevarlo a cabo, por eso me metí en la cama con la satisfacción de haber estado con un hombre así, cuya fragancia se había quedado impregnada en las sábanas de mi cama.

Estaba en la puerta de mi casa, esperando a que pasaran a recogerme, puesto que David y su chica nos esperarían en el restaurante en el que habíamos reservado mesa, y a Vicky la recogerían antes que, a mí, ya que le cogía de camino. Sumida en mis pensamientos estaba cuando escuché el claxon de un coche, y vi como Thiago se bajaba del mismo. Me dedicó una mirada que no sabría muy bien como interpretarla, ¿sorpresa? ¿admiración? No puedo decir lo que era, pero me estaba gustando muchísimo.

—Estás preciosa, bueno, eres preciosa, pero esta noche brillas de otro modo, tenlo claro —me susurró al oído, mientras que me dejaba un breve beso en la mejilla, muy cerquita de la comisura de los labios.

—Tú también estás muy guapo —le dije sonriendo, y es que era verdad, esa camisa le sentaba como un guante.

—¡Queréis dejar de pelar la pava, que algunos tenemos hambre! —soltó Lucca desde el asiento del conductor, y los dos reímos por su ocurrencia.

—Buenas noches, chicos. Vicky, estás guapísima —le dije a los dos, y esta última me miró.

—Lo sé, Lucca ya se ha encargado de hacérmelo saber —soltó mientras que el otro reía a carcajadas.

—Así llevan desde que la hemos recogido. Tanto es así, que me han delegado al asiento trasero, en mi propio coche, por cierto. Lucca y sus manías de no dejar que conduzca nadie cuando va él —me explicaba Thiago.

Cuando quisimos darnos cuenta, ya estábamos aparcando en los alrededores del restaurante, donde divisamos a David y a su chica, que ya nos estaban esperando, y a él se le veía especialmente nervioso.

—Hola amigo, ¿qué tal? —le dijo Thiago a David, mientras le daba un abrazo para saludarlo —Yo soy Thiago, encantado —se dirigió esta vez a la chica.

—Lo sé, rara es la persona que no te conoce. Yo soy Amber —le dijo ella, sonriendo.

—¿Tu chica? —preguntó Lucca, que tampoco tardó en presentarse.

—La misma, bueno en realidad llevamos poco tiempo juntos, nos estamos conociendo, pero nos dirigimos así el uno al otro, porque, desde que empezamos a salir, nos juramos exclusividad —le contestó David, totalmente nervioso, ya que estaba anhelante por conocer nuestra opinión de ella.

—Yo soy Tabatha y ella es Vicky, y ya teníamos ganas de conocerte. Antes que nada, quiero que te quede claro un aspecto, nosotros somos como hermanos, y si alguno necesita del otro, no dudaremos en dejarlo todo para acudir a su llamada, así que nada de celos ni nada por el estilo, pues nada más lejos de la realidad —le dije dándole un

abrazo, que ella correspondió con firmeza, y eso me gustó mucho, era una chica segura de sí misma, y eso nos ahorraría muchos quebraderos de cabeza.

—Lo sé, y por eso no hay problema. Yo también tengo un amigo, Kevin, que es como mi hermano, y por el que tampoco dudaría en salir corriendo si me necesitara. La amistad hay que cultivarla día a día, y por eso la considero tan importante o más que el amor, así que, cero dramas de este estilo —me contestó riendo. Cada vez me gustaba más esta chica.

Entramos al restaurante, donde nos tenían reservada nuestra mesa de siempre, aunque hubo que poner otra, ya que éramos el doble de personas. La cena transcurrió como la que tuvimos en mi casa, entre bromas, risas y comentarios salidos de tono por parte de Lucca y Vicky, que eran tal para cual. Amber se doblaba de la risa con la situación, y repetía una y otra vez que se estaba riendo esa noche más que en su vida.

De ahí pasamos a la discoteca que, para nuestra sorpresa, se encontraba en la calle de atrás del restaurante, donde la gente hacía cola para poder entrar, pero que ninguno de nosotros tuvimos que guardar, puesto que tanto Lucca, como Thiago, eran invitados vip.

—En mi vida pensé que me encontraría en un sitio así, donde hasta el agua del grifo tiene que tener minerales especiales —dijo Vicky nada más llegar al reservado que tenían disponible los chicos.

—Que exagerada eres, hija mía. Es una discoteca como otra cualquiera —le dijo Lucca, que negaba con la cabeza.

—Claro que sí, como otra cualquiera. Mira, esa lleva un bolso que cuesta lo que yo gano en un año. En las discotecas de mi barrio, si alguna lleva uno como ese, o es imitación o es robado, así que como otra cualquiera no es —le contestó mi amiga a Lucca, que reía a mandíbula batiente con sus cosas.

—He pensado una cosa, pero necesito tu ayuda —me dijo Lucca, y tenía claro que, después de lo que había hecho por mí, le bajaría la luna si hiciera falta.

—Suéltalo, ¿qué necesitas?

—He pensado en ir el lunes a la tienda de esa firma, y enviarle a Vicky al trabajo una cesta con todo tipo de artículos, pero no tengo ni idea de donde trabaja. Lo haré sin nota ni nada, para que se vuelva loca buscando quien ha sido —me dijo y me eché a reír, a mi amiga le iba a encantar, puesto que la marca le fascinaba.

—Le va a encantar, eso te lo digo ya. Lo único es que va a saber que eres tú a la primera, no conocemos a nadie que pueda gastarse ese dineral como si fuera una cesta de chocolates.

—No, porque le diremos que puede ser algún hombre de los que están aquí que ha quedado fascinado por ella. No le diré que he sido yo hasta que le de mil vueltas a la cabeza.

—Tú sabrás lo que haces, pero si te digo que te lo va a agradecer eternamente, ya que, ni soñando, tenemos nosotros acceso a prendas de esa firma, bueno yo ahora a lo mejor me puedo comprar algo, pero nada grande, eso por descontado.

Sonaba una canción que me encantaba, por eso tiré de mis amigos y nos pusimos a bailarla allí mismo, se trataba de *"Locked out of Heaven"* de Bruno Mars, y a cantar a pleno pulmón.

I`m born again every time you spend the night…

Y, de pronto, me di cuenta de que Thiago estaba detrás de mí, agarrándome por la cintura, y pegándome a su pecho.

—Cause your sex takes me to paradise, yeah, your sex takes me to paradise, and it shows, yeah, yeah, yeah… —me canto al oído, susurrándome la letra, y me estremeció por completo.

—Cuidado, que nos pueden ver —le dije, porque no quería ponerlo en ningún aprieto.

—¿Crees que me importa que nos vean? Que lo hagan, así podré presumir de chica —me contestó, a la vez que daba pequeños mordiscos en mi cuello, poniéndome a mil por hora—. Quiero que esta noche la pasemos juntos, me da igual si en mi casa o en la tuya, pero no quiero tener que separarme de ti.

—Me parece bien, y a mí también me da igual, siempre y cuando no me vayas a poner de patitas en la calle después de echar un polvo —bromeé con él, que ya no se enfadaba, pues ya me iba conociendo.

—Vamos a hacer una cosa, entraremos en una página *web* de ropa de chica, y pediremos varios *outfits*, que dejarás en mi casa, y así podrás pasar todo el fin de semana conmigo. El lunes, que tendremos que ir al club, lo haremos juntos, ¿te parece bien?

—Me parece mejor pasar por mi casa y coger ropa antes de gastar dinero tontamente.

—Esa no es una opción, mi casa, mi dinero, mis reglas —y ahí se terminó la conversación, ya que siguió bailando como si nada, dejándome con una cara de tonta impresionante.

Capítulo 16

Thiago

La noticia de que Tabatha iba a ser la fisio del club me cayó como un jarro de agua fría, tengo que reconocerlo. No porque no me gustara la idea de que prosperara en el plano laboral, ni mucho menos, sino porque solo pensar que sus manos se posarían en el cuerpo de otros hombres, me revolvía el estómago.

Mi cara tuvo que ser un poema cuando Lucca me lo contó, porque hasta ella se dio cuenta y no dudó en recriminármelo, aunque, por suerte, fui capaz de conseguir que me perdonara y, no solo eso, sino que tuvimos el primer acercamiento, uno que me supo a poco, y así se lo hice saber, consiguiendo que aceptara pasar el fin de semana conmigo.

El tema de mi padre estaba ahí, enquistado, y es que no sabía cómo actuar con respecto a eso. Matteo, mi amigo y abogado, no paraba de insistir en que le pusiera una demanda, para que se le quitaran las ganas de volver a hacerlo más, pero era mi padre. Se había portado como un canalla, me había manejado a su antojo, mirando solo por sus propios intereses, todo eso lo tenía claro, pero no dejaba de pensar que era mi sangre. ¿Cómo iba a demandarlo? ¿Y si terminaba en la cárcel por mi culpa? No estaba dispuesto a cargar con eso sobre mi conciencia, yo no era igual que él, eso lo tenía claro, ya que, si hubiese sido, al contrario, es seguro que me hubiese demandado, sin importarle cual fuera mi final.

Con todo ello en la cabeza, dando vueltas como una peonza, llegamos a mi casa. Ya había hecho todo lo que le dije, comprando varias prendas que le serían muy útiles cuando estuviera en mi casa, y que de seguro ya las tendría allí, pues había pagado por un servicio de entrega en una hora, en una de esas *webs* que trabajan veinticuatro – siete.

—Estás como una cabra, que lo sepas —me dijo Tabatha, cuando le entregué la caja que contenía todo lo que había comprado para ella.

—Espero haber acertado en el gusto y en la talla, y que te sientas cómoda con ellas.

—Es todo precioso, pero no tendrías que haber comprado nada, podríamos haber hecho una parada en mi casa y coger todo lo necesario, pero como a ti te gusta gastar dinero…

—Siempre que sea para ti, todo el dinero que gaste me parecerá poco. Pero ahora, más que ver cómo te sienta la ropa, que, seguro que estarás espectacular, prefiero verte sin ella —y la tomé entre mis brazos para besarla. Un beso con urgencia, cargado de pasión, que tenía como finalidad ponerla como una moto, que era como yo me sentía ya.

Bajé mis manos hasta su trasero, amasándolo y apretándola contra mí, para que fuera consciente de lo que provocaba en mi miembro, y eso pareció volverla loca. Entre besos y caricias, llegamos hasta el dormitorio, donde no dudé en desprenderla del vestido que llevaba, uno que me puso a cien desde que la vi en su puerta con él puesto, y que le marcaba sus nalgas de una manera espectacular. En más de una ocasión, durante la cena y posterior copa, estuve tentado de pellizcarlo, pero me contuve, puesto que no quería que nadie me fotografiara de nuevo en otro escándalo sexual, con uno ya había tenido bastante.

La visión de su cuerpo desnudo me volvió a dejar sin aliento, por mucho que ella dijera que estaba gordita, nada más lejos de la realidad. Si es verdad que no era como las mujeres a las que estaba acostumbrado, que lo tenían todo siliconado, todo artificial, muchas hasta las pestañas, pero no por ello era menos bella. Su belleza era distinta, era natural, sus imperfecciones eran adorables, porque la

hacía humana, cercana, y eso era lo que me volvía loco de Tabatha, su naturalidad en todos los aspectos. Con ella, la superficialidad quedaba relegada en lo más profundo.

—No me mires así, por favor, que me da mucha vergüenza —me dijo, totalmente sonrojada.

—¿Cómo te miro exactamente, y según tú? —le pregunté, dejándome ver a través de sus ojos.

—Como si fuera un refresco con hielo en medio del desierto —me dijo a media voz, como si eso que me estaba contando fuera una utopía para ella.

—Exactamente eso es lo que eres en mi vida, un soplo de aire fresco, algo que necesitaba, aún sin saberlo. ¿Conoces la sensación de no encontrar tu lugar, a pesar de los éxitos y del dinero? Pues así me encontraba antes de que tú aparecieras, totalmente perdido, y tú, me has ayudado a encontrarme, a tener mi lugar seguro, que eres tú, Tabatha, eres todo lo que quería sin buscarlo —por primera vez en mucho tiempo, me atreví a hablar de sentimientos, esos que creía que no tenía, pero que ella se había encargado de hacerme saber que sí.

—Es muy bonito eso que me has dicho, y espero que, aunque lo nuestro se rompa en algún momento, podamos seguir teniendo una bella amistad. Solo te voy a pedir una cosa: no me mientas nunca, si alguna vez encuentras a alguien que te guste más que yo, de la que te hayas enamorado o, simplemente, hayas dejado de sentir por mí, dímelo. Prefiero un dolor frente a frente al dolor de una traición, porque no podemos obligar a nadie a querernos, pero sí que podemos tener la lealtad de decírselo —fueron sus palabras, y más acertadas no pudieron ser, por eso me lancé a su boca, necesitaba sus besos como el sediento necesitaba el agua.

Decir que lo hicimos rápidamente sería faltar a la verdad puesto que, a pesar de la urgencia que sentíamos los dos, no podía consentirlo. Por eso, me dediqué a mimar cada rincón de su cuerpo, venerándola como si fuera una diosa, mi diosa, y buscando en su piel cada vestigio de placer que pudiera ofrecerle, cada gemido, cada jadeo, hasta que la hice alcanzar el primer orgasmo. Después de eso, y tras ponerme la protección, la penetré, lentamente, deleitándome con

cada gesto, con cada mirada, hasta que ella misma empezó a mover las caderas, buscando más. Y eso hice, sucumbir a los deseos de Tabatha, dejarme la piel en conseguir que no lo olvidara nunca, al igual que yo tampoco lo haría, dando certeras estocadas dentro de ella, que me acogía gustosa, tan caliente, tan estrecha, que me estaba volviendo loco. Vi que ninguno de los dos podía aguantar más, y entonces llevé mi mano a su clítoris, haciendo círculos con mis dedos, para que alcanzara el clímax y me llevara con ella. Eso fue lo que sucedió, dejándonos a los dos exhaustos y con la respiración entrecortada. Fui al baño para deshacerme del preservativo y volví con una toalla húmeda, con la que la limpié, pues se había quedado sin fuerzas, para luego, dejarla tirada en el suelo y acostarme a su lado, acurrucándola sobre mí, de la manera más agradable.

En esa postura nos quedamos dormidos, y cuando me desperté, la tenía recostada en mi pecho, con sus piernas enroscadas en las mías, y me pareció el ser más adorable que había visto nunca. Ojalá y esto lo pudiera vivir siempre, que nunca nada ni nadie la separara de mi lado, y sabía que la clave estaba en mí, en mi actitud con ella y con el resto de las mujeres.

Con ello no estoy diciendo que ahora me iba a volver antisocial, ni mucho menos, seguiría hablando y tratando bien a todo el mundo, pero no tenía que mostrarme seductor con nadie más que con ella. Me iba a costar, por supuesto que sí, porque eran muchos años actuando igual, pero solo tenía que pensar en ella, en este momento, en las noches de placer que pasáramos juntos, y estaba seguro que lo iba a conseguir. Tenía que darle su lugar, que era a mi lado, como mi pareja, y entonces no tendría nada que temer, ni ella ni yo.

—Buenos días —me dijo cuando abrió los ojos, levantando la cabeza para mirarme, ya que llevaba un rato despierto, observando cada mueca de su rostro, cada peca, y estaba totalmente embelesado.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal si nos damos una ducha y salimos a comer fuera? Lucca me ha llamado hace un rato, dice no sé qué de una broma que le va a gastar a Vicky y que tú serás su cómplice. No te puedo contar más, porque entre que cuando llamó estaba todavía

medio dormido y que no paraba de reírse, no me he enterado —le expliqué, mientras que ella reía a carcajadas.

—Tu amigo, que está loco. Quiere ir a una tienda de firma, de esas que te cobran un riñón solo por decirte hola desde la puerta, y pedir que le hagan una cesta con varios artículos, para enviársela al trabajo, sin nota. Y pretende que ella no se dé cuenta de que son suyos los regalos, así que voy a ayudarle, porque estoy segura de que no lo va a conseguir —me contaba, mientras que yo la miraba asombrado, porque sabía por dónde iba Lucca.

—¿Te cuento lo que opino yo de todo esto?

—Ya estás tardando.

—Pues pienso que Lucca se ha quedado prendado de Vicky, y como no sabe cómo puede reaccionar tu amiga, va a intentar averiguarlo con esto. Mucho le ha debido impresionar para que no se haya tirado al ruedo, como los toreros —le conté, y era cierto, puesto que Lucca, cuando le gustaba alguien para pasar un rato, no actuaba así. Me daba a mí que Cupido también había acertado de lleno con mi amigo, pero eso el tiempo lo dirá.

Capítulo 17

Tabatha

—Esto no, que es muy de persona mayor, mejor aquel otro, que es más juvenil y seguro que le va a encantar —le decía a Lucca, que se había vuelto loco comprando cosas para Vicky. Eso no era una cesta, era un carrito de los de supermercado y a primeros de mes, cuando todo el mundo acaba de cobrar y va a hacer la compra. ¡Qué barbaridad!

—Amigo, hazle caso a mi chica que la conoce mejor que nadie, y así te aseguras el triunfo —le dijo Thiago a Lucca, y yo lo miré totalmente asombrada, puesto que se había dirigido a mí como su chica —Y tú, no me mires así, que no he dicho nada malo.

—Te has dirigido a mí como "mi chica", ¿cómo quieres que te mire? —le pregunté, a ver si él era capaz de explicarse o lo había dicho sin darse cuenta.

—¿Cómo quieres que lo haga? ¿Cómo mi tostadora? Estamos juntos, pues así tengo que llamarte, a no ser que me digas lo contrario.

—No, no, si yo encantada, pero no dejo de reconocer que ha sido un *shock*, será cuestión de que lo asimile —le dije riendo por lo de la tostadora.

Estuvimos en esa tienda casi tres horas, donde Lucca adquirió de todo, desde bolso, cartera, gafas de sol, pañuelo, varias camisetas y una chaqueta, entre otras muchas cosas, puesto que ya había perdido la cuenta. Lo metieron todo en una caja regalo, con el logo de la firma por todas partes, como no podía ser de otro modo, y lo dejaron listo

para el reparto, anotando la dirección que yo les había facilitado. Como era sábado, y Vicky no trabajaba, se lo entregarían el lunes, porque Lucca insistió que debía ser allí, no en su casa, que podría asustarla pensar que un desconocido supiera donde vivía. Este se creía que mi amiga era tonta, que no se iba a dar cuenta de que los regalos eran suyos, pero que cada cual pensara lo que quisiera, mi labor estaba hecha.

—Os invito a comer, aquí al lado hay un restaurante en el que se come de muerte —nos dijo a Thiago y a mí.

—Que menos, chaval, con champan y ostras, por lo menos, con todo el tiempo que hemos estado ahí metidos —le dije, dándole un leve golpecito en el hombro. No me había fijado en que Thiago llevaba una bolsa en la mano, seguramente, mientras que Lucca y yo estábamos decidiéndonos, habría visto algo que le gustara y se lo había comprado.

—Te vas a conformar con una hamburguesa enorme con patatas fritas —me respondió Lucca, y yo me froté las manos.

—Eso me gusta incluso más, fíjate —le respondí, riendo.

La comida transcurrió como siempre que estábamos juntos, con risas, bromas y alguna que otra conversación seria, como la que estábamos teniendo en estos momentos.

—Ya hemos presentado la demanda contra tu padre, espero que eso no ensombrezca la amistad que hay entre nosotros —le contaba Lucca a Thiago, al que, por un momento, se le quedó el rostro sin color.

—Te lo dije en su momento y te lo digo ahora, nuestra amistad está por encima de todo eso. No has hecho nada más que lo que tenías que hacer, ojalá yo fuese capaz de hacer lo mismo, pero mi moral no me lo permite —le explicó Thiago, al que parecía que se le había quitado el apetito.

—Eres un gran hombre, Thiago. Otro en tu lugar, no hubiera mirado el parentesco que os une, te lo garantizo, y habría ido a por todas en ese asunto. No le des más vueltas, has hecho lo que tu conciencia te dictaba —le dije, dándole un apretón en el hombro, y él me correspondió con un breve beso en los labios.

La conversación dio un giro de ciento ochenta grados, y empezamos a hablar de mi incorporación en el club, esa que tendría lugar ese mismo lunes, ya que el equipo empezaba la pretemporada en breve, por lo que tendrían que entrenar y prepararse para todo, y que me emocionaba y aterraba a partes iguales.

—La verdad es que me hace mucha ilusión, pero también tengo mucho miedo —dije mis pensamientos en voz alta.

—¿Miedo de qué, si se puede saber? —me preguntó Thiago, en un tono que no dejaba lugar a la duda, estaba molesto.

—A que no me acepten. Están acostumbrados a que sea un hombre el que los trate, y temo que no me miren bien o que se tomen mi trabajo a guasa, no haciéndome caso en mis recomendaciones y que, por ello, se piensen que no soy apta para el puesto —me abrí en canal con los dos, puesto que sabía que ellos eran los más indicados para darme consejo.

—Vamos a ver, Tabatha. No puedes llegar allí con inseguridad, porque entonces va a ser cuando te coman, y no en el sentido literal de la palabra. Tienes que imponerte, trátalos como si fueran niños pequeños de una guardería y tú fueras la profesora, con autoridad. Si alguno se pasa de la raya en algún aspecto, lo freno de la mejor manera o de la que creas más conveniente. Te aseguro que son buenos chicos, pero también unos garrulos que no ven más allá de sus narices. Gánate a Waterfood, y tendrás a todo el vestuario a tu favor, puesto que es el que lleva la voz cantante entre los más jóvenes, que serán los que puedan darte más problema —me aconsejó Thiago, y se lo agradecía enormemente, puesto que me estaba dando las claves para conseguir esa armonía tan necesaria en un vestuario.

—Y, si no, siempre puedes llamar a tu chico y que les parta la cara, así de simple —soltó Lucca, haciendo que estalláramos en una sonora carcajada.

—A mi chico déjalo fuera de esto, por favor. Allí solo seré la fisio, y trataré a todos por igual, no quiero que se me tache de favoritismos —dije, y noté cierto alivio en el rostro de Thiago. Tenía la intuición de que no quería que se supiera lo nuestro en el club, sus motivos tendría, pero no me iba a comer la cabeza con eso, porque era una minucia.

Volvimos a la casa de Thiago, donde se acopló Lucca, y entonces mi chico me dijo de llamar a los demás y que pasaran el día allí, entre la barbacoa y la piscina, a pesar de que el día estaba fresquito, pero como el agua estaba caliente, ya que era climatizada, no nos importaría, y así lo hice, llamé incluso a Ryan, que me dijo que mejor lo dejaba para otro día, puesto que ya tenía planes para hoy con sus amigos, y lo entendí, ya que había sido algo muy precipitado.

Pasamos un día magnifico, al que se sumó una noche espectacular, esa que pasé entre sus brazos, y que me hizo sentirme la mujer más especial de la tierra, como nunca me habían hecho sentir. Porque lo que una vez consideré que lo era, tan solo fue una farsa, una que me hizo mucho daño, tanto en mi autoestima como en mi salud mental, pero que, afortunadamente, había logrado superar, haciéndome una mujer mucho más fuerte y segura de lo que era, a pesar de que tuviera mis debilidades, como todo el mundo y en momentos puntuales de la vida.

Ese lunes era el gran día, y tenía que estar allí a la misma hora de los chicos, por lo que me levanté temprano para ducharme y preparar el desayuno, mientras que dejaba a Thiago un ratito más en la cama, pero a mí los nervios no me dejaban descansar, así que por eso me adelanté.

—¿Te has caído de la cama o ha habido un terremoto y yo no me he enterado? Porque vaya si te has dado prisa —me dijo Thiago entrando en la cocina.

—Ni lo uno ni lo otro, tan solo no podía dormir ni permanecer en la cama ni un minuto más. Así que, antes de despertarte, he decidido levantarme y prepararlo todo para cuando lo hicieras —le dije, y él me cogió por la cintura, pegándome a él y dejando un profundo beso en mi boca, ese que me supo a poco, pero que tuvimos que parar o llegaríamos tarde, y no sería una buena imagen en mi primer día de trabajo.

Capítulo 18

Thiago

En principio le había dicho a Tabatha que iríamos juntos en mi coche, pero después de la cena, en la que, en cierto modo, acordamos que en el club no diríamos que éramos pareja, me resultaba un poco incómodo tener que enfrentarme a las preguntas y mofas de mis compañeros, pero tampoco sabía cómo decirle que mejor fuésemos por separado.

—¿Me vas a contar que es lo que te ronda por la cabeza o tengo que sacar la bola de cristal para averiguarlo? —me preguntó y me resultó sorprendente la capacidad que tenía para leerme. No me había pasado nunca esto, ni siquiera con mi madre, aunque supongo que la clave está en el interés que tengas por la otra persona, por supuesto.

—Es que no sé cómo te va a sentar lo que te voy a pedir —le dije, en un arrojo de sinceridad.

—Dijimos que nos hablaríamos claro, así que ya puedes soltar lo que tengas de decir y no ponerme más nerviosa —me dijo, y su tono indicaba que estaba expectante ante lo que tuviera que comunicarle.

—No es nada de lo que estás pensando, empezando por ahí. Lo que quiero decirte es que, a pesar de que te dije que iríamos juntos al club, después de acordar que no diríamos nada de que éramos pareja allí, no veo conveniente que lo hagamos juntos —ya lo había soltado, y ella reaccionó con una carcajada.

—¿Para eso tanto drama? Estaba a punto de decirte que me llevaras a mi casa, para coger mi coche e ir por separado, yo tampoco creo

conveniente que aparezcamos los dos juntos, a pesar de que podemos decir que era tu fisio antes de entrar en el club, y que somos amigos, pero sería tener que dar demasiadas explicaciones el primer día —me soltó, y no pude más que reír con ella. Todo lo veía fácil, todo lo hacía fácil, a pocas mujeres conocía con la empatía y la capacidad de reacción que tenía Tabatha, por eso y por más, me estaba enamorando de ella.

Continuamos con nuestro camino, hasta llegar a su casa, que no estaba muy lejos de donde yo vivía, y esperé a que se montara en su vehículo, puesto que no tuvo ni que entrar, ya que las llaves las tenía en su bolso y sus cosas para trabajar estaban en el maletero, a pesar de que en el club había absolutamente de todo, a ella le gustaba contar con su material.

Llegados al club, aparcamos en la zona que había para los empleados, donde ya estaba Lucca esperándonos, pues decía que quería que lo hiciéramos los tres juntos, para evitar especulaciones de cualquier tipo.

Tabatha lucía esa mañana radiante, no sabía si era por la felicidad del trabajo nuevo o por lo que habíamos empezado juntos, pero el caso es que la veía más bonita que nunca. Se había puesto unos leggins en azul marino, con las zapatillas deportivas a juego, y una camiseta de una firma muy conocida en celeste pastel. Todavía no le había dado lo que le había comprado el sábado cuando estuvimos con Lucca, y que ella pensó que era para mí, puesto que no le di importancia y guardé la bolsa en mi armario. Después de toda la ropa que le había comprado el viernes, no quería que pensara que me la iba a conquistar a base de regalos, así que ya se lo daría en cuanto hubiesen pasado unos días y tuviera la ocasión.

—Buenos días, chicos —dijo el entrenador, que estaba junto a Tabatha y dos chicos más, que eran los que formaban el equipo de fisios—. Tengo que contaros algo.

—A mí, con que me digas el nombre de esa preciosidad, me doy por satisfecho —dijo Waterfood, y no me equivoqué, sabía que sería el primero en saltar.

—Esta preciosidad, como no la trates con respeto, puede hacer que te lleves toda la temporada en el banquillo, así que yo de ti no diría ni haría más tonterías que las justas —le contestó ella, dejándolo con la cara como un tomate, mientras que se escuchaban los murmullos y el, oh del resto de los compañeros.

—¿Qué pasa, que eres el ligue del entrenador, o qué? —salió otro en su defensa, pero las risas les duraron poco.

—Nada más lejos de la realidad. Como al parecer estamos en el patio de un colegio, y no dejáis hablar al entrenador, lo haré yo. Soy Tabatha Smith, vuestra nueva fisioterapeuta, y ellos son la otra parte de mi equipo, Tom y Jerry, sí venga, reíros con los nombres, que además estaréis al día de los dibujos animados, porque como parecéis niños —un silencio sepulcral, eso era lo único que se escuchaba en el vestuario, hasta que Waterfood habló de nuevo.

—Mis disculpas, señorita Smith, pensaba que eran de alguna promoción de una marca, y esa gente no me gusta. No se preocupe que no volverá a recibir ninguna falta de respeto más en este vestuario, ¿verdad chicos? —Ya se lo había ganado, en tan solo unos minutos había sido capaz de domarlos a todos, increíble.

—Ni señorita Smith, ni de usted, soy Tabatha, y eso va para todos. Quiero que ante la más mínima molestia que sintáis, vengáis a verme, sin dudar, porque lo que hoy puede ser una tontería, mañana puede ser una lesión que os aleje del campo durante una buena temporada, y todo por no ser tratada a tiempo —les explicaba ella, mientras todos la escuchaban en silencio.

—Pero el anterior fisio nos decía que, salvo que fuera importante, no lo molestáramos —intervino Wesley, pero ella lo interrumpió al instante.

—Ni yo soy el anterior fisio, ni es ninguna molestia, es mi trabajo, y para eso estoy aquí, para impedir que una tontería se convierta en algo más grave. Venid sin miedo, aunque solo sea para decirme, Tabatha, creo que la uña del dedo gordo se me ha clavado y por eso no puedo andar bien, que ya seré yo la que me encargue de averiguar si es por la uña o porque tienes una fascitis plantar —dijo ella muy segura y, en

un momento, todos la miraron con asombro, con admiración, y yo me sentía el más orgulloso de todos.

—Me parece que me voy a tener que llevar a esta chica a los entrenamientos, porque os ha domado en cinco minutos. Desde ya, tienes toda mi admiración y, cuando necesite que hagan algo, seré el primero en llamarte para que me ayudes —dijo el entrenador, haciendo que el vestuario entero, incluyendo a ella y a su equipo, estalláramos en una fuerte carcajada.

—Ya será menos, *míster*, lo que pasa es que tenía que entrar pisando fuerte, o me iban a comer viva. Chicos, no soy tan ogro como aparento, os lo prometo —les decía ella a los chicos, y Grainger tuvo que apuntillar, eso también lo esperaba, pero no se lo había dicho a ella para que no me tachara de celoso.

—¿Un ogro? ¿Tú te has mirado al espejo, mujer? El ser más bonito que ha pasado por aquí en muchísimo tiempo, ni siquiera las azafatas del club te llegan a la altura del zapato, guapa —la aduló, y ella tuvo una reacción que, para mi forma de ser, fue magnífica.

—Tu nombre es Grainger, ¿verdad? —le preguntó ella, mientras que él asentía con la cabeza —Pues te voy a dejar una cosita clara, deja las adulaciones para la legión de *fans* que tienes, porque a mí esas cosas me sientan como una patada en la boca del estómago. No soporto a la gente que tiene esa forma de ser, que se creen que pueden decir todo lo que se les pasa por la cabeza, sin importarle nada ni nadie, así que tenlo en cuenta. Cuando me mires a mí, visualízame como al entrenador o como a cualquiera de tus compañeros, no como a un objeto que hay que exhibir ¿de acuerdo?

—Oído cocina, claro como el agua, y disculpa si te he ofendido —otro punto más a su favor. Era fuerte, y lo estaba demostrando con cada uno de sus gestos, de sus palabras. Lucca y yo nos mirábamos, sabíamos que lo conseguiría, pero no que lo haría en tan poco tiempo, porque lo había hecho en un tiempo récord, y todo eso iba a su favor, puesto que, con el vestuario de su parte, todo sería coser y cantar.

—¿Alguien tiene alguna molestia? Porque ahora es el momento, antes de empezar a entrenar y que le duela más —preguntó, y Wesley levantó la mano.

—Tabatha, yo llevo desde mediados de la temporada pasada que siento un pinchazo en la pantorrilla, en los gemelos, cuando corro con bastante intensidad.

—Vamos a la sala y te examino, ahora te digo lo que tienes que hacer y si necesitas algún día más de descanso.

Ellos dos se fueron a la sala de tratamiento mientras que los demás saltábamos al campo para llevar a cabo el entrenamiento. No me podía sentir más orgulloso de ella, sabía que se había hecho un hueco entre nosotros, ese del que sería muy difícil que saliera.

Capítulo 19

Tabatha

Llevaba una semana ya trabajando en el club, y la verdad es que me encontraba bastante a gusto con los chicos, me lo estaban poniendo muy fácil. Al final, la lesión de Wesley resultó más complicada de lo esperado, puesto que necesitó hasta intervención quirúrgica, y todo porque mi antecesor no quería que lo molestaran, y el chaval había aguantado durante meses con un dolor que tenía que haberle resultado insoportable, no un leve pinchazo como me dijo cuando lo mencionó. Aparte de eso, no hubo nada más que tuviera la importancia de mencionarlo, salvo algún que otro masaje más intenso de lo normal.

Con respecto a Thiago, seguíamos bien, tal y como habíamos hablado, nadie en el club, salvo Lucca tenía constancia de lo nuestro, es más, ni siquiera lo imaginaban, ya que lo trataba como a uno más, y su trato hacia mí era cordial, como era el de sus compañeros. Ese día, que había partido, había quedado con mi hermano, que era un forofo del equipo, y le quise dar la sorpresa de llevarlo al estadio, luego iríamos a cenar y a tomar una copa, y estaba esperándolo en la puerta de empleados, para llevarlo al palco desde el que veríamos al equipo jugar.

—Creí que no llegaba, había un tráfico de mil demonios. ¿Por qué me has citado aquí? ¿No tienes coche? Mira que llevo tiempo diciéndote que tienes que cambiarlo, que cualquier día te deja tirada en medio de la carretera, y tú no quieres hacerme caso…

—Calla, chiquillo, que no es nada de eso —le interrumpí la perorata que me estaba soltando, y me dispuse a darle la sorpresa—. Mi coche funciona perfectamente, y sabes que, mientras que lo haga, no lo pienso cambiar. Te he citado aquí para llevarte al palco, desde donde veremos el partido.

—¿En serio? ¡Joder, hermanita, me acabas de dar la alegría de mi vida! Menos mal que siempre llevo una camiseta del club y la bufanda en el maletero del coche, por si algún día no me da tiempo de llegar a mi casa a cambiarme y he quedado con los colegas para verlo en el bar —me contestó, emocionado, dándome un abrazo. Afortunadamente, venía con un pantalón vaquero, que le quedaba como un guante, todo sea dicho, y que no desentonaría al ponerse la camiseta y la bufanda, esa que acaba de sacar del coche, dejando allí su camisa, pulcramente doblada.

Ese palco era de uso exclusivo para familiares y amigos de los jugadores, así como para algunos empleados del club que, como era mi caso, tenían relación estrecha con los futbolistas, aunque en alguna ocasión también habían acudido los hijos de alguno de los utilleros y demás.

Nada más entrar, y para mi sorpresa, me di de bruces con Cindy Cambell, la famosa modelo, que me miró de arriba abajo, con desprecio, puesto que nos había visto juntos a Thiago y a mí en más de una ocasión, como en la inauguración de la discoteca a la que acudimos con nuestros amigos. Sí, decía nuestros porque ya formábamos una pandilla, y no había día que saliéramos sin ellos, o que nos reuniéramos en casa de cualquiera de nosotros.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó en un tono para nada amigable.

—No es de tu incumbencia, pero para que no te quedes con la duda, trabajo en el club, soy la nueva jefa del equipo de fisioterapia —le contesté en el mismo tono.

—Ya me extrañaba a mí que Thiago te hubiera invitado, y menos con esas pintas que me traes. ¿Este es tu novio? Porque, déjame que te advierta una cosita, los hombres como él no duran mucho junto a mujeres como tú, y en cuanto que alguna se encapriche de esta

monada de hombre, te verás llorando por las esquinas —me dijo, y aguanté a mi hermano del brazo, no quería que saltara, sabía muy bien defenderme sola, y era muy consciente de ello, así que me dejó actuar.

—Vuelves a hablar sin tener ni idea, chica, pero antes de aclararte mi relación con Ryan, te preguntaré algo ¿a qué te refieres cuando dices las mujeres como yo? ¿Inteligentes? ¿Naturales? ¿Independientes? ¿Profesionales? Porque déjame aclararte algo, si te refieres a mi silueta, prefiero tener carne por donde me agarren que huesos como tú, para estar como tú, ya tendré mucho tiempo cuando me muera. Y ahora sí, te lo voy a aclarar, Ryan es mi hermano, y te rogaría que me dejaras en paz cuando terminemos con esta conversación, venimos a ver el partido no a escuchar tu voz de pito —le dije y me colgué del brazo de mi hermano, para dirigirnos a los asientos y ver el partido, no me apetecía nada tener que seguir escuchándola.

—Donde agarrar, dice, y es el muñeco de Michelín. Esta se ha creído que Thiago caerá rendido a sus pies, y la que se va a caer será ella, pero de espaldas, en cuanto vea que él sale de aquí conmigo —le dijo a su amiga, y la sangre me hervía por dentro.

—No le hagas caso, eres preciosa y Thiago te lo hace saber todos los días. Si quieres ir con él, podemos dejar la cena y las copas para otro momento —me susurró mi hermano al oído.

—Para nada. Sabes que no soy una mujer que necesita tener controlada a su pareja, así que, si él quiere irse con ella luego, no será mi problema, si no el suyo, porque me demostrará que no me quiere lo suficiente, ni más ni menos. A la persona que se ama hay que darle la suficiente libertad para que vuele cuando quiera, porque así sabrás que, si se mantiene a tu lado es porque quiere, no porque se vea obligado —le expliqué a mi hermano, por mucho que los celos hicieran acto de presencia, no sucumbiría a ellos.

—¿Por qué no encontraré yo una mujer como tú? Que todas las que se me acercan son unas celosas patológicas, que no me dejan ni ir al baño solo.

—Te digo lo mismo, ¿así cómo, con mis michelines? —le respondí riendo, sobre todo por la cara que puso de asombro.

—Lo de fuera es solo un envoltorio, y el tuyo es precioso, por cierto, así que, no dejes que un insecto palo como el que nos hemos cruzado te merme la seguridad en ti misma —me contestó, cogiendo mi mano y dándome un beso en ella, y nos pusimos a disfrutar del partido, que estaba a punto de comenzar.

En un determinado momento, tuve que dejar a mi hermano solo en el palco, ya que uno de los jugadores había sufrido un buen golpe en la parte trasera de la pierna derecha, y estaba en el suelo retorcido de dolor, por lo que el entrenador hizo un cambio, y ahora me tocaba a mí determinar como de grave era.

Casi toda la segunda mitad del partido estuve en la sala de tratamientos con Emerson, que así se llamaba el jugador, y me disponía a salir, cuando entraba Thiago, al que dentro del club llamaba Marino, por su apellido, como a todos los demás.

—Marino, ¿te ocurre algo? —le pregunté, puesto que venía como cojeando.

—Se me ha debido montar un tendón, no puedo caminar bien sin que me duela —me contestó él.

—Siéntate ahí, en un segundo estoy contigo. Emerson, listo, ha sido el golpe más que nada, pero si sientes algún tipo de molestia, me llamas, que tienes mi teléfono, por si acaso has pisado mal al caer o algo por el estilo —le dije al otro jugador, despidiéndome de él en la puerta —Vamos a ver qué le pasa a tu tendón…

—A mí tendón no le pasa absolutamente nada, todo lo contrario que a otras partes de mi cuerpo —me contestó él, cogiéndome por la cintura para pegarme a él, que estaba sentado en la camilla con las piernas abiertas, y me encajó en el hueco que quedaba, besándome con pasión.

—Aquí no, que puede entrar alguien.

—Ven con nosotros a la discoteca en la que hemos quedado —me dijo, pero sabía que estaba con mi hermano.

—He quedado con mi hermano para cenar, ya lo sabes, lo mismo después me acerco un rato, depende de cómo me encuentre de cansada. Además, arriba hay una mujer que me ha restregado por la cara que esta noche se marchará contigo y que yo me quedaré con

toda la cara partida, y no me gustaría joderte la noche —le dije entre risas, lo que no me esperaba era su respuesta.

—Imagino quien es, y si tú me lo pides, me voy para mi casa y te espero allí cuando termines la cena con tu hermano.

—No soy tan absorbente, ya lo sabes, así que disfruta de la noche, pero con los pies en el suelo, que luego pasa lo que pasa y aparecen videos por todas partes —le contesté y el me miró con una cara que me provocó una carcajada, la misma que le contagié—. Luego me paso por la discoteca y te hago una visita, y ya vemos si nos vamos juntos o no.

Capítulo 20

Lucca

Vicky había recibido la caja con los regalos y, ni diez minutos después, estaba recibiendo una llamada suya, tal y como había previsto Tabatha.

—Ay, Luquita, Luquita, ¿qué hago contigo? —me dijo en cuanto que respondí su llamada.

—Yo, ¿qué he hecho ahora, si se puede saber? —le dije, haciéndome el tonto.

—¿Mandarme una caja con artículos de firma que, todos juntos, cuestan más que un año de mi alquiler? Te has pasado, chaval, no tenías por qué haberme enviado nada, pero gracias. Me ha encantado todo, desde el pañuelo hasta el bolso, pasando por todo lo demás. Voy a ser la más pija de toda la oficina, como la Georgina, con unos zapatos y un abrigo de diez euros, pero con un bolso de tres mil euros, sí señor —me respondió, y empecé a reír a carcajadas con sus ocurrencias, pero entonces se me pasó por la cabeza otra cosa, para la que también necesitaría la ayuda de mi nueva amiga y fisio.

—¿Cómo sabes que he sido yo?

—Por dos razones. La primera: porque no tengo ningún otro amigo que se lo pueda permitir, bueno sí, Thiago, pero no creo que me lo enviara a mí, sino a Tabatha, así que queda descartado. Y la segunda, y más importante: porque dentro de la caja venía el ticket regalo junto con una copia del recibo de la tarjeta con la que se pagó todo, que resulta que es de tu propiedad —me contaba, riendo de nuevo. No

podía ser, mira que le había dicho a la chica que no quería que supiera que era yo, pero lo mismo no se enteró o pensó que así me lo podría agradecer personalmente, puesto que fueron muchos miles de libras las que dejé allí, con todo el gusto del mundo, eso sí.

—Touché. Mejor me mantengo calladito.

—Lo dicho, quería agradecerte el gesto que has tenido conmigo, y me gustaría decírtelo personalmente. ¿Qué tal si me dejas que te invite a cenar?

—Hoy mismo, preciosa, dime a qué hora estarás lista y paso a recogerte.

De momento me puse nervioso, era como un quinceañero en su primera cita. No sabía que tenía esa mujer que me estaba volviendo loco, bueno sí que lo sabía, que no era como las demás. Era fresca, natural y descarada, era como yo, pero con faldas, y eso me encantaba. Antes de ir tendría que hablar con Tabatha para llevar a cabo mi segundo plan, así que salí a buscarla a la sala de tratamiento.

—¿Estás ocupada? —le pregunté, asomando la cabeza por la rendija de la puerta que acababa de abrir.

—Pasa, Bandini, no vaya a ser que venga una racha de viento, te decapites con la puerta, y encima me quedará a mí el remordimiento de conciencia —me dijo riendo, otra igual que Vicky, con razón eran tan buenas amigas desde pequeñas.

—Vengo a pedirte otro favor. Vicky ha recibido la caja, y por supuesto y tal como me habías dicho, sabe que he sido yo. Me ha dicho algo que me ha hecho mucha gracia, y es que se iba a poner el bolso de miles de libras con unos zapatos y un abrigo de diez euros, por eso he pensado en ir a comprarle algo bonito, elegante y que pueda usar para todos los días en el trabajo, pero no tengo ni idea de su talla de ropa o de zapatos —le dije, poniendo ojitos tristes, así como para presionarla.

—Anda, pero desde ya te digo que así no la vas a conquistar, que ella es más de bombones y flores que de cosas caras —me contestó, y entonces se me cruzó otro pensamiento.

—Eso se lo llevaré esta noche, cuando la recoja para cenar, y lo otro me gustaría que lo tuviera esta misma tarde, así que se lo enviaré a su

casa.

—Me estás dejando anonadada, chaval, para nada te esperaba tan romántico, te lo prometo. Dame un minuto que recoja todo y nos vamos, avisa a Thiago por si le apetece venir —me dijo, y me marché a buscar a mi amigo.

Al final nos fuimos los dos solos, ya que Thiago había quedado con Matteo para ultimar unos flecos de su contrato, y hablar de algunas campañas de publicidad que le había salido, esas que su padre descartaba inmediatamente, porque decía que su hijo era futbolista, no modelo, y no entraba en razón cuando intentábamos que comprendiera que una cosa llevaba a la otra.

Estuvimos de tienda hasta la hora de comer, que fue cuando entramos en una cadena de comida rápida que había en el centro comercial al que me llevó. Tabatha se empeñó en que a Vicky le haría más ilusión un abrigo y unos zapatos de una buena tienda, en la que había prendas de muchísima calidad, pero a precios no tan desorbitados como la que fuimos antes. Así que, como no me iba a gastar tanto dinero en dos prendas, me dediqué a cogerle varias cosas que, según su amiga, le iban a gustar mucho y le hacían falta, ya que el vestuario del trabajo lo tenía un poquito obsoleto.

—¿Lo puede enviar ahora mismo a esta dirección? —le pregunté a la chica que nos atendió, dispuesto a pagar lo que fuera para que lo hicieran, incluso a llevarlo todo a una empresa de paquetería que había cerca y que lo hicieran ellos, pero no hizo falta.

—Tanto como ahora mismo, no sé si va a poder ser, pero en una hora, aproximadamente, que es el tiempo que tarda el chico en su hora de la comida, le aseguro que se lo podré enviar —me dijo, y yo asentí, lo que quería era que Vicky lo tuviera cuando la recogiera esa misma noche.

—Me parece bien, voy a adjuntarle una nota —y en ella escribí: *"Para que en el trabajo te miren con envidia, no por la ropa, si no por el estilo y la clase que tiene quien la lleva puesta. Disfrútala y nos vemos luego, preciosa. Un beso."*, y dele esto al chico del reparto, como propina —y saqué de mi cartera un billete de cien libras, que la

dependienta miraba al revés y al derecho, porque le extrañó tanta propina.

—Si lo llego a saber antes, cierro y lo llevo yo —murmuró, provocando una risa en nosotros, y se puso roja como un tomate, puesto que lo había dicho más alto de lo que pensaba que lo había hecho.

—Si es por eso, no te preocupes, toma tú también, por lo bien que nos has atendido —le dije, sacando otro billete igual de la cartera y, aunque se resistió a cogerlo, al final lo hizo, y nos marchamos de allí con muy buen sabor de boca.

Comimos con toda la tranquilidad del mundo, ya que ninguno tenía prisa. Yo, porque hasta las siete no había quedado con Vicky, y Tabatha, porque estaba libre de trabajo y no había quedado con Thiago, pues no sabía a qué hora iba a terminar, acordando que se pasaría por casa de ella cuando terminara.

Al salir, ella iba enganchada a mi brazo, compartiendo risas y confidencias, ya la consideraba una gran amiga, y me estaba dando consejos sobre las flores preferidas de Vicky y el tipo de chocolates que le gustaban, cuando nos chocamos con Cindy Cambell, y empecé a pensar que el choque no había sido casual cuando escuché las palabras que dijo a su amiga, refiriéndose a Tabatha.

—Como con Thiago no ha podido, ahora lo va a intentar con Lucca. Al final, terminará acostándose con toda la plantilla y sin tener nada serio con ninguno de ellos. Me resulta patético que una mujer intente encontrar pareja así, aunque claro, con ese cuerpo, lo máximo que podrá aspirar es al que vende las entradas de los partidos, al taquillero —decía riendo, y noté como la cara de Tabatha pasaba de la rabia a la tristeza en cuestión de segundos. Intentó retenerme, pero no lo permití.

—A ver si te enteras de una vez, Cambell, un hombre y una mujer pueden ser amigos sin necesidad de que haya segundas intenciones por parte de ninguno de los dos. Además, te sorprenderías de lo que puede haber entre Tabatha y un jugador del equipo, que no te voy a decir quién es por respeto a ella, pues no quiere que se sepa. No te vuelvas a referir a ella de ese modo, o te verás las caras conmigo, y no

te lo voy a repetir más. Más quisieras llegarle a ella a la altura de los zapatos, que lo único que tienes es fachada, y recauchutada, por cierto, porque el interior, además de tenerlo feo, lo tienes vacío, como tu cerebro —agarré a Tabatha por el brazo y me la llevé de allí, no quería que la viera llorar, que se creyera con el poder de hacerle daño.

Capítulo 21

Thiago

Todos los del equipo habíamos quedado para cenar en un restaurante al que íbamos habitualmente, para después tomar una copa en una conocida discoteca, que tenía un evento esa noche.

En la cena estaban también las parejas de algunos de los chicos, así como varias amistades, y mi sorpresa fue que, aunque me fui con Lucca del estadio, puesto que Vicky no había acudido al partido, sino que se verían en la puerta del restaurante, la relación de estos dos era muy reciente, pero veía a mi amigo contento, y con eso tenía suficiente. Al llegar allí me encontré con que Cindy me esperaba expectante, con una sonrisa de victoria en el rostro, ya que había prensa, esa que tenía claro que había avisado ella, para que nos vieran juntos y así hacerle daño a Tabatha.

Intenté pasar por su lado sin pararme, sin hacerle caso, pero no me lo permitió, agarrándome del brazo, delante de los fotógrafos, y no podía actuar de manera grosera, porque sería lo que me faltara ya.

—No me vas a saludar siquiera —me dijo, acariciando mi pecho con su mano, de manera insinuante.

—Hola —le dije, acercándome para darle un beso en la mejilla, pero ella giró la cara, cayendo mi beso en sus labios, momento en el que uno de los periodistas hizo la foto, tenía que hablar con Tabatha. Por suerte, Vicky estaba allí, a mi lado, y se dio cuenta de lo que había pasado, eso jugaba a mi favor—. No vuelvas a hacer eso, porque

entonces no me importará la grosería con la que tenga que actuar. Me haces el favor de respetarme, al igual que yo lo hago contigo.

—No la soporto —me dijo Lucca, que llevaba a su chica de la mano —. Te voy a dar un consejo, y sabes que no soy amante de darlos, pero o pones pie en pared y le das un corte, o te va a traer muchos quebraderos de cabeza, sobre todo con Tabatha.

—¿Crees qué no lo sé? Esta vez, por suerte, estaba su amiga a mi lado, y sabe lo que ha pasado, pudiendo corroborar mi versión, pero el día que no haya nadie y nos hagan una foto como hoy, ¿cómo crees que reaccionará? Porque yo lo tengo claro, me dará una patada en los huevos, de la forma más elegante, eso sí, que para eso le sobra clase, pero me dolerá de la misma manera —le contesté a mi amigo.

—Cuéntaselo en cuanto la tengas delante, y si quieres, que me llame, que yo hablaré con ella. Pero ahora no te preocupes, ten una cena tranquila, que me ha enviado un mensaje para decirme que nos vemos en la discoteca, que tenga el teléfono a mano para que salga a por ella, quiere darte una sorpresa, pero prefiero decírtelo y que la sorpresa no se la lleve ella.

La cena no fue muy tranquila que digamos, puesto que Cindy estuvo toda la noche dándome por saco, intentó sentarse a mi lado, pero no lo consiguió gracias a Vicky, que le dio un empujón y se sentó entre Lucca y yo, ya que al otro lado estaba Wesley, pero no por ello dejaba de lanzarme miraditas que me incomodaban, incluso a darme con el pie, ya que se sentó frente a mí.

Mis amigos se estaban dando cuenta de lo incomodo que me encontraba, ni siquiera fui al servicio, a pesar de que me hacía pis a chorro olímpico, pero no quería que malinterpretara mi gesto, saliendo detrás de mí y acorralándome en el baño, cuando Lucca lo hiciera, lo haría con él.

—Voy al servicio, ahora mismo vengo —dijo mi amigo, que me notó en la cara que ya no podía más.

—Espera, te acompaño.

—Si quieres, te acompaño yo y te hecho una mano —dijo ella entre risas, como la que tiene todo el derecho de hacerlo, pero no me dio tiempo a contestarle, cuando Vicky saltó.

—Chica, ¿no te cansas de arrastrarte por un tío? Porque te ha dejado claro que pasa de ti, no entiendo que haces insistiendo. Si yo fuera él, ya te habría puesto una demanda por acoso —le soltó, y el resto de mujeres que allí había, y que, salvo una, no tenían relación con ella, le aplaudieron el gesto, escuchándose todo tipo de comentarios.

—Que sabrás tú lo que hay entre Thiago y yo, este tira y afloja nos pone a tono, ¿verdad amorcito? —me dijo, como si yo fuera a decir que era cierto, y eso me dio a entender que esa mujer no estaba bien de la cabeza.

—Entre tú y yo no hay nada, nunca lo ha habido ni nunca lo va a haber. Dos polvos hemos echado, así que ni me llames amorcito ni digas más tonterías, y déjame en paz de una puñetera vez —le dije con rabia, yéndome hacia el baño, donde ya estaba Lucca esperando.

—Esa mujer está loca, amigo. Aléjate de ella todo lo que puedas.

—Maldita la hora en la que me acosté con ella, me tendría que haber quedado dormido ese día, o desmayado mejor.

Cuando salimos del baño, ya estaba todo el mundo listo para marcharse, por fortuna para mí, no había ni rastro de Cindy, que se había marchado con su amiga y el marido, pero tenía claro que no sería tan sencillo, puesto que estaría en la discoteca, sí o sí, y que intentaría joderme, también, por eso tomé la determinación de que, en el momento en el que llegara Tabatha y nos tomáramos una copa, me iría de allí y me la llevaría conmigo, evitando cualquier acercamiento entre las dos.

Cindy debía olerse algo de lo que había entre Tabatha y yo, porque no paraba de incordiarla y de decirle comentarios maliciosos, con la intención de hacerle daño, y no solo porque mi chica me lo hubiera contado, que no lo hizo, sino porque Lucca había estado presente en uno de esos episodios, en el que se explayó con ella. Por suerte, mi amigo se enteró y se enfrentó a ella, dejándole clara su postura y que tomaría medidas si volvía a presenciar algo así.

Según mi amigo, Tabatha lloró desconsoladamente durante un buen rato, en el que Lucca la consoló como pudo, sacándola de allí para que

la arpía no la viera llorar, no le dio esa ventaja de mostrarle su lado más vulnerable.

—Tabatha está fuera, con Ryan, que quiere conocerte —me dijo Vicky, que se dirigía a la salida con Lucca, para que no tuviera problemas al entrar, aunque yo ya le había dicho al portero que la dejara pasar.

—Os espero en aquella barra, tomándome una copa —le dije señalando una de las barras, la que estaba más vacía porque era la que se encontraba más alejada de la pista de baile.

Los vi alejarse, y entonces me encaminé hacia donde había dicho, pero la mala suerte estaba de mi lado. Con toda la gente que había, solo pude chocarme con ella, con Cindy, que lo vio como una invitación a seguirme, no como lo que había sido, un accidente.

—Si querías que te siguieras no hacía falta que chocaras conmigo, me lo podías haber susurrado al oído —me dijo muy cerca de mí, acariciando mi torso de nuevo, pero le aparté la mano, con mucha diplomacia.

—Tú misma lo has dicho, si quisiera lo hubiera hecho, pero como no quiero, te pediría por favor que te fueras y me dejaras tranquilo, ya que estoy esperando a mis amigos —le dije en un tono suave, pero firme, cuando me fijé que ellos ya estaban detrás.

—Antes, cuando me has dado el beso, no pensabas igual —soltó, con toda la maldad del mundo, y entonces comprendí que ella también se había dado cuenta de la presencia de Tabatha.

—Cállate ya, arpía, que eres una arpía. Thiago no te ha dado ningún beso, has sido tú la que has girado la cara para que, en ese momento te pudieran hacer la foto, así que no inventes más ni trates de hacer más daño —le dijo Vicky, mirando a su amiga para que viera que no era cierto.

—Te ruego que te marches, Cambell, no hagas que lo tengas que hacer por las malas —le pidió Lucca, pero hizo caso omiso.

—Estoy en la barra, pidiéndome una copa.

—Vámonos al reservado, amigo, allí estaremos más cómodos y podremos hablar tranquilos —me señaló Lucca, y no dudé en hacerle caso o esta vez saldría en las revistas, pero por otro motivo.

Capítulo 22

Tabatha

Mi cara era un poema, y en cuanto que entramos en el reservado, tuve que tomar asiento, porque notaba que, de un momento a otro, me iba a caer. Eso hice, me senté y empecé a divagar sobre lo que habría ocurrido, tenía tantos miedos como ganas de conocer la verdad.

—Tabatha, cariño, ¿te encuentras bien? —me preguntó mi hermano Ryan, que no me había soltado la mano y estaba sentado a mi lado. Se había dado cuenta de que tenía la mirada perdida, que me había ido, por un momento, del sitio en el que nos encontrábamos, pero saqué fuerzas de donde no las tenía, e hice la temida pregunta.

—¿Alguien me va a contar que es lo que ha sucedido ahí abajo? —pregunté a media voz, puesto que no me salía otro tono.

—Escúchame bien, por favor te lo pido, nada es lo que parece, y Vicky estaba delante, te lo puede contar ella —me dijo Thiago, iba a contestarle, pero mi amiga se me adelantó.

—No me corresponde a mí contarle nada, Thiago, eres tú el que tienes que hacerlo, pero si quiero que sepa que corroboro toda tu versión, que nada de lo que pueda ver o leer será cierto —dijo Vicky, mirándome a los ojos, y supe que decía la verdad.

—¿Qué eso de lo que pueda ver o leer? ¿Acaso hay prensa involucrada? —pregunté, temerosa de lo que me pudieran contestar.

—Será mejor que empiece por el principio —dijo Thiago, arrodillándose delante de mí—. Cuando llegamos al restaurante, Cindy estaba en la puerta, se suponía que, esperándome, pero no era cierto.

Intenté pasar por su lado sin hacerle caso, pero me sujetó del brazo. No quise montar una escena, puesto que la prensa estaba expectante a mi reacción, periodistas que estoy seguro que fueron avisados por ella, así que le dije hola y me acerqué para darle un beso en la mejilla, ella aprovechó para girar la cara y que ese beso cayera en sus labios. En ese momento noté la luz de un flash, y tuve la certeza de que habían inmortalizado el beso.

—Es increíble, de verdad, que hayas caído en algo así, te creía más listo —le dijo Ryan, bastante enojado por sus palabras.

—Deja que continue, por favor —le pedí a mi hermano, al que notaba que, por momentos, estaba más enfadado.

—Tienes razón, Ryan, toda la del mundo, no debí caer en su trampa, pero quiero que tengas claro que, en el momento en el que estuvimos lejos de todo objetivo, le puse los puntos sobre las íes.

—Pero, al parecer, esa muchacha tiene problemas de oído, porque lo que hemos visto hace unos instantes hacer pensar lo contrario —le dijo Ryan, pues yo no era capaz de articular palabra.

—Nosotros estábamos delante, y te puedo asegurar que ha sido así. Si hubiera visto lo contrario, sabes que también lo diría. Para mí, Tabatha, es como una hermana, y no consentiría que nadie le hiciera daño —dijo Vicky en ese momento, haciendo que el semblante de mi hermano cambiara, porque sabía que lo que decía mi amiga era verdad, ella jamás entraría por algo así, sino que me hubiera defendido a capa y espada.

—Solo puedo pedirte perdón, mi amor. A pesar de que no ha sido algo que yo haya buscado o provocado, pero verte sufrir me mata, te prometo que pondré todo de mi parte para que no vuelva a suceder nada por el estilo —me dijo Thiago, con los ojos brillantes, me di cuenta de que él lo estaba pasando igual de mal que yo.

Me levanté y jalé de su brazo, para que el también dejara de estar arrodillado, y lo abracé, entre sus brazos me sentía en casa, arropada y protegida, era una sensación que no había tenido nunca, y que cada vez me gustaba más. Hicimos borrón y cuenta nueva, y nos dedicamos a disfrutar de la noche, con mi hermano, con nuestros amigos y con algún que otro futbolista que se sumó a nuestro grupo con sus

mujeres, esas que me caían muy bien, porque todas me dieron la misma versión, sin preguntar nada de esa arpía, pero sin que supieran lo que había entre Thiago y yo, que pensaban que era una bonita amistad.

—Yo me marcho ya, que estoy muerta —les dije a los chicos, a todos menos a mi hermano, que había desaparecido. Se fue a bailar con una chica que conoció en la barra y eso fue todo lo que supe de él. Ya le enviaría un mensaje por la mañana.

—Te acompaño y así te llevo a casa, compartimos vehículo, ya que yo, con lo que he bebido, no pienso conducir. Ya mañana llamaré para que alguien me lleve el coche —dijo Thiago, disimulando, y yo le contesté con una sonrisa.

Pedimos un taxi, y nos comportamos hasta que llegamos a mi casa, puesto que hoy no quería salir de mi entorno, y así se lo hice saber. Prefería mantenerme en mi zona de confort, y él no puso impedimento ninguno.

El trayecto hasta mi casa lo hicimos entre miradas cómplices, caricias sutiles y gestos velados de lo que ambos queríamos o necesitábamos, y que desataríamos en cuanto cruzáramos el umbral de la puerta.

La ropa nos duró puesta menos que nada, ya que nos necesitábamos, nos anhelábamos, era como si en vez de estar separados una tarde hubiéramos estado un mes. Nuestras caricias eran rápidas, al igual que nuestros besos, que fueron apasionados, con urgencia, y allí mismo, contra la pared del salón, me penetró, cogiéndome a pulso y apoyando mi espalda para que no me cayera. No hubo preliminares, no nos hizo falta, ambos veníamos de lo más calentito por todo lo sucedido. Él quería demostrarme que esa mujer no significaba nada, y yo quería que me hiciera sentir deseada, que me dejara claro que no necesitaba a nadie más que a mí, y así lo hizo, dejándose las entrañas en ello. Terminamos con un fuerte orgasmo que nos sorprendió a los dos a la vez, y que gritamos juntos hasta desgarrarnos la garganta, puesto que, por lo menos yo, en mi vida había sentido algo de tanta intensidad.

—Dios, en la vida me había pasado esto —me dijo, jadeante, después de que hubiéramos terminado.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, ya que esa afirmación me había dejado un poco descolocada.

—A desear tanto a alguien que no he sido capaz de pasar de la entrada de la puerta, a no tener ni siquiera preliminares. Me he lanzado a tu boca, a tu cuerpo, de una manera tan desesperada que no sé si te he hecho daño —me contestó mientras que acariciaba mi cara. Todavía estábamos en la misma postura, y él continuaba dentro de mí—. Joder, no me he puesto ni preservativo, espero que no haya acertado a la primera, porque por lo demás, estoy sano.

—No te preocupes por eso, tomo pastillas anticonceptivas desde que tenía dieciocho años, por un tema de regulación de la regla, así que sería prácticamente imposible. Y respecto a lo otro que has comentado, ¿me has visto a mí quejarme? —pregunté y él negó con la cabeza—. Pues entonces, no hay más preguntas, señoría.

—Vamos a darnos una ducha, mañana recogemos todo esto —me dijo Thiago, tomando mi mano para subir a mi dormitorio, dejando regada nuestra ropa por todo el salón, que había sido testigo de nuestro momento de pasión inusitada.

La ducha fue testigo de otro de nuestros momentos pasionales, ya que, entre caricia y caricia, nos fuimos encendiendo de nuevo, y ese fuego sabía muy bien como apagarlo, con sus manos, su lengua y su miembro, ese que entró de nuevo en mí sin ningún tipo de protección, y que resbalaba hasta llegar al fondo. Me puso de cara a la pared, elevó mis caderas y me penetró de nuevo, todo ello después de hacerme alcanzar un orgasmo con su lengua y con sus dedos. Tenía una maestría que no había conocido nunca, era como si supiera que tecla tocar para hacerme llegar cuando a él le parecía, y a mí eso me estaba volviendo loca.

—Lo de las pastillas me lo tendrías que haber dicho antes. Es el mejor regalo que me podrías haber hecho, el sentirte sin ninguna barrera, solos tú y yo, enlazados por nuestros órganos de placer… Solo de pensarlo me pongo duro de nuevo —me dijo mientras que me secaba, y era verdad, estaba como una piedra.

—Esto —le dije cogiendo su miembro con la mano —sé cómo remediarlo. Me arrodillé y lo lamí, de la base al glande, introduciéndolo en mi boca, succionándolo y lamiendo de nuevo, así hasta que terminó dentro de ella, con un grito y unos espasmos alucinantes, y diciéndome un te quiero que se salió de lo más profundo del alma.

Capítulo 23

Thiago

Dos meses llevábamos juntos, y todavía nadie del equipo se había dado cuenta de ello, puesto que en su presencia nos comportábamos como dos profesionales.

Fuera de nuestro trabajo, éramos una pareja como otra cualquiera, eso sí, evitábamos las muestras excesivas de cariño en público, puesto que no quería que hubiera habladurías de ella.

La publicación en prensa del beso con Cindy nos pasó factura, ya que se veía como si hubiera sido intencionado por mi parte, y tuve que salir a dar una entrevista explicando lo sucedido, pues la visita de la prensa en mi casa era constante, y tuvimos que vernos en la suya, entrando con Lucca y Vicky la mayoría de las veces, para disimular. Afortunadamente, eso ya había pasado, y volvíamos a ser los mismos de antes.

Salíamos a cenar, al cine, a bailar, solos o con nuestros amigos, ya que fusionamos los dos grupos, al que también se acoplaba Ryan de vez en cuando con la chica que conoció en la discoteca aquel día. Él decía que no era nada serio, que de vez en cuando quedaban y tenían sexo, pero me parecía a mí que "mi cuñado" se estaba pillando por ella, por mucho que no quisiera reconocerlo.

Ese fin de semana, que estábamos exentos de liga por otras competiciones, era el cumpleaños de Waterfood, y había preparado una fiesta con todos los compañeros, así como con sus parejas y varias

personas más del club, como era el caso de Tabatha, que también estaba invitada.

—Creo que tendríamos que decir ya lo que hay entre nosotros, o por lo menos, no tratar de ocultarlo —me dijo Tabatha aquella tarde, mientras tomábamos café en uno de nuestros locales preferidos.

—No lo veo necesario, la verdad. Sería ponernos a ambos en el candelero de nuevo, y no me apetece lidiar con la prensa —le contesté.

—Y a mí no me apetece tener que seguir escondiéndome, pues no estamos haciendo nada malo. A no ser que lo que te ocurra sea que te dé vergüenza de que te vean conmigo —me dijo en un tono que no me gustó para nada.

—No vayas a empezar con esas tonterías, de verdad. Si me diera vergüenza que me vieran contigo, no estaríamos ahora mismo aquí, a la vista de todos. Simplemente es que no quiero a la prensa detrás de nosotros todo el tiempo, ¿puedes entender eso? —estaba empezando a enfadarme, pero enfadarme de verdad.

—Me estás hablando como si fuera tontita, y te recuerdo que mi coeficiente intelectual está por encima de la media. Quizás sea por eso que yo veo cosas importantes donde tú ves tonterías —me respondió, y ya la sangre me hervía.

—Ahora eres tú la que me estás insultando.

—Yo no he dicho ningún insulto, simplemente he dado mi punto de vista. ¿Acaso ves normal que mañana tengamos que acudir a la fiesta de cumpleaños de Waterfood por separado? ¿Qué yo tenga que aguantar durante toda la noche como tonteas con todas, pasando olímpicamente de mí? —y otra vez estaban ahí los celos y la inseguridad, y no pude evitar decirle lo que le dije.

—Chica, pues eso tiene una fácil solución, no vayas —solté, y me arrepentí al instante de lo que había dicho, pero ya era muy tarde, y lo supe en cuanto vi su rostro—. Lo siento, no quería decir eso.

—No, no lo sientas, porque es lo que has pensado, pero no te preocupes, que no iré, tienes el camino libre para hacer lo que te venga en gana. Pásalo bien — se levantó y se marchó.

Cuando reaccioné y quise salir tras ella, ya era demasiado tarde, puesto que no sabía por qué camino había decidido tirar, ni sabía a

donde había podido ir, así que hice lo único que podía, llamar a Lucca y quedar con él en mi casa.

—La he cagado a base de bien, amigo —le dije en cuanto atravesó el umbral de mi puerta.

—¿Qué has hecho, Thiago? Me ha llamado Vicky, Tabatha está en su casa, hecha un mar de lágrimas, y bastante dolida —me contestó Lucca, al que ya su chica había puesto al día.

—Tabatha me pidió que hiciéramos pública nuestra relación, o que por lo menos, no tratáramos de ocultarla, y me negué. Después me recriminó que me daba vergüenza que la vieran conmigo, como mi pareja, y que, si yo veía normal tener que ir mañana a la fiesta por separado y guardar las formas delante de la gente y que, si ella tenía que aguantar que yo tonteara con las chicas. Se me fue la olla y le dije que, si no le gustaba, pues que no fuera —le conté a Lucca, bastante disgustado, que me miraba con una cara entre el asombro y la incredulidad por lo que había hecho.

—¿Eres tonto de nacimiento o fue de un golpe que te diste de pequeño? —me preguntó, y su tono no era nada amigable, pero no paró ahí, sino que siguió reprochándome cosas —Ponte en su lugar, tú, un tío famoso, que puede tener a la mujer que quiera, guapo y con dinero. Ella, una mujer normal, con un trabajo normal, a la que, encima, han discriminado por su talla y de la que se han reído la única vez que se enamoró. ¿Te has parado a pensar si todo eso fuera al contrario? Si ella fuera una afamada modelo, por ejemplo, y tú un camarero de un bar que se ha enamorado de ella y empiezan una relación, y ella te dijera que no quiere que se entere nadie, ¿qué pensarías? ¿Cómo actuarías tú en su lugar? Porque yo tengo claro que, pensaría lo mismo que ella, y además te daría una patada en el culo, porque que no la has valorado.

—Joder, es cierto. ¿Cómo he podido ser tan burro? —pregunté, más para mí que para ella.

Intenté llamarla en infinidad de veces, incluso fui a buscarla a su casa y a la de Vicky, pero no la encontré, ni siquiera le entraban mis mensajes, así que llamé de nuevo a Lucca, para ver si podía hablar con ella, pero su respuesta me cabreó aún más.

—Amigo, me ha dicho que necesita tiempo para pensar, que ahora mismo no quiere hablar contigo, que tiene que madurar la situación y ver qué es lo que más le conviene, que solo pensará en ella, y en que no le puedan hacer más daño —me dijo mi amigo por teléfono, y supe que no iría a la fiesta, así que mi enfado iba en aumento. No quería saber nada más de mí, pues me parecía perfecto, si ella no era capaz de perdonar mi salida de tono, no había más que hablar.

—Muchas gracias por todo, Lucca, pero entonces, se acabó. No me pienso arrastrar más porque no me escuche, por pedirle perdón. Cuando lo medite que me busque, y ya veré yo si me conviene o no.

—No seas más infantil, ni vayas a hacer nada de lo que te puedas arrepentir luego, que nos conocemos, y tú actúas por impulsos —me dijo Lucca, que me conocía muy bien, pero esta noche no pensaba ponerle freno a nada.

Me arreglé como si fuera a una boda, ya que tenía claro que habría mucha prensa en la puerta del local, todos los años la había, incluso saldría en un programa en directo que se emitía esa noche, y que en cada cumpleaños de mi compañero hacía una conexión para entrevistar a los invitados que iban llegando. Esa noche me pararía ante ellos, y respondería a sus preguntas, si ella lo veía, que tuviera claro que no me había afectado su decisión. Era muy orgulloso, eso no podía remediarlo, y ella me había dañado en mi orgullo.

—Buenas noches, Thiago, ¿dispuesto a disfrutar de la noche? —me preguntó uno de los reporteros.

—Y de la fiesta, que no se te olvide —le respondí sonriente.

—Te hemos visto en numerosas ocasiones paseando con la chica que se ocupa del departamento de rehabilitación del club, Tabatha creo que se llama. ¿Hay algo entre ustedes? —Y ahí vi mi oportunidad de devolverle lo que me había hecho.

—¿Habéis captado algo, un gesto, un beso, cualquier cosa que os haga pensar que no son dos amigos pasando tiempo juntos? —pregunté a la reportera que se había dirigido a mí en esta ocasión, y ella negaba con la cabeza —Pues entonces, no tengo nada más que decir. Cuando me di cuenta, tenía a Cindy a mi lado, que tampoco

perdió la oportunidad de lanzar veneno por su boca, pero esta vez no la corregí.

—Si no quiere nada serio con una mujer como yo, ¿cómo va a quererlo con una mujer como ella? No es por nada, pues es una mujer muy bella, pero no entra dentro de los cánones de belleza a los que está acostumbrado el señor Marino —dijo ella sonriendo, y yo no tuve otra ocurrencia que sonreír y cogerla por la cintura para entrar en el local. Había firmado mi sentencia de muerte.

Capítulo 24

Tabatha

Estaba en casa, sin ganas de nada, y con un cacao mental impresionante, me senté en el sofá con un refresco con hielo y una bolsa de gominolas y al encender la televisión, apareció en la pantalla un programa del corazón que, en ese momento, iba a hacer una conexión en directo con la fiesta de cumpleaños de Waterfood, y decidí dejarlo para ver si veía a Vicky, y por qué no decirlo, para ver también a Thiago, ese al que echaba de menos muchísimo, pero cuya actitud me había dolido en el alma.

Justo cuando pensaba que no vería a ninguno de los dos, apareció él en la pantalla, guapísimo como siempre, hasta que abrió la boquita. Mi reacción ante sus comentarios fueron diversas, y pasé de la tristeza a la rabia en cuestión de segundos, así que no lo dudé. Me levanté del sofá, me di una ducha y me arreglé con el vestido que tenía preparado para el evento, ya que, hasta el día anterior, tenía claro que acudiría. Mi discusión con Thiago y sus hirientes palabras fueron el detonante para que decidiera no ir, pero, con las declaraciones que había hecho al programa, así como la actitud que tuvo con Cindy, me hicieron reaccionar de la manera contraria. Le iba a demostrar que, si él no me echaba de menos, tampoco yo lo hacía.

—Buenas noches, Tabatha, ¿verdad? —me preguntó una de las reporteras del programa al verme bajar del taxi y dirigirme hacia la puerta del local donde se llevaba a cabo la celebración.

—La misma que viste y calza —respondí con una sonrisa.

—Estás absolutamente impresionante, no te esperábamos ya, puesto que la fiesta hace un rato que ha comenzado —me dijo otro de los reporteros que estaban allí apostados. La verdad es que me había esmerado en arreglarme y llevaba un vestido en azul petróleo, de escote en V bastante pronunciado, tanto en el pecho como en la espalda, con un drapeado que empezaba en la parte derecha de la cintura y terminaba en la cadera izquierda, desde donde partía una abertura que dejaba toda mi pierna al aire al andar, ya que la falda era vaporosa. Lo combiné con unas sandalias joya plateadas, así como el bolso. Mi cabello lo recogí en un lateral, haciéndome unas ondas en el pelo que quedaba sin sujetar. Ahumé mis ojos en el mismo tono del vestido, lo que hacía resaltar el verde de estos, y pinté mis labios de rojo pasión, esa que yo pretendía dar a quien se acercara a mí esa noche.

—Muchísimas gracias por el piropo. La verdad es que me hubiera gustado llegar antes, pero por cuestiones laborales me ha sido imposible —le dije muy amablemente.

—Se te ha visto últimamente muy bien acompañada por Thiago Marino. ¿Confirmas las declaraciones que ha hecho hace unos instantes? —preguntó otro de los periodistas.

—Totalmente, entre él y yo no hay absolutamente nada, ni lo va a haber nunca. Como ya habréis comprobado, a él le gustan más las mujeres… como decirlo… más artificiales. Yo soy natural, de la cabeza a los pies, con mis imperfecciones, como las mujeres normales, y me vanaglorio de ello. A los hombres como Thiago les daría vergüenza que lo vieran con una persona como yo.

—Pero él ha dicho que sois buenos amigos. ¿No es cierto? —ya había abierto la caja de Pandora, bueno, en realidad la abrió él con sus declaraciones, pero yo no pensaba cerrarla.

—Tampoco lo somos tanto como ha querido dar a entender. Nos conocemos de antes de que yo empezara a trabajar en el club, puesto que fue un paciente particular, pero en realidad nuestra amistad viene por Lucca Bandini, o más bien por su pareja, Vicky, a la que habréis podido conocer también esta noche, que es una gran amiga mía, más bien como una hermana —le dije al chico, que lo grababa todo.

—Entonces, nada de lo que nos ha contado Marino es cierto ¿no?

—Yo no he dicho eso, no pongáis en mi boca palabras que no he pronunciado. Yo solo os estoy explicando mi punto de vista, mi percepción de la relación que nos ha unido, de la que yo tengo una visión y él otra. Y ahora, si me perdonáis, voy a entrar ya o no llegaré ni para cuando vaya a soplar las velas, y no me he arreglado tanto para quedarme a dos velas esta noche, que ahí dentro hay mucho hombre interesante al que seguro que no le importaría que lo vieran conmigo. Buenas noches y muchas gracias, chicos —lo dije adrede, puesto que sabía que, en cuanto que saliera, se lo iban a decir. Ya había llegado la hora de hacerme valer, de no esconderme más, que no era ningún ogro, solo una mujer normal, con curvas donde la mayoría de las mujeres las teníamos, y que también éramos capaces de enamorar a un hombre.

Entré en la sala, y busqué con la mirada a mi amiga y a Lucca, pero lo primero que me encontré fue con Thiago y Cindy muy acaramelados en la barra. ¿Cómo se podía ser tan falso? Hasta hacía unos días hablaba pestes de ella: que si era una arpía, que si lo acosaba, que si nada era culpa de él… Y ahora estaba ahí como si fuera el amor de su vida. ¡Qué estúpida había sido!

—Tabatha, ¿eres tú? Deja que te vea. ¡Madre mía de mi alma! Estás espectacular —me dijo Wesley cuando me vio, con la boca abierta del asombro.

—¡Waterfood! Ven aquí y mira a la fisio, me acabo de enamorar —llamó al cumpleañero, otro de los jugadores.

—Chicos, me vais a sonrojar. Solo me he arreglado un poco para no desentonar en la fiesta —le dije bastante avergonzada, puesto que nunca me había gustado ser el centro de atención. La valentía que había tenido fuera con los periodistas se me había evaporado en cuanto puse un pie dentro de la fiesta.

—Señorita Smith, está usted totalmente impresionante. Le aseguro que muchos de los hombres que se encuentran aquí esta noche no le quitaran el ojo de encima —me dijo el presidente del club, que también había sido invitado.

—Al final, termino la noche como la bombilla de un club de señoritas —les contesté, provocando una carcajada por mi comentario, ese que había soltado sin pensar, como me ocurría la mayoría de las veces en las que estaba nerviosa.

En un momento, me vi rodeada de todos los jugadores solteros, que no paraban de hacer bromas sobre con quien saldría de allí esa noche, incluso apuestas se hicieron, pero la verdad es que necesitaba un rato así, lleno de risas que me hicieran olvidar lo que estaba sucediendo a pocos metros de mí, que no era otra cosa que los arrumacos que se estaban dando esos dos, y que me estaban partiendo el alma, pero no se lo demostraría, no se merecía ni una lágrima más de las que derramaran mis ojos, por lo menos no en su presencia.

—Seguro que te lo habrán dicho muchas veces esta noche, amiga, pero luces, espectacular —me dijo Lucca, que se había acercado a mí con mi amiga, que me miraba con la boca abierta.

—Alguna que otra, pero la verdad es que me da igual. He venido por las declaraciones que ha hecho tu amigo a la prensa, no iba a consentir que ni él, ni ella, me infravaloraran —les dije a los dos, y Lucca levantó una ceja, se veía que no sabía nada, así que se lo expliqué, así como lo que había contestado yo cuando me habían preguntado.

—Es idiota, y va a perder a la mujer que ama por culpa de su orgullo y de tener en cuenta lo que opinen los demás.

—Lo de la mujer a la que ama no lo dirás por mí, porque me ha demostrado que no es así, principalmente con sus actitudes, pero ha terminado de confirmarlo con sus palabras, así que, por mi parte, se acabó. Voy a buscar a una persona que me valore, y a la que no le de vergüenza que lo relacionen conmigo, aunque primero tengo que sanar mi corazón, porque yo sí que lo he amado, y lo sigo amando, que los sentimientos no se evaporan de un momento a otro, por muchas decepciones que te cause esa persona —le abrí mi corazón a Lucca, al que ya consideraba un buen amigo.

—Estás en todo tu derecho, pero te aseguro que está tan enamorado de ti como tú de él, solo que no está acostumbrado a sentir

y a expresar lo que siente. No te precipites ni actúes por impulso, te digo a ti lo mismo que le dije a él —me contestó, cuando en ese momento, el presidente del club reclamó mi presencia, así que tuve que dejar a mis amigos, quedando con ellos en verlos en cuanto que pudiera, y me dirigí hasta la zona donde estaba la persona que me reclamaba.

—Te presento a mi hijo, Samuel. Ella es Tabatha, una de las mejores fisioterapeutas que ha pasado por el equipo, por no decir la mejor —me presentó el señor Williams, su hijo, que era guapísimo, por cierto. Un hombre de esos que te cortan la respiración nada más verlo, con un porte y una planta alucinantes. Era bastante más alto que yo, aunque yo no era bajita precisamente, con el pelo de color castaño, ligeramente despeinado, y unos ojos color miel que te penetraban en cada mirada. Su boca parecía dibujada, con una hilera de dientes blancos que parecían sacados del anuncio de una clínica dental. Vamos, un portento de hombre.

—Encantado, Tabatha, es un placer conocer a la persona de la que mi padre no para de hablar —me dijo, poniendo una mano en mi cintura mientras que se inclinaba para dejar un breve beso en mi mejilla.

—No será para tanto, vamos digo yo que no seré el tema de conversación habitual —le contesté sonriendo.

—Vamos a tomar una copa y te lo cuento, verás como si es para tanto. Pero, ahora que te veo, es normal que se quedara impresionado, y no solo por tu profesionalidad, sino por tu belleza. Tienes unos ojos que hipnotizan con solo mirarlos —me iba diciendo mientras que nos dirigíamos a una zona un poco más tranquila, donde la música no sonaba tan fuerte y había unos pequeños sofás donde sentarse.

Estuvimos allí durante bastante tiempo, entre risas y miradas cómplices. No es que me fuera a ir a la cama con él esa misma noche, puesto que no era así, yo tenía que conocer a la persona, aparte de que cierto jugador de futbol no se me iba de la cabeza, pero estaba dispuesta, si él quería, a conocerlo mejor, y a darnos una oportunidad más adelante, puesto que, como he comentado anteriormente, ahora

mismo no sería capaz ni de darle un beso, por mucho que me gustara el chaval.

—Tengo que ir al baño, enseguida vuelvo. El líquido que he bebido tiene que salir, que ya tengo el depósito lleno y no estaría bonito que rebosara —le dije pasado un rato, provocando una sonora carcajada por su parte, que estaba doblado de la risa por mi manera de decirlo.

—No solo eres bonita, sino que también eres simpática y graciosa. Me parece que no te voy a dejar escapar, que lo sepas. Hace mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien con una mujer fuera de una cama, y no me quiero imaginar cómo será cuando estemos dentro de ella, puesto que tengo claro que eres una bomba sexual —me dijo, al principio entre risas, pero esta última parte con una mirada que me estaba devorando.

—Vuelvo ahora mismo, no te vayas, que quiero seguir conociéndote —le dije con doble sentido, esperaba que me hubiera entendido, ya que me resultaba un hombre muy apuesto, a la par que simpático e interesante.

Capítulo 25

Thiago

Cuando la vi entrar en el local, supe que había visto mis declaraciones en televisión, y que eso la había provocado. La sangre me hervía en las venas en el momento en el que la vi rodeada de muchos de los jugadores, que la alababan y le decían piropos, porque estaba totalmente arrebatadora.

En el momento en el que posó sus ojos en mí, y se dio cuenta de quién me estaba acompañando, y me sentí un idiota. Mi corazón me decía que saliera corriendo hacia donde estaba ella, la cogiera por la cintura y le plantara un beso que le dejara claro a todo el mundo que era mía, que era la única mujer de la que me había enamorado. Mi cerebro, por el contrario, me decía que me centrara en la mujer que estaba a mi lado, que ella había herido mi orgullo, que no me había dado la oportunidad de disculparme por mis palabras y mis actos, y entonces no le hice caso a ninguno de los dos, no corrí hacia ella, pero tampoco le prestaba atención a Cindy, puesto que mis ojos la seguían por todo el local.

—Me puedes prestar un poquito de atención, por favor. Me siento como la maniquí de un escaparate, a la que todos miran, pero que no le hablan —me reclamó Cindy. Quise darle una contestación de las mías, pero me lo pensé mejor.

—Disculpa, estaba distraído. ¿Qué me decías? —le pregunté, posando mi mano en su cintura de nuevo, puesto que, al entrar Tabatha, la había retirado de donde la tenía.

—Te decía que, si quieres que bailemos un poco, empiezo a aburrirme. Aunque, también podríamos tener otro tipo de baile, más privado, solos tú y yo —me respondió insinuante.

—Mejor, vamos a la pista, ahora mismo no me apetece tener sexo, ni contigo ni con nadie —le mentí, ya que en mi mente solo estaba ella, sobre mi cama, completamente desnuda, pero desvié mis pensamientos, porque empezaba a excitarme y no quería que Cindy lo malinterpretara y se atribuyera un mérito que no le correspondía.

Cuando vi que el señor Williams le presentaba a su hijo, me vine abajo por completo, pensando incluso en marcharme, pero mi curiosidad no me lo permitió. Tenía que saber que se estaba cociendo entre ellos, pues estuvieron muchísimo tiempo juntos, en una especie de reservado que había, y los vi reír, mirarse de una manera que hacía que mi corazón latiera muy deprisa, pero reprimí el impulso que tenía, ya me acercaría a ella cuando estuviera sola, porque lo iba a hacer, y me iba a tener que explicar lo que se traía con él.

La verdad es que el chico lo tenía todo, era guapo, simpático y muy educado, vamos el yerno que toda madre quiere. Era el director de una empresa de equipos médicos, y le iba bastante bien en el plano laboral. Tan solo se le había conocido una novia, en la universidad, pero lo dejaron antes de que terminaran la carrera, y actualmente era una de sus mejores amigas.

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó Lucca, que no se había acercado a mí en toda la noche, suponía que por la persona que me acompañaba, que no era santo de su devoción, por mucho que al principio quisiera que nos acostáramos con ella, como habíamos hecho muchas veces antes con otras mujeres.

—Menos mal que te acercas. Tengo claro de parte de quien te has puesto en este conflicto. Si ya lo decía mi abuela, que tiran más dos tetas que dos carretas, y como ella es amiga de tu chica…

—¿Vas a seguir diciendo sandeces o me vas a dejar hablar? —me dijo, y en su tono noté que estaba bastante enfadado.

—¿Qué quieres? Si no te importa, rapidito, que tengo pensado irme con Cindy a un hotel más pronto que tarde —le dije con la intención de

que llegara a los oídos de Tabatha, pero realmente, lo que pretendía era irme a mi casa, solo y en cuanto que hablara con ella.

—Como sigas haciendo estupideces, la vas a perder. ¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

—Eso es lo que ella me ha hecho hacer, ni más ni menos.

—¡Encima tienes los santos cojones de echarle la culpa a Tabatha, cuando sabes perfectamente que no hay otro culpable que no sea tú! Ella tan solo se ha protegido, de las lindezas que sueltas por esa boca. Se ha tenido que sentir dolida, traicionada por la persona a la que ama, y que la ha negado delante de todo el mundo, riéndole las gracias, encima, a otra mujer que lo único que ha pretendido desde que la conoció es hacerle daño —me gritaba bastante enfadado.

—Intenté pedirle disculpas, pero ella me hizo la cruz. ¿Tengo que flagelarme por un error cometido? Además, ella también está muy bien acompañada, por si no la has visto —le señalé donde estaba sentada con Samuel Williams.

—No va a tener nada con él, no de momento, aunque si sigues tratándola como lo estás haciendo, dudo mucho que no lo haga en un futuro. Según sus palabras, está enamorada de ti, porque los sentimientos no se van de un momento a otro, por mucho que la persona de la que estás enamorada te vaya llevando de decepción en decepción. Antes de empezar nada con nadie, tiene que sanar su corazón, otra cosa es que Samuel la ayude a sanarlo, entonces será cuando estés completamente jodido.

—Que haga lo que quiera, lo que considere necesario, que yo estoy fuera de esta ecuación. No me pienso arrastrar más…

—No es cuestión de arrastrarse —me interrumpió—, es cuestión de que le des su lugar. Ve hasta donde está ella, dale un beso delante de todo el mundo, que le demuestre que no te avergüenzas de ella, y solo así será capaz de perdonarte.

Y se marchó, dejándome allí con mil pensamientos dando vueltas en mi cabeza, pero con la cobardía de no poder dar ese paso adelante que me pedía ella, así que volví con Cindy, por lo menos hasta que tuviera la oportunidad de hablar con ella a solas.

Casi sin darme cuenta, había llegado el momento, la estaba viendo cómo se dirigía hasta la zona donde se encontraban los baños, así que dejé un tiempo prudencial, el suficiente para que le diera tiempo a llegar, pero no a salir de esa zona, que estaba bastante apartada del resto y era el lugar idóneo para abordarla y tener esa conversación que teníamos pendiente.

—Ahora vuelvo, voy al baño —le dije a Cindy, que continuaba a mi lado.

—Si quieres, voy contigo y te ayudo —me dijo en un tono insinuante, ese tono que, en otros tiempos me hubiera calentado, pero en ese momento me resultaba repulsivo.

—Lo que voy a hacer no requiere compañía, es más, casi prefiero la soledad para eso —dije y salí andando, no dándole opción a réplica.

Me sitúe en el pasillo donde se encontraban los baños, más concretamente al fondo, porque no sabía en cuál de ellos había entrado. Por fortuna para mí, este se encontraba completamente vacío, cuando noté que se abría una de las puertas. Me aseguré de que era ella antes de actuar, y una vez comprobado, me lancé.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —me dijo, tras sujetarla por el brazo para detenerla.

—Eso mismo me pregunto yo, tan enamorada que decías que estabas de mí, y llevas toda la noche con Samuel Williams, flirteando como si fuera el hombre más interesante del mundo —le dije en un ataque de celos que, como siempre, me di cuenta tarde de que estaba fuera de lugar.

—¿Y eso me lo preguntas tú? ¿En serio? Tiene cojones la cosa, el señor tiene un ataque de celos cuando, para empezar: llevas negándome desde que empezamos a salir, has hecho unas declaraciones, conjuntas con la mujer con la que llevas toda la noche tonteando, en las que me dejan por los suelos, dicho sea de paso.

—Eso no es verdad, yo no te he negado nunca, y lo de las declaraciones lo he hecho por despecho, quería demostrarte que tu actitud no me importaba, cuando en realidad es todo lo contrario —me sinceré con ella, pero no me esperaba el ultimátum que me dio.

—¿Tengo que creerte? Porque no lo hago, has demostrado que no te importo, que no lo he hecho nunca, que para ti no he sido más que un juego. Dices que te ha afectado mi forma de actuar, ¿no? Pues eso tiene una fácil solución. Sal ahí fuera, ven a buscarme y dame un beso que le demuestre a todo el mundo que estamos juntos, entonces te creeré.

—Sabes que no puedo hacerlo, que no me gusta airear mi vida privada —le respondí. No me entendía a mí mismo, porque era bastante sencillo, pero algo me impedía hacerlo.

—Pues entonces, no tenemos nada más que hablar. Déjame en paz, permíteme que sane mis heridas, esas que has provocado tú, y que siga adelante con mi vida. Me recuperé una vez, así que ya sé el camino que tengo que tomar y no me resultará más difícil que cuando lo hice anteriormente. Ojalá te vaya bonito y encuentres de verdad a una persona que te llene, porque si no, te auguro un futuro muy triste, solo —me soltó y salió de ese pasillo en el que me dejó ahogándome con unas lágrimas que no me permití que salieran.

Capítulo 26

Tabatha

El encontronazo con Thiago había hecho mella en mí, en mi estado de ánimo, así que decidí despedirme de Samuel y abandonar la fiesta.

—Tabatha, ¿te ha ocurrido algo en el baño? —preguntó Samuel en cuanto que me vio llegar, puesto que mi cara tenía que ser un poema.

—Necesito salir de aquí —fue lo único que me permití pronunciar, puesto que mis ojos estaban desbordantes de lágrimas y no quería derramar ninguna delante de nadie, mucho menos de Thiago.

—Vamos —Samuel me cogió por la cintura, llevándome hasta la puerta de salida, sin decirle adiós a nadie, y lo último que vi fue la mirada de decepción que me estaba lanzando Thiago. ¡Decepción! Cuando era yo la que tenía que tener ese sentimiento, cuando estaba dolida hasta puntos insospechados, y ya no pude aguantar más, mis ojos abrieron las compuertas antes de llegar siquiera al exterior—. Me estás asustando, ¿vamos al hospital o a la comisaria?

—Dudo mucho que en ninguno de los dos sitios me puedan ayudar. Para el mal de amores no hay tratamiento, y no se puede denunciar a nadie por demostrar que no le importas, que ha jugado contigo —le contesté, porque era verdad, porque me sentía así.

—Aquí al lado hay un *pub* muy tranquilo, vayamos a sentarnos allí hasta que te tranquilices un poco. No tienes que contármelo si no quieres, pero estaré a tu lado para todo lo que necesites —me dijo Samuel, amablemente. Quería abrirme con él, necesitaba su punto de

vista, él era neutral, no compartía amistad con ninguno de los dos, y me daría otra visión de la situación.

Entramos en ese *pub* y nos pedimos dos refrescos, no había bebido nada de alcohol, entre otras cosas porque muy rara vez lo hacía, quizás una copita de vino o una cerveza, pero poco más, y fuimos a tomar asiento en uno de los laterales, donde había una mesa de esas que tienen un sofá alrededor, y estaba libre.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunté temerosa, y él asintió con la cabeza —Lo que te voy a contar no me gustaría que saliera de esta conversación, ya que muy pocas personas lo saben.

—Puedes estar segura de que, lo que se hable aquí, se queda aquí.

—No sé por dónde empezar, la verdad —le dije, casi en un susurro.

—Qué tal si lo haces por el principio, normalmente eso ayuda a que la otra persona lo pueda entender —me dijo con una sonrisa, intentando aflojar la sensación que había en el ambiente.

—Sí, será lo mejor. Yo trabajaba en una clínica privada, que hacía tratamientos individuales a muchos deportistas de elite, y me contrataron a mí, digo eso porque la persona que lo solicitó pidió expresamente que fuera yo quien llevara a cabo el tratamiento, para tratar la lesión o molestias, como él lo llamaba de un futbolista. Ese jugador no era otro que Thiago Marino y, aunque el principio no fue bueno entre nosotros, por varios motivos que no vienen al caso, luego empezamos a tontear.

—¿Thiago el jugador de nuestro club? ¿Fue él quien habló con mi padre para que te hicieras cargo de tu departamento? —preguntó extrañado.

—No, fue Lucca Bandini, al que también traté y recuperé de una lesión que nadie supo tratar. Pero Lucca no tiene nada que ver en mi historia, más bien todo lo contrario, él me ha ayudado bastante, discutiendo incluso con su amigo. Como te iba diciendo, ese tonteo nos llevó un poco más lejos, y empezamos a salir juntos, pero no quería que nadie lo supiera. Antes de ayer tuvimos una discusión bastante fuerte, yo quería que no nos escondiéramos más y él todo lo contrario. Pasamos a reprocharnos todo lo que teníamos dentro y, me dijo que si no estaba a gusto que no viniera a la fiesta —continúe contándole.

—No me puedo creer que hiciera eso —negaba Samuel, totalmente sorprendido.

—Pues lo hizo, es más, antes de entrar en la fiesta, hizo unas declaraciones que no me dejaban en muy buen lugar, su amiguita le echó más leña al fuego y él, en vez de defenderme, se reía. Por eso vine, para que no pensara que iba a poder conmigo, para hacerme la fuerte. Cuando fui al baño, me estaba esperando en el pasillo, para recriminarme que llevara toda la noche contigo, cuando la realidad era que me había negado y despreciado hasta la saciedad. Le di un ultimátum, o me besaba delante de todos los presentes, demostrando que lo que me había dicho era cierto, o se acababa aquí, y no fue capaz de hacerlo, poniendo como excusa que no quería airear su vida privada, cuando dentro solo estábamos la gente del club y poco más.

—Te voy a dar un consejo, aunque vaya en perjuicio mío, puesto que me encantaría seguir conociéndote. No solo eres bonita por fuera, sino que lo eres aún más por dentro, pero ese hombre te quiere, está enamorado de ti, pero no sabe cómo gestionarlo. Dale tiempo a que lo madure, a que lo sopese y ponga en una balanza lo que le conviene más —me aconsejó, mientras me acariciaba la cara.

—Eres un gran hombre, Samuel, y me gustaría que fuéramos, en principio, buenos amigos, lo demás, ya el tiempo lo dirá. Hoy por hoy, y en este preciso momento, no puedo entregarle mi corazón a nadie, porque es suyo, es propiedad de Thiago Marino desde el primer beso que nos dimos, pero también me conozco y no voy a estar esperando eternamente.

—Mi amistad ya la tienes, no te preocupes por eso, y te ayudaré a que Thiago comprenda que todo lo que quiere lo tiene en ti. Si eso no sucede, estás en tu derecho de empezar de cero cuando tú quieras —me respondió, sacando mis lágrimas de nuevo.

Permanecimos en el local un rato más, hasta que me serené por completo, momento en el que le indiqué que me marchaba a casa, que me pidiera un taxi. Insistió en llevarme en su coche, en acompañarme porque era muy tarde, pero me negué, no quería más tonterías ni con la prensa, que estaban pendientes de cualquier movimiento, ni con Thiago. Había llegado a la fiesta sola y del mismo modo me marcharía.

Cuando me estaba subiendo al taxi, lo vi salir, también solo, aunque Cindy salió detrás, llamándolo, pero él no le hizo caso y se montó en otro que lo estaba esperando. Nuestras miradas se cruzaron por un instante, y tanto en su mirada como en la mía, había cierta sensación de alivio, porque ninguno de los dos nos habíamos marchado acompañados de allí.

La noche fue de aúpa, dando vueltas en la cama sin poder dormir hasta que, llegada las siete de la mañana, ya no aguanté más y me metí en la ducha. Quizás el agua calentita me desentumeciera los músculos y me ayudara a relajarme, lo necesitaba urgentemente.

Al salir de la ducha, escuché como llamaban al timbre, y con el albornoz bien atado y una toalla en la cabeza para recoger la humedad de mi pelo, salí a abrir.

—Buenos días, ¿Tabatha Smith? —me preguntó el mensajero que estaba en la puerta con un paquete para mí, y asentí con la cabeza —Firme aquí, por favor.

Firmé y recogí el paquete, venía sin remitente, pero dentro había una nota escrita de puño y letra, el paquete era de Thiago y ponía lo siguiente:

"Lo compré el día que estuvimos de compras con Lucca, no pude resistirme, porque me lo imaginaba en tu cuerpo y me volvía loco. Me hubiera gustado que lo pudiésemos disfrutar juntos, pero como no es el caso, prefiero que lo disfrutes tú. Sé feliz y no olvides nunca que has sido y siempre serás el amor de mi vida".

Cuando lo abrí venía un precioso conjunto de ropa interior en un tono azul pastel que me encantó, no era nada ostentoso, pero tampoco sencillo de algodón, y no supe que hacer con él, como reaccionar.

No me podía decir estas cosas y hacer todo lo contrario. ¿Cómo lo iba a creer si me demostraba que no era así? Si tuvieras al amor de tu vida al lado, ¿lo dejarías marchar por una cabezonería, por no dar tu brazo a torcer? Tenía la cabeza que me iba a reventar, ¿de quién era la culpa, suya o mía? Si él no quería ceder, yo tampoco, pero yo tenía razón, éramos dos personas adultas, libres y no teníamos por qué

escondernos como lo hacíamos. ¿Tan importante era su privacidad para él? No entendía nada, así que me vestí y me eché a la calle, sin rumbo fijo, esperando lo que me pudiera deparar el día.

Capítulo 27

Thiago

La vi salir del local con Samuel y la pena me ahogaba, pero no podía hacer lo que ella me pedía, por mucho que la quisiera. Nunca, a excepción de ese escabroso capítulo de mi vida, había expuesto mi intimidad públicamente, y no iba a empezar a hacerlo ahora.

—Cariño, si te apetece, podemos irnos al hotelito de siempre —me decía Cindy mientras acariciaba sensualmente mi pecho por encima de mi camisa, y ya no pude aguantar más, le quité la mano de mi torso, tengo que reconocer que, de una manera bastante brusca, y salí de allí como alma que lleva el diablo.

—Pídame un taxi, por favor —le dije a uno de los chicos de seguridad, no era capaz de hacer eso tan simple por mí mismo.

—Enseguida señor Marino —me contestó el chico, que ya estaba haciendo esa llamada que le había solicitado.

—¡Thiago! ¡Thiago, espera, por favor! —corría Cindy detrás de mí, pero le hice caso omiso, no quería a nadie a mi lado en esos momentos.

Y allí estaba ella, Tabatha, completamente sola, tomando asiento en el interior de un taxi. Al mirarla, pude observar cómo, tanto ella como yo, sentimos cierto alivio de no vernos acompañados por otras personas.

Mi noche fue larga, muy larga, ya que me puse a pensar en si verdaderamente valía la pena seguir en mis trece, si mi orgullo no me estaba impidiendo alcanzar la felicidad tan ansiada para mí.

Por la mañana temprano, hice una llamada a la agencia de transporte con la que siempre trabajaba, y encargué un envío, que no era otra cosa más que lo que le había comprado aquel día en la tienda y que a mí no me iba a servir para nada, por eso se lo envié con una nota, aunque sin remitente, para que no pudiera rechazarlo, o me partiría aún más el corazón. Lo puse con acuse de recibo a mi móvil, con lo cual, en el momento en el que lo aceptara o rechazara lo sabría, y ahí estaba yo, con el teléfono en la mano y tomando un café en mi jardín trasero.

Tenía que ponerme en contacto con ella, para pedirle tiempo, pues necesitaba poner en orden mis prioridades, y analizar qué era lo que nos convenía más: si seguir juntos y dejar que todo el mundo lo supiera, o, por el contrario, olvidarnos el uno del otro y que cada uno siguiera su camino por separado. Ella pensaba que era por su condición física, nada más lejos de la realidad. Era, es, y será preciosa en todos los sentidos, por lo menos bajo mi punto de vista, y mi decisión nada tenía que ver con eso.

—Amigo, ¿puedes venir a mi casa? —Lucca era mi única opción, sabía que él me diría las verdades tal y como eran, sin adornos innecesarios.

—Estoy con Vicky, si no te importa que ella venga también, no hay ningún problema —me contestó él, y entendí que eso era lo que tenía que hacer, darle prioridad a Tabatha tal y como Lucca se la daba a su chica.

—Mejor, incluso. Os necesito a los dos, vuestro consejo, o me voy a volver loco.

—En una hora estaremos allí, que todavía estamos en la cama —me contestó él, cortando la llamada después.

Durante esa hora, no me moví de donde estaba, no podía, me quedé como paralizado, metido en mis propios pensamientos, en un bucle del que me estaba costando salir. En ese momento, llamaron al timbre de la cancela, y supuse que eran mis amigos, ni siquiera me paré a pensar en que Lucca tenía la llave, hasta ahí llegaba mi grado de aletargamiento, y me dirigí hasta allí, podría haber abierto desde la casa, pero pensé que me vendría bien el paseo.

—¿Se puede saber qué haces aquí y como sabes dónde vivo? —Anonadado, así me había quedado al abrir la cancela. Era Cindy, que acababa de bajar de un taxi.

—¿Puedo pasar o vamos a hablar aquí? —fue su respuesta y, aunque no me gustaba la idea de que estuviera allí cuando llegaran mis amigos, me parecía descortés dejarla en la puerta.

—No tengo nada que hablar contigo, pero pasa. Espero que sea importante y rápido, estoy esperando visita —le contesté de mala gana.

—Importante, lo es, eso de rápido dependerá de ti —me contestó, abriéndose el abrigo y dejándolo caer, cuando llegamos a la casa, mostrándome que no llevaba nada debajo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás loca? ¡Haz el favor de taparte! —le grité, pero ella seguía en sus trece, y se vino para mí, tirándome en el sofá de un empujón. En otras circunstancias no lo habría conseguido, pero me cogió fuera de juego, para, a continuación, sentarse a horcajadas encima de mí.

—Antes te gustaba mi cuerpo y disfrutábamos mucho, no puede ser que, de un día para otro, te haya cambiado tanto el gusto —me dijo, mientras que yo esquivaba su boca, que trataba de besarme.

—¿Para eso nos has hecho venir? ¿Acaso quieres que os tomemos fotos y se las enseñemos a Tabatha? ¡Deja ya de hacerle daño! —eran los gritos de Vicky, con todo el jaleo de Cindy no me había enterado de que habían entrado. Lucca me miraba con una mezcla de asombro y rabia. Conocía muy bien a mi amigo y, aunque le costaba creer lo que estaba viendo, sabía que yo no estaba a gusto en esta situación, entre otras cosas porque yo no llevaba jamás a un ligue a mi casa, la única que había estado era Tabatha, y a ella no la consideraba un ligue, era mi pareja.

—¡Vicky, esto no es lo que parece! —le grité, mientras que Lucca le hacía un gesto de que esperara, de que me dejara explicarme y, aunque a regañadientes, lo hizo —¡Quítate de encima de una puñetera vez y lárgate de mi casa! ¡No quiero volver a verte, y como te acerques a mí, te denunciaré por acoso y pediré una orden de alejamiento!

—Esto no se quedará así, no me vas a cambiar por una mujer que me dobla en tamaño. Si no eres para mí, no serás para nadie —sentenció, luego se puso el abrigo y salió de mi casa dando un sonoro portazo, entonces respiré tranquilo. No quise entrar en una discusión con ella por como se había referido a Tabatha, pensé que era mejor que se fuera.

—Deberías de denunciarla —me dijo Lucca.

—Eso lo podría hacer si no la hubiera invitado él —dijo Vicky, que todavía no se creía que yo no hubiese tenido nada que ver con esta situación.

—No he tenido nada que ver en esto, te lo prometo. Ni siquiera sé cómo ha sido capaz de encontrar mi casa, nadie que no sea de mi entorno la conoce, ni siquiera la prensa. Llamaron al timbre de la cancela, y pensé que erais vosotros que os habíais olvidado la llave —mentí en eso porque no quería que supieran que no había tenido la capacidad de pensar que pudiera ser otra persona—. Cuando me quise dar cuenta, estaba en la situación en la que me habéis encontrado. Os tengo que dar las gracias por haber llegado en el momento justo, o Dios sabe lo que esa loca podría haber hecho.

—¿Para qué nos has llamado? —me preguntó Lucca, bastante serio. Él sí se había dado cuenta de mi error, pero sabía que no diría nada delante de su chica, a lo mejor, cuando nos quedáramos a solas, hablaría conmigo de este tema, pero en este momento no.

—Tenéis que ayudarme a volver a conquistar a Tabatha, que vuelva a confiar en mí. Necesito tiempo para exponer nuestra relación públicamente, pero no dudéis que lo gritaré a los cuatro vientos en cuanto que me sienta preparado —les dije con lágrimas en los ojos. Me sentía sobrepasado por todo. ¿Conocéis la sensación de no encajar en ninguna parte? Pues ese era mi estado de ánimo en ese momento. Tenía muchos frentes abiertos, y necesitaba ir cerrándolos y poner cada cosa en su sitio, ordenar mi vida.

—No es que tengamos que ayudarte a conquistarla, eso ya lo tenías hecho y los sentimientos no se van de la noche a la mañana. El problema es que, para que ella vuelva a confiar en ti, sabes que necesitas que la reconozcas públicamente, no con un comunicado ni

nada por el estilo, sino siendo naturales. Aceptando que, si le apetece darte un beso en medio de la calle, lo haga, y no tenga que reprimir sus sentimientos ni medir sus actos. Si no estás dispuesto a ello, déjala que te olvide y sea feliz con otra persona —me dijo Vicky que, a pesar de la dureza de sus palabras, las dijo en un tono muy sereno.

Iba a contestarle cuando, en ese momento, sonó mi móvil y pude ver que era mi madre. Me resultó extraño, desde que nos habíamos peleado mi padre y yo no me había vuelto a llamar, así que esa llamada solo podría significar dos cosas, o necesitaba dinero o había sucedido algo, y optaba más por lo segundo, por eso decidí contestar la llamada.

Capítulo 28

Thiago

—Dime mamá, ¿a qué se debe el honor de recibir una llamada tuya? —le dije, en el más irónico de los tonos.

—Thiago…—dijo mi nombre entre sollozos, y entonces no tuve más remedio que dejar mi ironía en el cajón.

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Te sucede algo? —pregunté preocupado.

—Es tu padre…Ha sufrido un infarto y va camino del hospital —por fin lo contó, pero su voz no llegaba ni a medio volumen. Ella, que era la reina de la seguridad, que hablaba siempre como si fuera una marquesa, y ahora me daba cuenta de que todo era fachada.

—¿En qué hospital está? Voy para allá —le dije, muy nervioso y, en cuanto me enteré del nombre, colgué la llamada y corrí a por mis cosas, ni siquiera reparé en la presencia de Lucca y Vicky, era como si todo a mi alrededor se hubiera desvanecido.

—¿Qué ocurre, Thiago? —me preguntó Lucca, haciéndome volver de mi nube particular.

—Mi padre, le ha dado un infarto y va camino del hospital —le contesté casi sin mirarlo—. Tengo que llegar lo antes posible.

—No vas a coger el coche en ese estado, nosotros te llevamos —dijo Vicky.

—A mi madre no le va a gustar verte allí, Lucca. Recuerda que todavía está muy reciente la demanda que le pusiste a mi padre —respondí, lo que menos quería era añadir una preocupación más al asunto que nos ocupaba y que a mi madre también le pasara algo.

—Me quedaré en la puerta si hace falta, pero no te voy a dejar solo —fue su respuesta, a la que asentí con la cabeza y salimos en busca de su coche, ese en el que habían venido hacía tan solo unos minutos.

El trayecto hasta el hospital lo hicimos en completo silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que Vicky lo rompió cuando ya estábamos llegando.

—Pienso que deberías avisar a Tabatha, no creo que le guste enterarse por la prensa.

—A Tabatha vamos a dejarla al margen, por favor. Ahora mismo mi prioridad es la salud de mis padres, por muy mal que se hayan portado conmigo, no dejan de ser mi familia, y no me gustaría que estuviera aquí y no le pudiera dar la atención que necesite. Ya hablaré con ella cuando me encuentre con fuerzas y con ganas —respondí, dando por finalizada esta conversación.

—Está bien, tú sabrás lo que haces —me respondió ella, que lo veía de otra forma.

—Te espero aquí, habla con tu madre y, si puedo entrar, me mandas un mensaje. Si no es así, que sepas que no me moveré de este aparcamiento hasta que tú salgas de esa sala —me dijo Lucca, y sabía que era capaz de hacerlo, me había demostrado que era un buen amigo, y en esta ocasión no iba a ser menos.

Salí del coche y, a grandes zancadas, llegué hasta la sala de espera en la que se encontraba mi madre, envuelta en un mal de lágrimas, y empecé a sentirme culpable. Ese sentimiento se debía a que yo tampoco hice las cosas bien, y me daba miedo pensar que todo eso había sucedido por mi culpa, que, si hubiera hecho las cosas de otra manera, ahora mi padre estaría bien.

—¡Hijo mío! —exclamó mi madre, viniendo a refugiarse entre mis brazos, donde la cobijé y le mostré todo mi cariño. Durante un buen rato, y en esa misma postura, los dos lloramos, los dos nos desahogamos, ambos necesitábamos este acercamiento. Aunque las circunstancias no fueran las mejores, pero lo habíamos logrado.

—Cuéntame como ha sucedido todo, por favor, no me ocultes nada. Si algo de esto ha ocurrido por mi comportamiento, necesito saberlo —le supliqué a mi madre.

—Nada de esto ha sido culpa tuya, que se te grabe en la cabeza. La culpa ha sido de los excesos de tu padre, de su afán por querer más y más de todo, de creerse un jovencito cuando ya tiene una edad. Ahora te contaré todo, pero antes respóndeme a una pregunta: ¿cómo has venido?

—Me ha traído Lucca, está en su coche junto a su chica, no ha querido entrar para no molestarte con su presencia.

—¿Acaso estáis tontos? Llámalo ahora mismo y dile que entre, ambos necesitamos todo el apoyo posible, y me consta que ese muchacho es un pilar muy importante en la tuya —me contestó ella, y entonces le envié un mensaje para que entrara.

—Como bien sabes, tu padre, últimamente, estaba un poco desmadrado, digámoslo así, e iba con una y con otra, pero todas jovencitas, a las que no podía seguir el ritmo, ni sexual ni ningún otro. A mí me daba igual con quien estuviera, ya que entre nosotros hacía mucho tiempo que no había nada más que el cariño que se tiene por la persona con la que has compartido media vida y que es el padre de tu hijo…

—Eso que me dices es muy duro, mamá. Yo pensaba que lo perdonabas porque seguías enamorada de él —la interrumpí en su relato.

—Si hubiera sido ese el motivo, te garantizo que no lo hubiera perdonado nunca. Cuando amas a alguien, si este te traiciona, el dolor es tan grande que siempre quedará esa espinita, y yo, que siempre he sido una mujer de carácter, tengo claro que una infidelidad no podría superarla en la vida. Bueno, a lo que iba. Mil veces le hablé de separarnos legalmente, pero él me convencía de que así estábamos mejor, que cada uno hacía su vida mientras que compartíamos la casa y que, en caso de que a él le pasara algo, me quedaría con las espaldas bien cubiertas. Anoche salió de nuevo con una de sus nuevas amiguitas, y esta mañana, cuando llegó le noté las pupilas dilatadas, era como si hubiera tomado algo por primera vez, y empezó a sentirse mal. Mientras la ambulancia no llegaba, me dijo que se había tomado varias pastillitas de estas azules para la vigorosidad, y así cumplir con su amiga, pero que se volvió a casa en cuanto notó su corazón

acelerado. Eso fue todo lo que dijo, pues cayó fulminado en el sofá. Por fortuna, en la casa se encontraba Conrad, que ahora te explicaré quien es, que tenía nociones de la maniobra de reanimación de cuando, en sus años de estudiante, fue socorrista, y lo pudo mantener con vida. Ahora todo está en manos del destino, aunque los médicos nos han dicho que no saben si podrá salir con vida, tiene el corazón muy débil.

Mi madre me contaba el relato cuando noté una mano que apretaba mi hombro, era Lucca, que ya había entrado junto con Vicky, y que se estaba enterando de todo al igual que yo. En esos momentos, mi cabeza era un hervidero: por un lado, estaba el infarto de mi padre, pero por otro me encontraba en *shock* por la historia de su matrimonio, por todo lo que me había contado y, encima, aparecía en escena el tal Conrad, que no sabía quién era, pero me lo podía imaginar. Todo ello, sumado a mi historia con Tabatha, era una mezcla explosiva que amenazaba con terminar de hundirme en la miseria, pero si mi madre había podido con todo, yo no iba a ser menos.

—Tengo que pedirte perdón, Thiago, por dejar de ser tu madre para convertirme en la señora Marino, una mujer despreciable que, para suplir el amor de su marido, tenía que rodearse de lujos y de caprichos, en vez de darle todo ese amor a su único hijo —expresó mi madre, y ahí sí que me derrumbé por completo.

—No tienes que pedirme nada, mamá, lo pasado, pasado está, ahora vamos a centrarnos en el presente, para que el futuro sea mejor para los dos. Tengo que contarte tantas cosas… pero eso será cuando salgamos de aquí. ¿Crees que me dejarán hablar con papá? Necesito decirle que lo quiero, que siempre lo he querido, no me gustaría que se fuera sin escuchar eso de mi boca.

—El médico saldrá ahora, en un ratito, para informarnos de la evolución, cuando vengas le preguntas, no creo que te ponga impedimento, yo entré antes a verlo, y la verdad es que impresiona mucho. Un hombre tan grande como tu padre, en esa cama, con tantos cables, se ve tan pequeñito, tan indefenso… Lucca, querido, ven aquí y dame un abrazo, y preséntame a esta muchacha tan guapa, a ti

también te tengo que pedir perdón en nombre de mi marido, por todo lo que te hizo, por ese daño colateral de las fotos del hotel…

—No hay nada que perdonar, Angela, como dice Thiago, lo pasado, pasado está. Dame ese abrazo, y ella, es Vicky, mi pareja —le dijo Lucca, que la abrazaba como se abraza a una madre.

—Ojalá y Thiago encuentre a una buena mujer algún día —le dijo mi madre, y mi amigo me miró con lástima.

—Más pronto que tarde, mamá, te lo prometo.

Capítulo 29

Tabatha

Había quedado con Samuel para comer, y se estaba convirtiendo en un buen amigo. Hacía dos días que me había enterado de la hospitalización del señor Marino, en principio lo hice por la prensa, pero luego me avisó Vicky, mi amiga, aunque me advirtió de que no fuera por allí hasta que Thiago no me llamara, y después de este tiempo, dudaba que lo hiciera.

—Es que me duele tanto que, después de lo que hemos vivido, no haya sido capaz de coger un teléfono para contarme lo sucedido… Antes de tener una "relación", por llamarlo de alguna manera, éramos amigos, y hasta eso se ha pasado por el forro —le expliqué a Samuel, que me escuchaba atentamente.

—Dale tiempo, deja que todo vuelva a su sitio. Para él ha tenido que ser muy fuerte enterarse de todo, porque, según te contó Vicky, no solo había sido lo de la enfermedad, sino toda la historia que había detrás del matrimonio de sus padres, toda la farsa que escondía tanta perfección en la pareja —me decía, poniéndose de su parte.

—Si fueras tú, ¿no habrías necesitado el apoyo de la que fue tu pareja o de tu amiga? Porque yo sí, cuanta más gente me mostrara su cariño, muchísimo mejor —le dije, empezando a enfadarme.

—Todo el mundo no es igual, ni reacciona de la misma manera, Tabatha, y eso tienes que entenderlo. A lo mejor tú, o yo, o Vicky, intentaríamos estar rodeados de gente, pero Thiago piensa que para él

es mejor digerir todo en soledad, tan solo con su madre y su mejor amigo —me hacía entrar en razón, pero no lo conseguía.

—Pues sigo sin entenderlo, que quieres que te diga.

—Si tan claro lo tienes, ve a ese hospital, aunque no te acerques a él, y siéntate en esa sala de espera. Hazle saber que, aunque él no quiera ahora mismo, estarás a su lado cuando lo necesite, que serás su apoyo incondicionalmente —me dijo Samuel, que demostró ser una persona coherente, y que se mantuvo a mi lado a pesar de que mi conversación era monotemática, y todo giraba en torno a Thiago, mostrándome una paciencia infinita conmigo.

—¿Sabes que te digo? Que eso voy a hacer. En cuanto terminemos de comer, me voy a ir al hospital, sin avisar a nadie y sin decir nada, y me sentaré lo más apartada posible, intentando que mi presencia pase totalmente desapercibida.

Estuvimos durante toda la comida planeando como sería mi entrada, cuando vimos que nos hacían fotos desde fuera. Con total seguridad, tendríamos las fotos en portada al día siguiente, o ese mismo día en las ediciones digitales. Para la prensa, no podía existir una amistad entre un hombre y una mujer, a pesar de que no tuvieran una sola imagen de los dos en actitud cariñosa o que diera que pensar que éramos pareja.

Ahora, más que nunca, tenía que ir a ese hospital, no quería que Thiago tuviera que lidiar con la incertidumbre de que era lo que había pasado entre Samuel y yo. Sabía que nuestros sentimientos eran muy diferentes, que él y yo no sentíamos lo mismo, o por lo menos no estábamos dispuestos a arriesgarnos en la misma medida, pero eso no implicaba que me gustara que le hicieran daño, nada más lejos de la realidad que eso.

—Si tenía alguna duda sobre ir, esta situación las acaba de disipar. No quiero que Thiago piense lo que no es —le dije a Samuel, que asentía con la cabeza.

—Sería la puntilla para el pobre. Sé que todo esto va en detrimento de mis posibilidades, pero tampoco podría intentar nada contigo sabiendo que tu corazón le pertenece. Lucha por él, hazlo por los dos,

porque ambos os merecéis la felicidad —me contestó Samuel, haciéndome una caricia en la mejilla.

—Voy a llamar a un taxi, no creo que sea conveniente que me lleves hasta allí, sería confundir más la historia —le dije a mi amigo, que tomó su teléfono y contrató a uno por la *app*.

—Gracias, gracias, y mil gracias. No tengo manera de agradecerte todo lo que estás haciendo por mí —le dije al levantarme, dejándole un beso en la mejilla, aprovechando que ya la prensa se había marchado, y saliendo del restaurante para dirigirme al hospital.

Ese trayecto se me hizo cortísimo, a pesar de que estábamos bastante lejos, no dejaba de pensar en cómo lo haría, que le diría y en cómo reaccionaría Thiago, si me echaría de allí o no, y esa era mi gran preocupación, que me tratara como a un perro.

Pagué la carrera y me apeé del vehículo, haciendo varias respiraciones profundas, antes de cruzar el umbral de la sala de espera, donde me enfrentaría a todos mis miedos de una vez.

—Buenas tardes —dije cuando entré, principalmente a Lucca y a Vicky. Thiago no encontraba allí en ese momento, aunque si estaba su madre, pero como no la conocía personalmente, no me atreví a acercarme.

—Tabatha, ¿qué haces aquí? —me preguntó Lucca, con un orgullo en su voz que me hizo sacar fuerzas de donde no las tenía.

—No vengo a molestar, solo a apoyar a una persona que es muy importante para mí, aunque ella no quiera. Me sentaré apartada, en algún rincón de esta sala, dándole mi apoyo en la distancia, que sepa que siempre estaré aquí para él, cuando quiera, pueda y se encuentre en condiciones de acercarse —le dije a mi amigo, y noté que esa señora se levantaba y venía hacia mí.

—Es lo más noble que he escuchado en mi vida, pero no tendrás que hacer eso. Te quiero a mi lado, junto a mi hijo, porque tengo clarísimo que estás enamorada de él hasta la médula, y que él te corresponde, aunque no te lo haya demostrado. Cuando quiere, es bastante cabezón —me dijo esa señora, que se llamaba Angela, dándome un fuerte abrazo que me reconfortó como hacía tiempo que uno no lo hacía.

—No, no, de verdad, no quiero protagonismo ni nada por el estilo. Yo me siento allí, en aquella esquinita y, si él quiere, que se acerque, si no, ahí permaneceré hasta que Thiago lo considere necesario —le dije, dándole un beso en la mejilla y sentándome donde había dicho.

—Eres la hostia, amiga —me dijo Vicky, sentándose a mi lado. Ella había pedido tres días de asuntos propios para no dejar a Lucca solo, pero ese era el último, al día siguiente ya le tocaba trabajar—. Tienes los ovarios bien puestos, si señora. Por un momento dudé de que vinieras, por eso de lo orgullosa que eres, pero luego tuve claro que lo harías, la amistad es tan importante para ti como el amor.

—En realidad estoy hecha un flan, me tiemblan hasta las pestañas. No sé cómo va a reaccionar Thiago cuando me vea aquí, y eso me da pavor, que no me mire siquiera, o peor aún, que me ponga de patitas en la calle —expresé mi temor a mi amiga, que negaba con la cabeza y hacía gestos con la mano.

A pocos metros de nosotros, vi como Lucca hablaba con Angela, y por los gestos que ambos hacían, tenía claro que le estaba contado nuestra historia a la madre de su amigo, que lo mismo sonreía que ponía cara de enfado. Menuda bronca le iba a caer a Lucca cuando Thiago volviera y se diera cuenta de lo que el otro había hecho.

—¿Dónde está Thiago? ¿Ha salido a comer? —pregunté con temor.

—Ha entrado a ver a su padre, no creo que tarde mucho en salir, el médico le ha dicho que tan solo tenía unos minutos, y ya lleva casi quince ahí dentro —y entonces lo vi, saliendo por esa puerta mientras se quitaba la bata y los patucos que le habían obligado a ponerse antes de entrar. Tenía la mirada perdida, y en su rostro se notaba una mezcla de miedo y cansancio. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, empecé a temblar, no sabía cómo iba a reaccionar, y una sensación de pavor se apoderó de mi cuerpo. Ambos nos habíamos quedado paralizados, sin saber que hacer, como si hiciera mucho tiempo que no nos veíamos y no pudiéramos asimilar que estábamos el uno delante del otro. Fue entonces, cuando vi que dirigía sus pasos hacia donde yo estaba, y que unas lágrimas recorrían sus mejillas, me levanté, y yo también y fui a su encuentro.

Capítulo 30

Thiago

Vimos como salía el médico para darnos el parte informativo de la situación de mi padre, y por la cara que traía, intuía que no serían buenas noticias.

—Buenas tardes —dijo cuando estuvo a pocos pasos de nosotros—, vengo a informarles de cómo está el señor Marino en estos momentos.

—Díganos, doctor, soy su hijo, Thiago Marino —me presenté y le di la mano, mi madre permanecía a mi lado, pendiente de las palabras del médico.

—Quiero ser sinceros con vosotros, la cosa no pinta bien. Su corazón está muy debilitado, apenas tiene fuerzas para articular alguna que otra palabra. No para de repetir que necesita que, entre su hijo, que no puede partir de este mundo sin que haya hablado antes con él, yo no lo aconsejaría, las emociones fuertes en estos momentos no le vienen nada bien, pero no quiero que quede en mi conciencia la paz de un enfermo —nos explicó el doctor.

—¿Tengo permiso para entrar, entonces? —pregunté con miedo. Ahora sí que tenía sentimientos encontrados, por un lado, me moriría de pena si a mi padre le pasara algo por esta conversación, pero por otro, necesitaba que se marchara en paz, con él y conmigo, y por eso no dudé en entrar en cuanto el doctor me lo confirmó.

—Tan solo unos minutos, por favor. Si alguien más quiere entrar a verlo, puede hacerlo durante unos breves instantes, también, pero nada excesivo.

—Doctor —le paró mi madre cuando se marchaba—¿Cuántas probabilidades hay de que la cosa salga mal?

—Siendo sincero, un nueve, coma, nueve. Pónganse en lo peor, y así, cuando suceda, lo tendréis medio asumido —vamos, que se nos moría sí o sí. Me marché con el doctor hacia la habitación en la que se encontraba mi padre, y el impacto fue total, no era ni una sombra de lo que había sido.

—Hijo…mío…—me llamó sin poder casi ni hablar.

—Shhh, no te esfuerces, papá. Ten la paz y la tranquilidad que necesitas, conmigo no hay ningún problema, no te guardo rencor por nada, lo pasado es solo eso, pasado. Entiendo que lo que hiciste, fue pensando en mi bienestar, a pesar de que muchas veces no estuviera de acuerdo contigo, pero eso ya no importa —le dije, cogiendo su mano entre las mías y dándole un beso en la frente.

Noté como quería hablar, pero no podía, no tenía suficiente fuerza, y unas lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. No lo solté, permanecí a su lado todo el tiempo que me permitieron, y lo único que me dijo, las únicas palabras que me dirigió me sorprendieron más que ninguna otra cosa.

—Espero que esa mujer, Tabatha, haya sabido llegar hasta tu corazón. La elegí porque pensé que era perfecta para ti, una mujer de los pies a la cabeza. No te niegues la felicidad como hice yo, ni desperdicies el tiempo, que la vida es muy corta —me habló en susurros, y volvió a cerrar los ojos. Era el momento de salir de allí, de dejarlo descansar y que mi madre tuviera la oportunidad de decirle que ella también lo perdonaba. Todos cometemos errores en esta vida, pero tendíamos a darnos cuenta cuando ya era demasiado tarde.

Con ese pensamiento abandoné la habitación, por ese largo pasillo tuve la oportunidad de analizar las palabras de mi padre, y había decidido dejar atrás todo mi miedo, hablaría con Tabatha en cuanto todo esto terminara. Si ella quería que le diera su lugar, se lo daría, y con creces, ya era hora de pensar solo en nosotros. Sabía que a mi madre le encantaría esa mujer, quizás a la anterior Angela Marino, no, esa hubiera querido para su hijo alguien que le diera glamur, que la hiciera ascender en esa escala imaginaria que tenía en su cabeza. Pero

la de ahora no, la de ahora volvía a ser mi madre, esa que me arropaba de pequeño y que llenaba de besos mi cara. Si todo esto tenía algo positivo, era que había vuelto, que, por fin, tenía a mi lado a la mujer amorosa que fue antaño.

Atravesé la última puerta que separaba el pasillo de la sala de espera, me dirigía hasta donde estaba mi madre cuando la vi. No podía ser, a pesar de todos lo que había sucedido entre nosotros, ella estaba allí, había venido a apoyarme en esta situación, y no supe cómo reaccionar.

Por un lado, pensaba que era una ilusión mía, alguien que se le parecía mucho y que, el cansancio, me estaba jugando una mala pasada, pero cuando vi que Vicky estaba a su lado, no lo dudé más, y encaminé mis pasos hasta donde estaba ella, que me miraba con una mezcla de ternura y miedo, pero que también se levantó para darme el encuentro.

—Tabatha…—la llamé, como si fuera un sueño, y me abracé a ella, llorando, por todo, no solo por mi padre —Tengo tanto que hablar contigo, tantas cosas por las que pedirte perdón…

—Tranquilo, ya tendremos tiempo para todo, ahora solo importa la salud de tu padre, nada más —me contestó, respondiendo a mi abrazo, y apoyando su cabeza en mi pecho. Me volvía a sentir en casa, después de todo este tiempo, sentía esa paz que solo ella sabía y podía darme.

Levanté su rostro con mis manos, y la besé, como tanto lo había necesitado. No era un beso pasional, tan solo fue un breve beso en los labios, pero con el que le demostraba el amor que sentía por ella, y que Tabatha me correspondió.

—Ya me he despedido de él, ahora quiere que entres tú, Lucca, me ha dicho que no quiere marcharse sin despedirse de ti —ni siquiera me había dado cuenta de que mi madre había pasado a la habitación, y cuando dijo lo de mi amigo, supe que a él le pasaba lo mismo, que a pesar de todo lo que había pasado, le tenía mucho aprecio a mi familia.

—Por mí no hay ningún problema. Ahora vuelvo, amor —se dirigió a su chica y le dejó un beso en la mejilla. Que distinto era de mí, pero cuanto nos complementábamos. No recordaba ni un solo instante

importante en mi vida en la que no estuviera acompañado por Lucca, ni bueno ni malo, estaba ahí para mí siempre, incondicionalmente.

Mi madre, al verme abrazado a Tabatha, ya que no la había soltado desde que nos encontramos, me lanzó una sonrisa, esa que me indicaba que ya la había conocido y que estaba de acuerdo con esta relación.

—La cosa se termina, Thiago, y no me puedo sentir más orgullosa de ti, de como has actuado con tu padre y conmigo, a pesar de no haber sido los mejores padres en los últimos tiempos. Pero te hemos educado bien, a juzgar por la mujer que tienes entre tus brazos ahora mismo —me dijo con lágrimas en los ojos. En ese momento, vimos entrar a un hombre de mediana edad, bastante atractivo, por cierto, que se dirigía hasta donde estábamos nosotros.

Sin mediar palabra, y tal como yo había hecho antes con Tabatha, mi madre se abrazó a ese hombre, y en su mirada pude ver el amor más puro entre dos personas, y entonces comprendí que se trataba de Conrad, y no dudé en acercarme para presentarme.

—Buenas tardes, soy Thiago, el hijo de Angela, gracias por estar aquí para mi madre —le dije, ofreciéndole la mano, esa que no dudó en apretar.

—Buenas tarde, hijo. Lamento conocerte en estas circunstancias, me hubiera gustado que fuera en otras, pero la vida es lo que tiene, que nos sorprende cuando menos te lo esperas.

Estuvimos hablando muchísimo tiempo, incluyendo a Tabatha y a los demás en la conversación, cuando decidimos que iríamos a comer algo, llevábamos muchas horas sin ingerir nada, y no sabíamos el tiempo que tendríamos que permanecer allí hasta que todo terminara.

Durante la breve estancia en la cafetería del hospital, intenté que Lucca me dijera que era lo que había hablado con mi padre, pero no podía sin derrumbarse, así que le dije que mejor me lo contara cuando se sintiera preparado.

Mi madre no había querido moverse de la sala de espera, así que Conrad permaneció a su lado, impidiendo que se quedara sola. Era empresario de la noche, tenía varios locales de copas y discotecas a lo largo de toda Europa, pero había delegado en sus hijos, porque decía

que él ya tenía la suficiente edad para disfrutar lo que le quedara de vida, no quería perder el tiempo de negocio en negocio. Llevaba viudo más de quince años, y tuvo que sacar a sus hijos adelante él solo, no había vuelto a tener pareja ni a enamorarse hasta que conoció a mi madre.

Entramos de nuevo en la sala de espera, con Tabatha de mi mano. Intentó soltarme cuando salimos del hospital, pero no se lo permití, quería que entendiera que todo eso había cambiado, por lo menos en lo que a mí respectaba.

Mi madre nos miraba con cariño, y me acerqué a ella para entregarle el café y el sándwich que llevaba para ella.

—Gracias, hijo, pero no me entra nada —me dijo, agradeciendo mi gesto.

—Tienes que comer algo, mamá. No queremos que tú también caigas enferma, así que, aunque sin ganas, tienes que ingerir algo sólido, o luego será peor —le contesté yo, cuando detrás de mí escuché a una mujer gritando y montando el numerito, no me lo podía creer.

Capítulo 31

Thiago

—¡Amor! No me he enterado hasta que no he aterrizado hace un rato, que los periodistas me lo han contado. Si me hubieras avisado, lo habría dejado todo para venir, para estar a tu lado —me decía Cindy, mintiendo y haciendo aspavientos con las manos, ella estaba en la ciudad el día que ocurrió, pero lo hacía para que la prensa, que estaba a las puertas del hospital, la vieran. Prensa que no estaba cuando salimos a comer algo, y que, tras hablar con ellos en los días anteriores y pedirles que nos dejaran pasar este trago en la intimidad con los nuestros, se habían marchado, quedando en que les avisaríamos ante cualquier cambio en el estado de salud de mi padre.

—Estamos los que tenemos que estar, así que te pido por favor que te marches. Ah, y no te vuelvas a dirigir a mí en esos términos —le dije muy serio, pero también bastante educado, sobre todo después de ver la forma en la que había entrado ella.

—¿Qué hace ella aquí? ¿Por qué ella sí y yo no? —me increpó, pidiendo unas explicaciones que no le pertenecían. Entre Cindy y yo había habido nada más que un par de polvos en una noche loca, que no deberían de haber ocurrido nunca, por cierto.

—Ella es mi pareja, y tú no eres nadie en mi vida —le respondí, empezando a enfadarme.

—¿Tu pareja? Déjame que lo dude, cuando hace tan solo unas horas estaba en actitud muy cariñosa con el hijo del presidente de tu club. La mandé seguir porque sabía que no me creerías —me dijo,

mostrándome en su teléfono unas fotos que no significaban nada, en ellas tan solo se veía a dos amigos disfrutando de una comida juntos.

—¿Eso es todo lo que tienes? —le pregunté, riéndome en su cara, y al mirar a Tabatha me hizo entender que todo tenía una explicación, y pensaba escuchar cual era, eso seguro —No te arrastres más y lárgate de una puñetera vez, del hospital y de mi vida, a ver si te enteras ya de que no quiero nada contigo —y esa vez, si elevé la voz más de la cuenta, me estaba alterando demasiado, cuando noté que mi amigo se acercaba a nosotros.

—O te vas por las buenas o te sacaré de aquí por las malas, tú decides —le dijo Lucca, mientras que la sujetaba por el brazo, con la intención de sacarla fuera de allí.

—¡Suéltame! —le gritaba Cindy a Lucca cuando llegaron a la altura de los periodistas —Te voy a denunciar por malos tratos, tengo testigos —continuaba gritando cuando salió del hospital, pero mi amigo hizo caso omiso a sus palabras, entrando de nuevo sin decir absolutamente nada. Ella se quedó allí haciendo su papel, hablando con la prensa, contando lo que le diera la gana, pero en esos momentos me importaba poco menos que un pimiento.

—Con respecto a lo de las fotos…—empezó a contarme Tabatha, pero la interrumpí.

—En esas fotos solo he visto a dos amigos comiendo juntos, no necesito más explicación. Si Samuel te ha ayudado en estos días y te ha acompañado cuando yo no he sido capaz, tan solo tengo que darle las gracias, por haber tenido el valor que yo no tuve. Tengo claro que lo que hay entre nosotros es amor, y no pienso perder más el tiempo. Cuando todo esto termine, quiero que dejes tu casa y te vengas a vivir conmigo, como cualquier pareja, no quiero que nos tengamos que esconder más —le dije y unas lágrimas resbalaron por sus mejillas, esas que le quité con besos.

—Te quiero con todo mi corazón, Thiago —me dijo, y se me formó un nudo en la garganta. En otras circunstancias, la habría besado hasta quedarme sin aliento, haciéndola mía hasta la extenuación, pero la situación solo me permitía decirle que yo también la amaba con toda mi alma.

Mi madre nos miraba con la más bonita de las sonrisas, se la veía contenta por nosotros, a pesar de que la vida de mi padre se estuviera apagando como una vela y que había sido el amor de su vida, también la había hecho sufrir mucho. Era un detalle que se mantuviera ahí, guardando las formas con Conrad, que no paraba de acariciarle la espalda como muestra de cariño.

Permanecíamos todos en silencio, como si estuviéramos previendo que algo malo iba a suceder, cuando vimos que el médico que trataba a mi padre salía en ese momento, y se dirigía hasta donde estábamos nosotros.

—Lo siento mucho, hemos hecho todo lo que hemos podido, pero no ha habido manera de reanimarlo de nuevo. Su corazón estaba tan débil que no ha reaccionado a la maniobra de reanimación, ni manual ni mecánica. Lo están desconectando de toda la maquinaria a la que estaba conectado, en unos momentos les llamaran para que puedan pasar —nos dijo, y no supimos cómo reaccionar.

Cuando asimilamos lo que nos habían dicho, mi madre cayó de rodillas al suelo, llorando desconsoladamente, mientras que Conrad trataba de levantarla y llevarla a alguna de las sillas que había libre en la sala de espera. Lucca rompió a llorar como si de su propio padre se tratara, abrazándose a Vicky, a la que también se le habían saltado las lágrimas, a pesar de no haberlo conocido.

Y yo, yo estaba allí como el que me habían dicho que había dejado de llover, incapaz de soltar ni una sola lágrima, y otra vez la sensación de que no tenía sentimientos me embargó de nuevo. ¿Sería capaz de amar a Tabatha como ella se merecía? Estuve así un buen rato, hasta que noté su mano en mi rostro, lo levantó y me hizo mirarla directamente.

—Te he dejado el tiempo suficiente para que lo asimiles, no te hagas el duro, y deja fluir todo lo que tienes en tu interior, todo lo que estás tratando de ocultar —me dijo y fue lo suficientemente esclarecedor para mí, que no pude ni quise reprimirme más.

Entre sus brazos, con mi cara posada en su vientre, dejé que todo saliera. Ella estaba de pie, mientras que yo continuaba sentado en esa silla, no sé el tiempo que estuve así, pero fue el más reconfortante de

mi vida. Lloré por todo, principalmente por la muerte de mi padre, pero también por todo lo que había sufrido mi madre, en silencio, sin decirme nada que pudiera afectar a mi visión sobre ninguno de los dos, por Lucca, que se había comportado conmigo como si fuera un hermano, y por Tabatha, que a pesar de lo mal que me porté con ella, aquí estaba, sosteniéndome cuando no me mantenía de pie.

Entramos a verlos todos a la vez, y le agradecí en silencio el haberme puesto a esta mujer en mi camino, sin su intervención, mi vida seguiría siendo un caos, y lo programamos todo para su velatorio y posterior enterramiento, él decía a menudo que no quería que lo quemaran, que eso era muy moderno para él.

Mi madre, después de ese episodio de llanto, se mostraba muy entera. Pienso que esas lágrimas fueron, incluida la muerte de mi padre, un cúmulo de todo. Al salir del hospital, la prensa seguía en la puerta, y empezaron con el bombardeo de preguntas.

—¿Es cierto que la señorita Cambell ha sido su novia hasta hace varios días? —preguntó uno de ellos, y me enervé por dentro, pero Tabatha me sujetó del brazo, para que no me sacaran de mis casillas, y contestó ella por mí.

—¿Te parece una pregunta adecuada cuando acaba de fallecer su padre? Espero que no te veas nunca en esta situación, porque has demostrado tener menos sensibilidad que una patata —le respondió ella, en un tono nada conciliador.

—No sabíamos nada, lo sentimos Señor Marino. ¿Cómo se encuentran? —dijo otro chico de los que estaban allí.

—Todo lo bien que se puede estar en una situación como esta, pero gracias, pronto estaremos mejor —le respondí, entrando en el coche de Lucca, que era en el que habíamos venido y en el que nos marcharíamos a casa, a darnos una ducha y descansar un poco, porque el féretro de mi padre no llegaría al tanatorio hasta dentro de cinco o seis horas.

—Tabatha, no me dejes solo, te lo pido por favor —le supliqué, después de que ella le dijera a Lucca que la llevara a su casa. En la mía, todavía estaba toda su ropa, colgada en el vestidor, tal y como ella la había dejado.

—Está bien, déjanos a los dos en su casa, Lucca —respondió sonriendo, y mi amigo lo hizo más, sabía que, en estos momentos, la necesitaba más que el aire que respiraba.

Capítulo 32

Tabatha

En ese día, todos fuimos partícipes de una serie de acontecimientos que nos descolocaron, desde mi encuentro con Thiago hasta el fallecimiento de su padre, pasando por el numerito que montó Cindy, y en el que me vi implicada sin querer, aunque mi chico no dudó de mí.

El hecho de que no quisiera soltar mi mano en la calle, cuando todos podían vernos, me hizo entender que nada iba a ser igual, que el hecho de ver a su padre en ese estado, y lo poquito que había podido hablar con él, había sido suficiente motivo para que saliera del pozo en el que lo había sumergido su orgullo, y del que no fue capaz de escapar por sí mismo.

Durante todo el trayecto en coche, a la salida del hospital, me mantuvo cogida de la mano, haciéndome carantoñas y cuando le dije a Lucca que me dejara en mi casa y me suplicó que no lo dejara solo en esos momentos, tuve la certeza de que nada ni nadie podría separarnos a partir de ahí.

—Sé que puedo parecer un insensible, pero te necesito Tabatha —me dijo antes de lanzarse a mi boca de una manera desesperada. Lo entendía a la perfección, había sufrido tanto que necesitaba sentirse vivo de nuevo. Tenía que sentir, que le quedara claro que su corazón latía de nuevo.

—Estoy aquí para ti, para todo lo que necesites —le dije cuando paramos a coger aire, y me alzó entre sus brazos, llevándome al sofá, donde se sentó conmigo a horcajadas.

—Haz que desaparezca la imagen que tengo de Cindy encima de mí en este mismo lugar, haz que cree recuerdos nuevos —me decía, mientras besaba mi cuello y llevaba sus manos por debajo de mi jersey, para acariciar mis pechos.

Sabía lo que había sucedido en ese lugar el mismo día que su padre sufrió el infarto, me lo habían contado tanto Lucca, como el propio Thiago, por lo que puse todo mi empeño en borrar esas imágenes de su mente.

Nos calentamos en cuestión de segundos, y os puedo jurar que fue la experiencia sexual más enriquecedora y placentera que había vivido hasta ese momento. Sentir como sus manos me acariciaban de arriba abajo, como si quisiera memorizar mi cuerpo, a la vez que su miembro tomaba unas dimensiones y una dureza impresionante, era como alcanzar la luna con las manos. Los besos se hicieron más demandantes, más urgentes y pasionales, con pequeños mordiscos, tanto por su parte como por la mía, por el cuello y la clavícula, como lamía y succionaba mis pezones, que también habían alcanzado un tamaño y grosor considerables, el modo en el que nos desnudamos, sin movernos de la postura en la que estábamos y casi sin darnos cuenta. Pero lo mejor fue cuando tomé su miembro y me penetré con él, despacio, saboreando el placer en el que estábamos sumergidos en ese momento, con un ritmo pausado, candente, que nos estaba volviendo loco a los dos.

—Me estás matando, preciosa. Lo haces con tanto mimo y tanta pausa que voy a morir por combustión espontánea —me dijo mientras que yo movía mis caderas en redondo, alrededor de su miembro, hasta que, sin pensarlo, me situó en el sofá, con él entre mis piernas, y tomó él el ritmo de la situación.

Sus embestidas fueron profundas, fuertes, y con cada una de ellas sacaba un grito ahogado de mi interior, y eso parecía ponerlo todavía más, hasta que el clímax nos encontró a los dos de una manera bestial, primero yo, cuyos gritos ya no eran ahogados, sino todo lo contrario, bastante sonoros, y luego Thiago, que se derramó dentro de mí con dos o tres estocadas más, y de cuya garganta salió una especie de gruñido que me volvió loca.

—Vente a vivir conmigo, Tabatha. Deja esa casa y vente aquí, donde pretendo formar mi hogar, contigo a mi lado —me dijo, aún sin salir todavía de mi interior.

—Lo hablamos mañana, ¿vale? No quiero que te arrepientas luego, cuando lo veas todo con más tranquilidad, de lo que me acabas de pedir —le dije. Quería que lo madurara, que no lo dijera por verse así en el momento.

—De lo único que me arrepiento es del tiempo que he perdido contigo, de tenerte a mi lado. Pero si ese es tu deseo, mañana, cuando haya terminado el funeral, tomaremos una decisión conjunta, los dos, como la pareja que somos.

Nos levantamos del sofá para tomar una ducha, y en el calor del agua caliente, nos volvimos a perder el uno en el otro, disfrutando de lo que la vida nos había puesto por delante, de aquello que nos había costado tanto sufrimiento, pero del que sacaríamos lo mejor, nuestro amor, que se había fortalecido mucho, hasta el punto de creer que sería indestructible.

Afortunadamente, en el vestidor de su habitación, todavía estaba toda la ropa que me compró aquella vez, y entre las que encontré un vestido negro, de media manga que, junto a mi abrigo, mis botas y mis medias tupidas, me servirían para el entierro del que había sido mi suegro.

Antes de fallecer, había dejado escrito como quería que fuera su último adiós y, tanto su mujer como su hijo, quisieron cumplir su voluntad. Quiso que se hiciera en la más estricta intimidad, solo con su familia y más allegados, y allí estábamos todos los que él quiso que estuviéramos. A lo lejos, pudimos ver a una chica de unos treinta y cinco años, aproximadamente, que lloraba desconsolada, y que tenía un bebé entre sus brazos. No se acercaba, era como si no quisiera que nadie repara en su presencia, como si tuviera miedo de que pudieran verla y tuviera que sentir el rechazo de los que estábamos allí presentes.

—Mira hacia el árbol que está a mi izquierda. ¿Te suena de algo esa chica? Está ahí, sola, como si no quisiera que la viera nadie —le dije a Thiago, que se sorprendió al ver quien era.

—La conozco, es la hija de los guardianes de la finca de mi padre, de la que tiene a las afueras. Hace unos meses se marchó de allí, sin decir a donde, desde entonces, sus padres están muertos en vida. Acompáñame —me dijo, levantándose y haciendo un gesto a su madre para que estuviera tranquila, como que no pasaba nada.

Juntos fuimos hasta donde se encontraba la chica, pero no de cara, no queríamos que saliera corriendo, sino que dimos un rodeo, sorprendiéndola por detrás.

—Marianne, ¿qué estás haciendo aquí? —le dijo a la chica cuando llegamos, y ella, nerviosa, no sabía que contestar, hasta que empezó a hablar entre lágrimas.

—No quiero nada, Thiago, pero tenía que venir a decirle adiós. Yo me enamoré de él, como una tonta, pero cuando se enteró de que estaba embarazada, me despreció. No podía quedarme allí y avergonzar a mis padres, no hubiera soportado sus miradas de desprecio hacia mi hijo, nuestro hijo —dijo atropelladamente, y su confesión nos dejó a los dos sin saber cómo reaccionar ni que decirle.

—¿Me estás diciendo que este bebé es mi hermano? ¿Qué tus padres no saben que tienen un nieto? —preguntó Thiago, atónito, no se podía creer todo lo que estaba escuchando. Al final, su padre le había hecho daño a más gente, no solo a su madre y a él.

—Te repito que no quiero nada de vuestra familia, pero tenía que venir a presentarle a su hijo, que se llama como él, Amadeo, y a decirle que lo perdono, que puede marchar tranquilo —le contestó ella, que no podía reprimir sus lágrimas.

—Si es cierto que es mi hermano, eso está fuera de toda discusión. Dame tu número de teléfono, mañana te llamará mi abogado, haremos las pruebas de ADN y recibirá su parte de la herencia, así como el apellido. Ni mi madre, ni yo, somos como él, y lo único que te voy a pedir a cambio es que me dejes verlo, permitas que tenga contacto con el niño, que me vea como lo que soy, su hermano mayor.

—¿Qué dirán mis padres? Si esto llega a sus oídos, será la mayor decepción que pudiera darles.

Era increíble que esta muchacha, que estaba sola en todos los sentidos, se preocupara más por sus padres que por ella misma, eso

daba a entender que era una buena chica.

—Tus padres te van a recibir con los brazos abiertos, no lo dudes, y ese nieto será una alegría para ellos. No temas, que yo te ayudaré con todo, ahora, haz lo que te he dicho para que todo pueda estar en orden a la mayor brevedad posible —le dijo Thiago, que sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta para hacerle una llamada perdida y que ella también tuviera su número de teléfono, por lo que pudiera necesitar.

Capítulo 33

Thiago

Por si no tuviéramos bastante, ahora aparecía Marianne con un bebé en sus brazos que era hijo de mi padre, o al menos eso decía ella. La conocía desde que sus padres entraron a trabajar en la finca, hacía por lo menos veinte años, y me fiaba de su palabra, lo que no podía imaginar era que mi padre hubiese actuado así.

—Mi vida se está convirtiendo en una telenovela turca, no le falta ningún ingrediente —le dije a Tabatha, ya en casa, una vez que volvimos del entierro de mi padre.

—Solo hubiera faltado que se presentara Cindy, con un cojín en la barriga diciéndote: "tú eres el padre, deja todo y cumple con tu obligación" —me contestó muy seria, y a mí me salió una carcajada desde lo más profundo de mi ser. Hacía mucho tiempo que no me sentía como ahora, y todo era gracias a ella.

—Quita, quita, que la veo hasta capaz de hacerlo. Te recuerdo que tú y yo, tenemos una conversación pendiente, y que no pienso alargarla más —le dije, poniéndome serio esta vez.

—Está todo muy reciente, y me da miedo de que luego te arrepientas y me vea en la calle, con una mano delante y otra detrás —me respondió, y la entendía, con todas mis idas y venidas, sabía que tenía miedo.

—Te propongo una cosa: vamos a por tus cosas, pero no dejas el alquiler, ese que pagaré yo, te pongas como te pongas. Si ves que, pasado unos meses, te encuentras bien y ya no tienes dudas,

anulamos el contrato y listo. En caso de que nos vaya mal, cosa que dudo, solo tendrás que coger tus cosas y marcharte, la casa te estará esperando —le dije, y ella se quedó callada, pensativa—. No quiero que te vayas de mi lado, te necesito aquí, como mi pareja.

—Me parece una tontería pagar por algo que no vamos a utilizar, así que, sí, acepto venirme a vivir contigo, si nos va mal, siempre me quedarán mi hermano y mis amigos. Por cierto, hace mucho que no vemos a David y a Amber, ¿te parece que lo invitemos mañana a cenar en tu casa? —me preguntó, y la tuve que corregir.

—No es "mi" casa, es "nuestra" casa —le dije, remarcando esa diferencia —Y me parece perfecto, todavía no me apetece salir fuera, pero aquí estaremos bien, todos juntos. Encárgate de avisarlos a todos, yo llamaré al super para que nos traigan la carne y las demás cosas que vamos a necesitar.

—Gracias, por haber cambiado y hacerme un hueco en tu vida —me dijo, dándome un breve beso en los labios, y se levantó para llamarlos a todos —¿Te parece que avise también a mi hermano y a la madre del tuyo? Esa muchacha necesita un respiro, y entre todos le podremos cuidar un ratito al bebé.

Me pareció una idea fantástica, y así se lo hice saber. Eso me recordó que tenía que hablar con Matteo, para que preparara toda la documentación necesaria para incluir a mi hermano en el testamento, ese que todavía no habíamos abierto, estábamos esperando los resultados de ADN, que llegaron esa misma mañana, arrojando una coincidencia genética del noventa y nueve por ciento, algo casi imposible en dos hermanos, pero compartíamos la mayoría de la carga genética de mi padre.

A mi madre se lo contamos en cuanto que terminó el funeral, y la verdad es que no se extrañó, así que debía ser vox populi en la finca, y prometió que hablaría con los padres de Marianne, allanándole el camino a la pobre chica.

—Tengo que averiguar en qué condiciones están viviendo, no quiero que pasen necesidades —le dije a mi chica, que ya había avisado a todo el mundo, quedando para comer en vez de para cenar, para así aprovechar más el día.

—Te lo puedes imaginar, Thiago. Una chica sola, con un bebé prácticamente recién nacido, y trabajando en lo que puede o le sale… raro me parecería que vivieran en condiciones —me dijo ella, y entonces se me ocurrió algo.

—Voy a llamarla, si tú te vienes a vivir aquí, tu casa se quedará libre, y sería la ideal para que vivieran los dos. Yo me encargaré de los gastos de la propiedad, y le asignaré una cantidad mensual para que pueda ocuparse de su hijo sin preocuparse por el dinero —dije en voz alta, y mi chica asintió con la cabeza.

—De allí solo tengo que sacar la ropa y varios objetos personales, lo demás venía con la casa, con lo que permanecerá allí cuando yo me vaya. Hazlo, y vayamos hoy mismo con ella para que la vea, así aprovecho y preparo todo para traérmelo —me contestó y me dio la mayor alegría de mi vida, por los dos, porque mi hermano viviría en una casa en condiciones y porque Tabatha se vendría conmigo de manera inmediata. Si soy sincero, pensaba que se iba a hacer más la remolona, y que su traslado se dilataría en el tiempo, hasta que se encontrara completamente segura.

Me levanté para ir a buscar mi teléfono y hacer esa llamada, cuando escuché que sonaba el timbre de la cancela.

—Thiago, es Marianne, está llorando, viene hacia dentro —me dijo Tabatha, muy preocupada por el estado en el que vio a la chica a través de las cámaras.

—Vamos fuera, y descubramos que es lo que le ocurre.

—Thiago, perdona que te moleste, pero no tenía donde ir ni a quién acudir, me da una vergüenza horrible, pero por mi hijo haría cualquier cosa —dijo entre lágrimas.

—¿Qué te ocurre Marianne? Te dije que podrías contar conmigo para todo lo que necesitarais, tanto tú, como el pequeño Amadeo.

—Vivíamos en una habitación alquilada, pero con el nacimiento del niño, no he podido trabajar, pues no tenía con quien dejarlo, así que no he podido pagarla en los dos últimos meses. Esta tarde, cuando volvíamos de comprar pañales, vi como la casera estaba sacando todas nuestras cosas, que tampoco es que sean muchas, le había alquilado la habitación a otra persona. No tenemos donde ir y, aunque no quieras

que yo permanezca aquí, deja que se quede el bebé, por favor te lo pido, hace mucho frío por la noche para que esté a la intemperie —me partió el alma, no puedo describir como me sentí, como me ponía en la piel de esta chica y me moría de miedo de que al bebé le pudiera suceder algo malo, y a ella también, que no era un monstruo.

—¿El niño no tiene carrito, Marianne? —Tabatha se fijó en algo que yo no había tenido en cuenta, pero que era importante para un bebé. Su madre bajó la cabeza y negó con un gesto.

—No he podido comprarle nada, solo lo básico: pañales, biberones y demás. Incluso la ropa me la dieron en una asociación que se encarga de recoger cosas para los más necesitados —cuando la escuché decir eso, algo en mi interior se me revolvió. Maldita sea la estampa de un padre que deja a su hijo a la suerte, que no se ocupa de que tenga cubierta la más mínima de sus necesidades, máxime cuando tiene dinero de sobra para hacerlo.

Me fijé bien y tan solo traía con ella al niño y dos bolsas colgadas, una en cada hombro. Suponía que una eran las cosas del niño y la otra la suya.

—¿Tienes algo que quieras conservar en estas bolsas? —le pregunté.

—Tan solo los biberones y los pañales del niño, así como su leche. Lo demás no vale nada, pero nos sirve para poder ir tirando —me contestó, agachando de nuevo la cabeza.

—Eso es lo que vamos a hacer, tirarlo todo —le dije, sabiendo cuales eran mis planes más inmediatos—. No bajes más la cabeza, Marianne, tú no has hecho nada de lo que tengas que avergonzarte, tan solo te enamoraste de un hombre sin escrúpulos, pero tal y como te dije el otro día, yo no soy igual que él. Ve a darte una ducha, y ponte algo de ropa de Tabatha, por lo que veo tenéis más o menos la misma talla. Yo me quedaré con el bebé mientras lo haces, cuando termines saldremos al centro comercial a comprar todo lo que necesitéis para los dos.

—No es necesario, Thiago, con que cubras sus necesidades me conformo, yo me marcharé y lo dejaré aquí con vosotros, que le

podréis dar una vida mucho mejor que la que le puedo ofrecer yo, aunque me muera de pena.

—¿Se puede saber qué coño estás diciendo? Tu hijo no se va a separar de su madre, y yo me ocuparé de todo. De hecho, estaba a punto de llamarte para proponerte algo, pero mejor te lo cuento por el camino al centro comercial, date esa ducha tranquilamente, que te esperamos aquí.

Capítulo 34

Thiago

—Qué triste verse en esa situación, ¿no crees? —me comentó Tabatha, cuando nos quedamos a solas con el bebé. Ella le había facilitado ropa limpia y unas zapatillas de deporte, las que traía Marianne tenían un agujero en la suela, por el que se mojaría si llovía.

—Y lo peor de todo es que mi padre podría haberlo remediado. No quieres nada con ella, perfecto, pero hazte cargo de ese niño, que es de tu sangre, y no permitas que le falte de nada. Tengo un cacao en la cabeza, que no sé cómo no me he vuelto loco de remate. Tantos frentes, tantas cosas que solucionar, y encima el martes empiezan los entrenamientos de nuevo, no sé cómo voy a ser capaz de marcar un solo gol —le dije, llevando mis manos a la cabeza, ese era un gesto que hacía con mucha asiduidad, sobre todo cuando algo se salía de mis entendimientos.

—Ya estoy lista, gracias de nuevo por todo —dijo al bajar Marianne. Cuando me vio con mi hermano en brazos, sonrió, era una sonrisa cálida, de esas que expresan cariño y gratitud.

—Como no dejes de dar las gracias, me voy a cabrear de verdad. Anda, coge al bebé y vamos hasta el coche. Por cierto, ¿cómo has llegado hasta aquí? —Me asaltó esa duda, y por su mirada, supe que la respuesta no me iba a gustar.

—Andando, no tenía otra forma y no sabía si llamarte o no, prefería hablar las cosas cara a cara contigo —dijo, agachando de nuevo la cabeza.

—Creo que fui muy claro cuando te dije que podías contar conmigo para lo que fuera. No me habría perdonado si durante el camino os hubiera pasado algo a cualquiera de los dos. Pero eso ya se va a terminar, porque pienso velar por vuestro bienestar, así me cuesta la misma vida —le dije, arrancando el coche una vez que estuvimos todos montados en él.

La primera parada fue en el centro comercial, más concretamente en una tienda de artículos de bebé, donde no escatimé en gastos. Tabatha me dedicó una mirada en la que pude notar lo orgullosa que estaba de mi manera de actuar, y eso me calentó por dentro.

El pequeño Amadeo salió de allí vestido de nuevo de arriba abajo, y con un fondo de armario digno de la realeza, a pesar de que su madre insistía en que ya era suficiente, para nosotros no lo fue, todo lo que veíamos nos gustaba. Y no solo ropa, también le cogimos un carrito último modelo, con todas las novedades que existían, para que mi pequeño hermano fuera lo más cómodo posible, así como la silla para el coche, esa que su madre decía que no le iba a servir de nada, que ella no tenía vehículo en la que ponerla, pero esa era otra sorpresa. Una minicuna fue la última adquisición, Marianne insistía que el niño podría dormir en el coche durante una temporada, por lo menos hasta que no encontrara un trabajo, pero ni siquiera la escuché.

—Ahora te toca a ti —le dije, echándole el brazo por el hombro, para que viera que con nosotros no tenía nada que temer, todo lo contrario, ya la considerábamos una más de la familia.

—Con lo que habéis hecho con mi hijo, tengo más que suficiente —dijo con lágrimas en los ojos.

—Yo no he hecho nada, todo el dinero es de mi chico, que todo le parece poco para su hermano. Y la madre de su hermano no puede desentonar con el bebé, así que vamos a ir a una tienda que me encanta, y que es donde yo me compro la ropa. No es de firma, pero sus prendas tienen una calidad excepcional, con las que estarás cómoda, a la par que elegante —le dijo mi chica, que se había enganchado a su brazo en el lado contrario a donde me encontraba yo, que le quité el carrito con el bebé a su madre, en cuanto que llegamos a la tienda, para que pudiera mirar tranquila todo lo que le gustara.

La vi como cogía algunas prendas básicas, como unos vaqueros, un abrigo y unas botas, así como ropa interior y dos pijamas. Me fijé como mi chica iba por otro lado cogiéndole más cosas, lo que me provocó una carcajada. El bebé me miraba en ese instante, y le salió una sonrisa con un gorgorito, y ese gesto me llegó al alma. ¿Cómo se podía dejar a un ser tan indefenso como un bebé a su suerte? Había cosas que no entendía ni entendería en la vida, pero para eso estaba ahí su hermano, para que a él no le faltara de nada.

Tenía en mente comprarle el dormitorio, pero antes tendríamos que tomar medidas de la habitación donde se iba a instalar, y eso tenía que decidirlo su madre, mientras tanto, podría dormir en esa minicuna que habíamos adquirido. Para no cargar con las bolsas, a excepción del carrito del bebé, lo pusimos todo para que fuera entregado en la dirección que le indicamos, que no era otra que el antiguo apartamento de Tabatha, en el que dormirían a partir de esa misma noche.

—Se nos ha venido encima la hora de comer, así que vamos a hacer una paradita en ese restaurante antes de continuar —le dije a las dos, y Marianne me miró extrañada, no sabía a qué me refería, ya que no estaba al tanto de mi última llamada.

—No tenemos más nada que comprar, ya lo tenemos todo. Entrad vosotros, yo espero aquí, ya has gastado demasiado dinero en nosotros —dijo Marianne, cuya voz le temblaba.

—Haré como que no he escuchado nada, en ninguno de los sentidos. Entra ahora mismo que, seguro que no has comido nada en todo el día, escucho tu estómago desde aquí —le dije riendo, intentando que se sintiera cómoda. Era lógico que se mostrara así, no estaba acostumbrada a que nadie de mi familia se preocupara por ellos, pero eso ya estaba cambiando.

—Si fuera solo en todo el día…—murmuró entre dientes, pero ambos nos enteramos perfectamente.

—¿Desde cuándo no comes nada en condiciones, Marianne? Y quiero que seas totalmente sincera conmigo —dije, empezando a preocuparme de verdad.

—A parte de algún que otro caldo que tenía en la habitación, poco más he podido llevarme a la boca en los últimos días. El poco dinero

que me quedaba lo destiné al niño, era él quien tenía que comer, quien necesitaba tener el pañal limpio, yo podía aguantar unos días más —dijo, mientras que las lágrimas le caían de sus ojos sin control.

—No voy a permitir que eso ocurra nunca más, que te quede claro. No solo me ocuparé de mi hermano, sino también de ti, pero ahora lo importante es que comamos algo, ya hablaremos luego de todo esto —hablé muy serio, quería que le quedara claro que estaría ahí siempre para ellos, así se lo tuviera que repetir cada cinco minutos.

Cuando Marianne miró los precios de la carta, se sonrojó por completo, por eso se la quité y le puse entre las manos una que solo contaba con los platos disponibles, sin ningún precio, para que eso no condicionara su elección. La miré muy serio, indicándole con un gesto que pidiera lo que quisiera, que llenara su estómago, luego pasaríamos por el super para hacer una buena compra de comida.

Al final, pedimos una ensalada para compartir, Tabatha se pidió un pescado al horno con patatas panaderas, yo un entrecot con verduras salteadas y Marianne, al principio se encontraba reacia a pedir nada más que la ensalada, pero después de discutir un rato con ella, se decidió por un filete de ternera con patatas fritas. De postre, pedimos un surtido, para que todos probáramos de todos, y salimos de allí con la barriga llena. Mi pequeño hermano, que cada minuto que pasaba me tenía más enamorado, se tomó su biberón con ganas, era un tragón de cuidado, quedándose dormidito en cuanto su mamá lo puso de nuevo en el cochecito. Era un bebé muy bueno, que no daba lata ninguna.

—Antes de ir a vuestra nueva casa, quiero llevarte a un sitio, donde te espera una sorpresa —le dije a Marianne, que me miraba asombrada.

—¿Qué sorpresa? ¿Qué casa nueva? De verdad que ya has hecho suficiente por nosotros, no tendré vida para agradecértelo…

—Somos familia, y la familia se ayuda entre todos. Todavía te quedan unas cuantas cosas por descubrir, solo espero que te gusten.

Íbamos con el tiempo justo, porque todavía teníamos que ir a hacer la compra y recoger el coche, ese que había pedido a un amigo que tenía un concesionario. Así que llamé a David, que vivía a pocas casas de la de Tabatha, para que se hiciera cargo de recoger todos los

paquetes que nos entregarían en un rato, ya que no nos daría tiempo de estar allí cuando llegaran.

Capítulo 35

Marianne

No me podía creer como se estaban portando Thiago y su novia con nosotros, y sí, la meto a ella porque no todo el mundo es capaz de compartir el dinero y el tiempo de su pareja con una desconocida como yo.

La manera que ambos tenían de mirar a mi hijo, de tratarlo, me estaba tocando el corazón y cuando me dijo que éramos familia y que la familia se ayudaba, no pude reprimir mis lágrimas. Bendita la hora en la que decidí ir al funeral de Amadeo, ese hombre que no se había portado conmigo como tal, pero al que había amado con todo mi corazón, hasta el punto de llamar a mi hijo con su nombre.

Mi pequeño Amadeo se parecía muchísimo a su hermano, y solo le pedía a la vida que, de mayor, tuviera ese corazón que Thiago tenía. Como era lógico, quiso cerciorarse de que tenía su sangre, y yo no puse ningún impedimento. No iba buscando nada de su herencia, pero con sus actos, me demostraba que no se parecía en nada a su padre, ese que no quiso saber nada de su hijo, abandonándolo a su suerte desde antes de que naciera.

A Thiago le dije que había tomado algún caldo en los últimos días, pero la verdad era que no había probado bocado en lo que llevábamos de semana, el poco dinero que me quedaba, lo iba a destinar a las necesidades de mi hijo. Ni siquiera había podido ducharme en dos días, la casera me dijo que, si no pagaba, no tenía derecho ni a la comida ni a la ducha, así que me había lavado como había podido. Cuando me

metí debajo del agua caliente en casa de Thiago y Tabatha, y me pude poner ropa limpia y en condiciones, lloré como hacía mucho tiempo que no lo hacía, y no era por pena, era por alivio, sentía que mi hijo iba a poder contar con su familia paterna, y esa certeza me daba una tranquilidad horrorosa.

Todo les parecía poco para nosotros, tanto a él como a Tabatha que, a escondidas, me surtió de todo tipo de ropa. Me decía que no eran de firma, pero no las necesitaba, como si hubieran sido de mercadillo, era el gesto que habían tenido conmigo, porque que lo hicieran con el bebé, lo podía entender, pero yo no les tocaba nada, y me trataron como a una igual, eso no lo iba a olvidar en la vida.

—Buenas tardes —dijo Thiago al señor que salió a recibirnos, era un concesionario de coches, y no me quería imaginar que uno de esos sería mi sorpresa, porque no lo iba a consentir.

—Buenas tardes, Paul, ¿está ya listo? —le preguntó, y el hombre asintió con la cabeza.

—Venid por aquí, espero que os guste, porque de las características que me has pedido, es el único que tenemos. Éste es —dijo ese señor, señalando un coche monovolumen, de color gris plata y que era una verdadera preciosidad.

—¿Es seguro? Porque eso es lo único que me importa, que tanto mi hermano pequeño como su madre, puedan moverse con la tranquilidad de que están seguros.

—Esto ya es demasiado, Thiago, y no puedo consentirlo. Una cosa es que te ocupes de lo básico y otra muy distinta que nos cubras de lujos —le dije, pero su respuesta me dejó claro que el que no lo iba a consentir era él.

—Es mi sangre, Marianne, a ver si se te mete en la cabecita de una vez, y no voy a consentir que tengas que ir andando a ningún sitio con el bebé, podríais sufrir un atropello o algo peor, y no podría dormir tranquilo. Así que, por mi salud mental, lo aceptas y lo disfrutas.

Dejamos toda la documentación firmada, y me hizo salir de allí conduciéndolo. Tabatha venía conmigo, sentada en el asiento trasero y con mi bebé en sus brazos, la silla que habíamos comprado para Amadeo, nos la llevarían esa tarde a una dirección que le había

facilitado Thiago, y que no sabía a donde correspondía. Lo descubriría en pocos minutos, puesto que nos dirigíamos hacia allí.

Cuando llegamos, y aparqué el coche, me quedé de piedra. Era una casa preciosa, de dos plantas y con un pequeño porche delantero. Si por fuera era bonita, por dentro era una pasada, no podía cerrar la boca de la impresión, pero todavía me quedaba otra sorpresa mayor.

En un rincón del salón, había dos maletas y varias cajas, que no sabía a quien pertenecían, y las compras que habíamos hecho estaban en el sofá del salón, excepto la minicuna, que ya estaba montada y lista para su uso.

—Marianne, veo que te gusta la casa, y me alegro —me dijo Tabatha, que me miraba con una sonrisa pícara—. Gracias amigo, por haberme hecho el favor de recoger todas mis cosas.

—Ha sido un placer, aunque vaya a echar de menos a mi casi vecina. Tengo que decir que Amber me ha resultado de gran ayuda, ha sido ella la que ha recogido todo mientras yo montaba la cunita, que me ha dado más de un quebradero de cabeza —respondió él, guiñando el ojo—. Me ha dejado encargado que te diga que mañana quiere todos los detalles de cómo te lo ha pedido el muchacho, ya que no ha podido quedarse porque entraba en su turno a las tres.

—Esta va a ser vuestra nueva casa, Marianne. Ahora necesito que subas arriba y me digas cual va a ser la habitación del bebé, así mañana podrá venir alguien a tomar medidas para poder amueblarla —me dijo Thiago, y empecé a llorar de nuevo.

—En mi vida podría permitirme pagar algo así, te lo agradezco, de verdad, pero me echarían a las primeras de cambio.

—No te va a echar nadie, Tabatha tenía pagado el año entero, y ha querido que ese sea su regalo. A partir de este momento, yo me haré cargo de todos los gastos de la casa, por lo menos hasta que Amadeo pueda ir al colegio y tengas opción a un buen trabajo. Ese tiempo lo dedicarás a formarte, eso también correrá por mi cuenta, quiero que estudies algo que te guste, en lo que te gustaría desarrollar tu actividad profesional.

—Durante el embarazo estuve trabajando en un salón de belleza, estudié estética mientras vivía en la finca, y allí conseguí la experiencia

que me faltaba para completar mi currículo. Cuando nació el niño, tuve que dejarlo, no podía compatibilizar las dos cosas y como no tenía contrato, no tenía derecho a ningún subsidio de desempleo ni nada por el estilo —le conté, por primera vez me abrí a ellos.

—Pues entonces, busca algún curso que te sirva para complementar tu formación, cuando llegue el momento, buscaremos un local en el que montar tu propio negocio, yo seré el socio capitalista, y me llevaré un pequeño porcentaje de las ganancias.

—No puedo estar todo este tiempo sin trabajar, por mucho que te hagas cargo de los gastos de la casa, mi hijo tiene que comer y yo también.

—Por eso tampoco hay problema, te asignaré una cantidad a cuenta de la herencia de mi hermano, para que ambos podáis vivir cómodamente, y no me discutas, porque no hay nada más que hablar. Ahora, abre la puerta, que están llamando y tiene que ser el pedido del supermercado que ha hecho Tabatha por Internet.

—Espero que no se me haya olvidado nada —me dijo ella, mientras yo me dirigía a abrir la puerta.

—Estaría bueno que, después de todo lo que habéis hecho por nosotros, os exigiera algo. Lo que hayas comprado, bien hecho estará. Piensa que, hace unas horas, ni siquiera teníamos un techo bajo el que resguardarme, y ahora tenemos de todo lo mejor —le dije, dejando que el chico del super pasara a dejar las bolsas en la cocina.

Ya se habían marchado todos, quedando en que nos veríamos al día siguiente en casa de Thiago, donde se reunirían todos los amigos para disfrutar de una comida juntos. Al principio me negué, pero Tabatha me dijo que, como no fuera, venía ella a buscarme y me sacaría en pijama, si hacía falta.

Antes de irse, Thiago me dejó la minicuna en el que sería mi dormitorio, y la sillita del bebé, instalada en el coche, para que solo tuviera que sentarlo en ella y salir hacia su casa.

Puse a mi bebé en la minicuna, mientras que subía todas las bolsas hasta el dormitorio, distribuyendo las que eran mías y las que eran de Amadeo, y las puse en la habitación correspondiente. Cuando entré en

la que sería de mi niño, vi que había una bañera con cambiador, se acabó tener que bañarlo en un recipiente para lavar ropa.

Estaba viviendo un sueño, y no quería despertar. Ni en mis mejores sueños podría haber imaginado que nos pasaría esto, que de no tener nada, pasaríamos a tenerlo todo, y le agradecía a la vida que nos estuviera compensando tanto dolor que habíamos sufrido.

Capítulo 36

Tabatha

Habíamos llegado a casa, con el coche cargado de cajas y de maletas, esas que dejamos en el salón, amontonadas en un ladito, ya me encargaría de organizarlo todo al día siguiente, en este momento teníamos cosas mucho más importantes que hacer.

Thiago, tal y como atravesamos el umbral, y dejamos las cosas donde teníamos pensado hacerlo, se lanzó a mi boca, con un beso que me dejó, como se dice vulgarmente: con las patas colgando. Cuando más emocionados estábamos, cuando la cosa ya se había calentado bastante, se separó bruscamente de mí y salió corriendo hacia la primera planta, subiendo los escalones de dos en dos.

—¿Dónde vas? ¿Qué te ocurre? —pregunté, en cierto modo un poco preocupada, hasta que conseguí escuchar sus risas.

—¡Estoy bien, en el baño de nuestro cuarto, sube cuando puedas! —me gritaba desde arriba, mientras que yo no podía parar de reír al escucharlo. Era como un niño pequeño en la mañana de Reyes, cuando se levanta y sale corriendo porque Sus Majestades ya han pasado por su casa.

Subí y al llegar al cuarto de baño, me lo encontré totalmente desnudo, metido en la bañera de hidromasaje, en la que había echado sales de baño que olían desde la entrada del dormitorio. Con un gesto de su dedo, me indicó que me acercara, pero para ello, antes tenía que desnudarme. Me quité la ropa con mucha calma y parsimonia, poniéndolo de los nervios. Lo último que me quité fue el tanga,

introduje mis dedos en la gomilla lateral, y lo fui bajando lentamente, poniendo mi trasero a la altura de su cara, y eso provocó que me diera un mordisco en una de mis nalgas. Alcanzó mi cintura con sus brazos, y me lanzó dentro, haciendo que cayera directamente sobre su erección.

¿Os podéis imaginar lo que pasó allí? Pues, si cogéis lo que habéis imaginado todas y lo juntáis, no llega ni a la tercera parte de lo que ocurrió en esa bañera. Por suerte para nosotros, contábamos con una mampara, porque si no llega a haber, hubiéramos tenido que llegar al dormitorio con unos manguitos. En ese momento no nos importaba nada, como si el agua llegaba hasta la cocina. Lo hicimos de todas las maneras posibles, llegando al clímax en innumerables ocasiones, y dejándonos totalmente agotados.

A duras penas fuimos capaces de llegar a la cama, donde nos acostamos desnudos, como ya era nuestra costumbre, sin ni siquiera cenar, de lo tremendamente cansados que estábamos, además de satisfechos.

—Eres la luz que ilumina mi camino, no me sueltes nunca —me dijo Thiago de la manera más dulce y romántica que podría haber imaginado nunca.

—Y tú lo que da sentido a mi vida —le dije, situándome entre sus brazos y apoyando mi cabeza en su pecho.

Nos mantuvimos en la misma postura durante toda la noche, ninguno quería separarse del otro. Cuando abrí los ojos, ya era bien entrada la mañana, y me encontraba sola en la cama. Se escuchaba ruido en la cocina, así que me di una ducha rápida y me vestí con un biquini que me quedaba de muerte, aunque esté feo que yo lo diga. Íbamos a pasar el día en la piscina, aprovechando que ya empezaba a hacer buena temperatura, así que me puse encima un vestidito veraniego y unas cuñas, y bajé hasta donde, suponía, estaba Thiago.

—Umm, que bien huele —le dije sorprendiéndolo por detrás, abrazándolo por la cintura, y dejando mi mano un poquito más abajo, vamos, acariciando su miembro por encima de la tela del pantalón de deporte que llevaba.

—Si sigues así, no vamos a probar bocado y dejaremos a todos en la puerta —me contestó, dándose la vuelta y plantando un beso en mis labios, mientras me pegaba más a su cuerpo.

Desayunamos juntos, y fue a ducharse y vestirse, cuando en ese momento sonó el timbre de la cancela, y fui a mirar quien era para poder abrir. Los primeros que llegaron fueron Conrad con Angela, la madre de Thiago, y la verdad es que estaba un tanto nerviosa, no sabía el motivo, pero tenía la impresión de que algo iba a ocurrir ese día.

—Hola cariño, que guapa estás —me dijo Angela, dándome un beso y un abrazo —¿Dónde está mi hijo?

—Hola Angela, muchas gracias. Debe estar a punto de bajar, había subido a darse una ducha y vestirse —contesté mientras que le correspondía al abrazo y dejaba un beso en su mejilla.

—Hola Tabatha, ¿dónde dejo las bolsas? —me preguntaba Conrad, que venía de aparcar el coche cargado con un montón de bolsas.

—Será mejor que las llevemos fuera, a la nevera que hay junto a la barbacoa, así no tendremos que dar vueltas. Pero no hacía falta que trajerais nada, ayer nos encargamos de comprar todo lo necesario.

—Tu suegra, hija, que decía que no podía venir con las manos vacías —esas dos palabras me llegaron al alma, el que me consideraran una más de la familia, era algo que ni en mis mejores sueños podía imaginar.

—Mamá, te advertí que no trajeras nada, pero como siempre, haces caso omiso a mis palabras —dijo Thiago, bajando las escaleras. Se había puesto un bañador de bermudas que le quedaba de infarto, le hacía un culo que era digno de admirar, con una camiseta básica blanca, que se ajustaba al pecho y a sus brazos de una manera impresionante.

—Cierra la boca, hija, que al final te van a entrar moscas —me susurró Conrad al oído, y ambos estallamos en una carcajada.

Nos fuimos todos a la zona del jardín donde pasaríamos el día, a la espera de que llegaran los demás, tenía la impresión de que nuestro día iba a ser memorable.

Capítulo 37

Thiago

Pusimos todas las cosas que habían traído mi madre y Conrad en la nevera que había junto a la barbacoa, cerquita de la piscina, y serví unas cervezas para los cuatro, los demás todavía no habían llegado, pero no tardarían en hacerlo.

En ese momento, vimos aparecer a todos, Lucca había llegado a la vez de los demás, y como tenía llave de mi casa, no llamó al timbre, sino que abrió para que pasaran todos a la vez. A la primera que vi fue a Marianne, que venía con la cabeza agachada y empujando el carrito de mi hermano, mi madre se dio cuenta de su actitud, y se acercó a ella.

—Ven aquí y dame un abrazo. Levanta esa cabeza, enamorarse no es ningún pecado, sino todos arderíamos en el Infierno, lo que sí lo es, es permitir que un hijo tuyo pase necesidades. Sé que mi hijo Thiago ha hecho todo lo posible porque estéis bien, pero quiero que sepas que, sin en algún momento necesitas algo, puedes acudir a mí, sin miedo, sin vergüenza. Lo que había entre mi marido y yo, murió mucho antes de que empezara algo contigo, pero como las apariencias lo eran todo para él, no consintió que nos divorciáramos. Yo misma no le fui fiel, enamorándome de Conrad cuando todavía estaba casada, y sucumbí a los pecados de la carne. Ve por la vida con la cabeza bien alta, que tienes que estar tan orgullosa como lo estamos lo demás de ti, por todo el sacrificio que has hecho para sacar a tu hijo adelante — le dijo mi madre, mientras que ella no podía parar de llorar.

—¿Cómo está este muñequito? —preguntó Tabatha, que se acercó y, pidiendo permiso a su madre, lo cogió en brazos. El niño parecía que la conocía de siempre, puesto que su sonrisa quedó patente en cuanto que se vio en los brazos de mi chica.

—Hermanita, que bien te queda el niño —dijo Ryan, que venía detrás, y quien no le quitaba el ojo de encima a Marianne. Entre estos dos se iba a gestar algo muy bonito, lo tenía claro.

—Ryan, estos son mi madre, Angela y su pareja, Conrad. Y ella, Marianne, la madre de mi hermano pequeño, a los demás ya los conoces —le dije a mi cuñado, que se acercó a darle un beso a las mujeres y un abrazo a Conrad.

—Venga, amigo, dejemos a las mujeres charlar tranquilas y vamos a echar una pachanguita en las porterías —me dijo David, y eso hicimos. Todavía era muy pronto para preparar la comida.

—Id vosotros, yo me quedo preparando la barbacoa para hacer la comida, que ya no tengo edad para esos trotes —explicaba Conrad, mirando a mi madre con la mirada más noble y bonita que había visto nunca.

Todo salió a pedir de boca, los únicos que no habían podido asistir fueron Matteo y Amanda, su mujer. Ella se había quedado embarazada, después de muchos intentos, y le habían diagnosticado reposo absoluto, por lo menos durante el primer trimestre, que era el más problemático en estos casos.

—Marianne, mañana tenemos la apertura del testamento de mi padre, y ya está preparada la documentación para presentarla en caso de que no hayan incluido a mi hermano —le dije a la madre de mi hermano—. Antes de irte, te facilitaré la dirección y la hora en la que tendremos que estar todos allí.

—¿Tienes abogado? —le preguntó mi cuñado, mientras que ella negaba con la cabeza —Pues ya lo tienes, Ryan Smith, en representación de mi cliente, Marianne…

—Marianne Rockford —respondió ella entre risas, era la primera vez que la veía reír de esa manera, y me alegraba por ella, Ryan sería el revulsivo que necesitaba para poner en orden su vida.

La comida transcurrió entre bromas y risas, aunque también entre besos y gestos románticos por parte de todos. En un momento que estábamos todos en la piscina, menos mi cuñado Ryan, el bebé empezó a llorar. Marianne se iba a salir para cogerlo, pero él se adelantó, y cuando lo sacó del carro, el pequeño Amadeo, sonriendo, le cogió el dedo, apretando con fuerza. Todos nos fijamos en ese gesto, incluida Marianne, que estaba viendo como su hijo estaba rodeado de cariño, y era muy feliz. Ese niño no iba a tener ninguna carencia a partir de que entrara en nuestra vida, ni material ni afectiva, y de eso nos íbamos a encargar los que estábamos ese día a su alrededor, incluida mi madre, que lo veía como a un nieto.

—¡Te queda bien el bebé, hermano ¡—le gritó Tabatha desde la piscina, pero no esperamos que su respuesta fuera la fue.

—Igual de bien que su madre, hermanita. Me voy a dejar la piel en que este bebé me llame papá, y te digo más, va a ser la primera palabra que pronuncie, te lo garantizo —contestó, dejándonos a todos con la boca abierta, mientras que intentaba que el niño dijera esa palabra, algo un poco difícil con cinco meses que tenía Amadeo.

—Yo…no me gustaría que penséis…que soy una fresca o una desagradecida…—balbuceaba Marianne, pero mi chica la interrumpió.

—Te ha gustado mi hermano, y no tengas ningún problema con eso. Ni eres una fresca ni una desagradecida, tan solo eres una mujer que intentas buscar la felicidad y si crees que es a su lado, no pierdas el tiempo negándote la oportunidad, te lo dice alguien que lo intentó durante mucho tiempo —en ese momento, me miró a los ojos, y no pude hacer otra cosa que besarla, hasta que nos quedamos sin aire.

—He escuchado por aquí que mi mamá está coladita por mi papá —dijo mi cuñado, que le había puesto al niño un pequeño bañador y lo estaba metiendo junto a él en la piscina, poniéndose al lado de Marianne.

—Tampoco para tanto, que te acabo de conocer —respondió ella con mucho arte, ya empezaba a soltarse y a ser la chica que yo conocí antes de que pasara lo de mi padre.

—Eso no tiene nada que ver, yo hace el mismo tiempo que te conozco y mira lo que me provocas —cogió su mano y todos nos

quedamos con la boca abierta, pues pensábamos que la iba a llevar hasta otra parte de su anatomía, pero donde la puso fue en su pecho, a la altura del corazón.

—Idiota, ¡qué me has asustado! —le decía Marianne, dándole un manotazo en el pecho, pero él aprovechó para otra cosa, jalarla y ponerla muy cerquita de su cuerpo, con el niño en la otra mano, y la besó, sorprendiendo a todos, a ella principalmente, pero le respondió al beso. Verdaderamente sorprendente fue lo que ocurrió después…

—¡Papá! —gritó el bebé, y todos estallamos en una carcajada, lo había conseguido. Teníamos claro que el bebé no sabía lo que significaba, que lo había hecho por la insistencia de mi cuñado, pero es que lo soltó en el momento justo.

—Desde luego, lo que no consiga él, no lo consigue nadie —dijo su hermana, agarrada a mi brazo, mientras que Marianne alternaba su mirada entre Ryan y su hijo, sin entender absolutamente nada—. Solo te voy a decir una cosita, como te lo tomes a broma y le hagas daño, te va a faltar calle para correr. Ya no es solo ella, es el bebé, ese que te está cogiendo cariño, y al que no voy a consentir que sufra nunca más. ¿Te ha quedado claro?

—Como el agua, hermanita. Y ahora en serio, sabes que, si no me hubiera impresionado, no me hubiera lanzado. Como tú bien has dicho, no es solo ella, que también ha sufrido bastante por lo poco que sé, sino que hay alguien más, y ese alguien me ha conquistado casi a la vez que su madre, así que no tengáis problemas, porque en unos meses, estaremos formando nuestra propia familia —dijo Ryan, que hacía varios meses que había roto con su novia de muchos años, a la que sorprendió liada con un compañero de trabajo.

Entre risas y demás, se nos había echado la noche encima, y decidimos que seguiríamos disfrutando de todo lo que teníamos todavía de comida, alargando la jornada hasta bien entrada la madrugada, en la que todos se fueron marchando, excepto Marianne y el bebé, a los que le dijimos que se quedaran, no me gustaba que se pusieran en carretera tan tarde los dos solos. Ryan dijo que él también se quedaba, dejándole claro a Marianne que no quería hacer nada, que

no lo harían hasta que estuviese preparada, tan solo quería dormir abrazado a ella.

Mi chica y yo nos miramos, y con esa mirada expresamos lo que creíamos, que estos dos iban a ser una pareja consolidada en poquísimo tiempo.

Capítulo 38

Ryan

¿Creéis en el amor a primera vista? Yo no lo creía, hasta que lo sufrí en mis carnes. Hacía tan solo unos meses que estaba en una relación consolidada, con la que pensaba que era la mujer de mi vida, pero craso error el pensar eso.

Megan, que así se llamaba mi pareja, estaba conmigo desde que terminamos el instituto, incluso nos fuimos juntos a la universidad, donde cursamos la misma carrera, nuestro sueño era abrir un bufete en el que ambos trabajaríamos. Cuando terminamos la carrera, a mí me hicieron una oferta que no pude rechazar, en uno de los mejores despachos de todo Londres, pero ella no entendía que dejáramos nuestro sueño a un lado.

Me costó mucho trabajo convencerla de que podríamos trabajar los dos ahí, sin tener que arriesgar nada, y conseguí que la admitieran en el mismo lugar donde yo, ya había empezado a trabajar. Después de eso, decidimos irnos a vivir juntos, e incluso estábamos planeando tener un bebé cuando me llevé la sorpresa de mi vida.

Un día, que se suponía que yo tenía un juicio y que no aparecería por el despacho, de ese del que me habían hecho socio por todas las horas y el esfuerzo invertidos en él, se suspendió el procedimiento por la falta de algunos testigos, y decidí aprovechar el tiempo en mi oficina, en otro caso que estaba llevando y del que se celebraría el juicio en breve.

Antes de subir, compré un ramo de flores para mi chica, y una caja de bombones de los que sabía que le gustaban, sí, soy un romántico empedernido, no lo puedo remediar. Se suponía que iba a darle una sorpresa a Megan, pero la sorpresa me la llevé yo, que, al entrar en su despacho sin llamar, me la encontré haciéndolo con el hijo del dueño del despacho.

No tuve capacidad de reacción, tan solo me quedé ahí parado, con el ramo de flores y los bombones en la mano, esperando a que alguno de los dos se diera cuenta de mi presencia, y fue Megan la que lo hizo, pegando un grito cuando me descubrió.

Automáticamente, salí de allí y me dirigí a mi casa, sí era solo mía, y ella iba a salir de allí inmediatamente, así me fuera la vida en ello. Metí toda su ropa en sus maletas, y el resto de sus cosas en bolsas de supermercado, sabía que no tardaría mucho en aparecer, y cuando lo hiciera, ya estaría todo listo para que se fuera lo más lejos posible de mi lado.

—Ryan, ha sido un error, te lo prometo, no volverá a suceder, pero no me apartes de tu lado —me suplicaba en cuanto que entró en casa.

—Por supuesto que no va a volver a suceder, porque nuestra relación está rota desde el momento en el que te visto con John.

—Solo ha sido un desliz, te lo juro —siguió diciendo ella, pero tenía la intuición de que no era cierto, que me estaba engañando.

—Un desliz un poco largo, ¿no? ¿Cuánto tiempo llevas con él? ¿Cinco, seis meses? —le puse la trampa, y cayó como una pardilla.

—Lo has hecho intencionadamente, has vuelto antes para pillarme. ¿Pues sabes qué? Que sí, que me he enamorado de él, y que me ha prometido que me hará socia en cuanto quede un hueco libre, y me ha prometido que va a dejar a su mujer para empezar conmigo una relación —por fin se había desenmascarado.

—Y mientras tanto, seguías con el idiota de Ryan, que te daba techo y comida a cambio de una pequeña ración de cariño. Coge tus cosas y vete, a partir de ahora no te quiero volver a ver y, no te preocupes, que ese hueco libre estará disponible a partir de mañana. Tengo la fama y el bagaje necesario para poder establecerme por mi cuenta, que era lo que siempre soñé. Cierra al salir —le dije, y me fui a la

cocina, dejándola allí plantada, en medio del salón, donde vi que se ponía las bolsas al hombro y cogía sus maletas para salir de mi casa.

Una rabia se apoderó de mí, llorando como si no hubiera un mañana, porque de golpe y porrazo, mi vida se había ido a la mierda. Habían pasado ya seis meses desde que eso ocurrió, y ahora me encontraba con que el amor me había sorprendido de nuevo.

Cuando vi a Marianne, algo dentro de mí se removió, no sé explicaros lo que sentí, pero sí que el sentido de la protección se activó en mi cerebro, no quería que le diera ni el aire, ni a ella, ni al bebé.

Lo que empezó con una tontería, se convirtió en el beso más impresionante que di en mi vida, y si a eso le sumamos que el pequeño, con el que me llevé toda la tarde repitiéndole la palabra "papá" lo dijo después de eso, dio como resultado la jornada más impresionante que había vivido en toda mi existencia.

—No te preocupes que no va a pasar nada, tan solo quiero dormir abrazado a ti —le dije en la intimidad del dormitorio que nos había dejado mi cuñado y mi hermana para pasar esa noche.

—Tengo miedo de enamorarme de ti, a sufrir de nuevo y, sobre todo, a que mi hijo te vea como la figura de un padre y luego te marches, dejándonos un vacío que será difícil de llenar —me dijo ella, abriendo su corazón y expresando sus temores.

—Iremos al ritmo que tú quieras y necesites y, con respecto a tus miedos, solo te puedo decir que no tienen sentido, y que te ayudaré a superarlos, te demostraré que el niño y tú, sois lo más importante para mí. Yo no creía en el amor a primera vista, hasta que os tuve delante, y te lo voy a demostrar —le dije a la que ya consideraba mi chica, que me miraba con lágrimas en los ojos.

Dejamos al bebé en su cochecito, donde dormía plácidamente, y nos metimos en la cama, le pasé el brazo por los hombros, y la recosté sobre mi pecho, dejándole breves besos en la cabeza. Estar con ella así, en esa postura, era lo más parecido a la paz que había conocido. Alzó su cara y depositó un beso en mis labios, uno dulce y apasionado al mismo tiempo, pero lo frené justo cuando empezaba a írsenos de las manos.

—Es lo que más deseo en este mundo, pero, si lo hago, estaría contradiciendo todo lo que te he dicho antes, y soy un hombre de palabra —le dije, provocando una sonrisa en su rostro.

—Yo también te deseo muchísimo, pero tienes razón. Vayamos despacio, eso nos dará la seguridad necesaria para construir algo sólido —me contestó, y se volvió a acomodar en el mismo sitio en el que estaba anteriormente.

En esa postura, nos quedamos profundamente dormidos, hasta que, con las primeras claras del día, me despertó un lloriqueo que procedía del carrito del bebé. Me levanté y, en cuanto que el bebé me vio, me mostró una sonrisa que alegró mi mañana.

—Tranquilo, campeón, que ahora mismo te preparo tu desayuno —le dije, sacando de la bolsa todo lo necesario para hacerle el biberón. Cuando lo tuve listo, lo cogí en brazos, sacándolo del coche, y lo senté en mi regazo, donde se lo tomaba tranquilamente.

—Jamás pensé que vería una escena así delante de mis ojos —me dijo Marianne al despertarse, y es que había cambiado el pañal del bebé, vistiéndolo y dejándolo listo, una vez que se hubo tomado el desayuno.

—Todo buen padre hace esto, no es nada excepcional —contesté con una sonrisa en los labios, cuando el niño, la señaló diciendo "papá" de nuevo.

—Papá no, yo soy mamá, maaaa – maaaa —le decía ella, separando bien las sílabas, pero el pequeño no entraba en razones, y otra vez dijo lo mismo—. Nueve meses en mi vientre, pasando las mayores calamidades por él, y el niño le dice papá al primero que ve.

—No, no, al primero que ve no, al que va a ser su papá —le dije, haciendo énfasis con el dedo ante mis palabras, y ambos rompimos en una carcajada.

—Vamos a prepararnos para bajar a desayunar y salir hacia el despacho de abogados, que tengo ganas ya de salir de todo esto, que me tiene un poco nerviosa. No quiero que piensen que soy una interesada que solo estoy aquí por el dinero, porque te puedo asegurar que no es así, que lo único en lo que estoy interesada es en que a mi

hijo no le falte el cariño —me contestó y eso estaba claro, su actitud y su forma de comportarse nos lo dejaba claro a todos.

Nos preparamos y bajamos a la cocina, donde ya estaban mi hermana y mi cuñado, que había puesto la cafetera y había tostado pan para todos, dejando encima de la mesa mermeladas de varios sabores y mantequilla, para que pudiéramos desayunar todos juntos.

Capítulo 39

Thiago

Estábamos en la notaría donde mi querido padre había dejado su testamento, esperando a que nos dieran paso al despacho del notario, donde sería leído y conoceríamos su última voluntad. Veía a mi madre y a Marianne nerviosas, era como si supieran que nos esperaba una sorpresa, lo que no sabía determinar es si sería para bien o para mal.

—Mamá, deja la piernecita quieta, por favor, que me estás poniendo de los nervios —le dije a mi madre, que no se había dado cuenta del movimiento que tenía.

—Uy hijo, es que tengo una sensación muy rara, como que tu padre, hasta después de muerto, va a seguir haciendo de las suyas —me contestó ella, que se levantó para dar vueltas por la sala en la que nos encontrábamos todos.

—Yo tengo la misma sensación, Angela, es como si algo me dijera que nada será como lo esperáis —dijo Tabatha, que también tenía un sexto sentido para eso.

—Marianne, ¿tú también opinas lo mismo? —le pregunté, esperando a conocer su opinión.

—Yo no espero nada, nunca lo he hecho y nunca lo haré. Mi papel aquí es meramente de acompañamiento, pero coincido con tu madre. Si no, ¿qué hacemos que no hayamos pasado todavía? Falta alguien, seguro, por eso nos están haciendo esperar —me contestó ella, cuando vimos a una mujer entrar en la sala, y su cara me sonaba muchísimo.

—Buenos días —dijo el notario, entrando en la sala—. Ya estamos todos, así que ahora sí que podemos proceder a la lectura del testamento.

—Te lo dije —me susurró Marianne al pasar por mi lado. ¿Quién coño era esa mujer y que hacía en la apertura del testamento de mi padre? Esperaba que todo quedara claro en ese mismo instante, o iba a terminar volviéndome loco.

—Estando presente ante el notario encargado de la apertura y lectura del testamento de Don Amadeo Marino, fallecido en la ciudad de Londres el pasado día diecinueve de junio, procedemos a descubrir sus últimas voluntades. Antes de eso, el señor Marino dejó una carta, que tiene que ser leída, tras lo cual, conoceremos la repartición de sus bienes.

Estimada familia y amigos, he decidido explicaros en esta carta mis motivos para el reparto de mis bienes, y que así no quede ninguna duda de que lo estoy haciendo en plenas facultades.

Os preguntareis quien es esa mujer desconocida que ha aparecido a última hora, y yo os voy a sacar de dudas, es mi último amor, la que me dio las mejores horas de mi vida, tanto fuera como dentro de la cama.

A mi hijo Thiago quiero decirle que, a pesar de lo que hiciste conmigo, salí adelante, y me volví a labrar un futuro en otro sector, ese que no conoce nadie, a excepción de la señorita Spencer, sí, así se llama ella, Diana Spencer.

Espero que hayáis descubierto que tengo otro hijo, no llegué a conocerlo, cuando estaba con su madre, se cruzó Diana en mi camino, y me deslumbró con su belleza, con su saber estar, y dejé todo lo que me molestaba atrás.

Solo quiero que me comprendáis cuando, a continuación, sean desveladas mis últimas voluntades.

No dudéis de que, en algún momento de mi vida, os he querido a todos.

Amadeo Marino.

Totalmente sorprendido por esa carta, tenía claro que mi padre había vuelto a hacer una de las suyas. Yo, por mi parte, no quería nada de él, ni siquiera lo necesitaba, tan solo esperaba que hubiese tenido en consideración a mi madre y a mi hermano, pero empezaba a dudarlo.

—Dicho esto, las reparticiones quedan de la siguiente manera: la casa que se considera vivienda habitual es para la señora Angela Marino, así como un tercio del dinero que hay en la cuenta bancaria en la que ambos constan como titulares. Otro tercio será para el señor Thiago Marino y el otro tercio para el hijo que tuvo con la señorita, Marianne Rockford, siempre y cuando no quiera que se le reconozca como tal. El resto de los bienes, son propiedad de la señorita Diana Spencer, que, según inventario, corresponden a una empresa de material deportivo, de la que es administradora única, una casa de campo a las afueras de Londres, llamada La Finca, con la única condición de que debe mantener a todo el personal que trabaja actualmente, y varias cuentas bancarias cuyo saldo total suma un millón trescientas mil libras. Y para que conste y surja efecto, queda firmado por mí, notario de la ciudad de Londres —terminó de leer el notario, y se me caía la cara de vergüenza. ¿Cómo había sido capaz de hacerle eso a mi madre? Ella que lo dejó todo por seguir a su lado, incluso a su propio hijo…

—¿Hay alguna manera de impugnar este testamento? No estoy conforme con que, a mi madre, que ha estado casada con este señor durante casi cuarenta años, le haya dejado menos que a esta señora, que no conocemos de nada. Eso sin contar con la miseria que le ha dejado a mi hermano pequeño, que es irrisoria —le dije al notario, pero negó con la cabeza, mientras que esa mujer sonreía con maldad.

—Son las últimas voluntades de tu padre, de las que dejó constancia también en una grabación, porque sabía que iba a pasar esto —me explicó el notario, pero es que no entraba en mi cabeza que hubiera sido capaz de hacer eso.

—Por tu madre no te preocupes, Thiago, conmigo no le faltará de nada. Tenía pensado poner en venta la casa, e irnos a vivir a una de mis propiedades, en la que no tuviéramos recuerdos pasados ninguno

de los dos. Ese dinero lo pondrá en una cuenta bancaria, junto con el tercio que le ha dejado tu padre, para que se encuentre segura en un futuro, porque mientras permanezca a mi lado, no la voy a dejar que toque ni un solo centavo —me dijo Conrad, que había demostrado que era un hombre de los pies a la cabeza.

—Aparte de eso, tengo otra cuenta en la que ingresaba las cantidades que tú me ibas dando cuando te decía que quería comprarme algo. Tenía la impresión de que tu padre haría algo así, dejándome con una mano delante y otra detrás, y por eso quise cubrirme las espaldas —habló mi madre.

—Mamá, sabes que si me hubieras contado la verdad te habría dado más dinero.

—Lo sé, pero no quería abusar, demasiado que mantenías el tren de vida al que tu padre me obligaba, así que no te preocupes por mí.

—Por tu hermano tampoco tienes que preocuparte, conmigo tendrá todo lo que pueda necesitar, incluso mi apellido —me dijo Ryan, porque Marianne todavía seguía en *shock*.

—Mi parte de ese dinero también quiero donarlo al bebé, le diré a Matteo que lo prepare todo, no sé de qué cantidad se tratará, pero así lo tiene para la universidad. Pasará de ser mi hermano a mi sobrino, pero incluso prefiero que no lleve el apellido de Marino, que no trae nada bueno. Si no fuera porque en el fútbol todos me conocen así, si fuera empresario, no dudaría en cambiarlo por el apellido de soltera de mi madre.

—Pues si no hay ningún inconveniente, firmamos todos y os esperáis en la salita a que se cambien las escrituras y demás. Si os viene mejor, podéis ir a tomar un refresco y volvéis dentro de una media hora, aproximadamente, que será el tiempo que tardemos en poner todo en orden —dijo el notario, y la primera en levantarse fue mi madre que, como la señora que era, ni siquiera miró a esa mujer, que se había quedado con todo, que era fruto de ambos, pero al que no le dio la menor importancia.

Una vez que hubimos firmado todos, nos marchamos a una cafetería que había cerca, y donde tomamos asiento para hacer la espera un poco más corta, la tal Diana Spencer no bajó, se mantuvo

en la sala de espera, no fuera a ser que no pudiera recoger el fruto de sus maldades, porque al igual que con Marianne, notamos que no quería nada más que cariño y cobijo para su hijo, con esta señora estaba claro que había hecho todo lo posible por dejarnos sin nada, sobre todo a mi madre.

—Sigo sin poder entender como esa mujer lo ha hecho para quedarse con todo, es superior a mí —dijo Tabatha, que ya empezaba a conocer a mi padre un poquito, y estaba al tanto de todas sus maldades.

—Con sexo, él todo lo hacía a través de eso. Seguramente estaría con ella cuando le dio el infarto, o lo mismo a ella también le ponía los cuernos, vete tú a saber —contestó mi madre—. Por cierto, mañana mismo voy a ir a recuperar mi apellido de soltera, se acabó ser Angela Marino, para pasar a ser Angela Rossetti.

—Pues haces muy bien, mamá. Hasta después de muerto ha seguido mostrándose egoísta, de nada sirven ya las palabras que nos dijo a las puertas de la muerte, porque con sus hechos ha demostrado que todas fueron falsas, que solo quería conseguir la paz, pero no lo sentía para nada. Y no por mí, que tengo dinero que no voy a gastar en tres vidas, sino por mi hermano, ese al que ha dejado cuatro migajas. Queda patente que no nos ha querido a ninguno de los dos, mi hermano, porque nació cuando menos lo quería, y yo, a mí solo me tenía estima cuando le estaba generando dinero, yo era su Visa Oro —dije bastante enfadado.

—Tendremos que ir a la Finca, para sacar de allí nuestros objetos personales, que hay muchos, y no quiero que caiga en manos de nadie —dijo mi madre, justo cuando Lucca me llamaba por teléfono, seguro que quería saber lo que había hecho el viejo, su vena cotilla le podía la mayoría de las veces.

Cuando le conté como había repartido sus propiedades, se quedó sin habla, no era capaz de articular nada coherente, y a mí me provocó una carcajada, la situación era surrealista, pero era lo que había. Corté la llamada y nos fuimos para la notaría de nuevo, ya tenía ganas de acabar con todo esto. Cuando subiera, le diría a esa mujer que

pasaríamos esa misma tarde por nuestras cosas, que tenían valor sentimental, más que económico.

—Disculpe, señorita Spencer. Le comunico que esta misma tarde pasaremos por La Finca para recoger nuestras pertenencias, aquellas que se encuentran allí y que no hemos podido sacar antes —le dije de manera muy educada, totalmente diferente a como me respondió ella.

—Lo siento por ti y por los tuyos, pero de allí no va a salir ni un alfiler. Esa propiedad es mía, y según me contó mi querido Amadeo, en ella hay muchas pinturas y antigüedades, así que, como comprenderás, no voy a dejar que vayáis y me las quitéis. Haberlo pensado antes —fue su respuesta, y empleó un tono dando a entender que éramos tontos si pensábamos que iba a permitir semejante cosa.

—Pero es que, da la casualidad, de que la mayoría de las cosas que usted comenta, las he pagado yo con mi dinero, así que no son de mi padre, sino mías.

—¿Tienes las facturas? Porque te aseguro que de allí solo saldrán las cosas que puedas demostrar que pagaste tú, y todo ello, bajo supervisión de un notario, de otro modo no sacarás de allí ni un calcetín —me soltó y se fue, tan campante. Mi primera intención era no sacar nada de eso de allí, porque no se había comprado por mi gusto, sino porque mi padre decía que un hombre sin artículos de ese tipo en su casa, no tenía prestigio, pero ahora pensaba sacarlo absolutamente todo.

Capítulo 40

Thiago

—Matteo, soy yo, Thiago, necesito que saques la carpeta donde guardamos todas las facturas de los objetos que le compré a mi padre, si esa de las antigüedades. ¿La tienes a mano? —le pregunté a mi amigo por teléfono, no iba a perder ni un minuto en sacarlo todo de allí.

—Sí, claro. Recuerda que la guardamos por si algún día le daba por venderlas, para que no pudiera, porque no eran de su propiedad, si no de la tuya. ¿Para qué la necesitas?

—Porque el desgraciado de mi padre, ha dejado a mi hermano y a mi madre prácticamente sin nada, todo se lo ha dejado a su última amante, incluida La Finca. Tenía pensamiento de ir a sacar los objetos con valor sentimental, pero como ella me lo ha negado, ahora me voy a llevar también todo lo de valor económico que es mío. He pensado organizar una subasta para su venta, y el dinero, a partes iguales, para los dos, aunque tengo la impresión de que mi madre no va a querer un centavo de ese dinero, pero entonces que se lo done al pequeño —le expliqué por encima a mi amigo, que no dudó en traerme la carpeta donde nos encontrábamos.

—Podéis pasar a recoger vuestro legado —dijo el notario en el umbral de la sala de estar, y nos levantamos todos para entrar.

—Me gustaría puntualizar una cosa, en La Finca, que ha pasado a ser propiedad de la señorita Spencer, hay varios objetos que no eran de mi padre, sino míos, y que puedo demostrar con la factura de

compra de los mismos. Quisiera pasar a recogerlos esta misma tarde —le dije al notario, que me miró un tanto incrédulo —Mi abogado está de camino con todas y cada una de ellas.

—Si es ese el caso, en cuanto que las revise y compruebe su autenticidad, yo mismo lo acompañaré a recogerlas, dando así veracidad a sus palabras —me contestó el notario.

—Pero, eso no puede ser. Según el señor Marino, todo lo que había dentro de la Finca sería para mí, así que no va a salir de allí ni un alfiler, ya se lo he dicho antes —seguía en sus trece, pero no lo iba a conseguir, así tuviera que llevarla a juicio.

—Será suyo, por legado, todo lo que esté dentro de aquella casa y que fuera propiedad del señor Marino, padre. Si el señor Marino, hijo, tiene en su poder documentación que certifica que esos objetos son suyos, adquiridos legalmente, tiene todo el derecho del mundo de sacarlos de allí. Así que, si su abogado no va a tardar mucho, le aconsejaría que permaneciéramos aquí hasta su verificación, no me gustaría tener que ir mañana hasta allí, que es domingo y es día para estar en familia —le indicó el notario, que empezaba a enfadarse por la actitud de esa mujer. Si ella pensaba alargar la cosa para poder sacar las antigüedades y demás, lo llevaba claro, porque no le iba a dar margen de tiempo ni para que las viera de lejos.

En ese preciso instante, llegó Matteo, con la carpeta que portaba toda la documentación, no recordaba que hubiéramos comprado tantas cosas, pero la verdad es que se había dilatado en el tiempo bastante, y la mayoría las había adquirido yo.

Tabatha se quedó en la cafetería con el niño y con su hermano, porque se suponía que tan solo era recoger la documentación y listo, pero al complicarse la cosa con esta mujer, la llamé para que se quedara tranquila.

Thiago: *Amor, una cosita, quizás tardemos un rato más, porque esta mujer nos ha puesto impedimentos para sacar los recuerdos, así que se va a llevar de la casa tan solo las cuatro paredes. Tenemos que contactar con una empresa de subastas de antigüedades que las recoja esta tarde y las ponga a buen recaudo, por lo menos hasta que se efectúe la venta de las mismas. Dile a tu hermano que Marianne baja*

*ya mismo, está recogiendo el cheque del niño, pero, tal y como te he dicho, nosotros tardaremos bastante más— l*e explicaba mientras que el notario revisaba las facturas una por una, en presencia de Matteo, que ya había contactado con alguien para su posterior traslado y custodia.

Tabatha: *Thiago, si no te parece mal, le diré a mi hermano que me deje en casa, empiezo a estar cansada de estar aquí, y si encima me tengo que quedar sola, creo que es lo más adecuado— m*e dijo mi chica, y yo lo vi perfectamente.

Thiago: *Como tú quieras, cariño, pero no hagas que Ryan se tenga que desviar, llévate mi coche, yo iré en el de Matteo. Si no te apetece quedarte sola en casa, vente conmigo, siempre lo que tú prefieras.*

Tabatha: *Pues entonces, te espero en casa. Tráete pizza para cuatro, que Lucca y Vicky y me han dicho que vendrían cuando yo les avisara que estaba allí.*

Thiago: *No hay nada más que hablar, estarás más cómoda y, encima, acompañada, que era lo que me preocupaba. Nos vemos luego, te quiero.*

Tabatha: *Te quiero, un beso* —me dijo mi chica, para después colgar la llamada. Ya se habían marchado todos, tan solo quedábamos esa señora, yo, mi abogado, Matteo, y el notario.

—Está todo en condiciones, pueden pasar a recoger los artículos, yo mismo los acompañaré, y firmaré la documentación de entrega. Señorita Spencer, usted tiene dos opciones, venir con nosotros y estar presente en la retirada o recoger las llaves el lunes en horario de oficina —dijo el notario, y esa mujer, una vez más, daba muestras de su mala educación.

—Loca tendría que estar para dejar que esta gente entrara sin mí en esa casa, y no lo estoy. Así que, arreando, que es gerundio, y no tengo toda la vida para tomar posesión de mis bienes.

Salimos todos del despacho, cada uno iría hasta allí en un coche, nosotros dos, en el de Matteo, el notario en el suyo y esa mujer no sabía cómo iría, y la verdad es que tampoco me interesaba.

—La galería de subastas con la que he contactado, está dispuesta a llevar a cabo la subasta de tus piezas a finales de la semana que viene, porque dice que antes tiene que elaborar un catálogo, que enviará, junto con la convocatoria, a sus clientes más asiduos —me explicaba mi amigo—. Les he pasado la dirección hace una hora, y me dijeron que nos esperaban allí con el camión de custodia.

—Te juro que no quería nada, pero ver como el fruto de mi esfuerzo lo iba a disfrutar esa mujer, que encima me negaba la recogida de objetos familiares, me ha envenenado la sangre, te lo prometo.

—No cabe en mi cabeza el comportamiento de tu padre, pero bueno, es algo a lo que ya nos tenía acostumbrados, no le podemos pedir que cambie algo después de muerto que no ha conseguido hacerlo mientras que estaba en vida.

Durante todo el trayecto estuvimos hablando de lo mismo, pero llegó un momento en el que necesitaba cambiar de conversación, así que le pregunté por Amanda, su mujer.

—Ya lo lleva mejor, tan solo le quedan dos semanas más de reposo, luego podrá hacer vida normal, pero sin excesos. Estamos como locos con la idea del bebé, no te puedes imaginar lo emocionante que es todo. Y tú, ¿qué tal lo llevas con Tabatha?

—Mejor de lo que podía siquiera imaginar. Ayer, por fin, se vino a vivir conmigo, definitivamente, y eso que pensé que lo alargaría todo lo que creyera necesario, pero me sorprendió.

—¿Has vuelto a tener noticias de Cindy? Porque me consta que está yendo de programa en programa y tocando a todas las cadenas de televisión para contar que la echaste del hospital, que tenía una relación contigo y que la has cambiado por Tabatha. Por suerte para ti, ninguna le ha hecho caso.

—La verdad es que, desde ese día, no he vuelto a tener noticias de ella, supongo que se habrá dado por vencida. Que cuente lo que quiera, me da lo mismo, estoy tan feliz con Tabatha, que no voy a entrar en polémicas absurdas que se demostraran con el tiempo, que no merecen la pena.

Ya estábamos aquí, en La Finca, y el señor notario estaba dando la lista a la empresa de subastas, para que fueran ellos los que entraran y

cogieran las piezas, ya que, si alguna se partía o se estropeaba, era su responsabilidad. Ninguno de los que nos encontrábamos allí estábamos dispuesto a asumir un coste de esas dimensiones, empezando por mí y terminando por el notario.

Esa mujer estaba que echaba chispas, y peor se puso cuando le dije al notario que entrara conmigo para recoger álbumes de fotos de mi familia, así como varios objetos sin valor que estaban en el trastero de arriba, pero que habían pertenecido a mis antepasados y habían pasado de generación en generación, como una cuna que hizo mi bisabuelo y en la que habíamos dormido todos, esa la quería recuperar para mi futuro hijo.

—De aquí no sale nada más que los objetos de esa lista. Si hay algo que yo no quiera o considero que deberías tener tú, te lo haré llegar con un servicio de mensajería —contestó ella y, según el notario, no podríamos acceder sin su permiso, puesto que ya era propiedad privada.

Capítulo 41

Tabatha

Por fin estaba en casita, aproveché mientras que Lucca y Vicky no venían, para ir colocando todas las cosas que me traje de mi antiguo hogar, que no eran muchas, pero no quería que estuvieran las cajas dando vueltas de un lado a otro del salón.

Había una caja que no abriría, esa iría directamente al trastero de la segunda planta, porque en ella estaban mis viejos libros, esos que ya no leía, pero que no quería tirar, eran recuerdos de regalos de cumpleaños y Navidad de mis padres y de mis abuelos, y por esa fue por la primera que empecé.

Llevaba un buen rato, pero ya tenía colocados casi todos los objetos que había en las cajas, ahora me tocaba la ropa, así que bajé a por una de las maletas, cuando escuché a mi amiga que entraba con su chico.

—¿Dónde vas tú sola con eso, loca? Verás como al final terminas rodando las escaleras —me gritaba desde la puerta de la entrada, y le dio un manotazo a Lucca, para que me ayudara a subirla.

—Cualquiera que te escuche, dice que yo no he subido una maleta en mi vida.

—Trae, que ya subo yo las dos —me dijo Lucca cuando llegó a mi altura.

Cogió las dos maletas y las dejó en nuestra habitación, delante del vestidor, donde mi chico había dejado una parte para mí, llevando la

ropa que usaba menos hasta el armario empotrado de otro de los dormitorios, y yo tenía pensado hacer lo mismo.

Vicky se sentó a los pies de la cama, mientras que yo clasificaba la ropa que iría a un lado y a otro, y Lucca había bajado a la sala de juegos, decía que iba a jugar unas partiditas al FIFA mientras que su amigo no llegaba. Tenía la suficiente confianza para moverse por la casa como le viniera en gana.

—Tengo que contarte algo, Tabatha, no lo sabe nadie, y estoy aterrada —me decía Vicky mientras doblaba unas camisetas que irían al vestidor.

—¿Qué te pasa? Sabes que, si necesitas mi ayuda, tan solo tienes que pedirla.

—Estoy embarazada —una camisa que iba a colgar en una de las perchas resbaló de mis manos, de la impresión.

—¿Y me lo cuentas a mí antes que al padre? Porque supongo que no tendrás miedo por eso, ¿no? Quiero decir, que tienes claro que Lucca es su padre —empecé a soltar tonterías, como me pasaba siempre que estaba nerviosa.

—Pues claro, idiota, ¿por quién me tomas? Ese no es el problema, lo que me aterra es que nunca hemos hablado de nada de tener hijos, ni de formar una familia. ¿Y si ahora me dice que no quiere tenerlo? Porque yo tengo clarísimo que sigo para delante, aunque sea sola —hablaba, sin darse cuenta de que su chico estaba parado en la puerta, que había subido por si necesitábamos ayuda. La verdad es que no nos dimos cuenta ninguna de las dos.

—Si no hemos hablado de eso ha sido porque no quería agobiarte, no porque no me guste la idea. Es más, es la mejor noticia que podrías darme, eso sí, la próxima vez agradecería enterarme el primero —le contestó Lucca, agachándose a su lado, y cogiéndola de las manos.

—¿Me lo dices en serio?

—¿Lo de que quiero enterarme antes de que lo haga tu amiga? Por supuesto que sí —le contestó él, bromeando.

—Que payaso eres, te digo lo del bebé que viene en camino —le aclaró Vicky, y su chico tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Mira, eso que os vais a ahorrar en los cumpleaños, el payaso ya lo tenéis en casa —les dije yo, siguiendo con la broma—. Enhorabuena, chicos, formareis una familia preciosa, eso sí, yo soy la madrina, queráis o no.

—Eso ni se discute, preciosa, y mi amigo el padrino —contestó Lucca—. Y hablando de Thiago, me extraña ya que no haya venido, siendo la hora que es.

—No me he preocupado porque me dijo que iba a tardar, pero la verdad es que ya es bastante tarde, voy a llamarlo —les dije mientras bajábamos al salón.

—Yo lo he hecho hace un rato, y me salía que lo tenía apagado, puede ser que donde esté no tenga cobertura —me dijo Lucca, y entonces sí que empecé a preocuparme.

—Iba con Matteo, así que lo voy a llamar a él, a ver si hay más suerte —le dije y, automáticamente, marqué su número.

—¿Qué pasa Tabatha, que tu marido no se puede mover y me llamas tú? —bromeó Matteo, y todavía me preocupó más, porque se suponía que estaban juntos.

—Thiago no ha llegado todavía, y estamos preocupados.

—¿Cómo qué no ha llegado? Lo dejé hace más de dos horas en la pizzería esa que le gusta tanto, me dijo que compraba las pizzas para llevar y se pillaba un taxi hasta vuestra casa, no quiso que lo esperara —me contestó Matteo con un tono de preocupación evidente.

—Lucca está aquí conmigo, vamos a coger su coche y hacer el trayecto desde aquí hasta la pizzería, lo mismo ha tenido algún problema. Su teléfono da apagado —le dije a su amigo, que no dudó en hacer el camino de su casa hasta allí, por si veía algo.

Nada, no estaba por ningún lado, era como si se lo hubiese tragado la tierra. Cuando llevábamos más de una hora dando vueltas, recibí una llamada de Angela, su madre.

—Tabatha, ha ocurrido algo, necesito que vengas al hospital —me decía llorosa, pero no quise perder más el tiempo, colgué la llamada, nos subimos de nuevo al coche, y salimos pitando para allá. Era Thiago, un sexto sentido me decía que era él y que le había sucedido algo grave, porque si no fuera así, él mismo habría hecho esa llamada.

Ni cinco minutos tardamos en llegar, y al entrar, me encontré con una Angela devastada, que era consolada por Conrad, cuando nuestras miradas se cruzaron, me supuse lo peor, y caí llorando de rodillas. La vida no podía ser tan hija de puta de quitarme otra vez la felicidad, no ahora, no cuando estábamos en nuestro mejor momento.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —pude preguntar en cuanto que mi estado nervioso me permitió articular más de dos palabras seguidas.

—Por lo que nos ha contado la policía, estaba cruzando un semáforo, el que va desde la pizzería esa que os gusta tanto hasta la parada de taxis, cuando un coche no respetó la señalización y se lo llevó por delante. Es fuerte, y va a salir de esta —me contaba Conrad, y yo asentía.

—¿Han localizado al conductor? Porque supongo que se dio a la fuga.

—Conductora, era una conductora, y están analizando las cámaras para saber su identidad, el coche que llevaba está a nombre de un fallecido, por ahí no pueden rascar nada.

Una hora y media llevaba en el quirófano, cuando salió el médico que lo estaba operando.

— Afortunadamente, la operación ha sido un éxito, ahora solo queda esperar a la rehabilitación. Su recuperación será muy lenta, pero estamos seguros de que podrá volver a andar.

—Soy su pareja y fisioterapeuta. ¿De qué lesiones estamos hablando? —le pregunté, porque no solo era que pudiera andar, sino que pudiera volver a jugar al futbol, o se moriría de pena.

—Han sido varias, la velocidad a la que iba el vehículo que lo ha atropellado ha provocado que alguno de sus huesos llegara aquí rotos en varias partes, y no eran roturas limpias, sino que la mayoría estaban astilladas —empezó a contarme.

—¿Cuándo podremos verlo? —preguntó su madre, estaba tan centrada en cómo ayudarlo con su recuperación, que no me había dado cuenta de eso.

—En un rato, en cuanto despierte de la anestesia y lo suban a planta, les indicaran el número de la habitación, para que puedan verlo.

¿Quién querría hacerle una cosa así? ¿Sería esa mujer a la que había quitado las antigüedades? No creo que se arriesgara a tanto. Estaba claro que la policía querría hablar con él sobre lo sucedido en cuanto tuvieran ocasión, porque cuando llegó la ambulancia no estaba consciente, según los médicos se desmayó del mismo dolor. Yo también estaba expectante a lo que me tuviera que contar, aunque no las tenía todas conmigo de que hubiera tenido tiempo a ver algo.

Nos avisaron de que ya lo estaban subiendo a planta y que estaría en la habitación trescientos cincuenta y ocho, era una habitación privada, en la que podría descansar solo con la visita de amigos y familiares. No sé porque pensé que solo habían sido las piernas, pero cuando vi los moratones en su cara, casi me caigo de culo.

Capítulo 42

Thiago

Me desperté en la habitación de un hospital, con todos los míos a mi alrededor, y entonces recordé lo que había sucedido. Salía de la pizzería de comprar la cena y me dirigía a la acera de enfrente, donde se encontraba la parada de taxis, para tomar uno y que me llevara a casa. Matteo había insistido en que me esperaba, pero le dije que no, que ya era bastante tarde y Amanda lo estaría esperando, además de que no sabía cuánta gente había en el local ni el tiempo que tardaría.

No sé si fue casualidad, que me vio y decidió hacerlo, o si me estaba esperando, el caso es que, cuando el semáforo se puso en verde para el peatón, vi como un coche aceleraba a propósito, con toda la intención de llevarme por delante. Intenté esquivarlo, pero hizo un giro extraño que me confirmó lo que yo ya había pensado, que iba a por mí. Pero pude ver quien era la persona que conducía, y no me podría haber imaginado que tuviera tanto trastorno en su cabeza, que no hubiera admitido un no por respuesta, tomando venganza en ese atropello. Era Cindy, Cindy Cambell, que me miraba con odio, y esa mirada se me quedó grabada, al igual que la de horror de mi chica en cuanto me vio.

—Dios mío, ¿quién ha podido hacerte esto? —pensó en voz alta, pero estando delante mi madre, no quería contar nada. Cuando estuviéramos a solas, se lo contaría todo, para que ella también tuviese cuidado.

—Cualquiera que iba borracho y no me vio —le contesté, pero en su mirada noté que no me había creído, así que se lo indiqué de la forma más sutil que pude—. Luego, cuando me encuentre más descansado, te cuento todo lo que recuerdo, ahora mismo me duele horrores la cabeza.

—¿Quieres que llame a una enfermera para que te administre algo? —preguntó mi madre, pero negué con la cabeza.

—Se me pasará, no quiero estar dormido todo el tiempo, en cuanto que descanse un rato, seguro que me encuentro mejor. ¿Qué han dicho los médicos de mis lesiones?

—Que la recuperación será lenta y dolorosa, pero que volverás a andar con total seguridad —esta vez fue Tabatha la que habló.

—¿Y de volver a jugar han comentado algo? Sé que es muy pronto, pero la verdad, y pensándolo fríamente, tengo que dar las gracias de estar vivo, si las secuelas no me dejan volver como profesional del campo, quizás me dedique a entrenar a algún equipo escolar —y la verdad es que era lo que sentía, no lo decía por decir. En innumerables ocasiones había pensado en retirarme, ya tenía casi treinta y dos años, y aunque sabía que eran muchos los compañeros que apuraban hasta el último momento, yo era de los que pensaba que una retirada a tiempo es una victoria.

—¿Hablas en serio? Porque esa era la principal de mis preocupaciones, que te vinieras abajo por no poder volver a jugar —dijo mi chica, a la que se le habían iluminado los ojos.

—Totalmente en serio. Hace mucho tiempo que llevo pensando en eso, y si no lo había hecho ya, era por la presión de mi padre. De la recuperación no me preocupo, tengo a la mejor de las profesionales durmiendo a mi lado, no va a permitir que vaguee ni un solo día.

—Bueno hijo, como veo que estás bien, después del susto que nos has dado, me voy a marchar y te dejo descansar. No digo nada de quedarme esta noche porque cierta jovencita no lo permitiría. Así aprovecho y llamo a tus amigos, que se han quedado preocupados, pero Lucca tuvo que marcharse después de dejar aquí a Tabatha, su chica tenía ciertos malestares, muy comunes en su estado, por cierto

—me dijo mi madre, mientras que se acercaba a darme un beso en la frente.

—¿Está Vicky embarazada? —le pregunté en cuanto que nos quedamos solos, en cierto modo quería desviar la atención de lo verdaderamente importante. Que no es que el embarazo de nuestra amiga no lo fuera, que sí que lo era, pero no tanto como lo que yo tenía que contar.

—Eso mejor que te lo cuenten ellos. Ahora, habla, o terminaré por partirte yo la otra pierna como no empieces —me dijo, con una mirada que daba verdadero pavor.

—Ha sido Cindy, pude verla claramente —le solté a bocajarro, y pude notar el asombro en su cara.

—¿Cindy Cambell? ¿Estás completamente seguro?

—Como que me llamo Thiago. Llama a la policía por favor, mi móvil murió en el atropello, por eso no pude avisar a nadie. En los contactos del seguro médico tenía a mi madre como primera opción y a Lucca como segunda, tendré que cambiarlo en cuanto salga de aquí.

Tabatha llamó a la policía, y la pasaron con la persona encargada de mi caso, que no dudó en tomarme declaración, informándome de que se ponían en camino de su casa inmediatamente, y que al día siguiente pasarían por el hospital para que firmara la denuncia contra ella, esa que había puesto vía telefónica, no lo podría haber hecho de otro modo, todavía me quedaban muchos días postrado en esta cama.

—Creí que me moría cuando vi el estado en el que se encontraba tu madre cuando llegué al hospital, me puse en lo peor —me contaba Tabatha, a la que atraje e hice que se sentara en un lateral de la cama.

—Dicen que llegué sin conocimiento, y debe ser verdad, porque lo último que recuerdo fue el impacto, el giro que hizo con el coche para poder atropellarme. Si no hubiera sido intencionado, tendría que haber seguido recto, y entonces no me habría más que rozado.

—Lo importante es que no tenemos que lamentar nada peor, tus lesiones se recuperarán y el tema del futbol lo tienes dominado, así que, ahora, cierra los ojos y descansa.

Dejó un beso en mis labios que me supo a poco, en otras condiciones no lo hubiera consentido, no el que se apartara tan

rápidamente, pero como estaba, poco más podía hacer, y no quería que nos calentáramos para no poder rematar la faena.

—Señor Marino, vengo a hacerle una propuesta —me dijo el médico cuando apareció por la habitación, después de tres días, que era los que llevaba allí ingresado. Ya me habían quitado los goteros, y la medicación que tomaba era por boca.

—Usted dirá —le respondí seriamente.

—Como veo que su pareja tiene los conocimientos necesarios para poder atenderle, ¿qué le parece si le firmo el alta y se marcha a casa?

—Que me encantaría, por lo menos allí tendría a mi alcance todo para no permanecer aburrido todo el día —le conté, y era totalmente cierto, en mi casa podría jugar a la consola, leer algún que otro libro y ver mis películas preferidas en las plataformas por cable, en esa habitación solo podía ver a las personas que entraban y salían u ojear alguna que otra revista.

—Pues no se diga más, voy a buscar su silla de ruedas, las recetas de la medicación, que tendrán que recoger en la farmacia, y el documento del alta con la fecha de la siguiente cita de control. Ahora mismo vuelvo.

—Nena, dime que me has traído algo de ropa que me sirva con la pierna así, o voy a tener que marcharme con los cataplines al aire —le dije a Tabatha, que entraba en ese momento por la habitación.

—Me lo ha dicho el doctor cuando salía para la cafetería, por eso he tardado un poco más. He ido a buscarte un pantalón de algodón holgado, en el que quepa la escayola, y una camiseta junto a una chaqueta a conjunto con el pantalón. No es lo más glamuroso, pero te servirá para tapar tus vergüenzas —me contestó y era la primera vez que me daba exactamente igual como iba a ir vestido, ya en casa me pondría cómodo y compraría todo lo necesario para el tiempo que tuviera la escayola, ahora solo pensaba en poder ir a casa.

—Me ha llamado el agente de policía, se ha emitido una orden de busca y captura para Cindy, por tentativa de homicidio, en las cámaras de tráfico que hay en la zona, se puede ver perfectamente como es ella la que conducía, a pesar de que el coche lo compró en un taller clandestino a uno de estos traficantes que poco le importa lo que tú

vayas a hacer con él. La persona que efectúo la venta también ha declarado en su contra, así que poco tiene que hacer en su defensa, está cogida por todas partes.

—¿Y si no se da por vencida? Tengo miedo de que pueda atacarte otra vez.

—No creo que sea tan estúpida, porque entonces sí que estará condenada de por vida —me ayudó a vestir y le dejé un montón de besos por el cuello mientras lo hacía, y por los que me llevé más de un manotazo, mi chica tenía carácter, y eso me encantaba.

Capítulo 43

Tabatha

La vuelta a casa fue un tanto accidentada, me explico: nuestro dormitorio estaba arriba, en la primera planta, y Thiago no podía subir ni bajar escaleras, y se negaba a permanecer en la cama todo el día.

—No puedo llevarme allí todo el día, entiéndeme, mi amor, me moriría del aburrimiento todo el día ahí acostado —me decía para que comprendiera su postura.

—Si te entiendo, Thiago, pero tampoco podrás descansar en el sofá, y todavía necesitas algo de reposo —ahora era yo la que quería que me entendiera.

—¿Por qué no instaláis un salvaescaleras? Así podrá dormir en su cama por la noche y pasar el día en el salón —nos dijo Lucca, que nos había acompañado para subir la consola del cuarto de juegos del sótano y dejarla instalada en la televisión del salón, yo era una negada para eso.

—Tienes razón, ahora mismo llamo. Así, cuando me vaya para trabajar, lo podré dejar abajo en el salón y, por la noche, podremos subir a dormir a la habitación, y también será más fácil a la hora de la ducha, que la de nuestro dormitorio no tiene escalón —le dije a Lucca, mientras iba a buscar la información de la empresa que las instalaba.

Lo acomodamos en el sofá del salón y le dejamos el mando de la consola y de la televisión al lado, teníamos que marcharnos al club, pero no se quedaría solo, Hilary, la señora que se encargaba de la limpieza y de la cocina, se haría cargo también de atenderlo, por si

necesitaba algo y, por supuesto que se lo pagaríamos aparte, aunque se hubiera negado por activa y por pasiva.

Una nube de periodistas nos estaba esperando a las puertas del club, y sabíamos que las preguntas serían inevitables.

—Señorita Smith, ¿qué tal se encuentra el señor Marino? —me preguntó uno de ellos.

—Todo lo bien que se puede estar después de que te hayan atropellado, gracias —contesté con educación.

—¿Es cierto eso que se dice que la afamada modelo, Cindy Cambell, era su pareja y que él la cambió por usted? —preguntó otro, y no tuve más opción que frenar en seco para contestar.

—¿En serio preguntas eso cuando ha estado a punto de morir a causa de las lesiones del atropello? Me parece muy poco profesional por tu parte, pero veo que no es la primera vez, que, al parecer, las preguntas morbosas son tu especialidad —le dije enfadada, porque me di cuenta de que era el mismo periodista que había hecho esas otras preguntas a la salida del hospital, el día que falleció su padre.

—Se os ha visto recientemente muy acaramelados y con un bebé, ¿pensáis adoptarlo? —cada vez eran más absurdas las preguntas.

—Ese niño es mi sobrino, y ahorraros de preguntar nada más, porque no voy a hacer más declaraciones, muchas gracias —contesté y entré en el club, me estaba agobiando por momentos.

Dentro del club estaban todos sus compañeros, expectantes ante lo que le pudiéramos contar de lo sucedido y en cuanto que nos vieron entrar, acudieron en tropel.

—Tabatha, ¿cómo se encuentra Thiago? —me preguntó Waterfood, que se veía realmente preocupado.

—Dentro de lo que cabe, bien. Lo principal es que su estado de ánimo es bueno, y que ha admitido con normalidad la situación.

—¿Podemos ir a verlo a su casa? —esta vez era Wesley quien preguntaba.

—Por supuesto, eso sí, todos a la vez, no. Id turnándose, que, si vais todos a la vez, me vais a volver loca —les dije, sonriendo, y ellos entendieron que todo era una broma.

Sí explicamos como nos estábamos turnando para su cuidado, sobre todo cuando a nosotros nos tocaba estar ahí, en el club. Ese fin de semana había partido local, y me tocaba a mí estar de guardia junto al banquillo, así que habíamos quedado en que Vicky se quedaría con él, que verían el partido juntos en la televisión y que, una vez estuviera finalizado, Lucca y yo volveríamos juntos. También habíamos acordado que lo haríamos en el coche de mi amigo, que sería más fácil y cómodo que acudir en dos vehículos.

Llegó la noche del partido, y estaba en el salón esperando a que Lucca trajera a Vicky y me recogiera para acudir juntos al estadio. El entrenador, dada la situación, le había conseguido un permiso a mi amigo para que se saltara la concentración con los jugadores, que se efectuaba ese mismo día desde por la mañana.

—Ya está aquí la alegría de la huerta —dijo mi amiga al entrar en mi casa —Mi chico te está esperando fuera, no tardes.

—Me voy, amor, luego vuelvo, no vayáis a hacer locuras. Quédate aquí hasta que yo vuelva, que luego subimos juntos —y es que ya habían instalado el salvaescaleras, y teníamos dos sillas de ruedas adaptadas a él y al espacio, una a los pies de la escalera de arriba, que servía para llevarlo hasta el dormitorio, y a la que se le bajaban los brazos para poder acostarlo más cómodamente. La otra estaba en la planta baja, y con ella lo movíamos por toda esa superficie, incluido el jardín, en el que habíamos habilitado una de las hamacas para su descanso al aire libre.

El estadio estaba hasta la bola, pero, por suerte, había un aparcamiento reservado para el personal y los jugadores, donde Lucca dejó estacionado su vehículo.

—Te espero en esta entrada cuando acabe el partido —le dije a Lucca, que asintió con la cabeza—. Ahora, entra ahí, marca un golazo, y dedícaselo a tu amigo, que le hará mucha ilusión.

—No lo dudes, que cada pase y cada gol, estará dedicado a él, ya se lo he hecho saber esta mañana, cuando he hablado por teléfono —me contestó, y me dejó un breve beso en la mejilla, como solía hacer para despedirse desde que nos conocíamos.

El pasó al vestuario con el resto de sus compañeros, y yo me senté en el campo, junto al banquillo, que era la zona que nos asignaban a los equipos médicos, desde donde podíamos acudir rápidamente en caso de necesitar nuestra asistencia.

El partido fue de lo más interesante, y nuestro equipo ganó por tres goles a dos, en un encuentro épico, en el que el gol de la victoria lo marcó Lucca en el minuto noventa y uno, y que dedicó a su amigo de la manera más cariñosa y original, lo que me provocó una sonrisa.

Estaba donde le había dicho a Lucca que lo esperaría, fumándome un cigarrillo mientras que él se duchaba y festejaba con sus compañeros, no quería meterle prisa ni ser aguafiestas, así que lo dejé tranquilo y me marché hasta el exterior.

—No te vas a salir con la tuya —escuché una voz detrás de mí, y de pronto, noté como me ponían un paño en la boca y perdí el conocimiento.

No deberían de haberle puesto mucha cantidad de la sustancia que fuera, porque me desperté en una furgoneta, junto a la grandiosa Cindy, pero me mantuve con los ojos cerrados, no quería que me descubrieran. Me habían despojado del bolso, en el que se encontraba mi documentación y mi teléfono, pero no se habían dado cuenta de que mi reloj era inteligente y, como pude, lo tapé con el puño de la sudadera que llevaba puesta, ocultándolo a la vista.

Por lo que pude calcular, no estábamos muy lejos, como mucho, un poco más allá de las afueras de la ciudad, me bajaron a la fuerza, eran dos personas, una tenía claro que era ella, la otra, aunque me sonaba la voz, no podía ubicarla.

Me ataron a una especie de poster, y salieron a la parte de fuera, donde los oía hablando. Su manera de atarme, era un poco peculiar, ya que lo hicieron por mi cintura al poster, con una especie de cuerda bastante gorda, y mis manos y mis pies, con unas bridas, con lo cual, podía acceder a la aplicación de alarma de mi reloj fácilmente, pero esperaría a que entrara Cindy, porque estaba segura de que lo haría, a ver si podía sacarle donde estábamos. Por lo que podía ver, era como una especie de granero antiguo, y la cosa es que me resultaba familiar, no de que hubiera estado aquí, pero sí de verlo en algún sitio.

—Vaya, vaya, ya se despertó la bella durmiente —me dijo, y en ese momento, apreté el botón, ya lo había preparado antes para que, si me hablaban, no se pudiera escuchar, pero sí que recibirían todo lo que se hablara a mi alrededor, se había activado el modo entorno.

—¿Dónde me tienes, Cindy? ¿Por qué lo has hecho? Añadir un secuestro a tu amplio historial delictivo de los últimos tiempos va a ser el error más grande de tu vida —le pregunté, y me respondió con una risa sarcástica, de esas que ponen los pelos de punta.

—¿Secuestro? Digamos que lo tuyo será una desaparición, y que no encontrarán de ti ni una muela —fue lo que me respondió, dejándome fuera de juego por un momento.

Capítulo 44

Tabatha

A pesar de todo lo que estaba sintiendo, necesitaba que revelara la ubicación precisa porque, aunque el reloj daba una aproximada, si tenían que buscarme en el radio indicado, tardarían más, además, quería que soltara todos los detalles que pudiera sonsacarle.

—¿Qué pretendes hacer conmigo? —seguía indagando y poniéndola en la tesitura de que explotara, de que sacara todo fuera y lo dijera por la rabia acumulada.

—Me equivoqué atropellando a Thiago, con eso solo me haría daño a mí misma, así que pensé: ¿qué manera hay de hacerle pagar por todo lo que te ha hecho, de que sufra igual que tú? Hazle daño a la persona que más quiere, que sepa que va a vivir sin su amor toda la vida —me explicaba con una cara de loca que no era normal, esa mujer había perdido la cabeza por completo, ¿pretendía matarme?—. Y me lo has puesto en bandeja, chica, estando sola en el momento indicado. Tenía preparado un dardo tranquilizante para tu guardaespaldas, ese Lucca no te deja ni a sol ni a sombra, creo que está más enamorado de ti que de tu amiga, pero eso no es algo que me incumba. Cuando te vimos allí, pensamos que era la situación idónea, y lo llevamos a cabo.

—¿Me visteis? ¿Quiénes, Cindy? Porque está claro que has tenido ayuda, tanto para llevarlo a cabo como para esconderte. ¿Sabes que hay lanzada una orden de busca y captura contra ti? Hazte un favor y déjame marchar —le dije intentando que volviera a hablar.

—Ni me vas a encontrar a mí ni te van a encontrar a ti. Te sepultarán bajo los escombros de este granero, cuya demolición será a primera hora de la mañana. He encontrado a la persona idónea para mi plan, y no me ha costado nada convencerla, le tenía la misma inquina a tu noviecito que yo —y soltó una carcajada que me puso los pelos de punta. Esperaba que todo esto lo estuvieran escuchando desde la central de alarmas y se hubieran puesto en marcha.

—Dime quien es esa persona, ten ese pequeño detalle conmigo y que me muera sabiendo quien te ha ayudado a matarme.

—La última novia de tu querido suegro, que tenía el mismo mal ojo para elegir pareja que su hijo. Ella se pensaba que iba a vivir como una reina, vendiendo todo lo que le ha dejado ese desgraciado en herencia, pero lo que no contaba es con que las obras de arte que poseía no eran suyas, sino de su hijo, y que él la iba a despojar de ellas. Tiene la excusa perfecta para llevar a cabo su venganza, que soy yo —claro, con razón me sonaba tanto la voz, pero no podía ubicarla, porque solo la había escuchado una vez, durante la lectura del testamento de Amadeo—. Y ahora, querida, me marcho a descansar antes de que llegue la máquina demoledora, que pases bien tu última noche con vida.

Dejé que saliera, que se marchara, y me puse manos a la obra con lo que había pensado el rato que estuve sola. Primero me dediqué al nudo de mi cintura, ese que me hacía permanecer atada al poste, pero me había fijado que no estaba bien hecho, que se podría deshacer con algo de tiempo, y tenía lo que quedaba de noche para conseguirlo. Con la brida de las manos, tampoco creía tener problemas, las más dificultosas iban a ser la de los tobillos, pero seguro que me las arreglaba también.

Al final, empecé por el de las muñecas, porque con las manos unidas me costaba más trabajo intentar desatar la cuerda, y lo conseguí en pocos minutos. No se habían comido mucho la cabeza, habían cogido una brida grande y habían hecho un ocho con él, aparentándolo entre las dos manos. Lo que ellas no sabían es que yo tenía una habilidad desde que era pequeña, y que consistía en poder dislocar mi muñeca cuando quería y eso hice, sacándola de la brida y

volviendo a colocarla en su sitio, con lo cual ya disponía de las dos manos para dedicarme al nudo de la cintura.

Con las manos con total libertad para moverlas, el nudo de la cintura fue todavía más sencillo de quitar, y eso que yo pensaba que me resultaría dificultoso. La que lo había hecho de las dos no sabía ni atarse los cordones, con eso creo que lo he dicho todo.

Lo que más me sorprendía de mí misma era la templanza con la que lo estaba llevando a cabo. Qué verdad es que una no sabe cómo va a actuar ante una situación hasta que no se ve frente a ella. Si me lo hubiesen dicho hace tan solo unos días, habría dicho que me moriría de miedo, pero la realidad era todo lo contrario, me encontraba completamente serena, y estaba actuando con toda la seguridad del mundo.

Antes de deshacerme de lo que impedía el movimiento de mis piernas, decidí activar el volumen en el reloj, y hablé para ver si había alguien al otro lado.

—Buenas noches, ¿me escucha alguien? —pregunté, y ahí sí que sentí miedo, porque entonces me enfrentaría a todo esto sola.

—Señorita Smith, ¿se encuentra usted bien? —me contestó la voz de un chico y entonces empecé a llorar, pero de alivio.

—Me tienen secuestrada a las afueras de Londres, han sido Cindy Cambell y Diana Spencer, y supongo que me tienen en alguna de las propiedades que Amadeo Marino le ha legado en su testamento a esta última —dije de manera atropellada, como si estuviera a punto de entrar alguien y sorprenderme.

—Tenemos su ubicación exacta, no se preocupe por eso. Lo que queremos que haga es que intente salir de ahí, lo tenemos todo grabado, y que llegue lo más cerca de la carretera posible, donde le estarán esperando una patrulla de policía y una ambulancia. ¿Cree que podrá conseguirlo? —me decía el chico en un tono que me infundía confianza, como si me fuera diciendo que confiaba en mí.

—Me he podido liberar de todas las ataduras, tan solo me queda la de los tobillos, que me va a resultar más complicado, pero, aunque sea a rastras o dando saltitos, tenga por seguro que voy a salir de aquí —contesté, mientras que el chico me indicaba que permanecería al otro

lado de la línea, pero que cerraría el micro hasta que yo le indicara que me encontraba a salvo.

Miré a todo mi alrededor por si veía algo que me resultara útil para llevar a cabo mi plan, pero no encontraba nada. Bajé la vista hasta mis pies, y me di cuenta de una cosa, tenía tres bridas, una que sujetaba cada uno de mis tobillos, y otra que las unía a las dos, con tan solo poder abrir esa, estaría libre, ya luego me encargaría de quitarme las otras.

—Voy a intentarlo con el pincho del reloj —dije a media voz, por si acaso ellos notaban que lo había desprendido de mi muñeca, y una vibración me dio la señal de que lo habían escuchado.

Quité el reloj de mi brazo, y con el pincho presioné el pequeño cuadradito de la brida que unía una parte con la otra, y que era la que se quedaba enganchada para que esta no se soltara, y cedió. Me entraron ganas de gritar de la alegría, pero mejor quedarme calladita, que estaba más guapa. Así, poco a poco y con toda la paciencia del mundo, pude abrirla en su totalidad.

Me había fijado en que el granero tenía dos puertas, una delantera, que no se habían preocupado de cerrar con llave, pero que me llevaría directamente a pasar por delante de la casa, lo que me pondría en peligro de que me vieran e intentaran detenerme, y otra trasera, a la que me dirigía, por el camino iba rezando todo lo que me sabía, pidiéndole al cielo que estuviese abierta, y para mi suerte, lo estaba. Abrí muy despacio, el crujido de la madera podría alertarlas, y salí por una pequeña rendija, ahí me di cuenta de que tampoco tenía tanto sobrepeso, porque salí casi sin dificultad. Estaba amaneciendo, así que tenía que darme prisa si no quería que me descubrieran.

A paso ligero, me introduje en el pequeño bosque para llegar a la carretera, ese que me sirvió para que no me vieran cuando rodee la casa, y me di cuenta de que ya estaba allí la máquina de demolición, y que las dos estaban hablando con el operario. Se creían vencedoras, pero nada estaba escrito todavía, ni para ellas ni para mí.

Capítulo 45

Lucca

Entre unas cosas y otras, tarde poco más de una hora en salir del estadio, mientras que celebramos la victoria, atendimos a los medios de prensa y nos duchábamos, se me hizo demasiado tarde.

—¿Has visto a Tabatha por aquí? —le pregunté a uno de los utilleros con los que me crucé.

—Sí, hace un rato estaba en la puerta dos, fumándose un cigarrillo —me contestó amablemente, ese vicio del tabaco… Me dirigí hacia donde me había dicho el chico, que era exactamente donde dijimos de vernos cuando terminara todo, pero al llegar no había nadie, ni rastro de ella.

Di varias vueltas por la zona, pero dadas las horas que eran, casi con total seguridad que Thiago le había dicho que tomara un taxi y se fuera para casa, lo que me resultaba extraño era que no me hubiesen avisado. Comprobé mi móvil para ver si tenía algún mensaje de alguno de ellos y, para mi sorpresa, estaba sin batería, así que di por hecho que había sido eso, y encaminé mis pasos hasta mi coche, para marcharme hasta casa de Thiago.

Durante el trayecto, estuve divagando porque, aunque mi teléfono no estaba operativo, podría haber entrado y enviarme el recado con alguno de los chicos. ¿Lo habría hecho y no me habían encontrado? Podría ser, pero lo veía poco probable, sin más dilación, me mantuve atento a la carretera, cuando llegara a su casa me explicaría los motivos de su marcha.

—¿Por qué no me habéis avisado de que Tabatha se venía para casa? Me hubierais ahorrado la incertidumbre de no saber qué ha pasado, y la preocupación, ya de paso —pronuncié entrando en el salón, donde estaban Vicky y Thiago, sentados en el salón viendo el post partido en la televisión.

—¿Cómo qué ha vuelto a casa? ¿De qué estás hablando, Lucca? Tabatha no ha llegado, se suponía que volvería contigo. Si es una broma, no me está haciendo ni pizca de gracia —dijo Thiago, enderezándose de un salto en el sofá, y su cara me decía que estaba hablando en serio.

—¡Dime que ha vuelto contigo y estáis de cachondeo! —exclamaba mi chica, que ella sí pudo levantarse y llegar hasta mí.

—No, no estoy de cachondeo. Cuando terminé de atender a la prensa y demás, salí a buscarla al lugar donde quedamos que nos encontraríamos, que era donde uno de los utilleros me dijo que la había visto hacía un rato, pero no estaba. Di varias vueltas por el estadio y, pensando que se había cansado de esperar y que quizás había hablado contigo para decirte que tomaba un taxi para volver a casa, me he venido de vuelta —le explicaba a Thiago, a quién la cara se le iba transformando por minutos, pasando de la rabia a la preocupación en décimas de segundo.

—Tenemos que llamar a la policía, le ha tenido que ocurrir algo —dijo mi amigo, haciendo el ademán de levantarse, pero al no poder solo, se frustró aun más de lo que ya estaba.

—Solo han pasado un par de horas, no nos van a hacer ni caso —dijo Vicky — deberíamos buscarla por nuestra cuenta, mejor.

—No, con los antecedentes de mi atropello, y sabiendo quién está detrás, nos escucharán, nosotros no tenemos por donde empezar a buscarla —dijo Thiago, y algo dentro de mí se removió.

—Dios, es mi culpa… Si no me hubiese entretenido tanto, hace tiempo que habríamos vuelto los dos a casa —expresé mis pensamientos en voz alta.

—No sabemos lo que ha pasado, así que vamos a dejar de especular y de echarnos la culpa unos a otros. Denunciemos su

desaparición y veremos qué es lo que ha ocurrido —mi chica, como siempre, dando la versión más calmada de la situación.

—Tienes razón, acércame el teléfono para avisar al agente, pero antes voy a intentar hablar con ella, a ver si tenemos suerte y tan solo ha tenido algún leve percance —sentenció mi amigo, cuya cara expresaba toda la preocupación que sentía.

Justo en ese preciso instante, la central de alarmas emitió una señal de aviso, y nos sorprendió a todos, ya que nadie la había activado todavía, y fui corriendo hasta el cuadro para saber a qué se había debido.

—Dime lo que pone o ven aquí y ayúdame a llegar hasta la silla de ruedas, porque esto sería la gota que colma el vaso —me dijo Thiago, intentando alcanzar la dichosa silla para llegar hasta mí, iba para prestarle mi ayuda, cuando ya tenía a Vicky a su lado, ayudándolo lo necesario para que tuviera la autonomía que necesitaba.

—Dice algo de un reloj, que se ha activado la emergencia —le explicaba a Thiago, que venía hacia mí en ese momento.

—Claro, el reloj de Tabatha está conectado con la central de alarmas, al igual que el mío. Lo creí conveniente después de lo del atropello, y tras hablarlo con la policía, hice todas las gestiones necesarias para hacerlo. Voy a llamar para que me expliquen que tipo de alarma se ha activado. Lucca, ve llamando a la policía y que te pasen con el agente que lleva mi caso, pon el manos libres cuando lo tengas al otro lado de la línea —marcaba todos los pasos mi amigo, que, a pesar de la preocupación, estaba teniendo la calma suficiente para que todo siguiera el orden que debía seguir.

—Buenas noches, necesito hablar con el agente que se encarga del atropello de Thiago Marino, por favor. Sí, es urgente, debemos comunicarle algo. Gracias —estaba al teléfono, esperando que le pudieran pasar la llamada, cuando escuchamos parte de la conversación que estaba manteniendo Thiago con la chica de la central de alarmas que había contestado la llamada de emergencia de Tabatha.

—¿Está segura de lo que me está diciendo? ¿Han avisado ya a la policía? —preguntaba él, dejando los espacios de tiempo necesarios

para que la otra persona contestara —Está bien, mantenga el contacto con ella, por lo que más quiera, que ahora mismo lo ponemos en conocimiento de la autoridad competente, muchísimas gracias.

—Agente McGonagal al aparato, ¿en qué puedo ayudarle? —escuchamos la voz del agente, que sonaba a través del altavoz de mi teléfono, que había dejado encima de la mesa.

—Agente McGonagal, buenas noches, soy Thiago Marino. Han secuestrado a mi pareja, a Tabatha Smith, por suerte no se han dado cuenta de que llevaba un reloj inteligente, y ha podido dar la voz de alarma a través de él —le dijo mi amigo al policía, y me tuve que sentar, si le pasaba algo no me lo iba a poder perdonar en la vida. Mi cambio de expresión tuvo que ser evidente, porque mi chica se acercó a mí rápidamente, mientras que mi amigo negaba con la cabeza.

—Dígame la empresa que se encarga de la seguridad de su hogar, y a la que se supone que está conectado el reloj, así como el nombre de la persona que ha atendido esta llamada de emergencia —le dijo el policía, bastante serio.

—No la ha atendido, la sigue atendiendo. Tabatha ha podido activar la señal con sonido de ambiente, de modo que en la central de alarmas están escuchando todo lo que ocurre a su alrededor. Ahora mismo le facilito los datos, la empresa es… —pasó Thiago a relatar todos los datos que le habían solicitado, quedando en que el agente lo pondría al corriente en cuanto que tuviese los suficientes datos fiables de cómo y dónde estaba Tabatha.

Los segundos parecían minutos y los minutos horas, y ya empezábamos a estar desesperados. Vicky se encargó de hacer una infusión de tila y valeriana para todos, pues los nervios estaban empezando a pasarnos factura, y era mejor relajarnos hasta tener noticias, o íbamos a terminar volviéndonos locos, y así no solucionaríamos nada.

Justo tres horas después, esa llamada, tan temida como anhelada, llegó, pero ninguno se atrevía a descolgarla, nos quedamos mirando el teléfono como si fuera radioactivo, hasta que Thiago pudo reaccionar y contestó.

—Dígame, agente McGonagal —dijo en un tono susurrante, como con miedo de escuchar lo que le tuviera que decir.

—La tenemos, salvo por algunos rasguños, se encuentra bien. Ahora mismo la está recogiendo una ambulancia para llevarla al hospital, pero no se asuste, es más por protocolo que por otra cosa. Si le parece bien, nos vemos allí y así le explico todo detenidamente —la cara de alivio que pusimos todos, se tuvo que notar hasta en el espacio, pero a la vez, de asombro, de incredulidad. ¿Quién habría sido capaz de hacer algo así?

Ya había amanecido cuando llegamos al hospital, casi sin darnos cuenta, habíamos pasado toda la noche despiertos, y en la mayor de las tensiones, pero ahora que la estábamos viendo, la tranquilidad se apoderó de nuestros cuerpos. Ella todavía no se había dado cuenta de nuestra presencia, pero lo haría en breve, porque se estaba dando la vuelta tal y como le había dicho la enfermera.

Capítulo 46

Thiago

La peor noche de mi vida, así podría describir la situación que habíamos vivido. Por un lado, la incertidumbre de que era lo que le estaba sucediendo a Tabatha, por otro, el sentimiento de culpa que tenía Lucca, que, dicho sea de paso, no fue culpable de absolutamente nada, pero, pienso que el simple hecho de ser el encargado de traerla a casa, y el que se retrasara con los compañeros del equipo, era suficiente motivo para que se sintiera así.

—Buenas noches, señor Marino. A Tabatha la están atendiendo, pero quédese tranquilo que no tiene nada de importancia, pasemos a la sala de espera y allí le contaré todo —me indicaba el agente McGonagal, y su tono y su rostro me dieron la suficiente confianza para creer que todo estaba bien.

—Tengo dos preguntas importantes, después entraré en detalles, pero por lo pronto, me interesa saber, ¿quién ha sido y si lo habéis atrapado? —dije nervioso, necesitaba que todo esto terminara de una puñetera vez.

—Está bien, empezaré por ahí. Han sido dos mujeres, una de ellas, una vieja conocida suya, la señorita Cindy Cambell, la otra, aunque la conoce menos, también tenía "motivos" para querer vengarse, la señorita Diana Spencer, la última novia de su padre, y a la que usted ha quitado unos objetos muy valiosos, que ella pretendía vender para vivir una vida de lujos en el extranjero. Y sí, ambas han sido detenidas

y puesta a disposición judicial —cuando escuché esos dos nombres, incluso me mareé de la impresión.

—Me ha dejado usted sin respiración, ¿hasta ahí ha llegado la maldad de estas dos personas? ¿Cómo han llegado a conocerse? Tengo tantas preguntas que hacer, que se me quedan atragantadas en la garganta —dije sin saber qué era lo que necesitaba conocer primero.

—Voy a empezar a relatarle la historia desde el principio, si a usted le parece bien —me dijo el agente, a la vez que yo asentía con la cabeza—. Para empezar, le diremos que tenemos el audio de todo lo que sucedió allí anoche, la chica de la central de alarmas, ante el cariz de la emergencia, decidió grabar toda la conversación. Dicho esto, le narraré los hechos cronológicamente. Cuando su padre falleció, la señorita Cambell, se dedicó a seguirlo, buscando la manera más fácil de hacerle daño, y fue cuando usted llegó hasta La Finca y vio como el camión de las subastas cargaba las obras de arte, cuando encontró a la que sería su aliada. Su intención era hacerle daño a usted, el máximo posible, dicho sea de paso, y por eso, cuando lo vio solo, mientras que ella conducía, supo que esa sería la oportunidad perfecta para acabar con usted, atropellándolo —me explicaba el policía, y no sabía cómo reaccionar.

—Esto sigue sin explicarme de qué se conocen —divagué en voz alta, y McGonagal me miró con una media sonrisa.

—Ahora lo entenderá todo. Cuando se vio sorprendida por lo que había hecho, tenía claro que no podía irse a casa como si nada, que había cámaras por todos lados y, aunque el coche que utilizó lo había comprado en el mercado negro, también tenía claro que la persona que se lo vendió hablaría sin dudar en caso de verse involucrado. Siguió conduciendo hasta que llegó a La Finca, donde seguía la señorita Spencer, en un estado furioso que se apreciaba a simple vista. Se bajó del coche y consiguió que, con sus patrañas, creyera en ella y la ayudara a esconderse.

—Hasta ahí, estamos de acuerdo. Pero, ¿verse implicada en un secuestro y posterior muerte de una persona por unas obras de arte? Me parece un poco desmedida esa venganza, o acaso es que Spencer no estaba tampoco muy bien de la cabeza, que todo puede ser —

necesitaba que me siguiera contando, que aclarara el resto de mis dudas.

—Ese es el caso, y por eso no prestaron atención a lo que estaba sucediendo a su alrededor. Pero continúo para que pueda entenderlo todo. La señorita Spencer no sabía que la iban a matar, Cambell le hizo creer que secuestrarían a la señorita Smith para que, a cambio de su liberación, ella recuperara todas las obras de arte, recibiendo ella una parte del botín, que le serviría para huir del país. Ese era el plan inicial, las antigüedades que usted había sacado de la casa a cambio de la señorita Smith, pero, una vez que tuvo a Tabatha en el granero, Cambell decidió que, la mejor forma de hacerte daño era que su chica no apareciera jamás, y para ello contrató a una empresa para que demoliera la estructura, cuyas vigas de acero caerían sobre la señorita Smith, sepultando su cuerpo entre toneladas de escombros.

—Definitivamente, esa mujer está completamente loca —expresé, todavía atónito por lo que estaba escuchando.

—Eso no es todo. Cuando Spencer se dio cuenta de lo que pretendía hacer su socia, la encaró, pidiéndole explicaciones, diciéndole que ella no estaba dispuesta a ser cómplice de eso, que una cosa era secuestrar a una persona y otra muy distinta, acabar con su vida. Durante esa discusión, la señorita Smith aprovechó para escapar y llegar hasta la carretera, que fue donde la chica que estaba con ella al teléfono de la empresa de alarmas, le dijo que llegara, y donde la estábamos esperando con una ambulancia. Mientras que nosotros nos ocupamos de ella, mis compañeros entraron en la propiedad por el mismo sitio por el que ella había salido, pillando a las dos infraganti, en plena discusión, por lo que no tuvieron tiempo de reacción, y fueron detenidas en el acto —terminó de contarme el agente, y algo dentro de mí descanso, era como si expulsara el aire que no sabía que tenía retenido en mis pulmones.

—Tendré que agradeceros esto que habéis hecho toda la vida, a la chica de la central de alarmas, y por supuesto, a usted y sus compañeros —expresé mi agradecimiento, me faltaban palabras para hacerlo.

—Aún hay algo más, hemos descubierto que el testamento de su padre era falso, así como la carta que os dejó. El notario que os atendió estaba implicado en la estafa, su padre jamás le legó nada a la señorita Spencer, los únicos herederos son su madre y usted, y una pequeña parte para su hermano, el hijo de la señorita Rockford —siguió dándome unos datos que desconocía por completo.

—¿Cómo…? Entonces, esa carta que nos leyó el notario… Porque la letra era la de mi padre, se lo puedo garantizar —dije asombrado por todo.

—Eso no lo ponemos en duda, lo que sí dudamos es que la hubiera escrito sin ningún tipo de presión. Es más, pensamos que el accidente vascular que sufrió su padre también fue provocado. El señor Amadeo Marino, era consumidor habitual de las famosas pastillas que mantienen la vigorosidad en el hombre, y que puede que le dieran varias a la vez, bien de manera inconsciente, suministradas en alguna bebida o algo similar, o bien conscientemente, haciéndole creer que le duraría más tiempo y podrían disfrutar más de los placeres de la carne. Habríamos pedido autorización judicial para la exhumación del cuerpo, pero dado que este fue incinerado, no podríamos probar nada.

—En ese testamento, en una de las partes, nos pedía explícitamente que sus restos fueran incinerados, y así nos lo hizo saber el notario que tenía la posesión del mismo —dije en voz alta, pero más para mí que para él.

—Con una clara intención de que, en caso de ser descubiertos, no hubiese manera de probar lo que sospechamos.

—Pero entonces, ¿mató a mi padre y se negó a ser cómplice de Cindy para acabar con la vida de Tabatha? Algo no me cuadra, y espero que usted pueda encajar esa pieza del puzle que falta.

—La señorita Spencer, en ambos casos, actuó como una cooperadora necesaria, pero de manera inconsciente. Su análisis psicológico muestra que es una persona altamente influenciable, además de dependiente de los demás, y, los que estaban a su alrededor, se aprovecharon de esa situación para sacar tajada. Por lo que hemos podido averiguar, estaba enamorada del notario, y este le hacía creer que disfrutarían juntos de la fortuna de su padre, que ella

tan solo tenía que camelarlo para que cayera en sus redes. Y eso, con su porte y la fama de mujeriego de su padre, no le costó un gran esfuerzo.

—Me deja sin palabras, se lo prometo.

—Ahora toca recuperarse de todo, tanto usted como la señorita Smith, por el tema de la herencia no tiene que preocuparse, ya está toda la documentación en el juzgado correspondiente para el cambio de titularidad, de lo único que no podemos responder, es del dinero que se haya gastado la señorita Spencer. Por otro lado, decirle que, en breve, recibirán la notificación con la fecha de todos los juicios, aunque se presume que lo unificaran todos en uno, ya que, excepto el notario, todos están involucrados en los mismos delitos. Con todo esto aclarado, tengo que marcharme, la noche ha sido muy larga para todos, pero a mí me toca rellenar el papeleo en la comisaría. Que tengan un buen día, señor Marino —me dijo el agente de policía, que se levantó para dirigirse a la puerta, no sin antes estrecharme la mano.

—Igualmente, señor McGonagal —susurré, y no llegué a saber si se había enterado, pues me había quedado completamente en *shock*.

Capítulo 47

Thiago

Iba a salir de la sala de espera, arrastrando mi silla de ruedas eléctrica, para que nadie tuviera que ir empujándome y, teniendo en cuenta que mi brazo izquierdo aún no estaba recuperado del golpe que me llevé durante el atropello, lo ideal para esa situación fue la compra de una motorizada, cuando vi que entraban Lucca y Vicky.

—Hemos visto a Tabatha y, aparentemente está en perfecto estado. Digo aparentemente porque no entramos, sino que la vimos a través del cristal, incluso nos saludó con la mano —me explicaba Lucca, que ya tenía una sonrisa en la cara.

—Chicos, no sé cómo daros las gracias, de verdad. Si no hubiera sido por vosotros, no tengo ni idea de como habría pasado el mal rato de lo sucedido esta noche —les expliqué, con lágrimas en los ojos, ya no podía reprimirlas más, necesitaba desahogarme y, a ser posible, sin que Tabatha me viera.

—No digas tonterías, hazme ese favor. Los amigos están para las duras y para las maduras. Además, si yo no me hubiese retrasado tanto no habría pasado nada de lo que ha sucedido —seguía en sus trece de echarse la culpa.

—Ahora el que dices estupideces eres tú, ha pasado porque ha tenido que pasar, ni más ni menos. En cuanto la veas, le das un abrazo, y verás como ella te lo corresponde, sin decirte absolutamente nada de tu tardanza —le dije, y le ofrecí mi mano, para jalarlo y darle

un abrazo yo también, al igual que a Vicky, a la que me dediqué a darle besos apretados en las mejillas.

—Quita ya, chaval, que me vas a dejar la cara deformada con tantos apretones —decía Vicky entre risas, que a pesar de los malos momentos que habíamos pasado, o mejor dicho por ellos, nos venía de perlas a todos.

Estaba deseando poder ver a Tabatha, saber por mí mismo que estaba bien, que no le había pasado nada, pero, mientras que no salía a decirnos nada el médico, o ella misma que le hubieran dado el alta, les relaté a mis amigos lo que me había contado el agente McGonagal, y se quedaron totalmente impresionados.

—Esa mujer nunca me gustó, y no era porque le estaba haciendo a mi amiga la vida imposible, que también, sino porque tenía la mirada turbia, no me parecía una persona de fiar, y el tiempo me ha dado la razón —me decía Vicky, que no paraba de negar con la cabeza, como dando a entender que no se había equivocado.

—No entiendo como pude caer en sus fauces, de verdad que no. Incluso pienso que, en algún momento, me manipuló, como con las declaraciones que hizo a la entrada de la fiesta de Waterfoof, a las que podía haberle rebatido y, sin embargo, callé como las putas —expresé en voz alta mis pensamientos, cuan arrepentido estaba de todo.

—Ahí tuvo mi amiga dos ovarios bien puestos, si señor, que se presentó en la fiesta, como si fuera a la gala de los Óscar, y te plantó cara —dijo Lucca con una sonrisa, él fue uno de los primeros que, tras conocer mis sentimientos por Tabatha, me instó a que me alejara de Cindy.

—Totalmente de acuerdo —corroboraba Vicky, que también sonreía —, y suerte tuviste de que no se liara con Samuel Williams, porque yo le hubiera comido todos los morros en tu cara, para que supieras lo que te estabas perdiendo.

—Si hubiera hecho algo así, me habrían tenido que sacar esposado de la sala. Era verlos reír solamente, y me hervía la sangre, si los llego a ver besándose, le habría partido los morros, como tú dices, de un puñetazo —tan solo de recordar la escena, se me ponían los vellos de

punta. ¿Cómo pude ser tan idiota de no reconocer mis sentimientos públicamente?

—No sé como pudiste ser tan idiota de no hacer lo que te pidió. Si hubiera sido a mí a quien le hubiesen dado ese ultimátum, la habría subido incluso al escenario, para que lo vieran bien todos los presentes —estaba vez era Lucca el que se dirigía a mí, que, aunque en tono de broma, estaba diciendo verdades como puños, él no tendría ningún reparo en haberlo hecho, me quedaba claro.

—Créeme que yo mismo me acabo de hacer esa pregunta. Afortunadamente, ella tuvo el arrojo para venir a buscarme cuando yo no fui capaz. Aunque, en mi favor tengo que decir que, cuando salí de la habitación de mi padre, ya tenía claro que iría a buscarla en cuanto tuviese la oportunidad. Esa es otra, ¿cómo me pude tragar que mi padre hiciera algo así en su testamento cuando, tan solo días antes, había hablado conmigo todo lo contrario? —dije, intentando que mis amigos me dieran su visión de todo esto, porque estaba claro que últimamente no daba pie con bola.

—Eso es algo incomprensible, y no lo digo por el hecho de que no te hubieses dado cuenta, que en momentos así es comprensible que no lo hicieras, sino como le dieron la vuelta a todo, llevándoselo a su terreno para salir beneficiados. Al final, lo único que se ha demostrado es que el gran Amadeo Marino, detrás de tanta fachada de hombre recto, de negocios, que solo quiere lo mejor para su hijo, se encontraba uno infeliz, que no fue capaz de ver a la mujer que tenía a su lado. Los años pasan para todos, pero él se pensó que, por su dinero, se podía quedar eternamente en los treinta o cuarenta años, necesitando a su lado a una Barbie, cuanto más impostada mejor, en vez de darle valor a la persona que había permanecido a su lado a las duras y a las maduras, negándole incluso la posibilidad de ser feliz con otro hombre en su vida —nos dijo Lucca, y tenía toda la razón, al final descubrimos que, el hombre perfecto de cara a la galería, no había asumido que tenía una edad, y lo único que consiguió a cambio, fue su muerte.

—Ahí viene el médico que estaba con Tabatha —dijo Vicky, señalando la puerta por la que entraba, y cortando de golpe la

conversación que estábamos manteniendo, y que, en cierto modo, me estaba doliendo demasiado mantenerla.

—Buenas tardes —nos dijo el doctor, y entonces nos dimos cuenta de que la mañana se había ido volando, pues ya eran más de las doce del mediodía —Ustedes son los familiares de Tabatha Smith, ¿me equivoco?

—Buenas tardes, para nada, yo soy su pareja y ellos son nuestros amigos, más bien como familia. ¿Cómo se encuentra ella? —pregunté, deseando y temiendo a parte iguales escuchar su respuesta, pero fijándome bien en su cara, nada hacía indicar que fueran malas noticias.

—Físicamente está bien, no hay nada que reseñar, más que algunos moratones y algunos rasguños propios de la situación que ha sufrido. Psicológicamente, ese ya es otro tema. Ella insiste en que se encuentra bien, que para ella no ha supuesto ningún trauma, por lo menos de momento, que en ningún momento se puso nerviosa y que trató la situación con toda la calma que le fue posible. Le voy a dar el alta, pero quiero que, en el más mínimo gesto que le notéis de que algo no va bien, de que su humor cambia, cualquier cosa que os llame la atención, me aviséis por teléfono u os vengáis por mi consulta, sin ni siquiera pedir cita. Hay veces que, tal y como ella me ha dicho, una cosa así no hace mella en su vida diaria y, en otras ocasiones, las secuelas aparecen a los pocos días en forma de pesadillas o de un carácter que no les cuadra a sus familiares, que no corresponde con el que esa persona hacía gala antes, y en estos casos, cuanto antes se traten, antes se disipan. ¿De acuerdo? —dijo el doctor, antes de dirigirse al mostrador para recoger la documentación del alta, así como las recetas de la medicación prescrita, y nosotros asentimos con la cabeza.

—Si ella dice que está bien, es porque es así, de lo contrario también lo diría. La conozco perfectamente, y no dudaría en pedir ayuda en caso de necesitarla, ya lo hizo una vez, en cuanto que se dio cuenta de que la situación la superaba —nos dijo Vicky, y era cierto que era como una hermana para ella, así que no tenía por qué dudar de su palabra.

Capítulo 48

Tabatha

La noche había sido todo un reto para mí, empezando por el momento en el que me secuestraron y terminando por el que me encontré con la policía en la dichosa carretera, esa que me costó encontrar más de lo que había pensado, por cierto, pero había salido ilesa de todo, tanto a nivel físico como a nivel emocional.

—Le repito que estoy bien, que lo único que me encuentro es cansada, pero teniendo en cuenta de que anoche no dormí, que me tuve que mantener en tensión para poder liberarme y que me llevé caminando casi una hora para encontrar la carretera, creo que es de lo más lógico —le repetía al doctor, que insistía e insistía en que debería ir a visitar al psicólogo antes de irme.

—Y yo le insisto qué, si se nota cualquier cosa, que aparezcan en forma de pesadilla o lo que sea, me avise inmediatamente. Saldré al mostrador para traerle la documentación y avisar a sus familiares de que le daremos el alta de manera inmediata, enseguida regreso —me dijo el médico, que me dejó en el box en el que me habían atendido desde que llegué, entregándome mi ropa, esa que tenía claro que, en cuanto que llegara a casa, iba a la basura directamente.

—Muchas gracias por todo, doctor, pero ahora, lo único que necesito es una buena ducha y una buena cama, además de un buen café con una tostada kilométrica, que no pruebo bocado desde ayer a mediodía —le dije, sin saber realmente la hora que era, para mí que serían las diez o las once de la mañana.

—Señorita Smith, dada la hora que es, será mejor que se tome un refresco y un buen solomillo con patatas, le sentará mejor que ese café que, si le apetece, se lo puede tomar de postre —me dijo la enfermera, riéndose ante mi cara de asombro al ver que eran más de las doce del mediodía.

Me encontraba realmente cansada, era como si mi cuerpo hubiese llegado a un tope de energía y me hubiera dicho: "hasta aquí Tabatha, no te esfuerces porque ya no das para más". Necesitaba llenar mi estómago, que me rugía de hambre, eso es cierto, pero después de eso, me daría una ducha que quitara de mi cuerpo todas las malas sensaciones, y me acostaría a dormir hasta el día siguiente, porque no creía que pudiera abrir los ojos antes.

—Ya estoy de vuelta, su pareja y sus amigos la aguardan en la sala de espera. Aquí tiene la documentación del alta, que tendrá que aportar a la denuncia que ya ha realizado ante las autoridades, y la receta de la medicación que tendrá que tomar durante unos días, a fin de evitar que esos cortes se infecten. Cámbiese el apósito cada doce horas, y desinfecte la zona con algún antiséptico de los que hay en el mercado. Eso es todo, pero recuerde que, en caso de no encontrarse bien psicológicamente, la estaré esperando en la consulta, su familia también está advertida. Que tenga un buen día, señorita Smith —me soltó toda esa perorata de seguido, para después dejar la carpeta que traía encima de la cama y salir de la habitación. Ese hombre era tan buen médico como raro, no mostraba nunca una sonrisa en la cara, y sentí pena, porque a mí, por muy dura que se me pusiera la vida, siempre intentaba encontrar un motivo para sonreír, pero estaba visto que no todos éramos iguales.

Las heridas de muñecas y tobillos me dolían, pero eran la muestra que me iba a hacer recordar siempre que fui fuerte, que pude con la maldad humana, que el amor venció al odio, y que harían que no me volviera a rendir nunca, jamás.

—Ya nos podemos ir a casa, pero antes, por lo que más queráis, llevadme a comer algo que me voy a caer en redondo —dije con un aire dramático que sacó las sonrisas de los tres. Por suerte para nosotros, la prensa todavía no se había hecho eco de lo sucedido esa

noche, así que teníamos tiempo para ir a comer y llegar a casa sin que nos acosaran, otra cosa sería después de unas horas, en las que llegara a los oídos de todos los medios, entonces no podríamos ni salir de casa sin que nos bombardearan a preguntas.

—¿Tienes hambre? Pues empieza por comerle los morros a tu novio, que vaya nochecita que nos ha dado aquí, el muchacho —me contestó Vicky, a la que las hormonas del embarazo habían revolucionado más de lo habitual.

—Sí, ni que hubieras estado preocupado por mí… —le dije, acercándome para darle un beso, ese que no profundizamos por el lugar en el que nos encontrábamos, pero que cuando llegáramos a casa, tenía claro que lo iba a hacer.

—Todos estábamos preocupados, Tabatha, yo el primero. Tengo que pedirte perdón por mi tardanza, que te puso en peligro hasta límites insospechados. Si no me hubiera entretenido con la prensa o con los chicos, nada de esto te hubiera sucedido —me decía Lucca, cuya cara expresaba que todo lo que había dicho era en serio, y negué con la cabeza.

—Que ni siquiera se te pase por la cabeza esa tontería, ¿me oyes? Pasó porque tenía que pasar, y si no hubiese sido ayer, lo habría llevado a cabo otro día, pero sucedería antes que tarde, por supuesto. Además, vamos a mirarle el lado bueno a todo esto, que siempre hay que sacar lo positivo de cada situación. ¡Por fin nos hemos librado de ella! —exclamé contentísima por ese hecho, ya no tendríamos que preocuparnos más porque esa mujer nos hiciera daño, y esperaba que la otra también se hubiera llevado su merecido.

—Por supuesto que sí, mi amor, y además muchas más cosas que no sabes y que te contaré mientras comemos. Lucca, ¿vamos a la hamburguesería esa que nos gusta tanto? —dijo mi chico, que miraba a su amigo interrogante.

—¿La que ponen el extra de queso y esas patatas fritas que, por mucho que intentes hacerlas en casa, nunca te saldrán iguales? Vamos en el acto, voy por el coche y enseguida vuelvo, esperadme en la puerta —dijo Lucca con una sonrisa y la baba cayéndole de gusto,

estaba claro que él tampoco había probado bocado en muchísimo tiempo.

—No sé a cuál os referís, pero solo por lo que ha dicho Lucca, estoy deseando llegar. Este niño me hace comer más de lo habitual, como siga así, en unos meses estaré tan gorda que será más fácil saltarme que darme la vuelta. La "rotonda" me van a decir en la prensa del corazón, ya veréis —dijo ella con todo el arte del mundo, y Thiago y yo estallamos en una carcajada.

Íbamos en el coche de Lucca, en dirección a esa hamburguesería, cuando me llamó Ryan, y esa llamada solo podía significar una cosa, ya se había enterado la prensa y se estaría hablando de ello en todas las televisiones.

—¿Se puede saber por qué me tengo que enterar por la televisión que han secuestrado a mi hermana? —dijo en cuanto vio que yo había contestado a la llamada.

—Hombre, como tú comprenderás, no le voy a decir a los secuestradores "perdonad, chicas, pero necesito avisar a mi hermano de que me habéis secuestrado, que luego se entera por la prensa y se enfada". ¿Acaso eres tonto? —le respondí enfadada. En vez de preguntar si estaba bien, o si me habían hecho algo, me suelta esa sarta de tonterías. En momentos así, de hermano mayor protector, era un coñazo.

—Dame, anda, que yo hablo con él, tú más vale que te relajes —me dijo Thiago, cogiendo el teléfono de mis manos.

—Ryan, soy Thiago, en primer lugar, pedirte disculpas, pero fue todo tan precipitado, que no tuvimos tiempo de reaccionar, por suerte, ella llevaba puesto el reloj inteligente, que estaba conectado con la central de alarmas. Gracias a eso y a la lucidez de la persona que atendió su llamada de emergencia, pudimos localizarla a tiempo y sin mayores sobresaltos. Era muy tarde para avisar a nadie, y mucho menos para asustaros con algo así, te iba a llamar cuando llegáramos a casa, porque además tengo que explicarle algo a Marianne, ¿se encuentra ahí contigo? —le preguntó a mi hermano, y supe que había dicho que sí, porque los invitó a comer con nosotros. ¿Qué sería eso tan importante que tenía que contarles? Me moría de la curiosidad y

estaba deseando que lo contara todo, pero había dicho que lo haría durante la comida, y no le presionaría, que más daba esperar unos minutos más.

Llegamos a la hamburguesería que nos habían dicho, y que además estaba muy cerca de donde estaba viviendo Marianne, mi antigua casa, por eso, cuando llegamos, ya estaban ellos allí, con ese precioso niño que permanecía en brazos de mi hermano, y que lucía una sonrisa radiante de felicidad.

Capítulo 49

Thiago

Allí estaba mi cuñado esperando, junto a la madre de mi hermano y el pequeño Amadeo, que cada día estaba más bonito y simpático. En cuanto el niño me vio, me reconoció de inmediato, lanzándome una preciosa sonrisa, pero no por ello quiso abandonar los brazos de Ryan, al que consideraba su padre y que sentía como su refugio, como su lugar seguro, junto a su madre.

—Hermanita, dime que estás bien y que no te han hecho nada, te lo suplico, porque cuando he visto la noticia en la televisión, casi me desmayo de la impresión —le dijo Ryan a mi chica, que lo miraba como el que veía un extraterrestre. Me parecía a mí que Tabatha todavía no era consciente de lo que le podía haber sucedido.

—Doy fe de ello, porque a mí casi me pasa lo mismo, menos mal que lo que tenía en la mano era una jarra de agua, si llega a ser el niño, hubiera ido al suelo de la misma manera —esa vez era Marianne la que hablaba, y que mostraba la misma preocupación que mi cuñado.

—Mira que os gusta un drama… Estoy bien, ¿no me veis? Esas dos no pudieron conmigo, demostré ser más lista que ellas, pero no por separado, si no juntas —dijo con una sonrisa, abrazándose a su hermano, que la recibió con los brazos abiertos.

—Pasemos dentro y pidamos la comida, o sé de dos que de verdad se van a desmayar —dijo Lucca refiriéndose a su chica y a la mía.

—Sí, además tenemos mucho de lo que hablar, os vais a quedar anonadados cuando os cuente las últimas noticias, que solo conocen

Lucca y Vicky, que estaban a mi lado cuando me enteré —le dije a los tres, invitándoles a que entraran en el local, una vez que estuvieran sentados empezaría a hablar, pero antes tenía que llamar a mi madre para tranquilizarla en caso de que hubiera visto la noticia en televisión —. Entrad e ir pidiendo, Lucca, yo lo de siempre, que voy a llamar a mi madre, que tiene que estar echa un manojo de nervios.

Permanecí allí mientras que entraban todos, pero Tabatha no quiso marcharse de mi lado, sino que se mantuvo allí, por si tenía que hablar con ella para que viera que estaba bien.

—Mamá, supongo que habrás visto la noticia en televisión, ¿verdad? —le dije en cuanto que contestó a mi llamada.

—Ay hijo, no sabía que pensar. Por un lado, sabía que era cierto, porque la fuente era la propia policía, pero por otro me negaba a creerlo, porque me habrías llamado para contármelo, así que sácame de dudas, ¿qué ha pasado?

—Es cierto, mamá, pero por fortuna, está sana y salva y a mi lado. Tenemos mucho que hablar, mañana pasaremos por tu casa para contarte, porque ahora vamos a comer y luego iremos a casa a descansar, que estamos agotados —le decía a mi madre, que me entendió perfectamente, y quedó en que serían ellos los que vendrían a casa en vez de hacerlo, al contrario. Lo agradecía, porque ellos estaban sanos, pero nosotros, entre la silla de ruedas, las heridas de Tabatha y demás, a ver como íbamos a hacerlo sin dificultades.

—Gracias mamá, mañana nos vemos, un beso y quédate tranquila, que todo ha quedado en un susto.

Entramos en la hamburguesería, cuyos dueños habían pasado a ser amigos nuestros, y se acercaron preocupados por todo lo que habían visto y leído sobre lo que nos había sucedido, pero no quisieron llamar a preguntar por no molestar, cosa que, tanto Lucca, como yo, le reprochamos. Sus llamadas no molestaban y podían hacerlo cuando quisieran. Se quedaron más tranquilos cuando les contamos que todo había quedado en un susto, y que las personas implicadas ya estaban bajo custodial policial y a espera de juicio, ese que no tardaría en llegar.

—Bueno, pues ya os habéis enterado por la televisión, que la señorita Spencer, a la que he llamado así por ser educado al referirme a ella, ha sido cómplice de Cindy, pero ahí no queda la cosa. Después de detenerla, la policía ha encontrado pruebas suficientes para anular el testamento de mi padre, que al parecer era falso, así como la carta que nos dejó, que estaba escrita de su puño y letra, eso sí, pero bajo coacción de ella y el notario que nos citó para su lectura, que también está metido en el ajo —empecé a contar, y tanto Marianne, como Tabatha, se quedaron con la boca abierta.

—Me he quedado muerta, ¿hasta ahí ha sido capaz de llegar? —preguntó Tabatha sin dar crédito a lo que había escuchado.

—Ahí no queda la cosa. También tienen sospechas de que el infarto que sufrió mi padre fue provocado, pero eso no lo podremos comprobar nunca, porque sus restos fueron incinerados. Según me contó la policía, lo convencieron con esas pastillas tan famosa en los hombres, y con la tentación de sexo fácil y duradero, que a su edad no sería lo normal, y cayó como un pardillo. En resumen, que para ella no había legado nada, era todo para mi madre, para mi hermano y para mí, pero aún no sabemos lo que nos corresponde a cada uno —continué con mi explicación.

—Por mi parte, como tutora de Amadeo, no quiero nada más, con lo que habéis hecho por nosotros, me doy más que pagada, y sé que mi niño, cuando sea adulto y se entere, tampoco dirá nada, porque yo me encargaré de que lo comprenda todo a la perfección —dijo Marianne, a la que la emoción al embargó por un momento.

—Eso no depende de ti, fue la última voluntad de mi padre y pienso respetarla, al igual que hice cuando se suponía que la heredera era ella, la señorita Spencer. Toda la documentación está presentada en el juzgado, y cuando esté lista para su reparto, nos avisarán, y tú, como tutora de tu hijo, administrarás sus bienes. Así que quiero que te olvides de esa idea absurda, porque mi hermano no se quedará sin su parte, por mucho que insistas —le dije a Marianne, muy serio, para que comprendiera que no estaba hablando en broma.

Tras la comida, en la que el tema de conversación fue la herencia de mi padre y la implicación de los imputados por ese delito, y viendo

que a Tabatha se le cerraban los ojos, decidí tomar un taxi que nos llevara a casa. Tanto Lucca como Ryan se ofrecieron a ello, incluso Marianne, pero todos llevábamos sobre nuestros hombros el peso que había supuesto la preocupación por lo que le había sucedido a Tabatha, así como la noche sin pegar ojo que teníamos Lucca, Vicky y yo, y ella además en su estado, y no lo consentí. Quedamos en que, al día siguiente, en cuanto nos levantáramos, avisaríamos a todos para que vinieran a casa a comer, mi madre y Marianne se harían cargo de la comida, y Vicky dijo que ella se encargaba de llevar el postre.

Subí al taxi para minusválidos que habíamos solicitado, ya que era mucho más fácil para mí montarme con mi silla que tener que bajarme de ella para guardarla en el maletero. Estaba pensando en hacerme con un vehículo de estas características, que nunca vendría mal, mañana hablaría con Matteo para que fuera tanteando los concesionarios, a ver cuáles de ellos me lo podrían preparar.

La comida del día siguiente no era nada improvisado, quiero decir que tenía un motivo de peso para hacerlo, aparte de para celebrar que todo había quedado en un susto. El motivo era que le iba a pedir a Tabatha que se casara conmigo, por eso le dije a Vicky que llamara también a David y a su chica, Amber, que me había caído de lujo cuando la conocí. Sabía que para mi novia era importante su presencia en el día a día de su vida, mucho más en un momento tan bonito y especial como esperaba que fuera ese.

Habíamos dormido hasta las ocho de la mañana de ese día, quedó claro que estábamos agotados, tanto física como mentalmente, y que necesitábamos ese sueño reparador para poder seguir adelante. Nos encontrábamos desayunando en el jardín, donde la señora de la casa, ósea Tabatha, había decidido que quería hacerlo.

Ya habían llegado todos, y tanto Tabatha como yo, seguíamos en el mismo sitio. Yo no podía moverme mucho, pero a ella tampoco la dejaron, se volvió loca de contenta cuando vio a todos allí, reunidos en torno a ella, incluida mi madre y Conrad, que se había ganado mi confianza a marchas forzosas.

—Bueno, me gustaría daros las gracias, a todos, por lo que nos demostráis cada día, en muestras de cariño y afectos que nos ofrecéis.

Pero os he reunido aquí por otra razón, aparte de eso. Tabatha, esto va para ti: entraste en mi vida como un huracán, arrasando con todo, pero como mi padre me dijo en su lecho de muerte, te había traído a mi vida porque eras una mujer de verdad, la que lucharía junto a mí por todo lo que merezca la pena. Perdona que no me arrodille, pero como comprenderás, no estoy en condiciones de hacerlo, no por ello la pregunta es menos válida. ¿Me harías el honor de pasar el resto de tu vida junto a mí, como mi mujer? —le pregunté, y lo que primero fueron risas por mis palabras, luego se transformaron en lágrimas, pero ambas fueron de alegría.

—¡Síii quieeerooo! —gritó ella, sentándose en mi pierna buena y dándome un montón de besos por la cara, ante la sonrisa de todos nuestros familiares.

Epílogo

Tabatha

Hoy era el gran día, ese en el que nos uniríamos en santo matrimonio mi chico y yo. Jamás me había hecho falta un papel que me dijera que era su mujer, pero sabía que, tanto a él como a su familia y amigos, les hacía ilusión, que a mí también, oye, pero más por la fiesta que por el papel en sí.

Habíamos esperado a que su recuperación fuera completa, pues me hacía muy feliz que él pudiera ir por su propio pie, no en la silla de ruedas, por eso habíamos esperado más de un año para casarnos.

Llevaba unos días que no me encontraba bien, me notaba demasiado cansada, y había alimentos que no era capaz ni de oler, como el café, por ejemplo, ese sin el que no podía vivir diariamente y que ahora me daba un asco horrible. Por ello, la mañana anterior, aprovechando que tuve que salir a recoger varias cosas para la boda, me compré una prueba de embarazo en la farmacia, y me la hice nada más llegar a casa, arrojando un resultado positivo, pero Thiago todavía no sabía nada, lo había guardado en una cajita para darle de regalo cuando terminara la ceremonia.

—Estás preciosa, hermana —me dijo Ryan, cuando vino a buscarme a mi dormitorio, él sería el encargado de llevarme hasta el altar, donde me estaría esperando mi amor junto a Angela, su madre.

—Gracias, tú también estás muy guapo —le dije con una sonrisa, estaba nerviosa, y se me notaba bastante.

Mi hermano seguía con Marianne, y tenían previsto casarse cuando ella diera a luz, porque sí, volvía a estar embarazada, pero esta vez

había sido buscado, no querían que se llevara mucho tiempo con Amadeo. Supieron que era una niña el día anterior, y le iban a poner el nombre de Angela, por mi suegra, que se había portado como una madre para ella, y a la que Amadeo llamaba abuela. Ryan había adoptado al niño, que lo llamaba "papá" desde el primer momento, y al que mi hermano quería como si fuera de su propia sangre, demostrando que padre no es el que engendra, si no el que cría.

Lucca y Vicky, por su parte, también eran padres de un niño, que se llamaba Thiago, y del que tanto mi marido como yo éramos los padrinos, tenía cinco meses y su padre decía que sería el nuevo fichaje estrella del equipo, del que lo hicieron socio nada más nacer. Ellos no se habían casado, ni pienso que lo hagan, por lo menos en breve, porque ninguno de los dos creía que fuera necesario para considerarse familia, lo que sí eran es pareja de hecho, por el tema legal y demás.

Cuando me bajé del coche y lo vi en la puerta de la abadía, que era la misma en la que se casaron sus padres, con toda la seguridad que el evento requería, dos lágrimas asomaron por mis ojos, al igual que los suyos cuando me vio vestida de blanco. El mío era un vestido sencillo, sin mucha parafernalia, pero que me quedaba como un guante. Nada de falda vaporosa tipo princesa ni nada por el estilo, tenía corte sirena, de escote en V bastante pronunciada y con la espalda al aire, su cola no era excesiva, pero si lo suficiente para destacar. Mi pelo iba recogido en un moño informal, con unas pequeñas florecillas como adorno, y mi maquillaje era muy sutil, no quería verme disfrazada en un día tan importante.

—Eres todo lo que he podido soñar tener a mi lado, no me dejes nunca —me dijo besándome brevemente en los labios, y correspondí con una sonrisa.

La ceremonia fue preciosa, a la vez que muy emotiva, en la que el protagonismo se lo llevaron los niños, que no paraban de aplaudir, sobre todo cuando nuestros labios se besaban, momento en el que, además de las palmas, añadían una carcajada, y de lo que se hizo eco la mayoría de la prensa, esa que estuvo presente, pues no quisimos darle la exclusiva a ninguno.

Se me olvidaba contaros el tema del juicio, que se celebró unos meses después, y en el que todos salieron culpables. Cindy, ingresó en una de las prisiones estatales, pero su carácter conflictivo, la llevó a que tuviera problemas con varias de las presas, algunas más peligrosas que otras, y una de ellas, durante la pelea, la apuñaló, acabando con su vida en el acto. Diana, cuyo peritaje psicológico la señalaba como persona propensa al suicidio, fue ingresada en una institución mental, donde todavía permanecía, y donde se suponía que permanecería el resto de su vida. El notario también estaba en prisión, pero él no tenía delitos de sangre, por lo menos no demostrables, por lo que su condena era menor, lo que sí le ocurrió es que perdió su licencia, y no podía ejercer en toda la Comunidad Europea, que era la zona para la que estaba capacitado según su título universitario.

—Tengo un regalo para ti —le dije a mí, ya marido, una vez que nos sentamos en el lugar donde llevaríamos a cabo la celebración, y mostrándole la cajita, que miraba con curiosidad.

—¿Esto es verdad? —me preguntó cuando se dio cuenta de lo que era, y yo asentí con la cabeza, con una sonrisa que me llegaba de oreja a oreja, cuando me noté que él estaba llorando — Gracias, por estar en mi vida, por permanecer en ella y por darme el mejor de los regalos.

Thiago

Viendo mi historia de lejos, saco una conclusión, que no se trata de cuanto tengas, sino de cuanto vivas, de cuanto te rodees, de las personas que estén dispuestas a permanecer a tu lado, y en las que encontrarás tu lugar, tu refugio en días de tormenta. Por todo ello, mi consejo es este: vive, hazlo hasta quedarte sin aliento, como si fuera el último día, pero rodeado de aquellos que te quieren, de los que no dudarían un segundo en arriesgarlo todo por ti.